
Serie
MONTGOMERY
LIBRO 1
Rechazadas
POR EL
DOCTOR
TEJANO
JASMINE MORAZZO

Rechazadas por el DOCTOR TEJANO

Serie MONTGOMERY LIBRO 1

JASMINE MORAZZO

COPYRIGHT © 2025 JASMINE MORAZZO

FICHA TÉCNICA

Designer gráfico: Designer T. Tenório

Diagramación del Ebook: ALINA AJUDA PORTFÓLIO EDITORIAL

Versión en español traducida por

Catalina Morel

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas y acontecimientos reales, es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Está prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualesquiera medios — tangible o intangible — sin el consentimiento escrito de la autora.



TABLA DE CONTENIDO

Aviso de contenido
Nota de la autora
Sinopsis
Capítulo 01 – Savannah
Capítulo 02 – Savannah
Capítulo 03 – Travis
Capítulo 04 – Savannah
Capítulo 05 – Savannah
Capítulo 06 – Savannah
Capítulo 07 – Travis
Capítulo 08 – Travis
Capítulo 09 – Travis
Capítulo 10 – Travis
Capítulo 11 – Savannah
Capítulo 12 – Savannah
Capítulo 13 – Travis
Capítulo 14 – Savannah
Capítulo 15 – Savannah
Capítulo 16 – Savannah
Capítulo 17 – Travis
Capítulo 18 – Travis
Capítulo 19 – Savannah
Capítulo 20 – Savannah
Capítulo 21 – Travis
Capítulo 22 – Savannah

Capítulo 23 – Travis
Capítulo 24 – Savannah
Capítulo 25 – Travis
Capítulo 26 – Savannah
Capítulo 27 – Savannah
Capítulo 28 – Savannah
Capítulo 29 – Travis
Aviso final



AVISO DE CONTENIDO

Esta obra está destinada al público adulto (+18). **Contiene lenguaje inapropiado, uso de palabrotas y escenas de sexo explícito**. Si eres sensible a este tipo de contenido o tienes menos de 18 años, recomiendo que elijas otra lectura. Si decides seguir adelante, ten en cuenta que estás entrando en una historia hecha para emocionar, envolver y, sí, también calentar las páginas.

¡Buena lectura!



NOTA DE LA AUTORA

Si estás buscando una historia repleta de giros descabellados, misterios sombríos o traiciones en cada capítulo… quizás este no sea el libro ideal. Pero si lo que deseas es sumergirte en una narrativa cargada de emociones sinceras, reencuentros marcantes, segundas oportunidades y momentos que calientan el corazón — entonces Rechazadas por el Doctor Tejano es para ti. Esta es una historia sobre dolor, pero también sobre sanación. Sobre arrepentimiento, pero principalmente sobre el poder del perdón. Y, sobre todo, es sobre amor — ese amor real, imperfecto, que lastima… pero que también transforma. Escribí este libro con el corazón, pensando en cada lector que alguna vez necesitó volver a empezar. Espero que te abrace como me abrazó mientras lo escribía.

La historia está narrada en primera persona, teniendo los puntos de vista de los dos personajes: Savannah y Travis.

Con cariño,

Izzye.



SINOPSIS

Ellos lo tenían todo: amor, planes de boda y un futuro prometedor. Pero los celos de **Travis Montgomery**, y la manipulación cruel de su madre, fueron suficientes para destruirlo todo. Cuando fotos falsificadas llegan a sus manos, **Travis cree que Savannah lo traicionó** — justo cuando ella revela estar embarazada. Sin escucharla, él la rechaza... y rechaza a la hija que ella lleva en su vientre. Cegada por el dolor, **Savannah se va sin mirar atrás**, decidida a proteger a su bebé y seguir sola. Un año y cinco meses después, el destino vuelve a ponerlos frente a frente. Savannah necesita ayuda.

La vida de su hija está en riesgo — y el único capaz de salvarla es Travis, ahora un respetado **jefe de Cardiología Pediátrica**. El reencuentro es explosivo. **Él ve a la niña... y reconoce sus propios ojos en ella**. La verdad llega como un golpe**: la perdió por culpa propia**. Ahora, Travis está decidido a reconquistar a las dos. Pero **Savannah no está dispuesta a olvidar todo lo que sufrió**. ¿Será que el arrepentimiento de él será suficiente para deshacer años de dolor? ¿O ella elegirá seguir adelante con el corazón hecho pedazos — y la hija en sus brazos?

Capítulo 01



Savannah

El sol de Texas derrama sus últimos rayos dorados sobre el porche, pintando el mundo con tonos de naranja y miel. El aire está caliente, con el olor dulzón de la hierba seca y de la tierra. Me acurruco más profundamente en el pecho de Travis, sintiendo el ritmo de su corazón bajo mi oído. Es mi canción de cuna favorita. El columpio de madera del porche cruje suavemente, un sonido que para mí significa hogar. Este es nuestro lugar. Su rancho, que pronto será nuestro.

Su perfil, recortado contra el cielo en llamas, es la definición de la fuerza. La mandíbula firme, la nariz recta, los labios que saben ser tan gentiles como exigentes. Él inclina la cabeza y el sombrero de vaquero proyecta una sombra sobre sus ojos, pero sé que me están observando. Azules como el cielo antes de una tormenta, capaces de calmarme y de agitarme con la misma intensidad.

El diamante en el dedo de mi mano izquierda destella, capturando un último rayo de sol. Falta solo un mes para nuestra boda. Un mes para convertirme en la Sra. Montgomery. Una sonrisa tonta se extiende por mi rostro, y la escondo contra su camisa de algodón.

Pero el anillo no es mi mayor secreto.

Un pequeño secreto florece dentro de mí, minúsculo y milagroso. Hace dos semanas, dos líneas rosadas en una prueba de farmacia cambiaron mi universo. Aún no se lo he contado. Estoy esperando el momento perfecto, una noche especial, tal vez después de nuestra cena de ensayo. Quiero ver la expresión en su rostro cuando le diga que nuestra familia ya ha comenzado a crecer.

Nuestro bebé.

Un escalofrío de pura felicidad recorre mi cuerpo.

— ¿En qué piensas tanto, ángel? — Su voz es un trueno bajo, vibrando en su pecho y resonando en mí.

Levanto el rostro para encararlo.

— En nada importante.

Él arquea una ceja, con un brillo divertido y posesivo en sus ojos.

— ¿Nada importante? Tenías una sonrisa que podría iluminar la noche entera. — Se inclina, su nariz rozando la mía. — No estás pensando en huir de mí, ¿verdad? Es demasiado tarde para eso.

La amenaza velada en su tono es una broma, pero sé que por debajo de ella existe una verdad. Su único defecto: unos celos que arden como el sol del mediodía. Me quiere solo para él, y la idea de que otro hombre siquiera mire en mi dirección es suficiente para transformar su mirada gentil en acero. Pero es solo porque me ama demasiado, me digo a mí misma. Es una prueba de su pasión avasalladora.

— Nunca — susurro, sellando la promesa con un beso. — No hay lugar en el mundo al que prefiera ir.

Él sonríe contra mis labios, una sonrisa genuina que suaviza todas sus aristas.

— Bien. Porque eres mía, Savannah Harper. — Siento sus manos pesadas bajar por mi cintura, de una manera totalmente posesiva. — Hoy, mañana y para siempre.

— Y tú eres completamente mío — susurro pegada a sus labios, sintiendo una caricia en la mejilla.

Él me besa de nuevo, y esta vez no hay gentileza. Solo hay hambre. La profundidad de su promesa se transforma en una necesidad cruda que me consume por entero. Su lengua encuentra la mía en una danza posesiva, y un gemido bajo escapa de mí. Mis manos, que estaban en su pecho, suben por sus hombros anchos y se enredan en su cabello en la nuca, atrayéndolo más cerca, como si fuera posible fundir nuestros cuerpos.

No es suficiente.

Guiada por un instinto que él mismo despierta en mí, me muevo. Me deslizo de mi lugar en el columpio y, sin romper el beso, me acomodo en su regazo, con una pierna a cada lado de sus caderas. El columpio deja de moverse, protestando con un chirrido bajo nuestro peso combinado. Las manos grandes de Travis encuentran mi cintura instantáneamente, sus dedos clavándose allí como si yo fuera su propiedad, jalándome con fuerza contra la dureza de su cuerpo.

Él rompe el beso, jadeante, solo para atacar mi cuello, dejando un rastro de besos calientes y mordiscos suaves que me hacen arquear la espalda. El roce suave de su barba de unos días contra mi piel sensible envía oleadas de calor por todo mi cuerpo. Una de sus manos sube por mi espalda, sujetándome firme, mientras la otra se desliza peligrosamente hacia la curva de mi muslo.

— ¿V-Vamos a hacerlo aquí mismo? — indago jadeante.

— ¡Te quiero ahora!

Mi corazón late descontrolado, una mezcla de amor, deseo y felicidad tan intensa que parece que voy a explotar. Su mano reposa sobre la parte inferior de mi vientre por un instante, y mis ojos se llenan de lágrimas. Él no lo sabe, pero nos está sosteniendo. A mí y a nuestro bebé. Me aparto mínimamente y miro alrededor. El mundo allá afuera parece distante, un borrón de colores del crepúsculo. La única cosa nítida es la vastedad de sus tierras, que se extienden hasta donde alcanza la vista. Nadie puede vernos. Estamos solos en nuestro universo particular.

Travis percibe mi duda. Su mano aprieta mi muslo y usa esa palanca para atraerme de vuelta, pegando mi cuerpo al suyo. Sus

ojos azules se entrecierran, la diversión de antes sustituida por una intensidad feroz.

— ¿Qué pasa? — pregunta, con voz baja. — ¿Pensándolo dos veces?

Niego con la cabeza, llevando mi mano a acariciar su mandíbula áspera.

— No. Nunca. — Mi susurro está cargado de toda la sinceridad de mi corazón. — Yo solo... me estaba asegurando de que estamos solos. No quiero que Mary nos vea así.

Una sonrisa lenta y depredadora curva sus labios. Es como si dijera que si quiere tenerme aquí y ahora, a nadie le importa. Arqueo una ceja y él entiende la amenaza velada. A pesar de ser un mandón impulsivo, nunca ha hecho nada contra mi voluntad.

— Entonces vamos a solucionar eso.

Con un movimiento fluido y lleno de fuerza, se levanta del columpio, llevándome con él en sus brazos como si yo no pesara nada. Mis pies se balancean en el aire y suelto un pequeño grito de sorpresa, que se transforma en una risa. Envuelvo mis piernas en su cintura y mis brazos en su cuello, enterrando el rostro en la curva de su hombro, inhalando su olor a hombre, jabón y al polvo del rancho. Es el olor a casa.

Él no dice nada más. Solo camina con pasos firmes y determinados, cruzando el porche y pasando por la puerta abierta de la casa. Sus ojos están fijos en los míos, y en ellos veo un océano de promesas. De amor, de protección, de un futuro juntos.

En cuanto llegamos a la habitación, no me acuesta en la cama.

Me arroja.

Aterrizo en el colchón suave en una maraña de cabellos despeinados y risas, la tela ligera de mi vestido de verano subiendo por mis muslos. El sonido de la puerta de la habitación siendo pateada para cerrarse resuena tras nosotros, un punto final a cualquier duda. El mundo exterior ya no existe.

Travis sube a la cama, moviéndose sobre mí como un depredador. Me enjaula con su cuerpo, apoyándose en sus antebrazos, su peso

inmovilizándome contra el colchón. Su sombrero aún está en su cabeza, la sombra cubriendo sus ojos, pero siento el fuego de ellos quemando en mí. Se lo quita con un movimiento lento y lo lanza a un lado sin mirar. Ahora, es solo él. Desnudo y crudo.

Sus manos no son gentiles. Están hambrientas. Agarra el escote de mi vestido con las dos manos y lo rasga, el sonido de la tela partiéndose es un grito en el silencio. Los botones saltan. No hay miedo en mí. Solo una rendición absoluta a este hombre, a esta fuerza de la naturaleza que es solo mía. Arqueo mi espalda, ofreciendo más, queriendo que él me tome, que él me devore.

Arranca los restos del vestido de mí y los tira al suelo. Sus ojos recorren mi cuerpo desnudo con un hambre salvaje que me hace temblar. Se aparta solo lo suficiente para deshacerse de su propia ropa. El cinturón de cuero se suelta con un chasquido, la hebilla de metal golpea el suelo. Empuja los jeans hacia abajo con impaciencia, revelándose ante mí.

Mi aliento se queda atrapado en la garganta, y no importa cuántas veces lo vea desnudo, siempre siento mi cuerpo erizarse al verlo así.

Está totalmente duro, magnífico en su fuerza. Conozco cada uno de sus veintidós centímetros de color, el grosor que me llena perfectamente, la vena gruesa que pulsa con vida a lo largo de su longitud. Es una visión avasalladora, una promesa de dolor y placer, de sumisión y éxtasis. Es el arma con la cual él me deshace y me rehace, una y otra vez. Y la deseo más que al propio aire.

Él ve hacia dónde estoy mirando, y una sonrisa salvaje y orgullosa se extiende por su rostro.

— ¿Te gusta lo que ves, ángel? Es todo tuyo.

Vuelve a posicionarse sobre mí, sus rodillas abriendo mis piernas con una autoridad que no permite objeciones. Su mano grande y áspera baja hasta mi intimidad ya húmeda, sus dedos invadiéndome sin aviso. Grito, un sonido agudo de choque y placer. Él me prepara con movimientos rudos y precisos, conociendo mi cuerpo tan bien como conoce el suyo.

— Dilo, Savannah — ordena, su boca cerca de mi oído, el aliento caliente erizándome. — Di a quién perteneces.

— A ti — jadeo, retorciéndome bajo su toque. — Soy tuya, Travis. Solo tuya.

La confesión es como una chispa en la pólvora.

Se posiciona en mi entrada, y el primer impulso no es una invitación. Es una invasión. Me llena completamente con un único movimiento poderoso, robándome el aire y haciéndome clavar las uñas en su espalda. El dolor delicioso me ciega por un segundo, antes de transformarse en un placer avasallador.

Cada estocada es profunda, brutal, una reivindicación. Él no está haciendo el amor conmigo; me está marcando, grabando su nombre en cada célula de mi ser. El columpio del porche, la cena de ensayo, el mundo entero se disuelve. Solo existe el ritmo primitivo de nuestros cuerpos colisionando, el sonido de piel contra piel, nuestros gemidos mezclándose en el aire pesado. Él sujeta mi cabello con fuerza, inclinando mi cabeza hacia atrás para forzarme a mirarlo, a ser testigo de la pérdida de control en su rostro.

Cuando pienso en cerrar los ojos, para entregarme completamente a la sensación de mi cuerpo partiéndose bajo el suyo, siento un tirón más firme en mi cabello, forzando mi cabeza hacia atrás.

Obedezco, mis ojos fijándose en los suyos, y lo que veo allí me deshace. Deseo. Posesión. Amor. Un amor tan feroz que roza la locura. No es solo lujuria; es la necesidad cruda de consumirme, de fundirse conmigo. Y, en vez de encogerme, me expando para encontrar esa necesidad con la mía.

Llevo mi mano hasta su rostro, mis dedos temblando mientras trazan la línea de su mandíbula sudada. Lo atraigo para un beso.

Mi boca choca con la suya. No es una petición, es una declaración. Lo beso con la misma ferocidad con la que él me folla, mi lengua invadiendo la suya, reclamándolo de la misma forma que él me reclama a mí. Un sonido gutural de sorpresa y aprobación vibra en su pecho. Él no estaba esperando eso, pero se entrega, dejándome liderar por un instante que quita el aliento.

Es la chispa que incendia el bosque entero.

Él retoma el control con una furia renovada, el beso convirtiéndose en una batalla salvaje por el dominio. El ritmo de sus caderas, que ya era brutal, se vuelve frenético, despiadado. Me está llevando al límite, y lo sabe. Mi visión se nubla, los bordes de la habitación se oscurecen, y la única realidad es él. Él dentro de mí, él en mi boca, su olor, su sudor, el sonido de su corazón latiendo como un tambor de guerra contra el mío.

La presión se acumula en mí, un nudo de placer tan intenso que roza el dolor. Me aferro a sus hombros anchos, mis uñas clavándose en su espalda mientras él nos lleva cada vez más alto.
Grita mi nombre en el clímax, un sonido gutural de posesión y liberación que parece sacudir los propios cimientos de la casa. Y al segundo siguiente, me deshago en sus brazos, mi propio grito ahogado contra su hombro mientras mi cuerpo se quiebra en un millón de pedazos brillantes.

Nos quedamos así por un largo tiempo, enredados en las sábanas, nuestros cuerpos sudados y nuestros corazones latiendo al unísono. Su respiración caliente aún acaricia mi cuello. Me acerca más, su brazo un peso pesado y reconfortante sobre mí, inmovilizándome contra su cuerpo como si temiera que pudiera desaparecer.

— Por mí nos casaríamos mañana mismo — susurra contra mi cabello, su voz ahora calmada, pero aún cargada de la misma certeza de antes.

Sonrío en la oscuridad, una sonrisa cansada y satisfecha.

— Es usted muy impaciente, Doctor Montgomery — murmuro risueña.

— ¿Impaciente? — cuestiona y se acuesta de espaldas en el colchón. Su pectoral sudado, con algunos vellos rubios esparcidos, llama mi atención. — Tres meses preparando una boda es una tortura.

— Falta solo un mes ahora.

Pongo los ojos en blanco y me siento, jalando la sábana para cubrir mis pechos, súbitamente tímida bajo la intensidad de su mirada, incluso en la penumbra.

Su sonrisa se deshace. Con un movimiento rápido, él se sienta también, y sus manos grandes encuentran las mías, apartándolas gentilmente, pero con firmeza, de donde sujetan la sábana. La tela se desliza hacia mi regazo, dejándome expuesta nuevamente.

— No — dice, la voz un terciopelo áspero. — No te escondas de mí. Nunca.

Su mirada baja por mi cuerpo, un fuego lento que calienta cada centímetro de mi piel. Ya no es la mirada hambrienta de antes, sino algo más profundo, más posesivo. Es una mirada de dueño, de quien admira lo que le pertenece.

— Aun así es demasiado tiempo para esperar para llamar mi esposa a la mujer que ya es mía en todos los sentidos — continúa, su mano subiendo por mi estómago y deteniéndose para acariciar la curva de mi seno. Frunce el ceño ligeramente. — Pareces... diferente.

Mi corazón se detiene por una fracción de segundo. ¿Él lo sabe?

— ¿Diferente cómo? — pregunto, intentando mantener mi voz estable.

— Más llena. Más... mujer — dice, su voz llena de admiración cruda. Se inclina y besa mi hombro. — La felicidad te sienta bien, ángel.

Suelto el aire que ni sabía que estaba conteniendo. La felicidad. Si él supiera la verdadera profundidad de mi felicidad.

— Es todo culpa tuya — susurro, llevando mi mano a su rostro y acariciando su barba incipiente. Él se inclina ante mi toque como un gato grande y satisfecho.

— Asumo toda la culpa. Y voy a continuar siendo culpable por el resto de tu vida.

Me tira hacia abajo, acurrucándome en su pecho. Mi cabeza encuentra el lugar perfecto en su hombro, y escucho el latido fuerte y constante de su corazón bajo mi oído. La misma canción de cuna

del principio. Su olor me envuelve, una mezcla de sudor, sexo y seguridad.

— ¡Ah! Hablando de la boda — dice, cambiando de tema mientras su mano sube por mi estómago —, no podemos olvidar la cena en casa de mi madre el sábado.

Suelto un suspiro involuntario y mi cuerpo se tensa. La mención de Delilah Montgomery es como un cubo de agua fría. Travis lo percibe inmediatamente. Me sube a su regazo de lado, envolviéndome en sus brazos, un gesto protector.

— Ey. ¿Qué fue eso?

— Nada. Es solo que... tu madre me odia.

— Ella no te odia. Solo se está... adaptando.

Me aparto para mirarlo mejor.

— ¿Adaptándose a la idea de que su precioso hijo, de 36 años, se va a casar con una chica pobre de la ciudad, de 27, que no tiene un fondo fiduciario del tamaño de Texas? — Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

La forma en que Delilah me mira, como si yo fuera suciedad en su zapato de diseñador, todavía me duele.

— Tengo 35 — replica burlón, pongo los ojos en blanco. — La única cosa que importa es que te amo — dice con firmeza, su barbilla apoyada en la coronilla de mi cabeza. — Su dinero, el apellido de nuestra familia... nada de eso importa. Eres tú a quien elegí. Ella lo superará.

Quiero creerle. Y para animarme, continúa:

— ¿Y quieres saber una cosa que te hará olvidarte de ella? Hablé con el hospital hoy. Mis vacaciones están aprobadas. A partir del próximo mes, soy todo tuyo por dos meses enteros.

Me aparto para mirarlo, mis ojos abriéndose de par en par.

— ¿Dos meses? Travis, ¡eso es increíble! Un médico como tú...

— Un médico como yo necesita una luna de miel adecuada con su esposa. Solo tú, yo, un resort de lujo, y el mar más azul que hayas visto. Sin llamadas, sin emergencias. Solo nosotros.

La imagen es tan perfecta que casi lloro.

— No puedo esperar — digo, mi humor mejorando instantáneamente. Una sonrisa maliciosa se forma en mis labios. — Y yo ya hice mi parte. Compré unos bikinis nuevos... especialmente para ti.

Su mirada se enciende con interés.

— ¿En serio?

— Sí. Creo que te gustarán. Son... bastante pequeños. Del tipo hilo dental, que apenas cubren lo esencial.

El fuego en sus ojos cambia. La llama del deseo es sustituida por una brasa fría y dura. Su mano, que estaba acariciando mi espalda, se detiene. Su cuerpo entero se tensa.

— ¿Pequeños cómo? — pregunta, la voz peligrosamente baja.
Siento el cambio, la tormenta formándose en el horizonte, pero continúo, intentando mantener el tono de broma.

— Del tipo que te volverá loco.

— ¿Y pretendes usar esos... pedazos de tela... en una playa pública? — gruñe, el tono de broma completamente desaparecido. — ¿Donde cualquier desgraciado puede mirar lo que es mío?
Mi sonrisa muere.

— Travis, es solo un bikini. Los compré para ti.

— Entonces los usarás en nuestro porche privado. En la playa, usarás algo que te cubra — decreta, su mano apretando mi cadera con una fuerza posesiva. — No voy a compartir la visión de tu cuerpo con nadie. ¿Fui claro?

Lo encaro, viendo la seriedad mortal en su rostro. Sus celos son un arma de doble filo: me hacen sentir la mujer más deseada del mundo y, al mismo tiempo, una prisionera. Pero lo amo. Amo incluso esa parte oscura y posesiva de él.

Asiento lentamente.

— Cristalino, Doctor.

Se inclina y me besa, un beso duro y posesivo que sella su mandato. Y yo me derrito, como siempre hago.

Capítulo 02



Savannah

El motor de la camioneta de Travis ronronea como una fiera satisfecha, un sonido grave y constante que vibra a través del asiento de cuero y sube por mi columna. Es una Ford F-250, negra e imponente, lo suficientemente grande para dominar cualquier carretera y, aun así, aquí dentro, con él, parece el lugar más seguro del mundo. El olor familiar a cuero, de su loción de afeitar amaderada y de un leve toque de antiséptico del hospital me envuelve, una combinación que es únicamente suya.

Él conduce con una mano en el volante, la otra posada en mi muslo, su pulgar haciendo círculos lentos y perezosos sobre mis jeans. Cada toque, incluso el más casual, está cargado de una posesividad latente que me hace estremecer.

— ¿Estás segura de que no quieres que entre contigo? — pregunta por tercera vez, sus ojos azules desviándose de la carretera por un segundo para analizarme.

— Segura — respondo con una sonrisa, girándome hacia él. — Tienes pacientes que ver, Doctor. Y soy una chica grande, sé cruzar un centro comercial sola.

Él se detiene en el semáforo en rojo afuera de la entrada principal de la Galleria. Su pulgar deja de moverse.

— No eres cualquier chica grande. Eres mi chica.

Es el Travis protector hablando, el lado de él que quiere envolverme en plástico de burbujas y mantenerme a salvo de todo, desde un resfriado hasta las miradas de otros hombres. Es sofocante y, al mismo tiempo, increíblemente reconfortante.

— Estaré bien — prometo. — Es una misión rápida. Entrar, comprar una cosita para la decoración de la boda y salir.

Una mentira suave. La verdad está guardada en una pequeña caja de regalo imaginaria en mi mente, esperando volverse real.

— De acuerdo. — El semáforo cambia, y él maniobra la camioneta hacia la zona de desembarque. No apaga el motor. — Pero no tardes mucho. Y si algún idiota te molesta, si necesitas cualquier cosa, cualquier cosa de verdad, me llamas. Lo dejo todo y vengo a buscarte en cinco minutos. ¿Entendido?

— Entendido, General Montgomery — bromeo, pero mi corazón se calienta con la seriedad en su voz.

Él se inclina, y encuentro sus labios a mitad de camino. Esperaba un beso rápido, un piquito de despedida. Pero Travis no hace nada a medias. El beso comienza lento, una exploración tierna que desmiente la fuerza bruta que él posee. Su lengua traza mi labio inferior antes de pedir entrada, y se la concedo con un suspiro. Es un beso profundo, perezoso y lleno de promesas. Promesas de la noche anterior, de nuestra luna de miel, de una vida entera.

El calor se extiende por mí, denso y familiar. Mi mano sube a su nuca, mis dedos enredándose en su cabello corto. El beso se profundiza, la ternura dando paso a esa hambre que está siempre al acecho bajo la superficie. Siento su mano apretar mi muslo, sus dedos clavándose en mi carne, y un sonido bajo y gutural vibra en su pecho.

Se aparta abruptamente, jadeante. Sus ojos están oscuros, tormentosos.

— Maldición, Savannah. Si no bajas de esta camioneta ahora, te voy a arrastrar al asiento de atrás y te voy a follar hasta que olvides tu propio nombre. Al diablo con el hospital.

Una risa burbujeante escapa de mí, rompiendo la tensión. Ver a este hombre poderoso, siempre en control, tan deshecho por un simple beso, me llena de un poder vertiginoso.

— Creo que tus pacientes no apreciarían eso — provoco, dándole un último piquito rápido. — Te veo más tarde.

— Más tarde — gruñe, con los nudillos blancos en el volante. Me observa salir, sus ojos siguiendo cada movimiento mío hasta que cierro la puerta.

Le digo adiós con la mano y me giro, caminando hacia las puertas de cristal del centro comercial. No necesito mirar atrás para saber que solo se irá cuando esté seguro de que estoy a salvo allí dentro.

La verdad es que la tienda de decoración de bodas está al otro lado del centro comercial. Mi destino real es mucho más cercano, y mucho más secreto. "Carter's & Little Sprouts", una tienda adorable llena de todo lo que un bebé podría necesitar, me llama como un faro.

El aire acondicionado del centro comercial es un alivio bienvenido del calor texano. Ignoro los escaparates de marca y sigo directo hacia mi objetivo. Al entrar en la tienda, una sonrisa tonta se extiende por mi rostro. El lugar es un paraíso en tonos pastel. Pequeños mamelucos con dibujos de animales, vestidos de encaje en miniatura, móviles que tocan canciones de cuna suaves.

Mi corazón late un poco más rápido. Es aquí donde comienza mi nueva vida.

Vago por los pasillos, mis dedos rozando las telas suaves. Imagino a nuestro bebé usando un trajecito de dinosaurio. O una pequeña diadema con un lazo. ¿Sería niño o niña? No importa. Será amado, tan amado que duele.

Entonces los veo. En un pequeño estante destacado, un par de zapatitos que me roban el aliento. No son zapatos de tela comunes. Son pequeñas botas de vaquero en miniatura, hechas del cuero más suave, con costuras intrincadas. Son la copia exacta de las botas que Travis usa cuando está en el rancho.

Es perfecto.

Tomo el par minúsculo, sosteniéndolo en la palma de mi mano. Es tan pequeño, tan increíblemente pequeño. Imagino los piecitos de nuestro bebé dentro de ellas. Mi pecho se aprieta con una emoción tan avasalladora que necesito apoyarme en una estantería para sostenerme. Es real. Está sucediendo. Dentro de mí, una vida minúscula que es mitad mía y mitad del hombre que amo más que a mi propia vida, está creciendo.

Las lágrimas que contenía desde la noche anterior finalmente escapan. Me las limpio rápidamente con el dorso de la mano, mirando alrededor para ver si alguien ha notado mi momento de debilidad.

— ¿Savannah? ¿Savannah Harper, eres tú?

Me giro al oír mi nombre y veo un rostro amigable y familiar. Es Mark, uno de los analistas de marketing de la empresa donde trabajaba antes de renunciar para concentrarme en los preparativos de la boda. A su lado está su esposa, Sarah, cuyo rostro se ilumina en una sonrisa cálida. Su barriga está prominente y redonda bajo un vestido floral.

— ¡Mark! ¡Sarah! ¡Qué coincidencia! — digo, con una sonrisa genuina. — ¿Cómo están? Sarah, estás... radiante.

— Radiante y exhausta — ríe ella, colocando una mano protectora sobre su vientre. — Estamos en la recta final. Faltan solo seis semanas.

— Estamos en una misión de pánico para comprar una cuna que no ocupe la mitad de nuestro apartamento — añade Mark, pasando un brazo por los hombros de su esposa. La adoración en su mirada es palpable.

— Ah, lo entiendo perfectamente. Hay tantas opciones, es fácil perderse — digo, mi mano apretando inconscientemente los zapatitos de cuero.

Los ojos de Sarah siguen mi gesto y se posan en el par de botas en miniatura. Un brillo de complicidad surge en su rostro.

— Vaya, esas son las cosas más tiernas que he visto. — murmura sonriente. — ¿Qué haces aquí? Tú...

Mi cara se calienta. No estaba lista para contárselo a nadie, pero la mirada gentil y animada de Sarah me ha desarmado.

— Shhh — susurro, poniendo un dedo en los labios, pero no puedo contener la sonrisa. — Es muy reciente. Aún ni siquiera se lo he contado a él.

Sarah suelta un pequeño grito de alegría, agarrando el brazo de Mark.

— Amor, ¿has oído eso? ¡Savannah va a tener un bebé!

— ¡Eso es fantástico, Savannah! ¡Felicidades! ¡Travis va a estar en las nubes! — dice Mark, su rostro abriéndose en una sonrisa enorme.

— Espero que sí. Quiero darle una sorpresa. Esto — digo, levantando las botitas — es parte del regalo.

— Oh, Dios mío, va a llorar — dice Sarah, con los ojos llorosos. — Es la manera más perfecta de contarlo.

Su felicidad es tan contagiosa que me siento flotar. En un impulso, los abrazo. Primero a Sarah, con cuidado por su barriga, y luego a Mark. Es un abrazo rápido y cálido, lleno de alegría compartida y felicitaciones sinceras.

— Me alegro tanto por ustedes. Y estoy tan feliz de encontrarlos aquí. Parece una señal.

— Definitivamente lo es — concuerda Sarah.

En ese exacto momento, una sombra fría parece pasar sobre la tienda. Una voz cortante, pulida como el vidrio y fría como el hielo, corta el aire.

— Travis me dijo que estarías haciendo compras para la boda. No imaginé que sería en este pasillo en particular, Savannah.

Mi sangre se hiela. No necesito girarme para saber a quién pertenece esa voz. Delilah Montgomery.

Lentamente, me giro. Allí está ella, la personificación de la elegancia rica y hostil. Su cabello rubio platino está en un moño perfecto, sin un pelo fuera de lugar. Viste un traje blanco que

probablemente cuesta más que mi alquiler de seis meses. A su lado, como una dama de compañía venenosa, está Tiffany Preston, la exnovia de Travis. Tiffany, con su cabello castaño sedoso, su sonrisa perfectamente blanca y su aire de heredera petrolera, es todo lo que Delilah siempre quiso para su hijo.

Los ojos de Delilah me evalúan de arriba a abajo, y su expresión de desdén mal disimulado hace que se me revuelva el estómago. Ignora completamente a Mark y a Sarah, como si fueran parte del mobiliario.

— Hola, Delilah. Tiffany — digo, con la voz más firme de lo que esperaba.

— ¡Savannah, querida! — dice Tiffany con una dulzura que me causa náuseas. Sus ojos centellean, posándose en Mark, que está ligeramente detrás de mí, antes de volver a mí. — ¿Haciendo nuevos amigos?

El subtexto es claro: cambiando a tu prometido rico por un don nadie en cuanto él te da la espalda. Mark y Sarah, sintiendo la tensión insoportable, se despiden apresuradamente.

— Fue genial verte, Savannah. ¡Llámanos! — susurra Sarah, antes de tirar de Mark para alejarse.

Ahora estoy sola, un cordero rodeado por dos lobas con piel de Chanel.

— ¿Qué haces aquí, Delilah? — pregunto, decidiendo que la mejor defensa es el ataque.

— Estábamos almorzando y Tiffany necesitaba comprar un regalo para el baby shower de su prima. Qué coincidencia encontrarte aquí. — Sus ojos azules, una versión fría y sin vida de los de Travis, se fijan en las botitas en mi mano. Una sonrisa fina y cruel curva sus labios. — No me digas que te estás haciendo ideas. ¿Un bebé? Querida, apenas logras mantenerte firme en nuestra familia. No intentes correr antes de aprender a caminar.

La humillación quema en mi rostro. Ella está diciendo, delante de la ex de él, que no soy lo suficientemente buena, que mi lugar aún no está garantizado.

— Es solo un regalo, como el de Tiffany — replico, mi voz goteando sarcasmo.

— Claro que lo es — interviene Tiffany, su voz suave como la seda. — Pero es curioso, ¿no? Travis te deja en el centro comercial por una hora y lo primero que haces es venir a una tienda de bebés y abrazar a otro hombre. Lo vi todo desde la entrada de la tienda. Si no te conociera, podría pensar cosas...

Mi sangre hierve. La rabia sube por mi garganta, caliente y amarga. Lo están haciendo a propósito. Retorciéndolo todo, plantando veneno. El recuerdo de los celos de Travis la noche anterior parpadea en mi mente como una alerta roja. Ellas saben exactamente qué botón apretar.

Fijo mis ojos en Delilah, luego en Tiffany. Su sonrisa presuntuosa, la certeza de que me han acorralado. Y en ese momento, una claridad fría me invade. No voy a jugar este juego. No voy a defenderme. No les debo nada.

Sin decir una palabra, me doy la vuelta. Camino hasta la caja, coloco las botitas en el mostrador y pago por ellas con mi tarjeta de crédito, mis manos temblando de rabia. Siento sus ojos en mi espalda, esperando una reacción, una explosión, lágrimas. No les doy la satisfacción.

Tomo la pequeña bolsa de compras y salgo de la tienda sin mirar atrás. Dejo a las dos paradas en medio del pasillo de ropa de bebé, hablando solas. La pequeña victoria tiene un sabor amargo, porque sé que esto no ha terminado. Es solo el comienzo.

El resto del día pasa en un borrón de ansiedad. La alegría de la mañana se ha evaporado, sustituida por una aprensión que se instala en mi estómago. Vago por el centro comercial, pero no veo nada. La bolsa en mi mano parece pesar una tonelada. El regalo perfecto ahora parece una prueba de un crimen que no cometí. La cena romántica que planeé para la revelación parece una fantasía distante.

Debería llamar a Travis. Debería contarle lo que pasó. Pero, ¿cómo? "Hola, amor, tu madre y tu ex me emboscaron e insinuaron que te estoy engañando". Eso solo lo pondría furioso y lo enfrentaría

a su propia madre, algo que no quería hacer. El orgullo me lo impide. Yo me encargaré de esto. Nosotros estamos bien. Lo que diga Delilah no importa.

Me repito esto a mí misma como un mantra, pero no lo creo.

Finalmente, llega el final de la tarde. En lugar de esperarlo en casa, decido ir al hospital. Necesito verlo. Necesito el calor de sus brazos para alejar el frío que Delilah dejó en mí. Necesito la certeza de su amor para recordarme que esas mujeres no tienen poder sobre nosotros.

El hospital es un laberinto de pasillos blancos y olor a limpieza. La recepcionista del ala de cardiología, una mujer mayor llamada Monroe, me da una sonrisa forzada cuando pregunto por el Dr. Montgomery.

— Está en su despacho, querida. Creo que ya terminó por hoy.

Hay algo extraño en su tono, una pizca de lástima. Lo ignoro.

La puerta de la oficina de Travis está entreabierta. Toco suavemente y entro. Antes de que pueda decir algo, noto su semblante. Las palabras mueren en mi boca.

Está sentado detrás de su gran escritorio de caoba, pero no está relajado como suele estar al final del día. Está rígido, erguido, vestido con su bata blanca impecable sobre una camisa de vestir azul. Su rostro es impasible, una máscara de profesionalismo frío que usa con pacientes difíciles, no conmigo. No sonríe. No se levanta. Sus ojos azules, que por la mañana estaban llenos de calor y deseo, ahora son dos trozos de hielo.

— ¿Qué cara es esa? — pregunto confundida.

— Siéntate.

No es una invitación. Es una orden. Mi corazón comienza a martillear contra mis costillas, un ritmo de pánico. Dejo mi bolso y la pequeña bolsa de compras en una de las sillas de cuero frente a su escritorio y me siento en la otra. El silencio en la sala es pesado, sofocante.

Junta las manos sobre la mesa, los dedos entrelazados. Un gesto que grita control.

— ¿Dónde has estado? — pregunta, su voz calmada, nivelada, y mil veces más aterradora que si estuviera gritando.

Frunzo el ceño sin comprender.

— ¿Qué? Yo... yo estaba en el centro comercial, como te dije. ¿Por qué?

Un músculo salta en su mandíbula. Es la única señal de que hay una tormenta furiosa detrás de esa fachada helada.

— Eso es interesante — murmura recostándose en la silla. — Porque te dejé en la puerta del centro comercial a las diez de la mañana. Y quince minutos después, ya no estabas allí.

Mi cerebro lucha para procesar sus palabras.

— ¿Qué quieres decir con que "ya no estaba allí"? Me quedé en el centro comercial durante horas.

— No, no te quedaste — afirma Travis, como si estuviera declarando un hecho irrefutable. — Entraste, y poco después, saliste apresurada por la misma puerta y te fuiste a algún otro lugar. Así que, te pregunto de nuevo: ¿a dónde fuiste, Savannah?

El aire huye de mis pulmones. El escenario que Tiffany y Delilah pintaron. La prisa. La salida. Es la versión de ellas. Ellas lo llamaron.

— ¿Quién te dijo eso? — mi voz es un susurro tembloroso, la rabia de antes siendo tragada por un miedo helado. — ¿Quién te contó esa mentira absurda?

Él me encara, sus ojos sin parpadear.

— Mi madre me llamó. Ella te vio.

— ¡¿Tu madre?! — casi grito, poniéndome de pie. — ¡Travis, tu madre y Tiffany me encontraron en la tienda! Ellas... ¡ellas estaban intentando provocarme! Y aparentemente, te mintieron y tú les creíste.

— Mi madre no tiene motivos para mentir sobre algo así — niega con la cabeza. — Ella estaba preocupada. Me dijo que parecías agitada, que estabas con un hombre...

Pongo los ojos en blanco y me levanto de donde estoy. Bajo su mirada felina, me siento en su regazo. Sus manos van a mi cintura

por puro instinto, pero no hay calor en ellas. Son solo pesos. Él permanece rígido.

— No estaba con ningún hombre — replico. — ¡Por coincidencia me encontré con un antiguo compañero de trabajo! ¡Estaba con su esposa embarazada! Fue solo eso.

— Savannah...

— Y me ofende mucho tu falta de confianza — lo interrumpo. Travis suspira. — Te amo, Travis.

Miro la pequeña bolsa en la silla. La prueba. Mi salvación. Podría tomarla, abrir la caja, colocar las botitas minúsculas en su escritorio y acabar con aquella locura. ¡Estoy embarazada, idiota celoso! ¡Es por eso que estaba en la tienda de bebés!

Pero las palabras no salen.

Este no es el momento. No así. No en medio de una pelea, con acusaciones feas flotando en el aire. No como una defensa, como una excusa. La noticia de nuestro bebé, el momento más sagrado y feliz de mi vida, no puede nacer en un ambiente tan tóxico. Sería mancharlo para siempre. Imaginé su rostro iluminándose de alegría, no retorciéndose de sospecha.

Así que guardo mi secreto, mi arma, mi verdad. Lo guardo con la esperanza de que él me crea. Con la esperanza de que nuestro amor sea más fuerte que el veneno de su madre.

— Tu madre me odia — digo, mi voz quebrándose. — Nunca le voy a agradar.

— Ella no te odia — responde y enseguida suspira. — Es su forma de ser, un poco difícil. ¿O acaso ella te ha hecho algo?

La pregunta flota en el aire, pesada con un significado que solo nosotros dos entendemos. Es una tabla de salvación. Una oportunidad de darle una razón para dudar de su palabra. Y la verdad grita dentro de mí. ¡Sí! ¡Sí, ella ya lo hizo! Me humilló en cenas familiares, hizo comentarios maliciosos sobre mi ropa, mi educación, mi origen. Me dijo en tu cara que yo nunca sería lo suficientemente buena para el apellido Montgomery.

Contengo las ganas de decir: Sí, y muchas veces.

Pero solo niego con la cabeza, sintiendo el gusto amargo de la mentira en mi boca. Decir la verdad ahora sonaría a desesperación, a un intento patético de difamar a su madre para salvarme. Yo no haría eso. Quería que él confiara en mí. En mí. Quería que me mirara a los ojos y viera la verdad, independientemente de lo que dijeran los demás.

— No. — suelto un suspiro y, un poco cansada, toco su rostro. — Eres muy celoso. ¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo?

Mi pregunta me duele, pero necesito saberlo. Flota en el aire entre nosotros, un desafío vulnerable. La mirada de Travis vacila por un instante, sorprendido por mi pregunta. La furia en sus ojos da paso a una confusión dolorosa. Asiente con la cabeza, un movimiento brusco y enfático.

— Claro que quiero casarme contigo, Savannah — su voz suena extremadamente posesiva. — Te amo, más que a nada. Soy capaz de cualquier cosa por ti. Solo que no soporto saber de esa posibilidad de que me dejes. De que otro hombre te toque.

Un alivio frágil y peligroso inunda mi cuerpo. Él me ama. Aún me ama. Solo tiene miedo. Puedo arreglar esto. Nosotros podemos arreglar esto. Ese nudo de pánico en mi pecho se afloja un poco.

— Nunca voy a dejarte, Travis — susurro, y es la promesa más honesta que he hecho. — Y nadie más va a tocarme. Nunca. Soy completamente tuya, amor... para siempre. Celoso.

Su agarre en mi mano se suaviza. Sonrío y acerco nuestros labios.

— Perdóname — pide, yo solo asiento con la cabeza. — Hoy ha sido uno de esos días — intenta sonreír. — Te mandé mensajes, te llamé y no me respondiste.

— Ah, no lo vi — aviso con una pequeña sonrisa de culpa. — Caminé mucho por el centro comercial, podría haber ido a casa y haberte esperado desnuda en nuestra cama.

— Qué tentador.

— Pero decidí venir aquí y buscar a mi hombre. — acaricio su cuello lentamente con los dedos. — Estamos bien, ¿verdad?

Travis respira hondo, pero al final asiente. Una mano continúa en mi cintura, pero la otra sube hasta mi rostro. Donde allí, me hace una caricia en la barbilla.

— Solo te pido una cosa — murmura con la voz ronca. — No me mientas, ¿de acuerdo?

Me tenso por un momento, pero asiento.

— De acuerdo.

— Y prometo que voy a intentar controlarme. Eres una mujer increíble, Savannah. Tengo suerte de tenerte y de que hayas aceptado ser mía. Sé que no soy fácil de llevar.

— No, no lo eres.

Él se ríe y me besa.

— Pero sabes que te amo.

Sonrío más abiertamente. Tener a un hombre de ese tamaño, sexy, protector, celoso, posesivo y mandón, diciendo que me ama, es como ganar la lotería del deseo.

— Y yo te amo demasiado — susurro, pasando las manos por su cuello. — Y amo la forma en que me cuidas, incluso cuando tus celos hablan más alto.

Él me atrae aún más cerca, su mirada caliente y llena de promesas.

— ¿Cómo no tener celos de ti? — pregunta, con la voz ronca, los ojos quemando en los míos. — Tan hermosa y deliciosa.

— ¿Deliciosa? — repito, y él asiente.

Con una sonrisa provocativa, llevo los dedos hasta el escote y jalo la tela hacia un lado, exponiendo mi pecho. Su mirada se oscurece, y ya no se contiene.

En un impulso salvaje, atrapa mi seno con la boca caliente, hambriento. Gime contra mi piel mientras succiona con hambre, como si necesitara aquello más que el aire. Su lengua es caliente, exigente, circulando el pezón ya endurecido, mientras me sujeta con fuerza, manteniendo mi cuerpo firme sobre el suyo.

Arqueo la espalda, las manos enterrándose en su cabello mientras suelto un gemido bajo, incapaz de contener el placer.

— ¿No aguantas a esperar hasta que estemos en casa? — pregunta entre una succión y otra, la voz ahogada y cruda. — Eres mi perdición.

Succiona con más fuerza, como si quisiera marcarme, poseerme de adentro hacia afuera. Sus dientes arañan levemente, provocando ese escalofrío eléctrico que baja por mi columna y pulsa directo entre mis piernas.

— Eres mía — gruñe contra mi pecho, con la boca aún caliente y pegada a mí.

Suelta mi seno con un chasquido húmedo, solo para lamer alrededor, como si fuera adicto a mi sabor, y entonces vuelve a succionar con más hambre, más intensidad. Mi cuerpo entero reacciona, temblando, jadeando sobre él.

Mis manos se aferran a los hombros anchos protegidos por la bata. Miro hacia abajo y casi pierdo el aire con la escena ante mí.

Él está ahí, con el rostro enterrado en mi pecho, succionando mi seno con una devoción cruda, posesiva, como si nada más importara. Los ojos cerrados, el ceño levemente fruncido, como si estuviera saciando un hambre antigua, una necesidad que solo yo consigo calmar.

A cada succión profunda, emite un sonido ronco, casi un gemido ahogado. Siento el calor de su boca extenderse por mi piel, reverberando por mi cuerpo como ondas eléctricas. Su cabello roza mi clavícula y mis dedos se enredan allí, acariciando, jalando levemente, atrapada entre la ternura y el deseo.

Mi corazón late tan rápido que parece que va a explotar. Observo sus labios cerrándose alrededor del pezón, la lengua jugando, lamiendo, adorando... y todo lo que consigo pensar es cuánto me desea. Cuánto me posee. Cuánto me necesita, exactamente así.

Abre los ojos y me encara mientras aún succiona, la mirada azul oscuro, dilatada, salvaje. La boca no suelta, pero los ojos lo dicen todo: eres mía. Entera.

Envueltas en aquel placer, aun así escucho que llaman a la puerta. Rápidamente me aparto de él y me pongo de pie. Travis

maldice por lo bajo y se recompone, yo hago lo mismo.

— ¿Sí?

La puerta se abre lentamente, entonces la recepcionista nos sonríe.

— Ya me voy, Dr. Montgomery. Tengo su agenda para mañana actualizada.

— Gracias, Srta. Monroe. — Ella extiende la agenda y yo la tomo. Poco después, sale cerrando la puerta. — Maldición. Necesitamos terminar esto en casa.

— Entonces vámonos rápido, Dr. Montgomery — digo entregándole la agenda. — Nuestra noche apenas comenzó.

Suelta una risa ronca, sin humor, pasándose la mano por el cabello como si intentara mantener el control.

— No tienes idea de cuánto vas a pagar por esto cuando lleguemos a casa.

Me encojo de hombros, inocente.

— Entonces es mejor no perder el tiempo, doctor.

Cruza el consultorio con pasos decididos, toma la llave, apaga las luces y, antes de abrir la puerta, se gira y me encara una vez más.

— En el coche, te sientas en el asiento del pasajero y mantienes las piernas cerradas. O juro por Dios que paro en el primer rincón oscuro y termino lo que empezamos aquí.

Trago saliva, pero sonrío, porque sé que él cumple lo que promete.

— Sí, señor.

Y con eso, abre la puerta y me da paso, los ojos aún quemando en mí, como si cada paso que diera fuera una cuenta regresiva para algo mucho, mucho más intenso.

Capítulo 03



Travis

La luz fluorescente de mi consultorio es un zumbido constante y estéril en el fondo de mi mente. Frente a mí, la ficha de un paciente de setenta y dos años, el Sr. Henderson, me mira con una lista de complicaciones que harían sudar frío a un médico menos experimentado. Estenosis aórtica, fibrilación auricular, antecedentes de dos infartos. Un caso complejo que llevaba siguiendo desde hacía meses.

Deslizo el dedo por la pantalla de la tableta, analizando los últimos ecocardiogramas. Necesito dejar anotaciones impecables para el Dr. Evans. Él cubrirá mis casos más críticos durante los próximos dos meses. Dos meses. La idea aún parece surrealista. Sesenta días sin pitidos de monitores, sin el olor a antiséptico impregnado en mi piel, sin decisiones de vida o muerte pesando sobre mis hombros.

Sesenta días solo con Savannah.

Una sonrisa tira de la comisura de mi boca. La imagen de ella en la playa, con el sol dorando su piel y el cabello oscuro volando con la brisa del mar, es un incentivo más poderoso que cualquier cantidad de cafeína. Nuestra luna de miel. Nuestra boda. El comienzo oficial de nuestra vida. La simple idea es una bocanada de aire fresco en este ambiente hermético.

Mi móvil personal vibra sobre la mesa, arrancándome de mis reflexiones. Su nombre ilumina la pantalla, acompañado de una foto que tomé en un pícnic en el rancho, con ella riendo y un diente de león prendido en el cabello. Contesto a la videollamada, recostándome en mi silla de cuero.

Su rostro llena la pantalla, y mi mundo entero se reajusta, enfocándose en ella. Está un poco sudada, con un mechón de cabello pegado a la frente y una gota de algo que parece ser pintura blanca en la mejilla. Está hermosa.

— Hola, doctor. ¿Interrumpiendo algo importante? — su voz suena un poco jadeante, pero llena de calor.

— Nada más importante que esto — respondo, mi voz más suave de lo normal. — ¿Qué estás tramando? Parece que te metiste en una pelea con una lata de pintura y perdiste.

Ella ríe, un sonido que resuena por el altavoz y parece calentar la sala estéril.

— Muy gracioso. Estoy en plena misión de planificación. Mamá y yo estamos haciendo la lista final para la casa nueva.

Gira la cámara. Veo la sala de estar modesta de la casa de su madre. Recortes de revistas de decoración están esparcidos por la mesa de centro, junto a muestras de colores y una taza de café. En un rincón, veo a la Sra. Harper, la madre de Savannah, concentrada en un catálogo. Parece más saludable. Los hombros menos encorvados, un brillo de claridad en los ojos que no existía hace seis meses. Lleva sobria ochenta y siete días. Savannah cuenta cada uno de ellos como una bendición.

— Mira esto — dice Savannah, girando la cámara de vuelta hacia sí. Sostiene una muestra de pintura, un tono de azul profundo y sereno. — Para la pared de nuestra habitación. ¿Qué te parece? Me recuerda al color de tus ojos cuando el sol les da de lleno.

Mi pecho se aprieta. Esta mujer. Ella me conoce de una forma que nadie nunca me conoció.

— Creo que es perfecto — digo, y es la más pura verdad. — ¿Cómo está tu madre?

— Está bien. Está concentrada. Creo que planificar nuestra casa le está dando un propósito. Nos estamos divirtiendo. Es bueno... pasar este tiempo con ella.

Sé lo que no dice. Los años perdidos por la bebida, las noches en que Savannah tuvo que cuidar de su madre en vez de al revés. Mi prometida es la mujer más fuerte que conozco, forjada en el fuego de la adversidad.

— Me alegra oír eso, ángel. Me alegra que estén teniendo este momento.

— Nosotras también. Oye, todavía vienes a cenar, ¿verdad? Mamá está haciendo ese asado favorito tuyo.

— No me lo perdería por nada en este mundo. Saldré de aquí en unas dos horas.

— Genial. Te veo más tarde, entonces. — Duda, mordiéndose el labio inferior, un gesto que me vuelve loco. — Te amo, Travis.

— Yo también te amo, Savannah. Más que a nada.

La llamada termina, y el silencio del despacho parece más pesado que antes. Me obligo a volver a las fichas de los pacientes. Dos horas.

La hora y media siguiente pasa en un borrón de profesionalismo. Atiendo a un paciente para una consulta de rutina posoperatoria y después una nueva derivación, un hombre asustado con un soplo cardíaco recién descubierto. Lo calmo, le explico los próximos pasos, pongo en marcha el protocolo que me sé de memoria. Hago mi trabajo, y lo hago bien. Pero una parte de mi mente ya está en la carretera, de camino a la casa de la madre de Savannah, de camino a ella.

Cuando finalmente apago el ordenador, el reloj en la pared marca las seis y cuarto. Hora de irse. Cojo mi bata y la cuelgo, aflojando la corbata. Estoy a punto de coger mi maletín cuando oigo un toque suave en la puerta.

— Entre — digo, esperando que sea Monroe con algún último recado.

Pero no lo es.

Tiffany Preston entra en mi despacho como si fuera la dueña del lugar. Cabello perfectamente peinado, un vestido de seda que abraza sus curvas, y la sonrisa de un millón de dólares que solía encantarme y que ahora solo me causa un cansancio profundo.

— Travis, querido. Qué bueno que te encontré — dice, su voz un ronroneo calculado.

Mi cuerpo entero se tensa.

— Tiffany. ¿Qué estás haciendo aquí?

— Visitando a mi tía en el ala de oncología. Pensé en pasar por aquí para saludar. Hace tiempo.

— Estoy de salida — digo, mi tono brusco. Tomo mi maletín, dejando claro que la conversación terminó antes de empezar. Savannah odia cuando Tiffany aparece de la nada, y con razón.

— Ah, vamos. Solo cinco minutos. Invítame a un café en la cafetería. ¿Por favor? Por los viejos tiempos.

La miro. La insistencia en sus ojos. Sé que si me niego, montará una escena o, peor, aparecerá en el rancho en algún momento inoportuno. Es más fácil y rápido lidiar con esto ahora.

— Cinco minutos — cedo, el fastidio claro en mi voz.

En la ruidosa cafetería del hospital, el olor a café quemado y desinfectante flota en el aire. Pido dos cafés negros por hábito y me siento en una mesa en la esquina. Tiffany se sienta frente a mí, cruzando las piernas elegantemente.

— Entonces — comienzo, impaciente. — ¿Qué quieres, Tiffany?

Ella remueve el café, la sonrisa dulce en su rostro.

— Solo quería ver cómo estabas. Oí decir que la boda se acerca. Me sorprendió, para ser honesta.

— ¿Por qué te sorprendería?

— Bueno, porque tú eres tú. Y ella... — Tiffany hace una pausa dramática. — No me parece tu tipo.

— Tú no sabes cuál es mi tipo.

— Lo sé mejor de lo que piensas. — Se inclina hacia delante, bajando la voz. — Estuve en el centro comercial anteayer, con tu madre. La vimos, Travis.

Mi sangre comienza a enfriarse.

— Tiffany, yo...

— Savannah estaba en esa tienda de bebés. Y no estaba sola. Estaba con un hombre. Abrazándolo. Parecía todo muy... íntimo.

La imagen explota en mi mente. Savannah. Otro hombre. Un abrazo. La fiera de los celos, que mantengo encadenada en el fondo de mi alma, gruñe y se agita. La empujo hacia abajo, forzando la calma en mi rostro.

— Savannah tiene amigos, Tiffany. Y confío en ella.

— ¿Confías? — Se ríe, un sonido agudo y desagradable. — Travis, ella no es mujer para ti. Viniendo de donde vino, con esa familia... Tú eres un Montgomery. Claramente está dando un golpe. Tu madre lo ve. Yo lo veo. ¿Por qué tú no?

— Basta — digo, mi voz un latigazo. Me levanto de la mesa, el café intacto. — Esta conversación se acabó. Mantente lejos de mí, Tiffany. Y mantente lejos de mi prometida.

Estoy furioso. No con Savannah. Con Tiffany. Con su maldad descarada y su veneno. Sé lo que está haciendo.

— ¡Está bien, está bien! — dice, levantando las manos en falsa rendición. — Solo me preocupo por ti. — Ella también se levanta y, cuando paso junto a ella, me toca el brazo. — Solo recuerda una cosa, Travis. Nosotros terminamos porque yo no estaba lista para el matrimonio. Yo nunca, jamás, te traicioné. Pero Savannah... bueno, ella parece tener prisa en asegurar su futuro, de una forma u otra.

Me aparto de su toque como si quemara y salgo de la cafetería sin mirar atrás.

En el camino hacia el coche, sus palabras resuenan en mi cabeza, mezclándose con las advertencias interminables de mi madre. "Ella es una interesada, Travis". "Hazle firmar un acuerdo de separación total de bienes. Si ella no es una interesada, no le importará, ¿verdad?"

Nunca le pedí eso a Savannah. Nunca. Porque sabía que la lastimaría profundamente. No porque ella sea una interesada, sino porque sería la mayor ofensa a su carácter, una declaración de que

no confío en ella. Y confío. Sé que no está conmigo por el dinero. Sé que no me traicionaría.

El problema no es ella.

El problema soy yo.

Reconozco a la fiera que vive dentro de mí. Los celos que me corroen, que me hacen querer encerrarla en una torre donde solo yo pueda verla. Lucho contra eso todos los días. La mayor parte del tiempo, gano. Pero las palabras de Tiffany y de mi madre son como gasolina arrojada a una brasa.



Cuando estaciono la camioneta frente a la pequeña casa de la Sra. Harper, respiro hondo, forzando al veneno a salir de mi sistema. Tiffany no importa. Mi madre no importa. Lo que importa es la mujer de ahí dentro.

Abro la puerta del coche y el olor a asado en el aire me golpea, familiar y reconfortante. Oigo la risa de Savannah proveniente de adentro incluso antes de llegar a la puerta principal. Ese sonido es mi norte, mi calma. Es la prueba de que todo está bien.

Entro sin llamar, como siempre hago.

— Cariño, ya llegué...

Las palabras mueren en mi garganta.

Savannah está en la sala de estar, riendo. Pero no está sola con su madre. Hay un hombre allí. Un hombre que nunca he visto en mi vida. Es alto, lleva una camiseta sucia de sudor y está de rodillas en el suelo, apretando un tornillo en un mueble nuevo. Savannah está de pie a su lado, entregándole una herramienta, con el rostro iluminado por la alegría.

El mundo se estrecha. El olor del asado desaparece. Su risa se transforma en un eco distante. Todo lo que veo son ella y él. Un

extraño en la misma habitación que la mujer que amo.

La fiera que mantuve encadenada todo el día se suelta.

Savannah levanta la mirada y me ve. Su sonrisa se ensancha.

— ¡Travis! ¡Llegaste!

Ella viene hacia mí, pero yo no me muevo. Mis ojos están fijos en el hombre en el suelo, que ahora se está levantando, limpiándose las manos sudadas en los jeans.

— ¿Quién es él? — pregunto, y mi voz no es la mía. Es la voz de la fiera. Fría, dura y llena de una furia que apenas logro contener.

La sonrisa de Savannah vacila. Ella ve la tormenta en mis ojos.

— Travis, este es John, el vecino de al lado — explica, con tono de voz cauteloso. — Mi madre lo llamó para ayudar a montar la cómoda nueva de su habitación. La pobre estaba teniendo dificultades.

Mi cerebro registra las palabras — vecino, ayudar, cómoda, madre —, pero la fiera dentro de mí las descarta como excusas, ruido blanco. Lo que ve es la realidad: un hombre sudado, con músculos definidos bajo la camiseta gastada, a menos de un metro de mi prometida. De mi mujer.

El hombre, John, ahora está de pie, con una sonrisa un tanto incómoda en el rostro. Me tiende la mano, una mano grande y callosa.

— Qué tal, amigo. Soy John. Un placer conocerte. Debes de ser el famoso Doctor.

Lo miro fijamente por un largo segundo antes de aceptar el apretón. Mi mano envuelve la suya, y aplico un poco más de fuerza de la necesaria. Es un gesto primitivo, estúpido. Un mensaje silencioso. Ella es mía. Este territorio es mío. Él parece entender, pues su sonrisa vacila y retira la mano rápidamente.

— Travis — digo, mi voz un trozo de granito.

— Travis, no seas grosero — me reprende Savannah en un susurro, su mano tocando mi brazo. Me aparto de su toque, un movimiento casi imperceptible, pero ella lo siente. El dolor parpadea en sus ojos.

— Solo estaba terminando aquí — dice John, sintiendo claramente la atmósfera glacial que traje a la sala. Se apresura a recoger su caja de herramientas. — Listo, Sra. Harper. La cómoda está firme como una roca.

— ¡Oh, muchas gracias, querido! ¡Salvaste el día! — dice la madre de Savannah, ajena a la guerra fría que se desarrolla en su sala. — Quédate a cenar, tenemos de sobra.

Ni pensarlo, gruñe la fiera dentro de mí.

— No, no, no quiero molestar. Mi esposa ya debe de estar esperándome — rechaza rápidamente, sus ojos evitando los míos. — Fue un placer, gente. Savannah, te veo por ahí.

La familiaridad con la que dice su nombre raspa mis nervios como una lija. Sale apresurado, y la puerta se cierra tras él, dejando un silencio pesado y cargado. Ahora el foco se vuelve hacia mí. Savannah me está mirando, con los brazos cruzados, una mezcla de confusión y molestia en su rostro.

— ¿Qué fue eso, Travis?

— ¿Qué fue aquello? — replico, mi tono aún frío. — Llego y encuentro a un extraño en la sala de estar. ¿No creíste que eso era algo que valía la pena mencionar?

— ¿Mencionar qué? ¿Que el vecino amable que vive aquí hace diez años vino a ayudar a mi madre con un mueble pesado porque yo se lo pedí? Era una emergencia de cinco minutos, no un evento social. Ni siquiera sabía que vendría hasta que mamá lo llamó por la ventana. ¿Por qué te llamaría por eso?

Porque soy tu prometido. Porque necesito saber quién está cerca de ti. Porque la imagen de ti sonriendo a otro hombre me vuelve loco.

Las palabras de Tiffany, que había intentado enterrar, vuelven a la superficie. Estaba con un hombre... abrazándolo... parecía todo muy... íntimo. Era un amigo, diría ella. Era un vecino, diría ella. ¿Cuántos "amigos" y "vecinos" existen?

La parte racional de mí, el médico lógico, sabe que estoy siendo un idiota. Un completo imbécil celoso. La explicación de ella tiene

todo el sentido. Pero la fiera no escucha a la razón. La fiera solo ve la amenaza.

— La próxima vez, llámame — digo, y no es una petición.

A Savannah se le cae la mandíbula.

— No puedes estar hablando en serio.

— Sí, lo estoy — respondo, inflexible.

Mueve la cabeza, incrédula.

— Estás siendo irracional.

— ¡La cena está en la mesa! — canturrea la Sra. Harper desde la cocina, rompiendo la tensión. — ¡Lávense las manos!

La cena es una tortura. El asado, que normalmente devoraría, sabe a cartón. Savannah apenas me habla. Dirige toda su atención a su madre, manteniendo una conversación animada y artificial que me excluye completamente. Me siento como un extraño en la mesa, un intruso en su burbuja de felicidad familiar que yo mismo perforé.

Como en silencio, el sonido de mi tenedor raspando el plato sonando alto y acusador. La rabia que sentí al llegar se transformó en un resentimiento amargo y helado. Estoy enfadado con Tiffany por plantar la semilla, enfadado conmigo mismo por dejarla crecer, e, irracionalmente, enfadado con Savannah por ser tan... ajena. Por no entender el pánico que la idea de perderla me causa.

Cuando terminamos, ayudo a levantar la mesa, un hábito que Savannah aprecia. Pero esta noche, mis movimientos son mecánicos, distantes. Savannah y yo nos movemos por la pequeña cocina como dos extraños, nuestros hombros rozándose sin la chispa de siempre, nuestras manos evitando tocarse.

— Ya me voy — anuncio cuando la cocina está limpia. — ¿Vienes?

Elizabeth, mi suegra, tal vez por notar el ambiente, nos dejó solos. Savannah está apoyada en la encimera, con los brazos cruzados de nuevo.

— Si estás preguntando, entonces no quieres que vaya.

— ¿Qué?

Ella mueve la cabeza y me señala con el dedo.

— La forma en que trataste a John — comienza y yo suspiro. — Fuiste maleducado. Estamos en la casa de mi madre, te comportaste como un primate. Solo faltó agarrarme de los pelos y sacarme de esa sala.

— No me gustó llegar y ver a otro hombre aquí.

Savannah respira hondo y desvía la mirada, pensativa. La luz de la cocina proyecta sombras en su rostro, y puedo ver el agotamiento en sus rasgos. El agotamiento de lidiar conmigo. Con mis celos.

Estoy siendo un imbécil. La percepción me golpea con la fuerza de un puñetazo. Un vecino amable ayudando a su madre, y yo actué como un troglodita territorial. La fiera dentro de mí, satisfecha por haber ahuyentado la "amenaza", retrocede un poco, dejando al hombre que ama a esta mujer al mando nuevamente. Y ese hombre está lleno de un arrepentimiento corrosivo.

Por fin, me acerco a ella. El espacio entre nosotros en la pequeña cocina parece vasto. La abrazo por la cintura, atrayendo su cuerpo contra el mío. Ella se tensa instantáneamente, intentando apartarse, pero no lo permito. Envuelvo mis brazos alrededor de ella con firmeza, enterrando mi rostro en su cabello, inhalando su olor a vainilla y a hogar.

— Fui un idiota, lo sé — susurro contra sus hebras de seda. — Lo siento. Pero maldita sea, Savannah...

Ella deja de luchar, pero su cuerpo permanece tenso en mis brazos. Se aparta lo suficiente para mirarme, sus ojos castaños analizando los míos, buscando sinceridad.

— Estás actuando como si me hubieras pillado sentada en su regazo — dice, con voz baja y cortante.

Solo imaginar tal escena, una imagen vívida y profana de ella en el regazo de otro hombre, me causa una oleada de repulsión tan intensa que mi agarre en su cintura se vuelve doloroso sin que me dé cuenta. La fiera gruñe, despertada de nuevo por la simple sugerencia.

— ¿Estaba sentada en su regazo? — pregunta ella, el desafío claro en su tono.

— No — respondo, con la voz ronca. Suelto un poco el agarre, obligándome a relajar los músculos. — Pero le estabas sonriendo.

— ¡Por el amor de Dios, Travis! ¿Es un crimen ser simpática ahora? ¡Estaba ayudando a mi madre! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me quedara con cara larga en un rincón?

— ¡No lo sé! — admito, la frustración inundándome. — Yo solo... cuando entré y os vi a los dos... mi cerebro dejó de funcionar. Todo lo que podía pensar era en sacarlo de aquí y llevarte lejos.

— Eso no es sano — dice ella, y aunque su voz es firme, veo un destello de algo más en sus ojos. Está intentando entender, no solo acusarme.

— Sé que no lo es. Y lucho contra eso todos los días, Savannah. — Llevo una mano a su rostro, mi pulgar acariciando su mejilla. — Por ti.

Ella se inclina ante mi toque, su cuerpo finalmente relajándose contra el mío. Su rendición es mi bálsamo.

— Hagámoslo así — murmura suavemente. — Cada vez que tengas celos — la observo con atención. — Recuerda que fue a ti a quien me entregué — sonríe y me abraza por el cuello. — Fuiste mi primero y único. Es en tus brazos donde me siento segura, amada, deseada...

— Soy un idiota. — Savannah sonríe, como si estuviera de acuerdo. — Ahora voy a hacerte la misma pregunta. Incluso siendo yo así... ¿aún quieres casarte conmigo?

— Te amo, Travis. Solo quiero que pares un poco con esos celos. Inevitablemente, habrá hombres cerca de mí, pero el único al que quiero es a ti. ¿Está bien?

La vulnerabilidad en su confesión es un cuchillo en mi corazón. Perderla es mi mayor miedo. Que mi propio demonio, mi propia inseguridad, sea lo que la aleje de mí.

— Está bien — prometo, y sello la promesa con un beso.

No es un beso de pasión, sino de reconciliación. Una disculpa, una súplica silenciosa de perdón. Ella responde, sus labios

moviéndose contra los míos, y siento la tensión de los últimos momentos disolverse entre nosotros.

— Vamos a casa — susurra contra mi boca. — Quiero dormir desnuda en tus brazos.

— No hay nada que desee más en este mundo.

Sonreímos y volvemos a besarnos.

En cuanto llegamos al rancho, no hablamos más del asunto. El incidente con John, el vecino, queda atrás, un pequeño bache en nuestro viaje. Pero mientras me acuesto más tarde en la cama, con Savannah acurrucada en mis brazos, el sueño no llega fácil.

La sujeto con fuerza, como si pudiera escapar de mí durante la noche. La disculpa fue sincera. El amor que siento por ella es la fuerza más poderosa de mi vida. Pero la fiera no está muerta. Solo está dormida, saciada por ahora.

Y sé, con una certeza aterradora que me mantiene despierto en la oscuridad, que las palabras de Tiffany y de mi madre aún están resonando en algún rincón sombrío de mi mente, esperando la próxima oportunidad, la próxima sombra, el próximo "amigo" o "vecino", para despertar de nuevo.

Y rezo para que, cuando eso suceda, sea lo suficientemente fuerte para mantenerla encadenada. Rezo para que mi amor por Savannah sea más fuerte que mi miedo a perderla.

Capítulo 04



Savannah

El mundo es un borrón de seda blanca y encaje delicado. Giro lentamente sobre el pedestal, y el reflejo que me devuelve la mirada desde el espejo de cuerpo entero parece pertenecer a otra persona. Una reina. Una novia. Mi reflejo en el espejo está radiante, el vestido de baile con escote hombro a hombro abrazando mi cintura antes de explotar en capas de tul que besan el suelo.

— Savannah, Dios mío. — La voz de Callie, mi mejor amiga y madrina, es un susurro maravillado. — Estás tan hermosa con él. Parece que fue creado especialmente para ti.

— Lo es, ¿verdad? — digo, con mi propia voz embargada. Toco el encaje en mi busto, sintiendo la tela cara bajo mis dedos. Nunca en mi vida imaginé que usaría algo tan hermoso.

— Travis va a tener un ataque cardíaco cuando te vea entrando en la iglesia. Un ataque cardíaco de verdad, del tipo que él mismo tendría que tratar — bromea, haciéndome reír.

Me giro hacia ella, con una sonrisa tan grande que me duelen las mejillas. Callie está sentada en un sofá de terciopelo rosa, pareciendo tan emocionada como yo. Somos amigas desde la infancia, y ella ha estado a mi lado en todos los momentos, buenos y, principalmente, malos.

— Desearía que mi madre estuviera aquí.

— Lo sé, amiga. Pero sabes que el grupo de apoyo en el que participa es importante. Ella está luchando por ti, por ella misma. Es el mayor regalo que podría darte.

Callie tiene razón, como siempre. Mi madre está recibiendo a amigas del grupo, mujeres que se apoyan en su viaje hacia la sobriedad. Ella está construyendo una nueva vida, y yo no podría estar más orgullosa.

— Lo sé. Y te tengo a ti aquí — digo, parpadeando para alejar una lágrima. — Por cierto, necesito contarte una cosa. El verdadero motivo por el cual Travis va a tener un ataque cardíaco.

Bajo del pedestal con la ayuda de la consultora y me siento al lado de Callie, bajando la voz.

— Estoy embarazada.

Los ojos de Callie se abren de par en par, y su mano vuela hacia su boca.

— ¡Estás bromeando! ¿Desde cuándo? ¿Él ya lo sabe?

— ¡No! Lo descubrí hace unas semanas. Y voy a contárselo esta noche, después de la cena con su familia.

— ¿Cómo?

— Compré un regalito. Un par de botitas de vaquero en miniatura. Voy a ponerlas en una caja y dárselas cuando lleguemos a casa. Solo nosotros dos.

— Savannah, eso es... — ella me abraza con fuerza, con cuidado por el vestido. — Es la cosa más perfecta que he oído. ¡Estoy tan feliz por ti!

Una notificación proveniente del interior de mi bolso me llama la atención. Lo tomo y sonrío cuando leo.
Travis: *Emergencia en el hospital, ángel. Una ruptura de aneurisma. Llegaré tarde. Te veo más tarde. Te amo.*

Le muestro el mensaje a Callie.

— Típico. Salvando vidas. ¿Cómo puedo competir con eso?

— No necesitas hacerlo. Tú eres el lugar al que él regresa a casa — dice sabiamente.

Sonrío mientras respondo el mensaje. Enseguida me pongo de pie y me miro en el espejo. Esta felicidad que estoy sintiendo es tan intensa, tan fuerte... que en el fondo, me da un poco de miedo. Tras un suspiro, cambio el vestido de novia por mi ropa normal, la realidad volviendo a instalarse. Mientras la consultora finaliza el papeleo del vestido, mi celular suena nuevamente. Esta vez, es un número que hace que se me hiele el estómago. Delilah Montgomery.

Dudo, pero contesto.

— ¿Hola?

— Savannah, querida. Soy yo, Delilah. — Su voz es sorprendentemente suave, desprovista de su acidez habitual. — Sé que tenemos la cena esta noche, pero estaba pensando... ¿estarías libre para un almuerzo rápido? Solo nosotras dos. Hay algunas cosas que me gustaría conversar contigo, de mujer a mujer, antes de toda la confusión de la familia.

La oferta es tan inesperada que me quedo sin palabras. Mi primera reacción es negarme, pero su tono... parece genuino. Tal vez ella esté finalmente intentando hacer las paces, aceptar que seré su nuera.

— Yo... claro, Delilah. ¿Dónde?

Ella me da el nombre de un bistró elegante en el centro de la ciudad, no muy lejos de donde estoy.

— ¿Te veo en una hora?

— Te veo allá — respondo, y cuelgo, una mezcla de esperanza y aprensión agitándose dentro de mí.

— ¿Qué quería la bruja? — pregunta Callie, sin rodeos.

— Me invitó a almorzar. Solo nosotras dos. Parecía... agradable.

Callie entrecierra los ojos.

— Savannah, ten cuidado. Las serpientes no pierden sus colmillos de la noche a la mañana. ¿Quieres que vaya contigo? Puedo sentarme en una mesa cercana y fingir que no te conozco.

Me río.

— No hace falta. Puedo lidiar con ella. Tal vez solo quiera una tregua. Por el bien de Travis.

— Tal vez — dice Callie, pero su expresión dice que no se cree eso ni por un segundo.

Suelto un suspiro y, con todo arreglado, salgo con ella. Tomo una dirección y Callie aprovecha para ir a encontrarse con su novio. Una parte de mí está en alerta, pero la otra se siente feliz de que ocurra una conciliación entre mi suegra y yo. Con la esperanza en el pecho, busco mi celular y abro la aplicación de transporte.



Una hora después, estoy sentada en una mesa cerca de la ventana en el bistró que Delilah eligió. El lugar es elegante, con manteles blancos y cubiertos de plata. Ella aún no ha llegado. Siento una punzada de hambre, un deseo súbito y avasallador. Llamo al camarero.

— Querré un jugo de naranja fresco y una rebanada de su tarta de limón, por favor.

El camarero anota mi pedido sin pestañear. El antojo del embarazo es una cosa real y poderosa. Mientras espero, miro por la ventana, soñando despierta con la reacción de Travis al ver las botitas que compré y escondí dentro de una caja.

La tarta llega, y es divina. Estoy en la mitad cuando una sombra cae sobre mi mesa. Levanto la mirada, esperando ver a Delilah, pero en su lugar veo a un hombre. Es guapo de una forma genérica, con el cabello peinado hacia atrás y una sonrisa ensayada.

— Hola. ¿Está ocupada la silla? — pregunta, sentándose ya frente a mí sin esperar una respuesta.

Me quedo confundida.

— Disculpe, pero sí. Estoy esperando a alguien.

— Estoy seguro de que soy mucho más interesante — dice, inclinándose hacia delante, su tono excesivamente coqueto.

— Mire, no sé quién es usted, pero necesito que se vaya — digo, mi paciencia agotándose. Miro alrededor, buscando al camarero, pero no está en ninguna parte.

— Ah, vamos. Solo una charla. Pareces una mujer a la que le gusta un poco de emoción.

Cuando pienso en levantarme y salir, se estira sobre la mesa y me agarra el brazo. Su toque es firme, no deseado. Una alarma se dispara en mi cabeza. Con la otra mano, intenta tocar mi rostro, pero lo aparto con fuerza.

— ¡No me toque! — digo, mi voz alta y temblorosa.

Me levanto abruptamente. Saco dinero de mi bolso, lo suficiente para cubrir la tarta y el jugo, y lo arrojo sobre la mesa. Sin mirar atrás, salgo del restaurante, mi corazón martilleando contra mis costillas.

Respiro el aire de la calle, intentando calmarme. ¿Qué fue eso?

Antes de que pueda procesarlo, siento una mano en mi brazo nuevamente. Es él. Me ha seguido. Me jala hacia su cuerpo, su sonrisa depredadora demasiado cerca de mi rostro. El pánico me paraliza. Y entonces, de la nada, presiona sus labios contra los míos. No es un beso, es un sello. Una marca. Una violación fría y calculada que dura apenas un segundo.

Mi conmoción se transforma en furia. Mi mano vuela y el estallido de mi bofetada en su cara resuena en la acera concurrida.

Él retrocede, tocándose la mejilla roja. Pero no parece enfadado. Sonríe. Una sonrisa enigmática y victoriosa. Y entonces se gira y se aleja, desapareciendo en la multitud como si nunca hubiera existido.

Me quedo allí, temblando, el gusto asqueroso de sus labios en los míos. Me froto la mano en los labios, con la intención de borrar aquel momento. Me siento sucia, confundida. Tomo mi celular, mi primer instinto es llamar a Travis. Pero me detengo. Recuerdo nuestra última pelea por celos, a causa de John. Recuerdo la furia en sus ojos. No lo entendería. No podía arriesgarme a otra pelea, no hoy. No cuando tenía nuestro futuro entero en una pequeña caja de regalo esperándolo.

Decido ir a casa de mi madre. Necesito un lugar seguro, necesito desahogarme. Antes de que pueda llamar a un Uber, mi celular suena. Es Travis. Mi corazón se detiene. Tardo unos segundos en contestar, intentando componer mi voz.

— Hola, amor.

— ¿Dónde estás? — Su voz no es la de mi Travis. Es la de un extraño. Fría, dura, llena de una rabia contenida que me asusta.

— Yo... yo estoy en el centro. Cerca del bistró La Vie. ¿Por qué?

— Quédate ahí. Voy a buscarte.

Cuelga. Sin "te amo", sin nada. Tarda cinco minutos, que parecen una eternidad. Su camioneta negra frena con un chirrido de neumáticos frente a mí, haciéndome saltar del susto.

Abro la puerta y entro. El silencio dentro del coche es sofocante. Cuando me inclino para darle un beso, gira el rostro. El rechazo es como un puñetazo en el estómago. No dice una palabra durante todo el trayecto hasta el rancho, sus manos apretando el volante con una fuerza que deja sus nudillos blancos.

Cuando llegamos, sale del coche y cierra la puerta con fuerza. Me encuentra del otro lado y me agarra del brazo. El ama de llaves, Mary, corre hasta la puerta.

— Señor Montgomery, su madre llamó algunas veces y...

— ¡Ahora no, Mary! — gruñe, ignorándola y arrastrándome hacia adentro.

— ¡Travis, me estás lastimando! — digo en voz alta, intentando soltarme, pero su agarre es de hierro.

No se detiene hasta que llegamos a nuestra habitación. Y entonces me arroja. Caigo en la cama con un golpe sordo, el aire huyendo de mis pulmones. Me quedo sin entender, observándolo ir hacia la cómoda, arrancar mis cajones y comenzar a tirar mi ropa encima de mí. Bragas de encaje, camisetas, jeans.

— Haz tus maletas — dice, la voz temblando de una furia que nunca he visto. — Haz tus malditas maletas y sal de mi casa y de mi vida.

Aquello es como un golpe fuerte, directo al pecho.

— ¿Qué? Travis, ¡¿de qué estás hablando?! — lloro, sentándome en la cama, el corazón en pedazos.

— ¡Se acabó, Savannah! — gruñe trastornado. — ¡Lo descubrí todo! Siempre tuve razón sobre ti, pero tú... tú siempre logras comerme la cabeza, hacerme sentir como si yo estuviera equivocado, ¡como si yo fuera el loco! ¡Pero ya no más!

Intento moverme, salir de la cama, pero estoy paralizada.

— ¡¿Descubriste qué?! ¡Yo no hice nada!

Se acerca a mí, la furia en su rostro transformándolo en un monstruo. Me empuja el celular en la cara.

Ahí estoy yo. Una foto mía, en el restaurante de hace un rato, con el hombre desconocido sentado frente a mí, como si fuéramos íntimos. Se me revuelve el estómago, sacudo la cabeza. Desliza el dedo hacia un lado y ahí está la segunda foto. El hombre sujetándome en la acera, sus labios en los míos. Está tomada desde un ángulo que hace parecer que es consensuado. Apasionado.

El mundo se derrumba. Es una trampa. Delilah. Fue todo una trampa.

— ¡Travis, no es lo que parece! ¡Lo juro! — hablo temblorosa. — ¡Él me agarró! ¡No lo conozco! — intento explicar, las palabras atropellándose en mi desesperación, las lágrimas corriendo por mi rostro.

— ¡Basta de mentiras! — grita, apartando el celular. — ¡Te di todo, Savannah! ¡Mi amor, mi casa, mi nombre! — Travis llora, pero pronto se seca el rostro. — ¿Y así es como me pagas? ¿En los brazos de otro hombre? ¡Después de todo!

— ¡No! ¡No! — niego y me levanto, intento acercarme a él. Pero se aparta de mí, pasándose las manos por el cabello, como un animal enjaulado. El dolor en su rostro es tan grande como mi rabia. Está roto. Y me está rompiendo a mí. — Travis, fui a ese restaurante, pero fue una invitación de tu madre. Ella...

— ¡Cierra la boca! — manda en una explosión de furia. Con brusquedad, me sujeta por los brazos. — ¡Sé una mujer y no le eches la culpa a mi madre! — su mirada es peor que una bofetada

en mi cara. — ¿Por eso no te agradaba? Porque en el fondo ella siempre tuvo la razón.

— ¡Travis, te amo! Nunca te haría algo así.

— ¡Cállate! ¡Coge tus cosas y lárgate de mi vida!

Me da la espalda, puedo ver que está temblando. No está pensando con claridad, y yo estoy igual. Sin saber qué hacer, digo:

— Estoy embarazada — digo, la voz un hilo roto. — Travis, estoy esperando un hijo tuyo. Era sorpresa, pero...

Él se detiene. Por un segundo, hay silencio. Y entonces se gira hacia mí, y su rostro está desprovisto de cualquier emoción, excepto un asco helado.

— ¿Embarazada? — ríe, un sonido terrible, sin alegría. — Claro que lo estás. La jugada final. La trampa perfecta. ¿Creíste que un bebé me ataría a ti después de tu traición?

Mis lágrimas corren por mi rostro, me siento tan herida.

— ¡No es una trampa! ¡Es tu hijo!

— ¿Mi hijo? — se acerca, su rostro a centímetros del mío. Su voz baja a un susurro venenoso. — Ve a darle el golpe a otro imbécil, Savannah. Ve a decirle a él — gesticula hacia el celular — que estás esperando un hijo suyo. Porque de mí, lo único que vas a tener es asco. Me da asco mirarte.

Aquellas palabras. Asco. Me destruyen. Me evisceran, me dejan hueca, vacía, muerta por dentro. El dolor es tan físico, tan aplastante, que ya no puedo llorar. Un silencio helado se instala sobre mí. La chica que lo amaba, que lo perdonaría por cualquier cosa, muere en ese instante.

— Estás siendo incomprensible — aviso y él ríe con las manos apoyadas en la cómoda. — Ahora entiendo, Travis. Todos esos celos tuyos, la falta de confianza... nunca me amaste.

— ¡¿No?! — la voz suena burlona.

— ¡No! Porque si me amaras de verdad, me creerías.

Me levanto de la cama, mi columna erguida. Miro al hombre que amaba, el hombre que ahora es un extraño, y mi voz sale clara, fría y llena de una promesa de acero.

— Un día, Travis, vas a descubrir la verdad. Vas a darte cuenta de la estupidez monumental que has hecho hoy. Y ese día, cuando vengas arrastrándote de vuelta, suplicando mi perdón... — hago una pausa, dejando que mis palabras penetren en él. — No te voy a perdonar. Te juro por la vida de nuestro hijo, al que acabas de rechazar, que nunca te voy a perdonar.

Él me mira, niega con la cabeza y sale de la habitación cerrando la puerta con fuerza. Me siento en la cama, donde por noches me entregué apasionadamente a él. Tras unos segundos la puerta se abre lentamente, entonces veo aparecer a Mary. Ella mira alrededor un poco asustada, y entonces se acerca a mí.

— ¿Qué pasó, Savannah? — su voz es un susurro lleno de preocupación. Sus ojos gentiles pasan por mí, por mi ropa esparcida por el suelo, por la expresión vacía en mi rostro.

— Se acabó — respondo, mi voz hueca, sin emoción. Miro mi ropa en el suelo, no como prendas de vestir, sino como los escombros de una vida que ya no existe. — ¿Podrías ayudarme a recoger todo lo que es mío?

— Claro — asiente, aún sin entender, pero con la lealtad de quien me vio llegar a esta casa llena de sueños. Se arrodilla para coger una camiseta. — Señorita... no quería escuchar, pero los gritos fueron tan fuertes. Sabe cómo es el señor Montgomery, deje que se calme. Tiene un buen corazón, solo que los celos lo ciegan. Mañana se arrepentirá y...

Comprimo mis labios y sacudo la cabeza, un movimiento lento y definitivo que la interrumpe.

— Esto no tiene vuelta atrás, Mary.

Con el corazón sangrando, comienzo a juntar mi ropa. Cada prenda es una tortura. El vestido que usé en nuestra primera cita. La camiseta suya que robé para dormir. El suéter que me dio en la primera Navidad que pasamos juntos. Los recuerdos me asaltan, pero los empujo lejos, encerrándolos en una caja fuerte en el fondo de mi mente. Ya no lloro. Las lágrimas se secaron, sustituidas por una determinación gélida.

Mary me ayuda en silencio, doblando mi ropa y colocándola en dos maletas grandes. No hace más preguntas. Creo que ve en mi rostro que algo se rompió para siempre. En menos de una hora, todos los vestigios de Savannah Harper son borrados de la habitación que debería haber sido nuestra. Lo único que dejo atrás es el anillo de compromiso. Me lo quito del dedo, el diamante pareciendo opaco y sin vida, y lo coloco sobre su mesita de noche. Una lápida para nuestro amor.

Mary me ayuda a llevar las maletas afuera. El coche que pedí me espera y antes de entrar, ella me abraza con fuerza.

— Cuídese, mi niña — susurra, su voz embargada. — Lo siento mucho.

Yo solo asiento, incapaz de hablar. Mientras el coche se aleja, miro una última vez hacia el rancho, la casa de mis sueños convirtiéndose ahora en la escena de una pesadilla.



Llego a la casa donde crecí sintiéndome como una refugiada. Mi madre abre la puerta y, al ver mi rostro, la maleta en mi mano, toda su sonrisa de bienvenida se desvanece. No necesita preguntar. Simplemente abre los brazos, y yo me derrumbo en ellos.

Me lleva adentro, me sienta en el sofá y me hace un té, así como hacía cuando yo era niña y me raspaba la rodilla. Me siento allí, envuelta en una manta, y le cuento todo. La trampa del almuerzo, las fotos, las acusaciones, las palabras crueles. Sus palabras. Asco.

Mi madre escucha en silencio, su rostro transformándose en una máscara de furia protectora que yo raramente veía. Cuando termino, sostiene mis manos.

— Ese hombre no te merece, Savannah. Nunca te mereció.

— Lo amo tanto, mamá — digo, con la voz ronca.

— Lo sé — sacude la cabeza — y sé que va a ser difícil olvidarlo. Ahora necesitas cuidarte más a ti misma, ocupar la mente y...

Respiro hondo, la decisión ya tomada en el camino hacia acá.

— No puedo quedarme aquí, mamá. No en Texas. Todo en esta ciudad, en este estado, me recuerda a él. Veré su camioneta en la calle, pasaré por el hospital, me encontraré con su madre en el supermercado... No sobreviviré a eso.

— ¿A dónde irías? — pregunta, con el miedo en los ojos.

— Voy a llamar a la tía Robbie. — La tía Robbie es hermana de mi madre, mi madrina. Vive en Portland, Oregón. Un mundo de distancia. Ella siempre me dijo que su casa estaría siempre abierta para mí. — Puedo conseguir un trabajo, un pequeño apartamento. Puedo recomenzar.

Mi madre aprieta mis manos.

— No vas a ir sola. Si te vas, yo voy contigo. Podemos vender esta casa, usar el dinero para empezar de nuevo, las dos. No voy a dejar que pases por esto sola.

Su oferta, su sacrificio, me llena de un amor y gratitud tan profundos que las lágrimas vuelven.

— ¿Harías eso? ¿Dejarías a tus amigas, tu grupo?

— Mi grupo de apoyo trata sobre reconstruir la vida, querida. Y mi vida eres tú. — Sonríe, una sonrisa triste, pero firme. — Y ahora... hay alguien más.

Coloca la mano suavemente sobre mi vientre. Y sé que ella lo sabe. Una madre siempre lo sabe.

— ¿Cómo...?

— Conozco a la hija que tengo — su voz suena suave. — Y la última vez que estuviste aquí, te pasaste todo el tiempo acariciándote el vientre. Solo estabas esperando para decírmelo.

Sonrío en medio del llanto.

— Iba a contárselo esta noche — confieso, el dolor volviendo con fuerza total. — Una sorpresa y después se lo diría a usted... pero no me creyó. Dijo que le diera el golpe a otro.

La furia vuelve al rostro de mi madre, más fuerte que antes.

— Entonces que se ahogue en su veneno. Este bebé — dice, con la voz llena de una convicción feroz — es una bendición. Es nuestro nuevo comienzo. Es todo lo que importa.



En los días siguientes, todo se mueve a un ritmo frenético, impulsado por la necesidad de escapar. Llamo a la tía Robbie, que se queda horrorizada con la historia e inmediatamente nos ofrece un lugar donde quedarnos por el tiempo que necesitemos. Llamo a Callie, que aparece en mi puerta con una maleta y una mirada asesina, lista para conducir hasta el rancho de Travis y cometer un crimen. La calmo, le cuento el plan, y ella llora conmigo, prometiendo visitar en cuanto pueda.

Mi madre, con una eficiencia que no veía hace años, comienza el proceso de poner la casa en venta. Ella está radiante. La noticia del nieto le dio un nuevo propósito, una nueva luz. Habla sobre habitaciones de bebé, sobre parques en Portland, sobre un futuro lejos de la sombra de los Montgomery.

Una semana después de tener mi vida destruida, estoy en el aeropuerto de Dallas con mi madre, dos maletas cada una, y pasajes de solo ida a Portland. Callie está allí para despedirse.

— ¿Estás segura de esto? — pregunta, abrazándome con fuerza. — No necesitas huir.

— No estoy huyendo, Callie — respondo, y por primera vez, siento la verdad en mis propias palabras. — Estoy corriendo hacia algo. Hacia una nueva vida. Por mí. Y por él. — Coloco la mano protectoramente sobre mi vientre aún plano.

— Por ella — me corrige con una pequeña sonrisa. — Va a ser una niña, hermosa como tú. — Me besa en la mejilla, con los ojos llenos de lágrimas. — Llámame todos los días y manda fotos de todo. Te amo.

— Yo también te amo.

Mientras caminamos por la puerta de embarque, dejo Texas atrás. El calor, el olor a tierra, el recuerdo de un amor tan grande que me consumió y de un dolor tan profundo que casi me mató.

Me siento en la ventanilla del avión, mi madre sujetando mi mano con fuerza. Mientras el avión despega, miro hacia abajo, a las luces de la ciudad volviéndose pequeñas e insignificantes. En algún lugar allí abajo, Travis está viviendo su vida, convencido de su propia justicia. Y aquí arriba, yo estoy volando lejos, cargando a su hijo, su secreto, y una promesa silenciosa que me hice a mí misma: vamos a estar bien. Rechazados, tal vez. Pero rotos, nunca más.

Capítulo 05



Savannah

Un año y cinco meses después...

El aire de Portland es diferente al aire de Texas. Es más frío, más húmedo, y carga el olor constante a pinos y tierra mojada. Tardé en acostumbrarme, pero ahora, ese olor significa hogar. Significa seguridad. Significa un nuevo comienzo que floreció de las cenizas de una vida incendiada.

El sol de la mañana, una visión rara y bienvenida en Oregón, entra por la ventana de nuestra pequeña casa alquilada, iluminando partículas de polvo que bailan en el aire. La casa es modesta, con piso de madera que cruje y un pequeño jardín en el fondo, pero es nuestra.

— ¡Da-da-da-da!

El sonido alegre y repetitivo me saca de mi contemplación. Me giro y sonrío. Sentada en medio de una alfombra de actividades colorida, rodeada de bloques de madera y un anillo de dentición en forma de jirafa, está el centro de mi universo.

Hope.

A los ocho meses de edad, es una fuerza de la naturaleza en miniatura. Quisiera poder decir que se parece a mí, pero estaría mintiendo. Es idéntica a Travis. La forma de su barbilla, la manera en que su nariz se arruga cuando está concentrada, los cabellos rubios,

y, sobre todo, sus ojos. Son de un azul tan profundo e intenso que parecen dos pedazos de cielo texano aprisionados en su carita. Son los ojos del padre que ella nunca conocerá. Los ojos del hombre que amé y que me rompió.

A veces, cuando me mira con esa intensidad, mi corazón da un salto doloroso. Es un recordatorio constante, pero entonces ella sonríe, una sonrisa desdentada y radiante que ilumina todo su ser, y el dolor se disipa, sustituido por un amor tan avasallador que me deja sin aliento.

— "Da-da" no, mi amorcito — digo suavemente, sentándome en el suelo frente a ella. — Es "ma-ma". ¿Puedes decir "mamá"?

Ella me mira con sus ojos azules serios, como si estuviera ponderando la complejidad de mi propuesta. Entonces, golpea las manitas regordetas en los bloques de madera, soltando un gritito de pura alegría.

Ella es mi milagro. Mi esperanza. Por eso la llamé así. Hope. Porque nació de la desesperanza y me dio un motivo para vivir.

El embarazo fue solitario. Los primeros meses en Portland fueron un borrón de náuseas matutinas, miedo e incertidumbre, mientras mi madre y yo intentábamos encontrar nuestro lugar. Pero en el momento en que la sostuve en mis brazos por primera vez en aquel hospital de Oregón, todo tuvo sentido. Todo el sufrimiento, todo el dolor, valieron la pena para tener a aquel pequeño ser humano acurrucado en mi pecho.

— El olor a café es bueno, pero el olor de esa pequeña dama está empezando a ser sospechoso.

Me giro para ver a mi madre parada en la puerta de la sala, con una sonrisa cariñosa en el rostro. Parece diez años más joven. La sobriedad le devolvió la luz a los ojos, el color a las mejillas. Ella es la roca sobre la cual construí esta nueva vida.

— Creo que alguien necesita un cambio de pañales — digo, haciéndole una mueca a Hope, que ríe como si yo hubiera contado el mejor chiste del mundo.

— El café ya está en la mesa, hija.

Asiento y tomo a mi hija en brazos. Se siente sólida y calentita, el olor a bebé y leche llenando mis sentidos. La llevo al cambiador, nuestra rutina matutina tan ensayada como una danza. Mientras cambio su pañal, ella patea las piernitas en el aire, sus ojos azules siguiendo cada movimiento mío.

— Eres el amor de mi vida, ¿lo sabes? — murmuro, besando su barriga redonda, lo que la hace soltar carcajadas.

Después de que Hope está limpia y vestida con un mameluco amarillo con un patito bordado, nuestra mañana continúa. La coloco en su silla alta en la cocina, donde mi madre ya está sentada con una taza de café, leyendo el periódico local. El aroma de la avena, la comida favorita de Hope, llena el aire.

— ¡Buenos días, abuela! — digo con voz infantil, agitando la manita de Hope.

— Buenos días, mi ángel más precioso — responde mi madre, abandonando el periódico para sonreír a su nieta. La transformación en mi madre es la segunda mayor bendición de mi vida. La abuela dedicada y presente en la que se convirtió es la mujer que yo apenas recordaba de mi infancia, antes de que el alcohol le hubiera robado su esencia. Hope nos salvó a las dos.

Mientras le doy a Hope sus cucharadas de avena, que ella acepta con entusiasmo, mi madre me pone al día sobre las novedades del vecindario. La Sra. Gable, de la casa de al lado, ganó otro premio por sus rosas. La pequeña cafetería en la esquina está contratando.

— Deberías pensar en eso, querida — sugiere casualmente.

— Ya lo pensé, mamá. El horario es perfecto, y el salario es decente. Puedo llevar a Hope conmigo en emergencias. Voy a dejar mi currículum esta tarde, cuando salgamos a pasear.

Trabajo medio tiempo en una librería independiente en el centro, un trabajo que adoro, pero que apenas paga las cuentas. La vacante en la cafetería sería un complemento bienvenido. No vivimos con lujos, lejos de eso, pero lo logramos. El dinero de la venta de la casa de mi madre nos dio un respiro inicial, y desde entonces, hemos sido cuidadosas, contando cada centavo. Es una vida simple, pero es honesta. Es nuestra.

Después del desayuno, es hora del parque. Este es el punto culminante del día de Hope. Empaco la bolsa de pañales con merienda, jugo y una manta, y coloco a Hope en su cochecito. El parque queda a solo unas cuadras de distancia, una caminata agradable bajo el cielo nublado de Oregón.

El aire fresco hace bien. Mientras empujo el cochecito, observo las casas a nuestro alrededor, los árboles altos, la gente paseando con sus perros. No hay recordatorios de Travis aquí. No hay ranchos de ganado, ni camionetas F-250, ni hombres con sombrero de vaquero. Es un universo diferente, uno que me permitió sanar.

El dolor aún está ahí, claro. No desaparece. Solo se transforma. Ahora es una cicatriz, un recordatorio profundo y permanente de lo que perdí. Surge en momentos inesperados: cuando veo a un padre empujando a su hija en el columpio, cuando una canción que solíamos escuchar suena en la radio de la librería, o cuando Hope hace algo tan increíblemente parecido a él que mi aliento se queda atascado en la garganta.

Pero no permito que el dolor me defina. Soy más que la mujer que Travis Montgomery rechazó. Soy la madre de Hope y eso es todo lo que importa.

En el parque, extiendo la manta en el césped y me siento con Hope en mi regazo. Observamos a los otros niños corriendo, sus gritos y risas llenando el aire. Hope está fascinada, sus ojos azules siguiéndolo todo con una curiosidad intensa. Apunta un dedito regordete hacia un niño que patea una pelota de fútbol roja.

— Pelota — digo, señalando también. — Roja.

Ella me mira, luego a la pelota, su pequeño cerebro trabajando, absorbiendo el mundo.

Una mujer se sienta en el banco cercano a nosotras, tiene un bebé dormido en un cochecito. Me sonríe.

— Qué linda su hija. Esos ojos son increíbles.

— Gracias — respondo, mi sonrisa un poco tensa. Es un elogio que escucho constantemente, y cada vez es un pequeño golpe.

— ¿Salió al padre? — pregunta la mujer, haciendo una conversación inocente.

Mi guion de respuesta ya está listo, ensayado y pulido por la repetición.

— Sí, salió a él.

No ofrezco más información. No digo que su padre no sabe que ella existe. No digo que él la negó incluso antes de que ella tuviera la oportunidad de nacer. Solo sonrío y cambio de tema.

— ¿Cuántos meses tiene el suyo?

Conversamos por unos minutos sobre horarios de sueño y marcas de pañales, el lenguaje universal de las nuevas madres. Es fácil, anónimo. Aquí, no soy la exprometida de un médico rico. No soy la chica pobre que sufrió una estafa. Soy solo una madre en el parque.

Más tarde, en el camino a casa, paramos en la cafetería. El lugar huele a granos de café tostados y pan fresco. La gerente, una mujer de cabello morado y una sonrisa gentil, acepta mi currículum y dice que me llamará.

De vuelta a la seguridad de nuestra casa, la rutina de la tarde se desarrolla. Siesta de Hope, un poco de limpieza, preparación para la cena. Es una vida de pequeños rituales, de momentos predecibles que me anclan. Mañana entro al trabajo por la mañana, así que dejo todo organizado.

Por la noche, después de que Hope finalmente se duerme en su cuna, me siento en el sofá con mi madre. Ella está tejiendo un pequeño suéter azul para la nieta. La televisión está encendida a un volumen bajo, pero ninguna de nosotras está realmente mirando.

— ¿Eres feliz aquí, Savannah? — pregunta de repente, sus ojos encontrando los míos por encima de las gafas de lectura.

La pregunta me toma por sorpresa. Pienso por un momento. Pienso en el dolor que aún vive en mí, en la soledad que a veces me visita en las horas más oscuras de la noche. Pienso en el futuro incierto, en la lucha constante para mantenerme en pie.

Pero entonces pienso en la sonrisa de Hope, en el olor de los pinos, en la seguridad de esta casa, en la fuerza de mi madre. Pienso en la mujer en la que me convertí.

— Sí, mamá — digo, y la respuesta viene del fondo de mi alma. — Estoy en paz.

Y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, siento que es la más pura verdad. No tengo todo lo que soñé un día tener. Pero tengo todo lo que necesito. Y, por ahora, eso es más que suficiente.

Mi madre deja de tejer, colocando las agujas y el suéter azul en su regazo. Me mira con una intensidad amorosa que aún me calienta.

— Me hace tan feliz oír eso. Es solo que... a veces te pillo mirando a la nada, con una expresión tan distante. Me preocupa que todavía estés atrapada allá, en aquel día.

Extiendo la mano y aprieto la suya.

— No estoy atrapada allá. Tengo cicatrices, y algunas duelen más que otras. Pero estoy aquí. Presente. ¿Por qué la pregunta, de repente?

— Sin motivo especial — suspira, su mirada suavizándose. — Solo una madre asegurándose de que su hija está bien. — Le sonrío. — Construiste una vida entera para nosotras dos desde cero, Savannah. Eres la mujer más fuerte que conozco. Solo quiero estar segura de que también te estás permitiendo ser feliz.

Sus palabras me llenan de una emoción cálida.

— Soy feliz, mamá. Y la mayor parte de mi felicidad es gracias a ti y a Hope.

Nuestro momento es interrumpido por el toque distintivo de una videollamada en mi celular. Veo el nombre "Callie" brillando en la pantalla y una sonrisa genuina se extiende por mi rostro.

— Hablando de felicidad... — le digo a mi madre, aceptando la llamada.

El rostro radiante de Callie llena la pantalla, enmarcado por su cabello rubio recién cortado. Está en su coche, el rostro iluminado, sonriente.

— ¡Hola, extraña! — grita, su energía contagiosa incluso a través de miles de kilómetros.

— ¡Hola, tú! ¿Cómo están las cosas en la tierra del calor? — pregunto, recostándome en el sofá.

— Calientes, como siempre. Pero no llamé para hablar del tiempo. ¡Cierra los ojos!

Me río, pero obedezco.

— Ok, están cerrados.

— ¡Puedes abrir!

Cuando abro los ojos, la primera cosa que veo es su mano extendida hacia la cámara. Y en su dedo anular, un anillo. No es un anillo cualquiera. Es una piedra de diamante en forma de pera, rodeada por un halo de diamantes más pequeños, brillando tanto que casi ciega.

Un grito de pura alegría escapa de mí.

— ¡Callie! ¡No lo puedo creer! ¡¿Te lo pidió?!

— ¡Sí! — confirma, una sonrisa tan grande que parece que va a rasgarle el rostro. — ¡Ayer por la noche! Apenas logré dormir. ¿No es la cosa más linda que has visto?

— ¡Es absolutamente deslumbrante! ¡Estoy tan, tan feliz por ti! — Digo, sintiendo una felicidad genuina burbujear en mi pecho. — ¡Ronald finalmente se armó de valor! ¡Ya era hora!

Mi madre, que está observando por encima de mi hombro, también está sonriendo.

— ¡Felicidades, querida!

Callie ríe.

— ¡Gracias, Sra. Harper! Y es por eso que estoy llamando, Savannah. Obviamente, la boda será aquí en Texas. Y, obviamente, necesito a mi mejor amiga a mi lado. En el altar.

Mi sonrisa vacila por una fracción de segundo. Texas. La palabra flota en el aire como una nube de tormenta.

— Callie, claro que yo...

— Vas a ser mi dama de honor — continúa, sin percibir mi duda. — Y Ronald ya eligió a su padrino. Uno de sus mejores amigos, un

tipo llamado Edward. Es abogado, superinteligente, un poco serio de más para mi gusto, pero buena gente. Van a entrar juntos. ¡Ya puedo imaginarlo! ¡Va a ser perfecto!

La imagen se forma en mi mente. Yo, en un vestido de dama, en una iglesia en Texas, con un extraño a mi lado. La idea me causa un escalofrío de ansiedad. Volver allá... parece como entrar voluntariamente en la jaula de un león.

— Callie, yo... — comienzo, intentando encontrar las palabras correctas. — Me siento muy honrada. De verdad. Pero... es complicado.

La animación en su rostro disminuye un poco, sustituida por comprensión.

— Es por... él.

Asiento lentamente.

— Volver allá... no sé si puedo.

— Savannah, ya han pasado casi dos años. No puedes dejar que ese idiota dicte el resto de tu vida. Es mi boda. Te necesito. Por favor.

La súplica en su voz me golpea con fuerza. Callie estuvo conmigo en todo. Fue la primera persona en sostener a Hope después de mi madre. Manda regalos, llama todas las semanas. Ella es la única ancla que aún tengo con mi antigua vida.

— ¿Y Hope? No puedo simplemente dejarla.

— ¡Tráela! ¡Quiero que sea la niña de las flores más tierna de la historia! Podemos conseguirle un vestidito, ¡puede entrar en uno de esos carritos de bebé decorados! Por favor, Sav. Piénsalo. La boda es dentro de cuatro meses. Tendrías tiempo para prepararte.

Miro a mi madre, que me da un asentimiento de cabeza sutil y alentador. Tiene razón. No puedo vivir con miedo para siempre. Y no puedo decepcionar a Callie.

— Está bien — digo, mi voz un poco más firme. — Voy a... voy a ver. Voy a ver si puedo. Voy a analizar pasajes, ver cómo puedo organizarme con el trabajo...

La sonrisa de Callie vuelve con fuerza total.

— ¡"Ver si puedes" es todo lo que necesito oír por ahora! ¡Sabía que no me decepcionarías! ¡Ah, te quiero tanto! Tengo que irme, Ronald me está esperando para cenar con sus padres. ¡Te llamo mañana con más detalles!

Manda un beso a la cámara y cuelga.

El silencio vuelve a llenar la sala. Miro la pantalla negra de mi celular, la imagen del anillo de diamante aún grabada en mi mente.

— ¿Crees que puedo hacer esto, mamá? — pregunto, la duda arrastrándose de vuelta.

Mi madre deja el tejido a un lado y sostiene mi rostro entre las manos.

— Querida, mírame. Diste a luz a un bebé sola. Te mudaste al otro lado del país con nada más que dos maletas y un corazón roto. Mira esta casa en la que vivimos, encontraste un trabajo y estás criando a la niña más maravillosa que he visto. ¿Crees que no puedes enfrentar un fin de semana en Texas? — Sonríe. — Puedes hacer cualquier cosa.

Sus palabras me inspiran con un coraje que no sentía hace mucho tiempo. Tal vez tenga razón. Tal vez sea hora de dejar de huir y enfrentar a los fantasmas.

Al fin y al cabo, es solo un fin de semana. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

La pregunta resuena en mi mente, un optimismo frágil instalándose en mi pecho. Puedo hacer esto. Por Callie. Por mí. Para probarme a mí misma que el pasado ya no tiene poder sobre mí.

Mi madre me da un beso de buenas noches y se va a su habitación. Yo me quedo en el sofá un rato más. La idea de volver a Texas aún me causa un frío en el estómago, pero ahora parece menos un abismo y más un obstáculo que puedo superar.

Es entonces cuando lo oigo.

Primero, es un sonido bajo, casi imperceptible. Un pequeño ruido proveniente del monitor de bebés en la mesa de centro. Hope generalmente duerme profundamente toda la noche. Entonces, el sonido viene de nuevo, más alto esta vez. Es una tos. Una tos seca y

áspera que no suena bien. No es la tos de un resfriado común. Parece que se está esforzando, luchando por aire.

Mi sangre se hiela.

Rápidamente corro por el pasillo hasta su habitación, mi corazón ya martilleando contra mis costillas. La puerta está entreabierta, y una luz nocturna en forma de estrella proyecta un brillo suave en las paredes.

El sonido es más alto aquí. Hac... hac... hac... Es una serie de toses espasmódicas y violentas que sacuden el pequeño cuerpo de Hope en su cuna.

Corro a su lado. Sus ojitos están bien abiertos en la oscuridad, llenos de confusión y miedo. Su carita está roja por el esfuerzo, y cada tos parece una tortura.

— Oh, mi amor. Shhh, mamá está aquí — susurro, mi voz temblando mientras la tomo en brazos.

Su cuerpo está caliente, febril al tacto. La acurruco en mi pecho, meciéndola suavemente, mis manos frotando su pequeña espalda en círculos, intentando calmarla, intentando calmar la tos.

Por un momento, funciona. Las toses violentas disminuyen, transformándose en pequeños ahogos. Ella deja de toser. El alivio que me inunda es tan intenso que me marea.

Pero entonces, me mira. Sus ojos, aquellos espejos azules del alma de su padre, están abiertos de par en par por el pánico. Su pequeña boca se abre, pero en vez de un sonido, parece que está luchando para jalar el aire.

Y lo veo.

Bajo la luz tenue de la lámpara de estrella, la piel alrededor de sus labios y en las puntas de sus dedos minúsculos adquiere una tonalidad extraña, oscura. Un gris azulado que no debería estar allí. Es sutil, pero para una madre cuyo universo entero gira en torno a aquel pequeño ser, es tan alarmante como una sirena de incendio.

Cianosis. La palabra, un vestigio olvidado de alguna clase de biología, explota en mi mente. Falta de oxígeno.

El aire huye de mis propios pulmones. El alivio de hace un momento es barrido por una ola de terror puro y helado. Esto no es un resfriado. Esto no es una gripe. Esto es algo terriblemente malo.

La lucha silenciosa de Hope por aire dura solo unos segundos, pero para mí, es una eternidad. Entonces, como si una barrera invisible se rompiera, logra jalar una respiración profunda e irregular. Y el llanto comienza.

No es su llanto habitual de hambre o de pañal sucio. Es un llanto de dolor, de miedo. Un lamento agudo y desesperado que rasga el silencio de la noche y mi corazón en pedazos. El color azulado en sus labios retrocede, sustituido por el rojo intenso del llanto, pero la imagen queda grabada en mi retina.

— ¡Mamá! — grito, mi voz estrangulada por el pánico. — ¡Mamá, ven aquí, rápido!

La aprieto contra mí, mi cuerpo entero temblando. "Está todo bien, mi amor, está todo bien", repito sin parar, pero las palabras son huecas, mentiras que digo más para mí misma que para ella.

Mi madre entra corriendo en la habitación, la bata de dormir echada sobre los hombros, el rostro marcado por la preocupación.

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasó?

— ¡No podía respirar! — digo, las palabras atropellándose. — Estaba tosiendo y de repente se puso... azul. ¡Mírala, está ardiendo de fiebre!

Mi madre coloca la mano en la frente de Hope, y su expresión se vuelve aún más grave.

— Oh, Dios mío. Necesitamos llevarla a urgencias. Ahora, Savannah.

No hay duda. El plan de volver a Texas, la conversación con Callie, todo se evapora. Mi mundo se reduce a esta pequeña habitación, a este bebé llorando en mis brazos y al miedo paralizante de que algo terrible esté sucediendo.

Nos movemos en un borrón de pánico eficiente. Mi madre me echa un abrigo encima, toma la bolsa de pañales y las llaves del

coche mientras yo envuelvo a Hope en su manta más caliente, nunca sacándola de mi pecho.

En el coche, camino al hospital infantil de Portland, el llanto de Hope finalmente se calma, transformándose en sollozos exhaustos. Se acurruca en mi pecho, su respiración aún rápida y superficial. Miro por la ventana las luces de la ciudad pasando, pero no las veo. Solo consigo ver el tono azulado alrededor de los labios de mi hija.

¿Qué es lo peor que podría pasar?

La pregunta que me hice a mí misma hace menos de una hora ahora suena como una broma cruel del destino. Tenía miedo de enfrentar a los fantasmas del pasado en Texas. Mal sabía yo que una pesadilla mucho mayor estaba a punto de comenzar, justo aquí, en mi puerto seguro. Y tenía la terrible sensación de que, para salvar a mi hija, tendría que navegar de vuelta directo al ojo de la tormenta de la que pasé tanto tiempo huyendo.

Capítulo 06



Savannah

El tiempo se deforma dentro de una sala de urgencias. Los segundos se arrastran como horas, y las horas desaparecen en un borrón de pánico y adrenalina. Estoy sentada en una silla de plástico incómoda en un cubículo estéril, sosteniendo la mano de Hope, que está acostada en una camilla demasiado grande para ella, con cables y sensores conectados a su pequeño cuerpo.

Llevo la misma ropa que usaba cuando estaba sentada en el sofá, buscando pasajes aéreos a Texas en una vida que parece haber sucedido hace un siglo. Unos vaqueros, una camiseta de manga corta y zapatillas que me metí en los pies sin preocuparme por atarme los cordones.

Mi madre está en la sala de espera, con la entrada prohibida debido a los protocolos. Echo de menos su presencia calmante, pero al mismo tiempo, agradezco estar sola. No quiero que me vea desmoronarme.

Hope duerme, un sueño exhausto y medicado. Su respiración aún es superficial, pero los pitidos de los monitores a nuestro alrededor son constantes, un ritmo electrónico que gobierna mi propia frecuencia cardíaca. Desde que llegamos, ha sido un torbellino. Enfermeras, médicos, preguntas. ¿Cuándo empezó la tos?

¿Ya tuvo episodios de cianosis antes? ¿Historial familiar de problemas cardíacos?

A esta última, solo negué con la cabeza. ¿Qué podría decir? Su padre es un cardiólogo brillante, pero no sabe que ella existe porque me acusó de engañarlo y me echó de casa.

Un médico de mediana edad con gafas de montura fina y una expresión gentil, pero seria, entra en el cubículo. Es el Dr. Miller, el pediatra de guardia que nos está atendiendo. Sostiene una tableta.

— Savannah — comienza, con voz suave. — Recibimos los resultados de los exámenes.

Me levanto, mi cuerpo entero tenso.

— ¿Y bien?

— El ecocardiograma confirmó nuestras sospechas. Hope tiene una condición cardíaca congénita compleja. Se llama Tetralogía de Fallot.

La palabra suena como una lengua extranjera, compleja y aterradora. No entiendo los detalles, pero entiendo la mirada en su rostro. Es grave.

— ¿Qué significa eso? — mi voz es un susurro.

— Significa que hay una combinación de cuatro defectos estructurales en su corazón. Esencialmente, la sangre pobre en oxígeno está siendo bombeada a su cuerpo, lo que causa los episodios de cianosis, la "coloración azulada" que usted vio. Su condición, lamentablemente, es severa. El soplo que escuché es significativo, y el estrechamiento de la arteria pulmonar es crítico.

Me muestra imágenes en la tableta. Formas en blanco y negro que deberían ser el corazón de mi hija. No entiendo los gráficos, las flechas de colores que indican el flujo sanguíneo incorrecto. Todo lo que veo es la prueba de que el centro de mi universo está roto.

— Ella... ¿ella va a estar bien? ¿Existe un tratamiento? ¿Una cirugía?

— Sí, existe. La condición puede corregirse con una cirugía a corazón abierto. El problema, Savannah, es que Hope necesita esa cirugía con urgencia. Su condición se está volviendo inestable. Y es

un procedimiento que requiere un equipo extremadamente especializado, lo mejor de lo mejor.

— ¿Y tienen eso aquí? — pregunto, una chispa de esperanza encendiéndose.

El Dr. Miller duda, y mi corazón se hunde.

— Tenemos un equipo cardiológico excelente. Pero para un caso tan delicado y urgente como el de Hope, yo no me arriesgaría. Quiero enviarla con el mejor. Hay un cirujano y un cardiólogo pediátrico en Texas que son referentes nacionales, tal vez mundiales, en Tetralogía de Fallot. Tienen las mejores tasas de éxito, la tecnología más avanzada...

Texas.

La palabra me golpea con la fuerza de un puñetazo físico. El aire huye de mis pulmones. No. No puede ser. De todos los lugares en el mundo.

— ¿Texas? — repito, incrédula.

— Sí. En el Hospital Central de Dallas. El cardiólogo que lidera el programa es un hombre llamado Dr. Travis Montgomery. Es un genio. Si alguien puede arreglar el corazón de su hija, es él.

El mundo se inclina sobre su eje. Su nombre. El nombre que no oía en voz alta desde hacía un año y cinco meses. El nombre que yo susurraba en mis pesadillas y en mis momentos más solitarios. El nombre del padre de mi hija.

Me siento en la silla de plástico, mis piernas súbitamente incapaces de sostenerme. Una risa histérica y sin humor burbujea en mi pecho. Es una broma cósmica. Una broma cruel y elaborada. Para salvar a mi hija, necesito entregarla en manos del hombre que nos rechazó.

— ¿Señorita Harper? ¿Savannah? ¿Está bien?

Miro al Dr. Miller, pero no lo veo. Veo los ojos azules de Travis, fríos y llenos de asco. Oigo su voz: Ve a darle el golpe a otro imbécil.

— No puedo... — susurro. — No puedo volver allá.

El Dr. Miller se agacha frente a mí, su expresión cambiando de profesional a compasiva.

— No sé qué le pasó en Texas, y no es asunto mío. Pero le hablo ahora no solo como médico, sino como padre. La vida de su hija está en juego. El tiempo es crucial. Necesitamos trasladarla lo más rápido posible.

Su voz corta a través de mi pánico. La vida de su hija está en juego.

Miro a Hope, durmiendo pacíficamente, ajena al hecho de que su pequeño corazón está librando una batalla que no puede ganar solo. Ella es todo lo que importa. Mi orgullo, mi dolor, mi miedo... nada de eso importa ante su vida.

Me trago la bilis que sube por mi garganta. Entierro a la chica con el corazón roto que aún llora por dentro y dejo que la madre tome el control. La mamá osa. La leona. La mujer que haría cualquier cosa por su cría.

Encuentro la mirada del Dr. Miller, mi propia expresión ahora firme.

— Está bien. Hágalo. Lo que sea necesario.

El alivio en su rostro es inmenso.

— Gran decisión. Haré los arreglos inmediatamente. La trasladaremos por la UCI Aérea. Una ambulancia aérea equipada como una unidad de cuidados intensivos. Es la manera más rápida y segura. Pueden estar listos para despegar en pocas horas.

— ¿Nosotros?

— Solo uno de los padres puede acompañar en la UCI Aérea, por cuestiones de espacio y protocolo.

La idea de separarme de mi madre, mi única aliada, es aterradora. Pero asiento.

— Entendido.

Las horas siguientes son un borrón. Llega mi madre, y le explico la situación. Se pone pálida al oír el nombre de Travis, pero su expresión se endurece con la misma determinación que siento yo.

— Haz lo que tengas que hacer, querida. Yo estaré en el primer avión justo detrás de ti.

Un equipo de transporte aéreo llega, eficiente y profesional. Preparan a Hope para el viaje, colocándola en una incubadora de transporte llena de tecnología que la mantiene estable. Me despido de mi madre con un abrazo apretado y lleno de miedo.

— Te amo.

— Yo también te amo. Sé fuerte, mi niña.

Entro en la parte trasera de una ambulancia que nos lleva al aeropuerto secundario, donde un pequeño jet espera en la pista oscura. Me siento en un pequeño asiento al lado de la incubadora, el zumbido de las máquinas y el rugido de los motores del avión convirtiéndose en la banda sonora de mi pesadilla.



Llegamos a Dallas de madrugada. El aire caliente y húmedo de Texas me golpea cuando salimos del avión, un vaho familiar que me causa náuseas. Otra ambulancia nos espera para llevarnos al Hospital Central.

Al entrar por los pasillos blancos y silenciosos, los recuerdos me asaltan. Ya he estado aquí antes, visitando a Travis, trayéndole el almuerzo. Los pasillos que antes parecían un símbolo de su éxito y dedicación, ahora parecen un laberinto diseñado para torturarme.

Fuerzo los pensamientos lejos. Enfoque. Hope es el enfoque.

Nos llevan directamente a la UCI pediátrica, un lugar de silencio solemne y pitidos constantes. Un nuevo médico nos encuentra allí. Es más joven que Travis, con cabello pelirrojo y una expresión cansada, pero gentil.

— Hola, soy el Dr. Evans, uno de los residentes del equipo de cardiología. — Toma la tableta del equipo de transporte. — Vamos a acomodarla y comenzar nuestra propia evaluación. Necesito un nuevo electrocardiograma, una radiografía de tórax, y vamos a extraer sangre para un hemograma completo y exámenes de

gasometría arterial para verificar los niveles de oxígeno. — me avisa, solo asiento. — Enfermera, prepare una línea de acceso de prostaglandina, por favor. Necesitamos mantener su conducto arterial abierto.

Habla rápidamente, con una autoridad tranquila que es un poco reconfortante. Se gira hacia mí.

— Sé que está exhausta, puede ir a la cafetería a tomar un café. Su hija está en buenas manos. Haremos todo lo posible para estabilizarla.

Solo asiento, incapaz de formar palabras. Me quedo al lado de la cuna mientras un nuevo equipo de enfermeras comienza a trabajar en Hope. Toco su piecito, la única parte de ella que no está cubierta por cables o mantas. Me seco las lágrimas y siento mi celular vibrar en el bolsillo. Lo tomo y leo el nombre de mi madre.

Salgo de la habitación y contesto la llamada, le aviso de lo que está sucediendo.

— Aún no he conseguido comprar un pasaje, hija, pero lo conseguiré.

— Está bien, mamá — digo cuando entro en otro pasillo. — Intenta dormir un poco, después cuando despiertes ves eso. La están cuidando, no se despertó en todo el viaje, los medicamentos hicieron efecto.

— Todo va a salir bien, hija mía. Ya verás. Voy a seguir intentando aquí, cualquier cosa me mantienes informada.

Sin esperar una respuesta, corta la llamada. Finalmente llego a la cafetería y pido un café. Tras pagar, vuelvo a la sala de espera. Hay algunas personas más sentadas, a la espera de buenas noticias y me uno a ellas. Me siento en una silla vacía y respiro hondo.

El tiempo pasa. Diez minutos. Veinte. Cada segundo es una agonía. Estoy en un estado de aturdimiento, funcionando en piloto automático. La puerta de la habitación se abre y otro médico se acerca con un portapapeles en la mano, pienso que va a hablar conmigo, pero se acerca a la pareja de al lado. Observo sin desviar

la mirada, la noticia es buena, los padres se abrazan y acompañan al médico.

Me levanto y voy hasta las puertas correderas. Miro por la ventanilla y no veo a nadie. Nadie a quien pueda llamar y preguntar por mi bebé.

Vuelvo a sentarme y cierro los ojos. Qué pesadilla estoy pasando. En un momento mi bebé está bien, sin presentar ningún síntoma y al otro, estoy aquí. De vuelta en Texas. Con el corazón apretado, el miedo a perder a mi bebé me ahoga. Y todo empeora, cuando sé que en breve, estaré frente al hombre que nos expulsó de su vida.

Capítulo 07



Travis

El whisky baja quemando, un calor familiar en un mundo que se ha vuelto extrañamente frío y silencioso. El vaso pesado parece una extensión de mi mano en estas noches. Allá afuera, el sol de Texas se pone sobre mis tierras, pintando el cielo con los mismos tonos de naranja y miel que ella tanto amaba. El rancho se extiende por hectáreas, un imperio. Un éxito. Así como mi carrera.

Dr. Travis Montgomery. Jefe de Cardiología Pediátrica del Hospital Central de Dallas. Uno de los nombres más respetados del país. Salvo la vida de niños. Soy la personificación del éxito.

Pero aquí, en la soledad de mi porche, en el columpio de madera que ya no cruje porque nadie se sienta en él conmigo, la verdad es otra. La victoria tiene un sabor a cenizas.

El silencio de esta casa es el precio que pagué. Cada habitación está impregnada con el fantasma de Savannah. La veo en la cocina, riendo mientras intentaba seguir una receta. La veo en el establo, su mano pequeña en el hocico de mi caballo. La veo en nuestra cama, la cama que ahora es demasiado grande, su lado permanentemente frío.

Un año y cinco meses. Quinientos dieciséis días desde que la mujer que amaba me apuñaló por la espalda.

Las imágenes de aquel día están grabadas a fuego en mi mente. Las

fotos. Ella en los brazos de otro hombre, el beso que no negó. La eché. Fue lo único que pude hacer. Nadie traiciona a un Montgomery y sale impune. Nadie me toma por idiota. Fue un acto de autopreservación, de orgullo.

Pero el orgullo es un compañero frío durante las largas noches texanas. El amor que sentía por ella no murió con la traición. Se pudrió. Se transformó en un resentimiento amargo que corroe mi pecho día y noche. La odio por haberme destruido y me odio aún más por seguir amándola.

Mi móvil suena. "Madre". Lo ignoro.

Ella ha sido implacable, intentando empujarme a los brazos de Tiffany como si ella fuera la cura para una enfermedad.

"Es de una buena familia, Travis". "Tienes que darle una oportunidad".

La semana pasada, en una cena, fue más directa.

— Ya ha pasado más de un año, hijo. Necesitas una esposa. Necesitas un heredero para todo esto.

La palabra "heredero" me golpeó como un puñetazo. Y lo último que Savannah me dijo, la mentira final, resonó en mi cabeza. "Estoy embarazada". La jugada desesperada para atraparme después de ser pillada. La idea de que podría haber tenido un hijo —del otro hombre— e intentado hacerlo pasar por mío, me llena de una furia tan violenta que casi rompo el vaso en mi mano.

Me bebo el resto del whisky de un solo trago. El fuego en mi garganta no es nada comparado con el infierno que vive dentro de mí. La amaba. Le habría dado el mundo y ella tiró todo a la basura.

Me levanto y entro en la casa. La oscuridad me traga. Subo las escaleras hacia nuestra habitación. Mi habitación.

Me siento en el borde de la cama y mi mirada recae sobre la mesita de noche de su lado. Está vacía, excepto por el anillo de compromiso. Ese anillo es la prueba de lo tonto que fui, y aún lo guardo como un triste recuerdo.

Abro el cajón que era suyo y revuelvo en el fondo, mis dedos encuentran una pequeña caja de regalo que debió haber olvidado

con las prisas y que no tuve el valor de tirar. Una caja de una tienda de bebés. El corazón de la mentira.

Una parte de mí quiere arrojarla contra la pared. Quemarla. Pero otra parte, la parte masoquista que aún la anhela, necesita ver. Necesita entender la profundidad de su manipulación.

Con los dedos rígidos, quito la tapa. Dentro, acurrucado en papel de seda, está el par de botitas de cuero más minúsculo que he visto en mi vida. Botas de vaquero. Una réplica exacta de las mías.

El aire huye de mis pulmones.

Esto no tiene sentido. Si era una estafa, una mentira, ¿por qué esto? ¿Por qué algo tan personal, tan perfectamente pensado para golpearme en el corazón? Esto no era una simple prueba de farmacia comprada con prisas. Esto fue planeado. Con cariño.

Cojo una de las botitas, sosteniéndola en la palma de mi mano. Es tan pequeña, tan real. La imagen se forma de una manera cruel, ella dándome la caja, su sonrisa radiante, la forma en que diría: "Mira, Travis, un pequeño vaquero, igual a papá".

La escena se desarrolla en mi mente con una claridad dolorosa. Y por primera vez en un año y cinco meses, una grieta se forma en el muro de mi convicción.

¿Y si...?

No. Sacudo la cabeza, intentando alejar el pensamiento venenoso. Las fotos. El beso. Su silencio. Son hechos. Y los hechos no mienten.

Pero las botitas... ellas también son un hecho. Un hecho que no encaja en la narrativa.

Un sonido escapa de mi garganta, un sonido de frustración y dolor crudo. No lloro. No me permito esa debilidad. En su lugar, la rabia vuelve, más fuerte que nunca, porque la confusión es mil veces peor que la certeza.

Ella era una mentirosa brillante. Una manipuladora talentosa. Sabía exactamente cómo enredarme, cómo plantar la semilla de la duda incluso después de todo. Con rabia, lanzo la botita de vuelta a

la caja y cierro la tapa con fuerza, empujándola al fondo del cajón, a la oscuridad a la que pertenece.

Pero es demasiado tarde. La imagen de la botita minúscula está grabada en mi mente, así como las fotos de la traición. Dos hechos contradictorios. Dos verdades que no pueden coexistir.

Y yo estoy atrapado en el medio, solo en este castillo vacío, atormentado no solo por el fantasma de la mujer que amaba, sino por la duda torturadora de que tal vez el mayor idiota en toda esta historia haya sido yo.

Me levanto y voy hacia la ventana, mirando a la oscuridad del rancho. Las luces distantes de los corrales parecen estrellas caídas en la tierra. Esta tierra iba a ser su futuro también. El futuro de nuestros hijos.

"Nuestro". La palabra sabe a veneno y miel.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Lo ignoro. Probablemente es mi madre de nuevo. Desde que Savannah se fue, parece creer que tiene derecho a llenar el vacío con su propia agenda. No lo entiende. Nadie lo entiende.

El teléfono deja de vibrar, pero un minuto después, un mensaje de texto ilumina la pantalla. Es de Melissa, la enfermera jefe de mi departamento.

Melissa: *Dr. Montgomery, disculpe molestar a esta hora. Llegó una transferencia de emergencia de Portland. Bebé de 8 meses, cianótica, sospecha de Tetralogía de Fallot. El Dr. Evans está de guardia, pero pidió que lo llamara para una segunda opinión. Dijo que la situación es crítica.*

Tras un suspiro, pregunto cuánto tiempo falta para su llegada, y ella me responde que más o menos 2-3 horas de viaje. La bebé viene con la madre en la UCI aérea. Confirmo mi asistencia, y voy al baño a ducharme. Necesito ocupar mi mente con trabajo, solo así podré no pensar en Savannah. Tardo unos minutos, pero pronto estoy listo.

Cojo mis llaves de la cómoda. La mano que sostiene las llaves está firme. Soy un médico. En el quirófano, en el consultorio, no hay

espacio para la duda o la emoción. Solo hay hechos, diagnósticos y procedimientos. Es un alivio. Es el único lugar donde el fantasma de Savannah no puede alcanzarme.

Conduzco rápido por la carretera oscura, la camioneta devorando el asfalto. La imagen de la botita baila en mi visión periférica. Aprieto el volante con más fuerza.

Cuando llego al hospital, la urgencia de la situación me consume. Me pongo mi bata, la armadura blanca que me separa del hombre que estaba de rodillas en el suelo de su habitación hace menos de una hora. Leo el historial de la paciente mientras camino rápidamente hacia la UCI pediátrica. Nombre: Hope. Sin apellido en la ficha de transferencia inicial. 8 meses. Nacida en Portland. Su corazón está fallando.

El Dr. Evans me encuentra en el pasillo.

— Travis, qué bueno que viniste. Es un caso clásico, pero su saturación de oxígeno es peligrosamente baja. La madre está con ella. Está aterrorizada.

— Entendido.

Me detengo en la puerta de la habitación de la UCI. Respiro hondo, el médico asumiendo el control total. Empujo la puerta.

La sala está llena de pitidos y luces intermitentes de monitores. Una enfermera ajusta un acceso intravenoso en el pequeño brazo de un bebé en una cuna de acrílico. La criatura es minúscula, la piel con un tono azulado preocupante bajo las luces fluorescentes.

Pero mi mirada no va hacia ella primero.

Va hacia la mujer de pie al lado de la cuna, sosteniendo la pequeña mano de la niña con una ferocidad protectora. Su cabello está más largo, recogido en un moño desordenado. Está más delgada, los huesos de su rostro más prominentes. Pero es ella.

Savannah.

El mundo entero deja de girar. El sonido de los monitores, la voz de Evans, el aire en mis pulmones, todo desaparece. Es como si un vacío se formara a nuestro alrededor. Ella levanta la mirada, y sus ojos castaños, que antes me miraban con tanto amor, ahora me

encaran con el pánico de una madre y el desprecio helado de una mujer traicionada.

La conmoción en su rostro refleja la mía.

Me acerco más, en silencio, intentando comprender. Entonces, mi mirada baja hacia la bebé en la cuna. La bebé que está luchando por respirar. La bebé con la piel azulada.

Y veo sus ojos.

Están abiertos, llenos de una confusión febril. Y son azules. No solo azules. Son mis ojos. El mismo tono, la misma forma. Son los ojos de mi familia, mirándome desde un rostro minúsculo y enfermo.

La botita. El embarazo. El tiempo. Los ojos.

Las piezas del rompecabezas, que mantuve separadas a la fuerza durante un año y cinco meses, encajan con un clic audible y devastador.

No fue una mentira. Ninguna parte de ella.

La verdad me golpea no como una ola, sino como un tsunami. Me destruye, me aniquila, barre cada trozo de rabia, de orgullo, de certeza que usé como escudo. Y lo que queda en su lugar es un dolor tan vasto, tan incomprensible, que olvido cómo respirar.

Tengo una hija.

Y la abandoné.

El pensamiento no es un pensamiento. Es una sentencia. Una condena que resuena en el vacío que se abrió en mi pecho. Mi corazón parece haber dejado de latir en mi propio cuerpo. Por un instante, el mundo se inclina, las luces de la UCI se vuelven borrones cegadores y los pitidos de los monitores se funden en un zumbido agudo en mis oídos.

Siento la mirada de Savannah en mí, pesada y acusadora. No necesita decir nada. Su rostro, pálido y devastado, pero con una fuerza de acero en sus ojos, lo dice todo. Tú hiciste esto. Tú nos rompiste. El Dr. Evans se acerca a mí, ajeno al drama cataclísmico que se desarrolla en el silencio entre Savannah y yo.

— Travis, su saturación cayó al 68% durante el vuelo. Ya iniciamos la prostaglandina, pero está inestable. La gasometría

arterial muestra una acidosis metabólica significativa.

Sus palabras son un bote salvavidas en un océano de dolor. Hechos. Datos. Medicina. Me aferro a ellos con la fuerza de un hombre que se ahoga. No soy el monstruo que abandonó a su hijo. No soy el idiota que creyó en una mentira. En este momento, soy el Dr. Montgomery. Y mi... y la paciente me necesita.

Fuerzo a mis piernas a moverse. Camino hasta la cuna, sintiendo mi cuerpo pesado, desconectado, como si perteneciera a otra persona. Evito mirar a Savannah. No puedo. Si la miro, me desmoronaré.

Mi enfoque vuelve a la niña. Mi hija. Hope. El nombre en la pulsera en su pequeño tobillo es otra puñalada.

Cojo el estetoscopio de mi cuello, mis manos sorprendentemente firmes. Es la memoria muscular de miles de exámenes. Coloco el diafragma frío en su pecho minúsculo y cierro los ojos, concentrándome solo en el sonido. Oigo el soplo sistólico áspero, el clic de la válvula aórtica, el ritmo irregular de un corazón luchando desesperadamente por hacer su trabajo.

— Necesito un ecocardiograma aquí, ahora — digo, mi voz saliendo ronca, pero profesional. — Quiero ver la anatomía coronaria y la extensión de la desviación del tabique. Evans, aumente la infusión de prostaglandina. Quiero su saturación por encima del 75% antes de siquiera pensar en moverla.

— Entendido, Travis — responde, moviéndose ya para cumplir las órdenes.

Las enfermeras se mueven con una eficiencia silenciosa a mi alrededor. No ven al hombre que se está desintegrando por dentro. Ven al jefe del departamento, en control, dando órdenes. La farsa es mi única ancla.

Yo trabajo. Yo analizo los monitores. Yo ajusto los goteos. Yo hago lo que fui entrenado para hacer. Pero a cada segundo, la conciencia de mi nueva realidad grita en mi mente.

Mi hija se está muriendo, y la culpa es mía.

Si la hubiera creído. Si hubiera ignorado aquellas fotos... Si no hubiera sido un idiota ciego y celoso. Savannah habría tenido cuidados prenatales adecuados aquí, conmigo. La condición de Hope habría sido diagnosticada al nacer, tal vez incluso antes. La cirugía podría haber sido planificada, realizada en un momento ideal, no en una crisis desesperada en medio de la noche.

La condené a esto. La condené a un año y cinco meses de lucha silenciosa, y a su madre, a un año y cinco meses de miedo solitario.

La rabia que siento por mí mismo es un sol, quemando todo a su paso.

El equipo de ultrasonido llega con la máquina de ecocardiograma portátil. Mientras preparan el equipo, finalmente me obligo a mirar a Savannah.

No se ha movido. Continúa de pie al lado de la cuna, una estatua de dolor silencioso. No está llorando. Su fuerza es casi más dolorosa de presenciar que si me estuviera gritando. Me odia y tiene todo el derecho del mundo.

— Savannah — digo, y su nombre suena extraño en mis labios.

Levanta la barbilla, sus ojos encontrando los míos. No hay perdón en ellos. Solo la pregunta silenciosa: ¿Vas a salvarla?

— Vamos a hacer todo lo que sea posible — digo, la promesa sonando débil, inadecuada. — Ella está en el mejor lugar.

— Es lo que me dijeron — responde, su voz fría y desprovista de emoción.

Quiero caer de rodillas. Quiero suplicar su perdón. Quiero gritar que lo siento, que fui un tonto, que la amo. Pero las palabras no tienen lugar aquí. No ahora. Las acciones son lo único que importa. Salvar la vida de nuestra hija es la única penitencia posible que me queda.

Me giro hacia la pantalla del ecocardiograma, el gel frío siendo aplicado en el pecho de Hope. Las imágenes en blanco y negro de su pequeño corazón aparecen, y me sumerjo en ellas. Me concentro en la anatomía defectuosa, en el flujo sanguíneo turbulento. Me concentro en la ciencia.

Porque si dejo de concentrarme en la ciencia, el dolor me tragará por completo. Y no puedo permitirme el lujo de ahogarme. No cuando la vida de mi hija depende de que yo aprenda a nadar en este océano de arrepentimiento.

Me obligo a analizar las imágenes en la pantalla del ecocardiograma con una objetividad clínica que me cuesta todo. La desviación de la aorta es severa, cabalgando sobre el tabique interventricular. El ventrículo derecho está hipertrofiado, un músculo sobrecargado y exhausto. La estenosis pulmonar es peor de lo que temía. Es un milagro que este pequeño corazón haya latido durante ocho meses.

Es un milagro llamado Savannah. Ella la mantuvo viva. Sola.

— El anillo de la arteria pulmonar es hipoplásico. Vamos a necesitar un parche transanular — digo, más para mí mismo que para el equipo. Mi mente ya está en el quirófano, planificando los cortes, las suturas. — Verifiquen el origen de la arteria descendente anterior. No quiero sorpresas.

El ecografista ajusta el transductor. Cada imagen en la pantalla es una confirmación del peligro y, al mismo tiempo, un paso hacia el plan de salvación. Me aferro a eso. El plan. Un protocolo. Pasos lógicos a seguir. Es lo único que me impide gritar.

Después de lo que parece una eternidad, tenemos todas las imágenes que necesitamos. El diagnóstico está confirmado en todos sus detalles terribles. El plan quirúrgico comienza a formarse en mi cabeza.

— Está bien, gracias — le digo al equipo de ultrasonido, que se retira silenciosamente.

Me giro hacia el Dr. Evans.

— Avise al Dr. Peterson. Quiero el quirófano híbrido listo para las seis de la mañana. Él dirigirá, yo asistiré. Quiero estar allí.

Evans me mira, con una ceja ligeramente arqueada. Un cirujano jefe asistiendo en una operación es inusual, pero no cuestiona. Solo asiente.

— Entendido, Travis.

Sale para hacer las llamadas, y de repente, la sala se queda silenciosa de nuevo, excepto por los pitidos rítmicos. Y yo estoy solo con ella. Con ellas.

Mi familia. Una palabra que no tenía derecho a usar.

Me acerco lentamente a Savannah. No retrocede, pero su cuerpo entero es una muralla de rigidez. Está de pie, vigilando a nuestra hija, una centinela que no abandona su puesto.

— Savannah, yo... — comienzo, mi voz fallando. ¿Qué podría decir? "Lo siento" es una ofensa. Una broma de mal gusto. No hay palabras en el idioma inglés para describir la profundidad de mi error.

— No — me corta, la voz baja, pero afilada como una cuchilla. — No digas nada. No ahora. Lo único que quiero oír de ti es sobre ella. — Asiente con la cabeza hacia Hope. — ¿Qué va a pasar?

Respiro hondo, forzando la emoción hacia abajo, a un lugar oscuro y profundo dentro de mí. Ella quiere al médico. Entonces es al médico a quien tendrá.

— El ecocardiograma confirmó la Tetralogía de Fallot. Su estado es crítico, pero estable por ahora, gracias a la medicación. La cirugía es la única opción, y tiene que hacerse lo más rápido posible. La programé para las seis de la mañana.

— ¿Seis de la mañana? — frunce el ceño, parece sorprendida. — Eso es... — murmura y busca el móvil en el bolsillo del pantalón. — Dentro de tres horas.

— Sí. Cada hora que esperamos, su corazón se esfuerza más. — Mi atención está en sus ojos. — El Dr. Peterson es el mejor cirujano cardíaco pediátrico del país. Él hará la corrección total. Va a cerrar el agujero entre los ventrículos, ensanchar el paso hacia la arteria pulmonar... Va a reconstruir su corazón.

— ¿Y tú? — pregunta, sus ojos escrutándome, intentando descifrar algo.

— Yo estaré allí. Asistiendo. No me moveré de su lado.

Parece absorber la información, procesando. No me agradece. No espero que lo haga.

— ¿Cuáles son las posibilidades? — pregunta, la primera grieta en su armadura de hielo. Su voz tiembla en la última palabra.

Quiero mentir. Quiero decir 100%. Quiero quitar el miedo de sus ojos, pero soy un médico y ella merece la verdad, al menos ahora.

— La cirugía es compleja y siempre hay riesgos. Infección, sangrado... Pero el equipo del Dr. Peterson tiene una tasa de éxito superior al 95% para este procedimiento. Sus posibilidades son muy, muy buenas, Savannah. Es una luchadora. Sobrevivió ocho meses con este corazón. Es fuerte.

Me doy cuenta de lo que he dicho demasiado tarde. Ella es fuerte. Fuerte como su madre. Lo suficientemente fuerte para sobrevivir a pesar de mi ausencia, de mi fallo.

Ella solo asiente, volviendo el rostro hacia Hope, dando por terminada la conversación.

Me quedo allí, un extraño en mi propio hospital, mirando a la familia que destruí. Debería salir. Debería darle espacio, pero mis piernas no se mueven. No puedo salir. Dejarlas solas de nuevo es impensable.

Así que me quedo. Me siento en la silla de plástico incómoda al otro lado de la cuna. El mismo tipo de silla en la que ella debió de haberse sentado innumerables veces, sola, en Portland.

Las horas pasan en un silencio pesado. Ninguno de nosotros habla. El único sonido son los monitores que marcam el tiempo, latido a latido, de la vida frágil de mi hija. La observo. Observo los pequeños movimientos de sus dedos, la forma en que su pecho sube y baja. Intento memorizar cada detalle de su rostro, compensando el tiempo perdido de una forma desesperada y patética.

Y observo a Savannah. Observo cómo nunca aparta los ojos de Hope. Cómo su mano descansa constantemente en el pequeño cuerpo de su hija, un toque de consuelo, de protección. Veo la fuerza que la mantuvo en pie durante todo este tiempo. La fuerza que intenté romper.

En aquella sala fría y estéril, bajo las luces fluorescentes que no perdonan, lo entiendo. No perdí solo a una prometida. No perdí solo

a un hijo. Perdí la oportunidad de ser el hombre que aquella mujer y aquella niña merecían. Y reconquistar eso... si es que es posible... será la cirugía más difícil de mi vida.

Capítulo 08



Travis

La noche se arrastra en un silencio pesado, puntuado solo por los pitidos rítmicos de los monitores. Es una cuenta regresiva para el momento que definirá nuestras vidas. Observo a Savannah, una centinela inmóvil al lado de nuestra hija, y veo la fuerza de una maternidad solitaria grabada en su postura. No se encorva, no vacila.

El reloj en la pared de la UCI marca las 5:15 de la mañana. El tiempo parece agotarse demasiado rápido. El equipo de transporte quirúrgico llega para llevarse a Hope. El movimiento rompe el hechizo de silencio. Las enfermeras se mueven con una eficiencia tranquila, desconectando monitores y reconectándolos a una unidad de transporte.

Hasta ahora, Savannah ha sido la personificación de la fuerza contenida. Pero ver el pequeño cuerpo de nuestra hija siendo preparado para ser llevado lejos, a una sala donde extraños abrirán su pecho, es demasiado. Sus hombros comienzan a temblar. Aprieta la manita de Hope y se inclina sobre la cuna, y un único sollozo, un sonido de pura agonía, escapa de ella.

— Oh, mi bebé... — susurra, con la voz rota. — Por favor, sé fuerte. Mamá te ama tanto.

Mi instinto, mi cuerpo entero, me grita que vaya hacia ella, que la abrace, que comparta el peso de ese miedo. Pero estoy paralizado, atrapado por la culpa. ¿Qué derecho tengo a ofrecer consuelo?

La enfermera que lidera el equipo, una mujer mayor llamada Carol, toca el hombro de Savannah gentilmente.

— Vamos a cuidar muy bien de ella. El Dr. Peterson y el Dr. Montgomery la están esperando.

La mención de mi nombre hace que Savannah se tense. Se aparta de la cuna, secándose las lágrimas rápidamente con el dorso de la mano, su muralla reconstruyéndose instantáneamente. Me lanza una mirada rápida, una mirada que dice: *No te atrevas a sentir lástima por mí.*

Mientras ruedan la cuna fuera de la habitación, Savannah da un paso para seguirlos, pero la intercepto.

— Savannah, espera.

Se detiene, pero no se gira hacia mí.

— No puedes ir allá. La sala de espera prequirúrgica es lo más lejos que podemos llegar. Iré contigo hasta allí, y después necesito ir a prepararme. Ya es casi la hora.

Finalmente se gira, y sus ojos están rojos, pero feroces.

— ¿Estás seguro de que quieres estar en esa sala?

La pregunta es un cuchillo. No está preguntando sobre mi competencia. Está preguntando si puedo soportarlo. Si el padre puede no estorbar al médico.

— No hay otro lugar en el mundo donde debiera estar — respondo, con la voz ronca.

Caminamos lado a lado por los pasillos vacíos del hospital, a una distancia segura el uno del otro. El silencio entre nosotros es una cosa viva, llena de todas las palabras no dichas. Llegamos a la sala de espera de cirugía cardíaca, un espacio impersonal con sillas incómodas. La madre de Savannah no está allí, y me contengo para no preguntar por ella.

Savannah se sienta en una silla, abrazándose a sí misma como si tuviera frío. Permanezco de pie, mirando el reloj en la pared. 5:40 de la mañana.

— El procedimiento tomará de cuatro a seis horas — comienzo, volviendo a mi papel de médico, porque es el único seguro. — La primera parte es la más crítica. La pondrán en una máquina de bypass cardiopulmonar, que oxigenará la sangre y hará el trabajo del corazón y los pulmones. Su corazón será detenido.

Al decir las palabras, "su corazón será detenido", veo el terror volver a sus ojos. Aprieta los brazos con más fuerza.

— Necesitan detenerlo para poder trabajar en él. Es el procedimiento estándar. El Dr. Peterson hará las reparaciones. Cerrará la comunicación interventricular con un parche de pericardio y ensanchará la arteria pulmonar para restaurar el flujo sanguíneo. Después, reiniciarán el corazón y la sacarán lentamente de la máquina.

— ¿Reiniciar el corazón? — susurra. — ¿Y si... y si no reinicia?

— Reiniciará, Savannah. — Me acerco, sentándome en la silla a su lado, rompiendo la distancia entre nosotros. — El equipo sabe exactamente lo que está haciendo.

No dice nada, solo mira un punto vacío en la pared. Sus manos están temblando. Sin pensar, extiendo la mía y cubro la suya. Su primer instinto es retroceder, pero no lo hace. Permite mi toque. Su piel está helada.

— Tengo tanto miedo, Travis — admite, con la voz tan baja que apenas logro oírla. Es la primera vez que usa mi nombre. La primera vez que me deja ver su vulnerabilidad desde que llegué.

— Yo también — confieso, y la verdad de esas palabras me golpea con una fuerza aplastante. Yo, el médico confiado, el jefe del departamento, estoy aterrorizado.

Nos quedamos así por un momento, solo dos personas aterrorizadas unidas por el amor a una niña. El pasado, el futuro, todo desaparece. Solo existe el presente. El miedo presente.

El reloj marca las 5:50.

— Necesito irme — digo finalmente. — Tengo que prepararme.

Me levanto. Ella retira su mano de la mía, y el calor momentáneo se va, dejando el frío atrás.

— Travis. — Me llama cuando llego a la puerta. Me giro. — Tráemela de vuelta.

No es una petición. Es una orden. Una súplica. La esencia de todo.

— Lo haré — prometo.

En la sala de preparación, el ritual familiar de frotarme las manos con jabón quirúrgico, de ponerme el pijama quirúrgico, la mascarilla, el gorro, me calma. Me convierto en el Dr. Montgomery. Entro en el quirófano, frío y brillante. Son exactamente las seis de la mañana. El equipo ya está en movimiento. Hope está en el centro de todo, un pequeño ser en un mar de paños azules.

El Dr. Peterson, un hombre mayor con ojos tranquilos y experimentados, me saluda con un asentimiento de cabeza.

— Travis. ¿Listo?

— Listo — miento.

Tomo mi lugar a su lado, al otro lado de la mesa. El anestesista da luz verde. El Dr. Peterson extiende la mano.

— Bisturí.

Y la cirugía comienza. Observo, asisto, paso instrumentos, aspiro sangre. Mis movimientos son automáticos, mi cerebro enfocado en la tarea. Pero mi corazón... mi corazón está en la sala de espera, sentado al lado de una mujer de ojos castaños, esperando que cumpla mi promesa.

El bisturí del Dr. Peterson se desliza, haciendo la primera incisión con una precisión que desmiente la enormidad del acto. Observo, mi propio corazón martilleando contra mis costillas en un ritmo salvaje. El olor a antiséptico, el brillo de las luces quirúrgicas, el zumbido bajo de la maquinaria... este es mi mundo. Pero hoy, es un infierno personal.

Mi trabajo es mantener el campo quirúrgico limpio, anticipar cada movimiento de Peterson, monitorear los signos vitales que se

proyectan en la pantalla sobre nosotros. Me muevo por instinto, mis manos firmes por años de entrenamiento. Pero mi mente está en llamas.

Tráemela de vuelta. La orden de Savannah resuena en mi cabeza.

El equipo trabaja en perfecta sincronía para conectar las cánulas de la máquina de bypass cardiopulmonar a las pequeñas arterias de Hope. Es un ballet delicado y de alto riesgo. Cuando se hace la conexión, oigo la orden.

— Iniciando el bypass.

La sangre oscura de Hope comienza a fluir por los tubos transparentes, yendo hacia la máquina que ahora sirve como su corazón y pulmones, y regresa, roja y brillante, llena de oxígeno. Su pequeño pecho deja de moverse.

Y entonces, la siguiente etapa. La cardioplejía, la solución que detendrá su corazón.

Observo el monitor. El ritmo sinusal familiar vacila, disminuye y, enseguida, se aplana en una línea verde y recta. Un sonido largo y continuo llena la sala por un segundo antes de ser silenciado.

Su corazón está detenido.

A pesar de saber que este es un paso necesario y controlado, una parte primitiva de mi cerebro grita de terror. Estoy mirando la prueba visual de la mortalidad de mi hija. Su corazón, el pequeño motor que debería haber protegido desde el principio, está inmóvil y silencioso.

— Todo bien, Travis. Vamos a trabajar — la voz tranquila de Peterson me trae de vuelta.

Comienza el trabajo delicado de reparar lo que la naturaleza hizo mal. Estoy allí, con él, apartando tejidos, aspirando sangre, manteniendo el campo de visión perfecto. Cada sutura que hace, cada movimiento de sus manos expertas, es un paso lejos del abismo. Y a cada segundo, la imagen del rostro de Savannah en la sala de espera parpadea en mi mente. Ella está allá afuera, sola,

confiando en mí. Confiando en el hombre que rompió todas sus confianzas.

Savannah

El tiempo en la sala de espera no se mueve. Se estira y se retuerce. Cada tictac del reloj en la pared es un martillazo en mis nervios. Un minuto parece una hora. Diez minutos, una vida entera. Camino de un lado a otro en la pequeña sala, incapaz de quedarme quieta. Me froto los brazos, intentando alejar un frío que viene de adentro. Miro hacia la puerta cerrada por la que se la llevaron, como si pudiera ver a través de ella con la fuerza de mi desesperación.

Su corazón será detenido.

Las palabras de Travis se repiten en un bucle infinito en mi cabeza. Intento alejarlas, pero vuelven, trayendo consigo imágenes terribles. Cierro los ojos y veo el rostro de mi hija, sus labios azules.

Me siento, luego me levanto de nuevo. Tomo una revista, pero las palabras son solo borrones sin sentido. El nudo en mi estómago está tan apretado que apenas logro respirar. Estoy sola en este infierno de espera. No hay nadie.

Las lágrimas que contuve con tanta fuerza comienzan a correr por mi rostro sin mi permiso. No sollozo. Solo lloro en silencio, el llanto más solitario de mi vida. Soy fuerte. He sido fuerte por mucho tiempo. Pero ahora, mi fuerza se está desvaneciendo, dejando atrás solo un miedo puro y primitivo. El miedo de una madre a punto de perder a su hijo.

La puerta de la sala de espera se abre.

Me giro, con el corazón saltando a la garganta, esperando ver a un médico. Pero es mi amiga, Callie. Su rostro está pálido y preocupado, y cuando me ve, corre hacia mí.

— ¡Savannah! Oh, Dios mío. Tu madre me llamó y vine en cuanto lo supe.

En el segundo en que sus brazos me envuelven, la presa se rompe. Me derrumbo contra ella, sollozando incontrolablemente, el sonido de mi dolor resonando en la sala silenciosa. Todo el miedo, toda la soledad, toda la fuerza que fingí tener, todo se deshace.

— Callie, tengo tanto miedo — lloro en su hombro. — Detuvieron su corazón. ¿Y si no vuelve?

— Shhh, no pienses así, por favor. ¡Ella va a volver y todo va a salir bien! — susurra, con su propia voz embargada, mientras me sujeta con fuerza. — Estoy aquí y no me voy a ir a ninguna parte.

Nos sentamos juntas, tomadas de la mano, y ella me deja llorar hasta que no quedan más lágrimas, solo sollozos secos y exhaustos. No me hace preguntas. No habla de Travis. Solo se queda conmigo, su presencia un ancla en mi mar de terror.

Pasan dos horas, tal vez tres. Perdí toda noción del tiempo. Cada vez que la puerta se abre, mi cuerpo entero se tensa.

Y entonces, se abre de verdad.

Travis está parado allí. Todavía lleva el pijama quirúrgico, pero la mascarilla está bajada, colgando de su cuello. Su rostro está cubierto por una fina capa de sudor, y hay un agotamiento profundo en sus ojos, un agotamiento que va más allá del cansancio físico. Parece haber envejecido diez años en las últimas horas.

Mi amiga y yo nos levantamos de un salto.

Su mirada pasa por Callie y se fija en mí. Mi corazón deja de latir, esperando.

— La corrección está hecha — dice, con la voz ronca y baja. — El parche está en su lugar. La arteria fue ensanchada. Estructuralmente... su corazón está arreglado.

Un suspiro de alivio se me escapa, tan fuerte que casi pierdo el equilibrio. Mi amiga me sostiene, pero la expresión en el rostro de Travis aún es tensa.

— ¿Pero? — pregunto, porque sé que hay un "pero".

Él traga saliva, y sus ojos azules, tan llenos de dolor, encuentran los míos.

— Pero la parte más difícil es ahora. Hemos estado sosteniendo su vida con la máquina durante horas. Ahora, vamos a intentar sacarla del bypass. Vamos a intentar hacer que su corazón lata por sí mismo nuevamente.

El miedo, que había retrocedido por un instante, vuelve con fuerza total. El momento del todo o nada.

— Necesito volver allá — dice, ya dándose la vuelta.

Se detiene en la puerta y me mira por encima del hombro, una última vez. En su mirada, veo al médico, al padre y al hombre arrepentido, todos en guerra unos con otros.

Y entonces se va, dejándonos atrás en la quietud de la sala de espera, para aguardar el sonido de un corazón que vuelve a latir. O el silencio de uno que no lo hace.

Travis

Volver a la atmósfera fría y controlada del quirófano es como sumergirse en agua helada. El choque me obliga a concentrarme. El equipo está listo, esperándome. Los próximos minutos lo determinarán todo.

— ¿Habló con la madre? — pregunta Peterson en voz baja, sin apartar los ojos del pecho abierto de Hope.

— Hablé — respondo, mi voz un eco de una calma que no siento. Vuelvo a tomar mi lugar en la mesa.

— Correcto. Vamos a calentar a la paciente. Aumentar la temperatura del bypass — ordena Peterson.

Es el primer paso. El corazón necesita estar a la temperatura corporal correcta para tener la mejor oportunidad de reiniciarse. Observo los números en el monitor subir lentamente. Cada décima de grado parece una victoria.

— La temperatura es estable — anuncia el perfusionista, el técnico que opera la máquina de bypass.

— Ok. Retirando la pinza de la aorta — dice Peterson.

Este es el momento. La pinza que impedía el flujo de sangre hacia el propio corazón es retirada. Ahora, la sangre oxigenada de la máquina puede fluir hacia las arterias coronarias, nutriendo el músculo cardíaco. Es la invitación a que despierte.

Todos los ojos en la sala están fijos en el monitor cardíaco. La línea verde permanece recta. Plana. Silenciosa.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Mi propio corazón está en mi garganta. Mi sangre ruge en mis oídos. Es el silencio más largo y ensordecedor de mi vida. Miro el pequeño corazón inmóvil en el pecho de mi hija, un órgano perfectamente reparado, pero sin vida. Late, le ruego en silencio. Por el amor de Dios, Hope, late.

Y entonces. Un pico.

Un único y solitario pico en la línea verde.

Un murmullo colectivo de alivio recorre la sala.

Es seguido por otro. Y otro más. Irregular. Débil, pero está ahí. Fibrilación ventricular. El corazón está temblando, intentando encontrar su ritmo.

— Quiere latir — dice Peterson, con la calma de un maestro. — Denle un empujón. Palas de desfibrilación interna. Carga a cinco julios.

La enfermera entrega las pequeñas palas, del tamaño de cucharas de té. Peterson las coloca directamente sobre el corazón de Hope.

— Despejen.

Un pequeño espasmo recorre su cuerpo cuando se aplica la descarga.

Nuevamente, todos los ojos en el monitor. La línea caótica de fibrilación se aplana por un instante y, enseguida...

Bip.

Bip.

Bip.

Un ritmo. Lento, pero regular. Sinusal. El sonido más hermoso que he escuchado en toda mi vida. El sonido de mi hija volviendo a nosotros.

La tensión en la sala se disipa como humo. Se sueltan suspiros.

— Ritmo sinusal estable — dice el anestesista. — La presión está subiendo.

— Gran trabajo, equipo — dice Peterson. — Ahora vamos a sacarla de la máquina. Disminuyan el bypass lentamente. Dejen que su corazón asuma el trabajo.

En los siguientes treinta minutos, disminuyen gradualmente el soporte de la máquina de bypass, forzando al corazón recién reparado de Hope a trabajar más y más. Se mantiene firme. Cada latido es una promesa. Está haciendo su trabajo.

Cuando la máquina es finalmente apagada, y el corazón de Hope está latiendo por sí mismo, sosteniendo su pequeño cuerpo, siento mis piernas flaquear. Me apoyo en la mesa, la adrenalina que me mantuvo en pie finalmente desvaneciéndose, dejando atrás un agotamiento que llega hasta el alma.

Peterson me da una palmadita en el hombro.

— Buen trabajo, Doctor. La madre debe estar preocupada, pero lo peor ya pasó.

Sus palabras deberían ser un consuelo, pero son otra puñalada de culpa.

Savannah

La puerta de la sala de espera permanece cerrada. El tiempo se arrastra. Cada minuto es una nueva forma de tortura. Callie y yo

estamos sentadas juntas, tomadas de la mano, nuestras oraciones silenciosas llenando el espacio entre nosotras.

No sé cuánto tiempo ha pasado. ¿Treinta minutos? ¿Una hora? He perdido la noción. Mi mente está vacía, agotada de tanto miedo. Estoy en un limbo, flotando entre la esperanza y la desesperación.

La puerta se abre.

Es Travis. De nuevo.

Su gorro y su mascarilla han desaparecido. Su rostro está pálido, y hay marcas rojas en sus mejillas de donde la mascarilla le apretó. Sus ojos encuentran los míos al otro lado de la sala.

Me levanto, mi cuerpo entero temblando, mi corazón preparado para lo peor.

No sonríe. Su rostro está demasiado cansado para sonreír. Pero sus ojos... hay algo diferente en sus ojos. La oscuridad, el dolor aterrorizado, ha sido sustituida por un brillo de alivio profundo, casi reverente.

Y entonces dice las palabras que nunca olvidaré por el resto de mi vida.

— Su corazón está latiendo, Savannah.

La frase me golpea. La oigo, pero no la proceso inmediatamente.

— ¿Qué?

— Su corazón está latiendo por sí mismo — repite, su voz embargada en la última palabra. — La cirugía fue un éxito. Está estable.

Las palabras finalmente penetran en la niebla de mi pánico. Éxito. Estable.

Mis piernas ceden. Habría caído al suelo si mi amiga no me estuviera sosteniendo. Un sollozo escapa de mí, pero no es un sollozo de dolor. Es un sonido de puro y absoluto alivio. Entierro mi rostro en el hombro de Callie y lloro como no he llorado en años, dejando que toda la tensión, todo el terror, toda la agonía de las últimas horas salga de mí en una ola avasalladora.

Ella está viva. Mi bebé está viva.

Cuando finalmente logro controlarme, miro a Travis. Todavía está parado cerca de la puerta, observándonos, dándonos espacio. Parece un soldado regresando de una guerra terrible.

— ¿Puedo... puedo verla? — pregunto, mi voz ronca.

— Todavía no — dice suavemente. — Están cerrando su pecho ahora y trasladándola de vuelta a la UCI. Tomará una o dos horas más hasta que esté instalada y puedas entrar. Pero ella está bien. Te lo prometo.

Asiento, entendiendo. Cumplió su promesa. Me la trajo de vuelta.

Por un momento, el abismo entre nosotros —el rechazo, el dolor, los años perdidos— desaparece. Y todo lo que queda son dos personas, un hombre y una mujer, unidos por un milagro. Los padres de Hope.

— Gracias — susurro, y la palabra parece pequeña e inadecuada, pero es la única que tengo.

Un músculo salta en su mandíbula, y asiente brevemente, como si la palabra lo lastimara. Él sabe, tanto como yo, que la cirugía del corazón puede haber terminado, pero la nuestra apenas está comenzando.

Se gira para irse, pero se detiene.

— Savannah. Necesitamos hablar.

— Si es sobre el estado de salud de mi hija, puedes hablar — replico de brazos cruzados, mi mirada seria. Sé de qué quiere hablar, pero no tengo ganas de conversar con él. — Pero de otra cosa no.

— Savannah...

— Solo vine aquí — lo interrumpo una vez más, mi corazón acelerado. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Por qué simplemente no se va a vivir su vida? — Para salvar a mi bebé; si no fuera por eso, no habría vuelto.

Él suspira, pero asiente. Lo ignoro y vuelvo mi atención hacia Callie; ella me sonríe y me abraza fuerte. Mi bebé está a salvo, y eso es lo único que importa.

Capítulo 09



Travis

La UCI Pediátrica tiene su propio ritmo, una sinfonía silenciosa de pitidos suaves, el zumbido de máquinas y los pasos ahogados de las enfermeras. En las cuarenta y ocho horas desde la cirugía, he aprendido a descifrar cada sonido. El pitido constante del monitor cardíaco de Hope es ahora la banda sonora de mi existencia. Cada latido estable es una afirmación de que ella está aquí, de que está luchando.

Su recuperación ha sido notablemente buena. Ayer fue extubada, respirando por sí misma con la ayuda de una pequeña cánula de oxígeno. Los medicamentos para el dolor la mantienen cómoda, y el color rosado saludable en sus mejillas y labios es la visión más hermosa que jamás he contemplado. Su corazón, el corazón que vi detenido y sin vida, está funcionando perfectamente. El plan de tratamiento ahora se centra en el control del dolor, la fisioterapia respiratoria y el monitoreo. La parte fácil, como temía, ha terminado.

Lo difícil comienza cada vez que Savannah entra en la habitación.

Se mueve con una gracia silenciosa y exhausta, sus hombros aún tensos, pero la muralla de pánico ha sido sustituida por una de hielo pulido. Pasa horas sentada al lado de la cuna de Hope,

leyéndole en voz baja, cantando canciones de cuna, su mano sin dejar de tocar nunca la de nuestra hija. Es magnífica en su devoción y me ignora con una precisión quirúrgica.

Lo intento. Dios sabe cómo lo intento.

— Su nivel de saturación está en el 98%. Es una gran señal — digo, intentando sonar casualmente profesional mientras analizo el historial.

No levanta la mirada.

— Lo vi en el monitor.

— El fisioterapeuta dijo que sus pulmones están limpios. La recuperación está yendo mejor de lo esperado.

— Bien.

Sus respuestas son cortas, cortantes, diseñadas para terminar la conversación. Me permite ser el médico de Hope. Escucha mis actualizaciones, asiente en los momentos adecuados. Pero el hombre, el Travis que un día amó, es invisible para ella. Un fantasma en su propio hospital.

Sé que me lo merezco. Cada gramo de su desprecio está justificado. Perdí un año y cinco meses. Perdí la oportunidad de ver crecer su barriga, de sentir las primeras patadas, de sostener su mano durante el parto. Perdí las noches sin dormir, las primeras tomas, la primera sonrisa. Lo perdí todo. Y la prueba viva de mi pérdida duerme pacíficamente a pocos metros de mí.

Ella es mi copia. Es casi cómico. No hay lugar para la negación. Cualquiera que me mirara a mí y luego a Hope sabría la verdad en cinco segundos. ¿Cómo pude ser tan ciego? Quiero ser parte de su vida. No es ni siquiera una cuestión de querer; es una necesidad física, un dolor en mi pecho que es tan real como la cicatriz en el pecho de Hope. Necesito compensar el tiempo perdido. Necesito ser su padre.

Pero para llegar hasta Hope, necesito pasar por la guardiana en la puerta. Y las puertas del corazón de Savannah están cerradas, bloqueadas y probablemente barricadas.

Hoy, en el tercer día después de la cirugía, la madre de Savannah está en la habitación, permitiendo que Savannah finalmente salga a respirar. La observo salir, con los hombros encorvados por el cansancio. La Sra. Harper, madre de Savannah, me lanza una mirada que es una mezcla de gratitud por lo que hice por Hope y un profundo resentimiento por lo que le hice a su hija. Es una mirada que entiendo perfectamente.

Sigo a Savannah a distancia. No para perseguirla, sino porque no puedo evitarlo. Camina lentamente por los pasillos, deteniéndose en la recepción principal del piso. La veo hablando con la recepcionista, que le entrega una carpeta de papel.

Savannah la abre. Y veo su cuerpo entero tensarse. Veo el color desaparecer de su rostro. Es la factura preliminar. La cirugía cardíaca de emergencia, la UCI aérea, los días de internación en la UCI Pediátrica... la suma debe ser astronómica. Una cantidad que podría comprar una casa. Una cantidad que sé que ella no tiene la menor posibilidad de pagar.

Se aparta del mostrador, tambaleándose ligeramente, y se apoya en la pared, la carpeta temblando en su mano. Toma el celular y se lo lleva a la oreja.

Me acerco, la culpa corroyéndome. Esta es una carga más que puse sobre sus hombros.

— ...no, mamá, lo sé. Yo solo... no sé cómo... — Su voz es un susurro desesperado. — Es más de lo que ganamos en diez años. No sé qué hacer.

La visión de ella, tan fuerte y resiliente, pareciendo ahora tan pequeña y abrumada, rompe algo dentro de mí. Me detengo a su lado.

— Yo pagaré — digo, la voz más baja de lo que pretendía.

Savannah se gira, sorprendida. Al verme, su expresión de desesperación se transforma instantáneamente en una máscara de frialdad defensiva. Cuelga el celular.

— ¿Qué?

— La factura. Del hospital. Yo me encargaré de todo. No te preocupes por eso.

Me mira fijamente, y una sonrisa sin humor, amarga y fea, toca sus labios.

— No.

La única palabra es dicha con una finalidad que me golpea como un puñetazo.

— Savannah, no seas ridícula. Claro que voy a pagar. Ella es mi...

Me detengo, incapaz de decir la palabra. Mi hija. Decirlo en voz alta parece una apropiación indebida, un derecho que no me he ganado.

— Ella es tu paciente — completa Savannah por mí, su voz gélida. — Y tú hiciste tu trabajo. Un trabajo de médico. Gracias por eso, pero ahí es donde termina tu obligación.

— ¡Eso no es verdad y tú lo sabes! — digo, mi propia frustración comenzando a surgir. — ¡Soy su padre!

— Ah, ¿ahora eres su padre? — se ríe, el sonido cortante. — No, Travis, ella no es tu hija. Es hija de cualquier otro, no tuya.

Aquello es una puñalada, y no tengo defensa. Fue exactamente eso lo que le dije cuando supe del embarazo.

— Fui un idiota, Savannah... estaba loco de celos y...

— No — me interrumpe, levantando la mano. — No quiero hablar de eso, Travis. Yo te olvidé. ¡El padre y la madre de mi hija soy yo! No quiero tu dinero. No quiero nada de ti. Hiciste lo que era médicamente necesario para salvar su vida, y por eso, una parte de mí estará eternamente agradecida. Pero solo eso. No te necesitamos. Encontraré una solución. Siempre lo hago.

Se gira para alejarse. En un acto de pura desesperación, le agarro el brazo. No con fuerza, como la última vez. Solo un toque para detenerla.

— Por favor — imploro, la voz ronca. — ¡Entiendo que me odies! Pero es solo mirarla y saber que es mía. Mi hija. No me excluyas de esto. Déjame ayudar. Déjame ser su padre.

Mira mi mano en su brazo con desprecio, y después mi rostro. Sus ojos brillan, pero no con lágrimas de tristeza. Con una rabia justa e inquebrantable.

— ¿Quieres ser su padre? — pregunta, la voz peligrosamente baja. — Perdiste ese derecho en el momento en que me llamaste mentirosa y me echaste de tu casa. Puedes haber arreglado su corazón, pero nunca, jamás, vas a arreglar lo que rompiste entre nosotros. Ahora, quítame la mano de encima.

Suelto su brazo como si quemara.

Se gira y se aleja, dejándome parado en medio del pasillo del hospital, el eco de sus palabras resonando en mi alma. La observo caminar, la cabeza erguida, la espalda recta. Es como una ciudad que ha sido bombardeada, pero cuyas murallas, aunque marcadas por la batalla, aún están en pie. Y yo soy el ejército derrotado, mirando la devastación que causé.

Su rabia es justa. Su desprecio es merecido. Pero la idea de ser excluido de la vida de Hope... eso es una sentencia que no puedo aceptar. No voy a aceptarla.

Una ola de determinación, la misma que me impulsa en el quirófano, se apodera de mí. Puedo haber perdido el derecho, como dijo ella. Pero los derechos de un padre no son lo único en juego aquí. Hope tiene derecho a tener un padre. Un padre que la ame, que la proteja, que pague por sus cuidados médicos sin que su madre necesite vender el alma.

No la sigo. Sé que sería inútil. Presionarla ahora solo la haría retroceder aún más. En su lugar, doy media vuelta y camino en la dirección opuesta, con un nuevo propósito.

Entro en el ala de administración del hospital, un lugar que conozco bien debido a las reuniones de la junta directiva. Voy directo a la oficina de facturación. La jefa del departamento, Martha, una mujer de sesenta años que está aquí desde que yo era residente, me saluda con sorpresa.

— ¡Dr. Montgomery! ¿Qué lo trae a nuestras mazmorras financieras?

— Martha, necesito un favor — digo, mi tono no dejando espacio para negativas. — Una paciente en la UCI pediátrica. Nombre: Hope. Su madre es Savannah Harper.

Martha teclea en su ordenador.

— Ah, sí. La transferencia de Oregón. Un caso costoso.

— Quiero que esa cuenta quede en cero — digo simplemente. — Y quiero que cualquier cobro futuro, ya sea de medicamentos, fisioterapia, consultas de seguimiento, cualquier cosa relacionada con ella, sea enviada directamente a mí. Quiero que el nombre de Savannah Harper sea completamente eliminado del sistema financiero. Como si nunca hubiera estado aquí.

Martha me mira por encima de las gafas. Es lista. Sabe que hay más en la historia.

— Travis, las reglas de privacidad...

— Las reglas no se aplican, Martha. Soy el padre de la niña.

La declaración flota en el aire. Es la primera vez que digo eso en voz alta a otra persona. Decir la verdad es liberador y aterrador. La expresión de Martha se suaviza, la sorpresa dando paso a una comprensión silenciosa. Ha visto muchos dramas familiares desarrollarse en estos pasillos.

— Entendido, doctor — dice, su voz ahora más gentil. Se gira hacia el ordenador y sus dedos vuelan sobre el teclado. — Considérelo hecho. Ninguna factura será emitida a la Sra. Harper. Todo será redirigido a su cuenta personal.

— Gracias, Martha. Te debo una.

— No me debe nada. Solo cuide de esa niñita — dice, con una pequeña sonrisa.

Salgo de la oficina de administración sintiendo una minúscula fracción del peso ser quitada de mis hombros. No es perdón. No es redención. Es solo logística. Es la primera cosa que puedo controlar en esta situación fuera de control. Es la primera cosa que puedo hacer por ellas.

Vuelvo a la UCI pediátrica. Cuando llego, veo que Savannah no ha regresado a la habitación de Hope. En su lugar, su madre,

Elizabeth Harper, está sentada en la silla, tejiendo algo pequeño y azul. Levanta la mirada cuando entro. Sus ojos no tienen la misma furia helada que los de Savannah. Son más complicados. Me ven, creo, como el monstruo que destruyó a su hija y el médico que salvó a su nieta.

— Doctor — me saluda, el título usado como una barrera formal.

— Por favor, llámeme Travis — digo, mi voz baja. Me apoyo en la pared al otro lado de la habitación, intentando no parecer una amenaza. — ¿Cómo está?

— Durmiendo. La enfermera dijo que sus signos vitales son excelentes.

Nos quedamos en silencio por un momento.

— Ella me lo contó — dice la Sra. Harper de repente, sin levantar los ojos del tejido. — Lo que pasó entre ustedes.

Mi estómago se contrae.

— Yo...

— No hay nada que puedas decir — me corta, finalmente mirándome. Su expresión es de una tristeza profunda. — Pasé años de mi vida siendo una pésima madre, Travis. Años que perdí por la bebida. Y la única cosa que me sacó del fondo del pozo fue ella. Mi Savannah. Y aquel bebé que crecía dentro de ella. Ella era mi esperanza, y por eso le dio ese nombre a la hija. — Mira a Hope, su rostro suavizándose con un amor infinito. — Y tú... tú le quitaste la esperanza aquel día. No tienes idea de lo que ella pasó. La rompiste.

— Lo sé — susurro, la garganta apretada. — Y voy a pasar el resto de mi vida arrepintiéndome de eso.

— El arrepentimiento no arregla un corazón roto — dice, su voz firme. — Savannah construyó una vida nueva. Una vida segura, lejos de ti. Estoy agradecida de que hayas salvado a mi nieta. Pero no pienses, ni por un segundo, que eso borra lo que hiciste.

Tiene razón. En todo.

Savannah regresa unos minutos después. Lleva dos vasos de café. Sus ojos se abren ligeramente al verme allí, conversando con su madre. Le entrega un vaso a su madre y se niega a mirarme.

El mensaje es claro. Este es su mundo. Su santuario. Y yo soy el intruso.

Sé que no puedo forzar mi entrada. Tengo que ganármela. Tengo que probar, no con dinero o palabras, sino con acciones, que ya no soy el hombre que las lastimó.

Y mientras observo a Savannah inclinarse sobre la cuna, su mano acariciando la mejilla de nuestra hija, hago una promesa silenciosa. Voy a esperar. Voy a luchar. Voy a convertirme en el hombre que se merecem. Aunque me lleve el resto de mi vida.

Capítulo 10



Travis

Los días que siguen en la UCI Pediátrica se establecen en una rutina extraña y tensa. Soy el primero en llegar y el último en irme. Oficialmente, estoy supervisando el caso de Hope. En él, soy el médico, discutiendo los progresos con las enfermeras, analizando cada resultado de examen, ajustando medicamentos. Pero extraoficialmente, soy un satélite, orbitando a una distancia segura a la familia que formé y destruí.

Savannah y su madre se turnan en la habitación. Cuando una está con Hope, la otra está en la cafetería o intentando descansar en una de las habitaciones de hotel que el hospital ofrece a las familias de fuera de la ciudad. Me aseguré, a través de Martha, de que la cuenta del hotel también me llegara a mí. Es un pequeño acto más de reparación invisible.

Aprendo sus ritmos. Aprendo que Savannah le lee a Hope todas las tardes, su voz suave llenando la habitación con historias de osos y conejos, aunque Hope esté durmiendo. Aprendo que la Sra. Harper teje sin parar, produciendo un ejército de zapatitos y gorros coloridos.

Mis interacciones con la Sra. Harper se convierten en una tregua cautelosa. Hablamos solo sobre Hope. "Su saturación es excelente hoy". "Toleró bien la fisioterapia". Ella me responde con

asentimientos de cabeza y agradecimientos formales. El resentimiento aún está ahí, en sus ojos, pero es ofuscado por la preocupación de abuela.

Con Savannah, no hay tregua. Solo hay un vasto y gélido silencio.

Ella me tolera en la habitación porque soy el médico. Escucha mis actualizaciones con una atención enfocada, hace preguntas inteligentes y pertinentes sobre el tratamiento. Pero en el momento en que la actualización termina, se da la vuelta. Levanta una muralla invisible, tan impenetrable como el vidrio que nos separa del pasillo de la UCI.

Al quinto día, Hope está lo suficientemente fuerte para ser trasladada a una habitación normal en el ala pediátrica. Es un hito inmenso. Significa que el peligro inmediato ha pasado. El cambio a una habitación privada, sin embargo, solo intensifica la extrañeza de nuestra situación. El espacio es más pequeño, más íntimo. La excusa de la supervisión constante de la UCI ya no existe.

— Lo está haciendo muy bien — le digo a Savannah, mientras la observo acomodar las mantas en la nueva cuna. — Si continúa progresando así, podemos empezar a hablar del alta en una semana o dos.

— ¿Y después? — pregunta, sin girarse hacia mí.

— Después, necesitará seguimiento semanal, luego mensual. Fisioterapia continua. Y ecocardiogramas de seguimiento cada seis meses durante el primer año.

Finalmente se gira, y la preocupación está estampada en su rostro.

— ¿En Portland?

— Idealmente, no. Al menos no en los primeros meses. Me gustaría supervisar su recuperación personalmente.

Su muralla se levanta, más alta y más fuerte.

— Eso no va a suceder. En cuanto le den el alta, nos volvemos a casa.

— Savannah, por favor, sé razonable — digo, intentando mantener la calma. — La recuperación posoperatoria de una cirugía cardíaca es la fase más delicada. Mover a un bebé en estas condiciones no es lo ideal.

— No tenemos dónde quedarnos aquí — replica, con la voz afilada. — Vendimos la casa de mi madre. No puedo vivir en una habitación de hotel durante meses. Tengo un empleo, una vida...

— Quédense en el rancho.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. El silencio que sigue es tan pesado que parece aspirar todo el aire de la habitación. Savannah me mira como si acabara de sugerirle que se mudara a la luna.

Una risa incrédula y amarga escapa de ella.

— Tienes que estar bromeando.

— No lo estoy — digo, dando un paso hacia ella. — Tengo un apartamento en la ciudad, es pequeño, puedo quedarme allí. La casa es grande, tiene espacio para ti y para tu madre. Mary aún está allí, puede ayudar. Está cerca del hospital, es silencioso, y Hope tendría un ambiente limpio y controlado para recuperarse. No pienses en eso como mi casa. Piénsalo como la mejor opción médica para Hope.

La observo luchar. Veo la repulsión en su rostro al pensar en volver a aquel lugar, pero también veo la lógica innegable de mi oferta. La madre leona dentro de ella está en guerra con la mujer con el corazón roto.

Ella no responde, así que me retiro de la habitación, su silencio siendo una respuesta más fuerte que cualquier grito. Me siento como un intruso en cada escena de sus vidas. Camino sin rumbo por el pasillo, la mente girando con la oferta que hice. El rancho. La casa que compré para nosotros, que se convirtió en mi mausoleo privado. Sería una tortura para ella volver allí. Pero es la mejor opción para Hope. Y Hope es todo lo que importa.

Mi caminata me lleva instintivamente de vuelta al ala de la UCI Pediátrica. No entro. Solo me quedo afuera, mirando por la gran ventana de vidrio, como un niño con la nariz pegada a la vitrina de

una tienda de dulces. Es lo más cerca que puedo llegar sin sentir que estoy violando su espacio.

Veo por la ventana a la enfermera jefe, Carol, empujar la cuna de Hope fuera de la habitación. La Sra. Harper está a su lado, sosteniendo una pequeña bolsa con las pocas cosas de Hope. Están camino a la habitación privada.

Cuando la cuna pasa por mi ventana, el aliento se me queda atrapado en la garganta. Hope está dormida, con el rostro sereno y rosado. La cánula de oxígeno se ha ido, y respira suavemente por sí misma. Un pequeño mechón de cabello rubio está pegado a su frente sudada. Parece tan pequeña, tan frágil, y al mismo tiempo, tan milagrosamente fuerte.

Mi hija.

La palabra aún me golpea con la fuerza de una ola, dejándome sin aire. Cada vez que la veo, la realidad se profundiza. Lo perdí todo. Las primeras sonrisas, las primeras palabras balbuceadas, el gatear... todo. Y ahora, lo único que puedo ofrecerle es un lugar seguro para recuperarse, un lugar atormentado por fantasmas que yo mismo creé.

Veo a Savannah unirse a ellas al final del pasillo, su sonrisa es inmensa e instintivamente siento mi corazón latir más fuerte. Ella es la mujer de mi vida.



Durante el resto del día, me sumerjo en el trabajo, atendiendo pacientes, analizando exámenes, la rutina familiar sirviéndome como una distracción bienvenida de la tormenta emocional que ruge dentro de mí. Pero en cada pausa, en cada momento de silencio, la imagen de Hope en su cuna y de Savannah a su lado vuelve para atormentarme.

Llega el final de la tarde, pintando el cielo de Dallas con tonos de naranja y púrpura. La mayoría de mis colegas ya se han ido a casa. Mi cuerpo está pesado de cansancio, pero no puedo irme. No todavía. Necesito verla una última vez. Necesito asegurarme de que está bien antes de volver al rancho vacío que, irónicamente, le ofrecí a Savannah.

Cojo mi maletín y salgo de mi consulta, caminando hacia el ala pediátrica. El hospital está más silencioso ahora, el ritmo frenético del día dando paso a la calma vigilante de la noche.

Cuando giro por un pasillo, una voz que esperaba no volver a oír nunca más llama mi nombre.

— ¡Travis, querido! Te estaba buscando.

Tiffany está allí parada, apoyada en la pared como si me estuviera esperando. Lleva un vestido rojo ajustado que es completamente inapropiado para el ambiente de un hospital y una sonrisa depredadora que me causa un escalofrío.
Mi cuerpo entero se tensa. La última persona que quiero ver en el mundo.

— Tiffany. ¿Qué estás haciendo aquí? — mi tono es gélido, sin ningún disfraz de cortesía.

— Me enteré de que estabas trabajando hasta tarde y pensé en secuestrarte para cenar. Hay un lugar nuevo en el centro que es divino — dice, acercándose, su perfume fuerte y empalagoso.

— No, gracias. Estoy de salida — digo, intentando pasar de largo.

Bloquea mi camino, poniendo la mano en mi pecho. Su toque me repele.

— Ah, vamos, Travis. No seas tan malhumorado. Nos divertimos, ¿no nos divertimos? Hace ya qué, ¿seis meses? Extraño nuestra diversión.

La mención de aquella noche me llena de un asco amargo, la mayor parte dirigido a mí mismo. Fue una noche terrible, cerca de un año después de que Savannah se fuera. Yo estaba en el fondo del pozo, ahogando mis penas en una botella de whisky caro. La

soledad era una cosa física, un dolor que me asfixiaba. Y entonces, Tiffany llamó. Estaba borracho, roto y cometí el mayor error de mi vida desde que eché a Savannah. La dejé venir.

Tuvimos sexo. Fue un acto vacío, mecánico, alimentado por alcohol y desesperación de mi parte, y por un oportunismo triunfante de la suya. A la mañana siguiente, el arrepentimiento me golpeó con la fuerza de un huracán. La eché y le dije que no volviera a buscarme nunca más. Había traicionado la memoria de Savannah, aunque ella ya no estuviera en mi vida. Me había rebajado al nivel de Tiffany.

— Aquello fue un error, Tiffany. Un error que no se repetirá. Ahora, si me disculpas...

— ¿Un error? — se ríe, el sonido estridente resonando en el pasillo. — No parecía un error cuando gemías mi nombre. Me necesitabas esa noche, Travis. Y yo estuve ahí para ti. A diferencia de ciertas personas...

— No te atrevas a hablar de ella — gruño, mi voz peligrosamente baja. Agarro su muñeca, retirando su mano de mi pecho. — No sé en qué juego enfermizo crees que quiero participar, pero no quiero.

La confusión pasa por el rostro de Tiffany.

— ¿Juego enfermizo? No hay juego, Travis. Te excitaste conmigo, no te obligué a nada. Hasta pensé que aquel sería nuestro regreso. Ando pensando mucho en eso, Travis. En tener una familia contigo. A tu madre le encantaría, siempre le agradé y deseó que termináramos juntos.

Analizo lo que me dice. La forma en que habla, como si estuviera segura de lo que dice y me descubro pensando en eso, pero pronto sacudo la cabeza. Solo quiero ver cómo están mi hija y Savannah. Solo eso.

— Nunca voy a tener una familia contigo, Tiffany. Lo que tuvimos fue un error, nunca habría estado contigo estando sobrio.

Respira hondo sin apartar la mirada de mí.

— Sí que la tendremos. Aún voy a tener un hijo contigo, y vamos a ser felices para siempre.

Antes de que pueda replicar, se da la vuelta y camina a pasos rápidos por el pasillo.

Me quedo allí, temblando de rabia y autodesprecio. La confrontación con Tiffany solo sirvió para recordarme lo bajo que caí. ¿Cómo pude dejar que el dolor me transformara en un hombre que buscaría consuelo en los brazos de una mujer que desprecio?

Respiro hondo, intentando recomponerme. Necesito ver a Hope. Necesito recordar lo que es importante ahora.

Continúo mi camino hasta su habitación. La puerta está entreabierta. Espío dentro. Savannah está sentada en el sillón al lado de la cuna, con la cabeza inclinada hacia un lado, dormida. Parece exhausta, pero incluso en el sueño, una de sus manos descansa sobre la barandilla de la cuna, como para asegurarse de que Hope sigue ahí.

Hope está despierta. Sus grandes ojos azules están abiertos, mirando el móvil de estrellas que alguien colgó sobre ella. Está quieta, solo observando. Mi corazón se contrae. Entro en la habitación, lo más silenciosamente posible. Savannah no se mueve. Me acerco a la cuna, mi corazón latiendo fuerte. Es la primera vez que estoy a solas con ella.

— Ey — susurro.

Sus ojos se vuelven hacia mí. No hay reconocimiento, claro, pero hay curiosidad. Me mira con la misma intensidad que vi en Savannah tantas veces. Extiendo un dedo y toco su manita. Es tan pequeña, tan perfecta. Sus dedos se cierran instintivamente alrededor del mío, un apretón sorprendentemente fuerte.

Una emoción que no sentía hace mucho, mucho tiempo me inunda. No es dolor, ni rabia, ni arrepentimiento. Es una forma pura y avasalladora de amor. Es la conexión. La prueba irrefutable de que, a pesar de todo lo que hice, esta pequeña persona es una parte de mí.

— Hola, Hope — susurro de nuevo, mi voz embargada. — Yo soy... yo soy tu papá.

Las palabras son un voto. Una promesa.

En ese momento, mirando a los ojos de mi hija, sé que la noche con Tiffany no fue solo un error. Fue tocar fondo. Y ahora, la única dirección que puedo seguir es hacia arriba. Por ella. Por Hope. Tengo que convertirme en el hombre que ella merece que su padre sea, aunque su madre nunca me perdone. Es el único camino.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Savannah, soñolienta y ronca, me sobresalta. Me aparto de la cuna como si me hubieran pillado robando. Está sentada erguida en el sillón, los ojos entrecerrados, la confusión dando paso rápidamente a su habitual guardia defensiva.

— Yo... yo estaba de salida y vine a ver si estaba bien. Si necesitaban algo — tartamudeo, sintiéndome como un adolescente pillado a deshora.

— No necesitamos nada — responde, el tono frío, mientras se levanta y se acerca a la cuna, poniéndose entre Hope y yo. Es un gesto instintivo, protector. Está protegiendo a su hija de mí. La percepción me golpea con la fuerza de un puñetazo.

— Savannah, espera — digo, antes de que pueda echarme con su silencio. — Necesito decirte una cosa.

Cruza los brazos, esperando, la impaciencia clara en su postura.

Miro a Hope, que ahora nos observa con sus grandes ojos azules, y luego de vuelta a Savannah.

— Nunca sentí nada parecido a esto en mi vida. Verla. Sostener su mano. Es...

Me faltan las palabras. ¿Cómo puedo describir la mezcla de amor avasallador y dolor aplastante?

— Estoy tan arrepentido, Savannah — las palabras finalmente salen, crudas y sin filtro. — Arrepentido por cada segundo desde aquel día. Debería haberte creído. Debería haber investigado aquellas fotos, pero no lo hice. Mis celos, aquel demonio que

siempre intenté mantener preso, asumió el control. Y por su culpa, te eché.

Mi voz se quiebra.

— Si no fuera por eso... habría pasado cada día de tu embarazo cuidando de ti. La habría sentido patear. Habría sostenido tu mano. Tú... tú podrías haberme dado aquellas botitas que compraste.

Al mencionar las botitas, veo un destello de sorpresa y dolor en sus ojos. No sabía que las había encontrado.

— Sé que "lo siento" no significa nada ahora — continúo, mi corazón abriéndose de una forma que no lo hacía desde hace años. — Sé que lo rompí todo, pero lo voy a arreglar. Te lo juro. Voy a reconquistar tu confianza, Savannah. Porque aún te amo. Nunca dejé de amarte, incluso cuando te odiaba por haber pensado que... — paro y me froto la mano en la barba. — Y quiero ser el hombre que mereces. Quiero ser el padre que Hope merece. No voy a renunciar a vosotras dos. Nunca más.

Lo suelto todo, mi alma desnuda y expuesta en medio de aquella habitación de hospital silenciosa. Espero una reacción. Gritos. Acusaciones. Tal vez incluso un atisbo de perdón.

Lo que recibo es peor.

Savannah me escucha en silencio, su rostro una máscara impasible. Cuando termino, no llora. No grita. Me mira con ojos que ya no contienen la furia ardiente de antes, sino algo mucho más frío y definitivo: la indiferencia.

— ¿Has terminado? — pregunta, la voz calmada y nivelada.

Asiento, confundido.

— Genial — dice. — Qué bueno que te sientes mejor ahora que te desahogaste. Qué bueno que te arrepientes. Debe ser un alivio para tu conciencia. — Cada palabra es un pequeño trozo de hielo. — Pero déjame ser absolutamente clara, Travis. Tus declaraciones, tus arrepentimientos... no significan nada para mí. Son para ti, no para mí. ¿El amor del que hablas? Lo mataste aquel día. ¿La confianza? La convertiste en polvo.

Da un paso hacia mí, y por primera vez, no hay miedo en ella. Solo una fuerza tranquila e inquebrantable.

— No vas a "reconquistarme". No soy un premio que se gana de vuelta. Y no vas a simplemente "ser el padre de Hope". La paternidad no es una declaración de intenciones, es una vida entera de acciones que perdiste. No renunciaste a nosotras, Travis. Nos tiraste a la basura y yo aprendí a vivir sin ti. Nosotras aprendimos.

Se gira hacia Hope, acariciando la mejilla de nuestra hija.

— Ahora, si me disculpas, a mi hija y a mí nos gustaría descansar.

Se sienta en el sillón, toma un libro y lo abre, un acto claro de despido.

Me quedo allí, el corazón expuesto y sangrando, rechazado de una forma tan completa y calmada que es mil veces más dolorosa que cualquier grito. Abrí mi pecho, y ella miró dentro y no sintió nada.

La mujer que yo amaba se fue. En su lugar hay una reina de hielo, forjada en el fuego del infierno al que la envié. Y me doy cuenta de que mi camino hacia la redención no será una batalla para reconquistar su corazón. Será un largo y solitario viaje para probar que soy digno de, al menos, respirar el mismo aire que ella y mi hija. Y ese viaje, lo sé, apenas está comenzando.

Capítulo 11



Savannah

Las palabras de Travis resuenan en mi mente mucho después de que ha salido de la habitación. Se niegan a dejarme en paz. Me siento en el sillón, el libro abierto en mi regazo, pero no leo ni una sola palabra. Mis ojos están fijos en Hope, pero mi mente está atrapada en el pasado.

"Aún te amo. Nunca dejé de amarte".

Una parte patética y rota de mi corazón, una parte que creí que había muerto hace mucho tiempo, se agita con esas palabras. Anhela creerle, arrojarse en sus brazos y dejar que él se ocupe de todo. La chica que yo era, la chica que lo amaba con una devoción ciega, quiere perdonarlo.

Pero la mujer que soy hoy, la madre que soy hoy, no puede.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a entrar aquí, después de todo, y hablar de amor? El amor no tira a la basura a la mujer que lleva a su hijo por culpa de unas fotos falsificadas. El amor no la llama estafadora. El amor no siente asco.

Debería haberme creído. Era tan obvio. Fue su madre quien me invitó a aquel almuerzo. Un almuerzo al que nunca apareció. Fue una trampa, tan clara como el día, y él, el brillante Dr. Montgomery, cayó en ella como un tonto. Eligió creer en la versión que encajaba

con su peor demonio, sus celos enfermizos, en lugar de creer en la mujer con la que se iba a casar.

Esa herida es demasiado profunda. Su confesión y su arrepentimiento no son un bálsamo. Son sal echada en la herida, recordándome todo lo que podríamos haber tenido si él hubiera sido el hombre que yo creía que era.

Me siento fatal.

Fatal por esa pequeña parte de mí que aún lo anhela. Fatal por mi corazón traidor que aún pierde un latido cuando él está cerca. Y fatal porque estoy dolida. Un dolor tan profundo que no sé si algún día seré capaz de perdonarlo.

El día pasa en una niebla. Mi madre llega para relevarme. Se da cuenta de mi estado de ánimo, pero no presiona. Solo me entrega un café y me manda a tomarme una hora para mí.

Decido usar esa hora para enfrentar otro demonio: la cuenta del hospital. La idea de deber una cantidad que nunca podría pagar me asfixia. Necesito un plan. Necesito control.

— Mamá, ¿puedes quedarte con Hope? Voy a la oficina financiera para ver cómo podemos fraccionar la deuda. Necesito saber con qué estoy lidiando.

— Claro, querida. Ve.

Camino hasta la oficina de facturación, con el estómago revuelto. En cuanto llego, observo la recepción y me acerco. La mujer me sonríe, y aunque nerviosa, le devuelvo la sonrisa.

— Mi nombre es Savannah Harper. Mi hija es Hope, en pediatría. Recibí una cuenta preliminar y... me gustaría saber cuáles son las opciones de pago, financiación...

La mujer teclea en el ordenador. Frunce el ceño. Teclea de nuevo.

— Harper... Hope... — murmura. — Ah, aquí está. — Se gira hacia mí con una sonrisa. — Sra. Harper, no hay ninguna cuenta que pagar.

Momentáneamente me siento mareada, pero pronto sacudo la cabeza.

— Disculpe, ¿qué?

— La cuenta ha sido totalmente liquidada. La cirugía, el traslado aéreo, la hospitalización... todo. Está en cero.

Me quedo mirándola, sin entender.

— ¿Liquidada? ¿Cómo? ¿Por quién?

— Bueno, parece que fue cubierta por una donación de un fondo de caridad del hospital, el "Corazón de Ángel". ¡Fue una suerte increíble! Aparentemente, la donación se hizo específicamente para casos como el suyo. Usted no debe nada.

Una donación. Anónima. Específicamente para casos como el mío.

La mentira es tan transparente que es casi un insulto.

Travis.

La comprensión me golpea con la fuerza de un rayo. Una ola de alivio me inunda, tan poderosa que casi lloro. Pero es seguida inmediatamente por una ola de furia. Lo hizo a mis espaldas. Pasó por alto mi negativa, tratándome como a una niña incapaz. Cree que puede arreglarlo todo con su dinero, que puede asumir el control de mi vida sin mi permiso. El orgullo, la necesidad de probar que puedo cuidar de nosotras dos, arde dentro de mí.

Sabiendo exactamente dónde queda su despacho, salgo de allí en una marcha furiosa. No lo encuentro en su consulta. Le pregunto a una enfermera, que dice que estaba en una reunión, pero que ya debe haber terminado.

Frustrada, decido volver a la habitación de Hope y esperar para confrontarlo más tarde.

Pero cuando llego a la puerta de la habitación, me detengo.

La escena dentro me roba el aire.

Travis está allí y está sosteniendo a Hope. Una enfermera debe haberlo ayudado, mostrándole la manera correcta de tomarla sin forzar la incisión en su pecho. La sostiene contra su hombro ancho, una de sus manos enormes apoyando su pequeño cuerpo con una delicadeza que parece casi imposible.

Mi madre está parada cerca de él, no dice nada al verme.

Hope no está durmiendo. Su cabeza está acurrucada en la curva de su cuello, y sus grandes ojos azules están abiertos, mirando el rostro de su padre con una curiosidad tranquila. Y Travis... la expresión en su rostro me destruye. Toda la dureza, toda la rabia y el arrepentimiento se han ido. En su lugar, hay una expresión de pura y absoluta adoración. Una sonrisa pequeña y genuina juega en sus labios mientras le murmura algo, su voz un trueno bajo y suave que apenas logro oír.

La escena hace que mi corazón pierda un latido. Es una imagen de lo que podría haber sido. Es la imagen de un padre y una hija. Una punzada de algo que se parece peligrosamente a la felicidad me golpea, unas ganas de sonreír al presenciar un momento tan tierno.

Aplasto esa sensación despiadadamente. No puedo bajar la guardia. No puedo dejar que esa imagen me seduzca. No puedo sufrir de nuevo. Mi furia por la cuenta del hospital disminuye, sustituida por el antiguo y familiar dolor. Respiro hondo, enderezo los hombros y entro en la habitación, rompiendo el hechizo.

Travis levanta la mirada, y la sonrisa en su rostro desaparece al verme. Parece un niño pillado haciendo algo que no debía.

— La enfermera dijo que el contacto piel con piel sería bueno para ella — se apresura a explicar, como si necesitara una justificación médica.

— Lo sé — respondo, mi voz más fría de lo que pretendía. Me acerco y extiendo los brazos. — Dámela.

Duda por un momento, sus ojos transmitiendo una súplica silenciosa. Pero cede, pasando a Hope a mis brazos con un cuidado infinito, asegurándose de que está segura conmigo antes de soltarla completamente. El calor de su cuerpo todavía está en ella. Miro a mi madre, que pide permiso y sale de la habitación.

Mi celular suena en mi bolsillo, el sonido estridente rompiendo la tensión. Es un número de Portland. Mi jefe en la librería.

— Con permiso — digo, dándole la espalda a Travis y caminando hacia la esquina de la habitación. — ¿Hola?

— Savannah, soy David. — La voz de mi jefe suena incómoda. — Mira, siento mucho lo que pasó con tu hija, tu madre me lo contó. Todos esperamos que se recupere pronto.

— Gracias, David. Agradezco la llamada.

— Sí... bueno, es por eso que estoy llamando. Sé que el momento es terrible, pero... no tenemos cómo mantener tu puesto por tiempo indeterminado. Somos un negocio pequeño, tú sabes. Necesito a alguien aquí en la tienda. Tuve que contratar un reemplazo.

Mi estómago se hunde. Sé lo que viene a continuación.

— Savannah, lo siento de verdad, pero voy a tener que despedirte. Necesito a alguien en quien pueda confiar para cumplir los horarios. Entiendo que tu situación es... complicada, pero tengo un negocio que llevar.

Sus palabras son un golpe en el plexo solar. Me quedo sin aire. El trabajo en la librería. No era mucho, pero era mío. Era mi independencia, mi prueba de que podía sola. Y ahora, hasta eso se ha ido.

— Yo... yo entiendo, David — logro decir, mi voz un hilo. — Gracias por avisarme.

Cuelgo el teléfono sin esperar una respuesta. Miro la pared del hospital, el patrón soso del papel pintado convirtiéndose en el foco de toda mi desesperación. El alivio que sentí sobre la cuenta del hospital ahora parece una broma cruel. Ya no tengo un empleo al cual volver. No tengo ingresos. Estoy atrapada. Atrapada en Texas, dependiendo de la generosidad de un "donante anónimo" que es el mismo hombre que arruinó mi vida.

Siento la presencia de Travis detrás de mí.

— ¿Savannah? ¿Está todo bien?

Respiro hondo, una única vez, y me coloco mi máscara. La máscara de la mujer fuerte e independiente que no necesita nada ni a nadie. Especialmente a él. Me giro lentamente, forzando una expresión neutra en mi rostro.

— Sí, todo bien — miento, la palabra con sabor a cenizas en mi boca. — Por cierto, oí decir que un "donante anónimo" muy específico pagó la cuenta de mi hija. ¿Creíste que no me iba a enterar?

Pregunto mientras coloco a Hope acostada nuevamente.

— Yo... yo solo quería ayudar — tartamudea, perdiendo la compostura.

— ¿Ayudar? — me río, el sonido sin humor. — Eso no es ayuda, Travis. Eso es control. Eres tú, una vez más, decidiendo qué es mejor para mí sin preguntarme. Eres tú usando tu dinero para limpiar tu conciencia.

— ¡No es eso! ¡Es mi responsabilidad! ¡Hope es mi hija!

— ¡Y yo soy su madre! — hablo más alto acercándome a él. — ¡Soy yo quien la cuida, quien la mantiene! ¡No necesito que entres y arrojes dinero a nuestros problemas como si eso borrara lo que hiciste!

— ¡No estoy intentando borrar nada! ¡Estoy intentando asumir la responsabilidad que abandoné! ¿Qué querías que hiciera? ¿Que te dejara ahogarte en deudas por el resto de tu vida por culpa de un problema que yo causé?

Su lógica es irritante e innegable, pero mi orgullo herido se niega a ceder.

— Te voy a devolver el dinero — declaro, cada palabra un esfuerzo. — Cada centavo. Puede tomar el resto de mi vida, pero voy a pagar. No quiero nada de ti.

Da un paso frente a mí, su altura dominándome, sus ojos azules brillando con una frustración que refleja la mía.

— No quiero tu dinero, Savannah — dice, la voz baja e intensa. — ¿No lo entiendes? El dinero no significa nada. Lo que quiero es el tiempo que perdí. Lo que quiero es el derecho de cuidar a mi hija. Pagar por sus necesidades no es un favor, es lo mínimo que un padre puede hacer. Y yo soy su padre.

Me mira fijamente, y por primera vez, no veo al hombre que me rompió. Veo a un padre luchando por su hijo. Es desorientador. Es

confuso.

— Eso no cambia nada entre nosotros — susurro, más para mí misma que para él.

— Lo sé — responde, la voz ronca. — Lo entiendo, pero vas a tener que acostumbrarte a la idea de que no me voy a ir a ninguna parte. Voy a estar en su vida, de una forma u otra. Y voy a cuidar de ella, quieras tú o no.

Me encara, sus ojos azules analizando mi rostro, como si pudiera ver a través de mi mentira. Pero no presiona. Suelto un suspiro y me siento en el sillón. Dando por terminada cualquier conversación adicional con él, mi cabeza parece que va a explotar.

— Escucha — comienza, cambiando de tema. — Sé que todavía estás pensando sobre qué hacer cuando le den el alta a Hope y entiendo tu duda. Pero necesito que pienses en esto desde el punto de vista médico. Ella necesita un ambiente tranquilo y estable para recuperarse. Y tú... tú necesitas tiempo. Tiempo para cuidar de ella sin preocuparte por otras cosas.

Cada palabra suya es un recordatorio de cuán precaria es realmente mi situación. Sin preocuparme por otras cosas. Como encontrar un nuevo empleo, pagar un alquiler.

— Quédense en el rancho — dice nuevamente, la oferta que antes parecía un insulto, ahora suena como la única tabla de salvación en un océano que amenaza con ahogarme. — No vas a necesitar preocuparte por nada. Solo déjame cuidar de vosotras — antes de que pueda replicar, continúa: —, por Hope.

Lo odio. Odio lo lógico que suena. Odio que tenga razón. Y odio, más que nada, que necesite aceptar. Pero no le voy a dar la satisfacción de saber lo desesperada que estoy. Voy a mantener mi orgullo, la única cosa que aún no ha conseguido quitarme.

Después de un largo silencio, donde la batalla entre mi orgullo y la necesidad de mi hija se libra dentro de mí, finalmente cedo.

— Está bien — digo, la palabra saliendo con dificultad. Encuentro su mirada, asegurándome de que entienda los términos. — Por

Hope. Solo por Hope. Y solo hasta que esté lo suficientemente fuerte para viajar de vuelta a Portland.

Él asiente, un alivio sutil pasando por su rostro, pero es lo suficientemente inteligente para ocultarlo.

— De acuerdo. Por Hope.

— ¿De verdad te vas a quedar en el apartamento? — indago, mi voz firme, pero en el fondo nerviosa. — No quiero estar en la misma casa que tú, a menos que sea por una razón médica relacionada con Hope. Puedo hacer el esfuerzo.

Traga saliva, y luego afirma.

— Sería bueno que yo estuviera cerca — concuerda, la voz ronca. — Mary ya arregló todo de todos modos. Las habitaciones de invitados principales para ti y tu madre. Ella montó una cuna en la habitación de al lado. Está ansiosa por verlas. Se puso feliz al saber... de todo. Yo me quedaría en mi habitación.

La habitación que por muchas noches compartimos. Donde me hizo su mujer, de todas las formas. La mención de Mary, el ama de llaves de buen corazón, suaviza un poco mis aristas. Pero la decisión está tomada.

Voy a tragarme mi orgullo y entrar en su territorio. Voy a usar sus recursos para garantizar la mejor recuperación para mi hija. Y mientras vuelvo a casa, voy a buscar un nuevo empleo en Portland.

Esta no es una rendición. Es una maniobra estratégica. Y en el momento en que Hope esté lo suficientemente fuerte, vamos a desaparecer de su vida nuevamente. Esta vez, para siempre.

Capítulo 12



Savannah

Tres días pasaron en un borrón de preparativos ansiosos. Tres días en los que Hope floreció ante nuestros ojos. El color volvió a sus mejillas de forma permanente, su apetito aumentó, y hasta regaló al equipo de enfermería algunas sonrisas tímidas y desdentadas. Cada pequeño progreso era una victoria celebrada en susurros en la habitación silenciosa.

Hoy, le dan el alta.

La palabra debería llenarme de alegría, pero en su lugar, mi estómago es un nudo de ansiedad. El alta no significa volver a nuestra pequeña vida segura en Portland. Significa ir al rancho. Significa entrar en su territorio.

Estoy terminando de arreglar la pequeña bolsa de Hope con la ropa y los juguetes que compró mi madre, cuando ella entra en la habitación, con el rostro serio.

— Querida, tenemos que hablar — dice, sentándose en el borde de la cama.

— Lo sé. Yo tampoco me siento cómoda con esta situación, pero...

— Savannah, para — me interrumpe gentilmente. — No voy a ir contigo al rancho.

Sus palabras me golpean como un cubo de agua fría.

— ¿Qué? ¡Mamá, no puedes dejarme sola allí! Yo no... no puedo.

— Escucha. — Toma mis manos. Las suyas están calientes y firmes. — Necesito volver a Portland. Tenemos un apartamento alquilado, un casero que necesita una explicación. No podemos simplemente desaparecer. Necesito organizar nuestras cosas, ocuparme de la burocracia. Es lo correcto.

— ¡Entonces voy contigo! — digo, el pánico subiendo por mi garganta. — Vamos juntas. Y encontraremos una solución. Conseguimos un lugar más pequeño, busco otro empleo...

— No — dice, con voz inquebrantable. — Esta vez no. Tienes que dejar de huir, Savannah. Y, lo más importante, Hope necesita quedarse aquí.

— Pero...

— Sin peros. Lo que dijo Travis tiene sentido. Su recuperación es la prioridad número uno. Ella necesita su seguimiento, necesita un ambiente tranquilo, y este es el mejor lugar para eso. — Aprieta mis manos. — Sé que no quieres estar cerca de él. Lo entiendo. Me duele el corazón solo de pensarlo. Pero por el bien de Hope, al menos por unas semanas, es esencial que su padre esté cerca.

Lágrimas de frustración y miedo brotan en mis ojos.

— No soy lo suficientemente fuerte para hacer esto sola, mamá.

— Sí, lo eres — dice con una convicción feroz. — Eres la mujer más fuerte que conozco. Y no estarás sola. Te llamaré todos los días. Mañana, tarde y noche. Y en cuanto organice todo en Portland, tomo el primer avión de vuelta. Te lo prometo.

Sé que tiene razón. Su lógica es impecable. Pero mi corazón se siente como un pájaro asustado, a punto de ser devuelto a la jaula.

La puerta de la habitación se abre y Travis entra. Carga una silla de bebé totalmente nueva, todavía en la caja. Se detiene al vernos, sintiendo la atmósfera tensa.

— Todo está listo para el alta — anuncia, con voz cautelosa. — El papeleo está firmado. Solo necesito instalar esto en la camioneta.

Mi madre se levanta, su rostro convirtiéndose en una máscara de seriedad formal. Se dirige a él.

— Travis. Vuelvo a Portland hoy para resolver nuestras cosas. Savannah y Hope se quedarán en tu rancho.

Veo un destello de sorpresa y alivio en los ojos de Travis, pero lo oculta rápidamente.

— Lo entiendo.

— No, creo que no lo entiendes — continúa mi madre, con la voz firme como el acero. — Te estoy confiando a las dos personas más preciosas de mi vida. Quiero que cuides de ellas. Y, por encima de todo, quiero que respetes a mi hija. Respeta su espacio, sus decisiones y su dolor. Si me entero de que la has vuelto a lastimar, de cualquier forma, no habrá lugar en este planeta donde puedas esconderte de mí. ¿Fui clara?

La amenaza, viniendo de mi madre, una mujer que pasó años siendo frágil, es sorprendente y poderosa.

Travis la encara, sin retroceder.

— Cristalina, Sra. Harper. Doy mi palabra.

En ese momento, otra figura aparece en la puerta, radiante y llena de energía, una bocanada de aire fresco en medio de la tensión.

— ¡Sorpresa!

Es Callie. Corre y me abraza con fuerza.

— ¡No podía dejar que pasaras por esto sola! — dice, apartándose para mirarme. — Vine en cuanto supe del alta y vine con una misión doble.

Se gira hacia mi madre.

— Sra. Harper, estoy aquí para ser su chófer personal. La llevaré a almorzar y después directo al aeropuerto. Sin discusiones.

Mi madre sonríe, una sonrisa genuina de gratitud. La presencia de Callie es exactamente lo que necesitábamos. Mientras Callie y mi madre se preparan para salir, Travis sale de la habitación para instalar la silla, dándonos un momento de privacidad.

— ¿Estarás bien? — susurra Callie, apretando mi brazo.

— Tendré que estarlo — respondo, intentando sonar más valiente de lo que me siento.

Mi madre me abraza con fuerza en la puerta.

— Recuerda lo que te dije. Puedes hacer cualquier cosa. Te amo.

— Yo también te amo, mamá.

Y entonces se van. La habitación queda en silencio. Somos solo Hope y yo.

Travis reaparece en la puerta unos minutos después.

— Todo está listo. Podemos irnos cuando tú lo estés.

Asiento y me vuelvo hacia mi bebé. Visto a Hope con cuidado, poniéndole un mameluco abrigado. Cojo la bolsa de pañales. Cada movimiento es lento, deliberado, posponiendo lo inevitable.

Llegó la hora. Hora de salir de este refugio seguro y volver a la casa que me atormenta. Hora de enfrentar al hombre que tiene las llaves de la jaula dorada y el corazón roto que él mismo hizo añicos. Y por primera vez en mucho tiempo, estoy completamente sola.



Salir del hospital es surrealista. El aire fresco, después de días respirando el aire reciclado y estéril, es un choque para los pulmones. Travis sostiene la puerta abierta para mí mientras sostengo a mi bebé en brazos, y luego me ayuda a colocarla cuidadosamente en la nueva silla de auto instalada en el asiento trasero de su camioneta.

Sus movimientos son precisos y gentiles. Comprueba las hebillas tres veces, asegurándose de que esté segura. Actúa como un padre que ha hecho esto un millón de veces, y la naturalidad con la que lo hace me perturba.

La puerta de la camioneta se cierra con un golpe sólido, sellándonos juntos en este espacio confinado. El olor es el mismo. Cuero, su loción de afeitar amaderada y algo que es únicamente

Travis. Es un olor que solía asociar con seguridad y amor. Ahora, me sofoca.

Enciende el motor, y el ronroneo familiar de la F-250 llena el silencio. No enciende la radio. La única música es el sonido suave de la respiración de Hope y el latido frenético de mi propio corazón.

Mientras conduce fuera del estacionamiento del hospital y toma la carretera, los recuerdos me asaltan sin permiso. Recuerdo estar sentada en este mismo asiento, riéndome de alguna broma tonta que hizo. Recuerdo inclinar mi cabeza sobre su hombro mientras volvíamos de una cena tarde por la noche. Recuerdo besos robados en semáforos en rojo, besos que prometían un futuro que se convirtió en polvo.

Lo miro por el rabillo del ojo. Conduce con una mano en el volante, el codo apoyado en la ventana abierta, el viento despeinando ligeramente su cabello. La expresión en su rostro es pensativa, sus ojos azules enfocados en la carretera, pero su mente parece estar a un millón de kilómetros de distancia. Parece mayor, las líneas de expresión alrededor de sus ojos más profundas. El dolor lo ha cambiado también.

Debe sentir mi mirada, porque se gira por una fracción de segundo. Nuestros ojos se encuentran, y veo una vulnerabilidad allí que me toma por sorpresa. Traga saliva, la nuez de Adán moviéndose en su garganta.

— ¿Qué pasa? — pregunta, con la voz ronca.

Mi corazón da un salto. Desvío la mirada rápidamente, enfocándome en los árboles que pasan borrosos por la ventana.

— Nada — respondo, mi voz más fría de lo que pretendía.

El silencio vuelve a instalarse, más pesado que antes. Puedo sentirlo luchando contra las palabras, queriendo romper el hielo.

— Mary hizo macarrones con queso para el almuerzo — dice finalmente, un intento torpe de normalidad. — Es tu plato favorito.

— No tengo hambre — miento. La verdad es que mi estómago es un nudo de nervios.

— De acuerdo. Bueno... ella abasteció la despensa y el refrigerador. Cualquier cosa que necesites, solo pídesela.

— No necesito nada.

Mis respuestas son monosílabos, pequeñas piedras que lanzo para mantener la muralla entre nosotros intacta. Pero por dentro, mi corazón está latiendo con fuerza, una mezcla confusa de rabia, dolor y una atracción obstinada que me niego a reconocer. Él es el hombre que me destruyó, pero también es el padre de mi hija, el médico que salvó su vida. ¿Cómo puedo odiar y estar agradecida a alguien al mismo tiempo?

Suspiro, el sonido más alto de lo esperado en el silencio de la cabina. Giro el cuerpo lo más que puedo, mirando hacia el asiento trasero. Hope duerme pacíficamente en su silla, ajena a la guerra fría que se desarrolla en el frente. Su pecho sube y baja en un ritmo regular y saludable. Ella es mi paz. Ella es mi ancla en este huracán.
Estoy perdida en mis pensamientos, enfocada en ella, cuando el sonido de un celular nos asusta. Es el teléfono de él, en el tablero. La pantalla se ilumina, y no puedo evitar leer el nombre. Madre.

La imagen de Delilah Montgomery, con su sonrisa de desprecio, invade mi mente. La arquitecta de mi dolor.
Travis mira la pantalla. Un músculo salta en su mandíbula. Su mano se mueve hacia el teléfono, y por un momento, creo que va a contestar. Pero entonces, con un movimiento deliberado, presiona el botón rojo, rechazando la llamada. Tira el teléfono de vuelta al tablero con un golpe sordo.

El gesto me sorprende. El antiguo Travis habría contestado, se habría sometido a la voluntad de su madre. Este... este es un Travis diferente.

No dice nada sobre la llamada. Solo sigue conduciendo, los ojos fijos en la carretera por delante. Pero percibo la tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos aprietan el volante.

Nos estamos acercando al rancho. Reconozco el camino de tierra, los grandes robles que bordean la entrada. Cada metro más cerca es un metro más dentro de mi pasado. La casa aparece en el

horizonte, majestuosa e imponente. La casa de mis sueños, que se convirtió en mi prisión personal.

Detiene la camioneta frente a la puerta principal. No apaga el motor inmediatamente. Solo se queda ahí, mirando la casa.

— Sé que esto es difícil, Savannah — dice finalmente, en voz baja. — Más que difícil. Es probablemente lo último que quieres hacer en el mundo.

No respondo. No hay nada que decir.

— Gracias — susurra, tan bajo que casi no lo oigo.

Me giro hacia él, confundida.

— ¿Por qué?

Sus ojos azules encuentran los míos, y están llenos de un dolor crudo y honesto.

— Por traerla a casa.

Sus palabras, "Por traerla a casa", flotan en el aire, pesadas y complejas. "Casa". Esta palabra nunca más tendrá el mismo significado para mí.

No respondo. En su lugar, desvío la mirada, incapaz de sostener la sinceridad dolorosa en sus ojos. Mi mirada se posa en el porche delantero. Y allí está ella. Mary. El ama de llaves de cabello gris y corazón del tamaño de Texas, con las manos entrelazadas frente al delantal, una sonrisa educada y ansiosa en el rostro. Parece no haber envejecido un día.

El motor de la camioneta se apaga, y el silencio que sigue es llenado por el sonido distante del ganado y el susurro de las hojas. Hemos llegado.

Sin decir una palabra, salgo de la camioneta. El aire del rancho, caliente y con olor a tierra y heno, me envuelve. Es un olor que solía amar. Ahora, solo me recuerda lo que perdí. Ignorando a Travis, voy directo a la puerta trasera para sacar a Hope.

No intenta detenerme. Solo me observa por un momento antes de ir a la parte trasera y tomar mis maletas y la bolsa de pañales.

Abro la puerta con cuidado y suelto las hebillas de la silla. Hope aún duerme, un pequeño ángel ajeno al drama de sus padres. La

tomo en brazos, su peso familiar y reconfortante contra mi pecho. Su olor a bebé es lo único que me ancla a la realidad.

Cuando me giro, Travis ya está en el porche con las maletas. Mary baja los escalones rápidamente, su sonrisa ansiosa transformándose en pura emoción al verme.

— ¡Niña Savannah! — dice, con la voz embargada.

Antes de que pueda decir nada, me envuelve en un abrazo cálido y apretado, con cuidado por Hope en mis brazos. Es un abrazo de abuela, lleno de un cariño genuino que rompe un pequeño trozo del hielo alrededor de mi corazón.

— Oh, te extrañé tanto — susurra en mi oído. Se aparta y su mirada cae sobre el pequeño paquete en mis brazos. Sus ojos se llenan de lágrimas. — Y esta... esta debe ser la pequeña Hope. Oh, Dios mío, Savannah. Es perfecta. Es la bebé más linda que he visto.

La sinceridad en su voz me golpea con fuerza.

— Gracias, Mary — logro decir, una pequeña sonrisa formándose en mis labios.

— Ven, ven adentro. Su habitación está lista. Dejé todo limpito y con sábanas nuevas. Y la cuna es la más segura que el señor Travis pudo encontrar.

Me guía al interior de la casa, y la sigo, dejando a Travis atrás en el porche. Entrar en la casa es como entrar en una cápsula del tiempo. Todo está exactamente como lo recordaba. Los muebles de madera oscura, la gran alfombra persa, las fotos de generaciones de Montgomerys en las paredes. Fantasmas en todos los rincones.

Mary me lleva escaleras arriba, parloteando sin parar sobre cómo la casa ha estado demasiado silenciosa y lo feliz que está de tener un bebé para mimar. Me lleva a la habitación de invitados principal, la más grande y soleada. Es hermosa, decorada en tonos crema y azul claro. Al lado, en una pequeña habitación adyacente, hay una cuna de madera blanca, con un móvil de ovejas suaves colgado sobre ella.

— Preparé todo para que no tengas que preocuparte por nada — dice Mary, con orgullo.

— Es perfecto, Mary. Muchas gracias. De verdad.

Coloco a Hope, que aún duerme, cuidadosamente en la cuna. Se mueve un poco, pero no se despierta. Me quedo allí, mirándola, sintiéndome una extraña en una tierra familiar.

— Bueno, ya pasa de la hora del almuerzo — anuncia Mary, frotándose las manos. — Hice esos macarrones con queso que te encantan. Voy a calentar un plato para ti. Baja cuando estés lista.

Se gira para salir, pero se detiene en la puerta, donde Travis está parado, observándonos en silencio.

— Ah, Señor Montgomery. Su madre llamó nuevamente. Dejó un recado. — Dice Mary, su tono cambiando a un profesionalismo formal. — Dijo que le recordara que hoy tienen esa cena en casa de los Preston. Espera que no se retrase.

Me tenso al oír el nombre "Preston". La familia de Tiffany. Por supuesto. Delilah no se rendiría tan fácilmente.

Travis suspira, un sonido pesado de agotamiento. Se pasa la mano por el rostro.

— Gracias, Mary. Me acordaba.

Mary asiente con la cabeza y baja las escaleras, dejándonos solos nuevamente. El silencio en la habitación es denso, llenado por la mención no dicha de Tiffany.

No me mira. Su mirada está fija en la cuna, en nuestra hija.

— Necesitas comer algo — dice finalmente, con la voz ronca. — Baja. Me quedo aquí con ella hasta que termines.

Es una oferta de paz. Una pequeña gentileza. Pero para mí, parece más una prueba de que estoy en su territorio, siguiendo sus reglas.

Sin decir una palabra, paso junto a él y salgo de la habitación, dejándolo solo con la hija que apenas conoce, en la casa que debería haber sido nuestra. Cada paso lejos de él parece un paso más profundo en la jaula dorada.

Capítulo 13



Travis

Savannah pasa junto a mí y sale de la habitación, su ausencia dejando un vacío palpable. Su perfume, una mezcla de vainilla y algo floral que siempre fue solo de ella, flota en el aire por un momento antes de disiparse. Me quedo solo en el silencio, con el sonido suave de la respiración de mi hija.

Me acerco a la cuna. Hope duerme, el rostro sereno, las pestañas rubias proyectando pequeñas sombras en sus mejillas rosadas. Una sonrisa involuntaria se forma en mi rostro. Es la cosa más perfecta que he visto. El dolor de la pérdida, del tiempo que no puedo recuperar, es una brasa constante en mi pecho, pero mirarla... es como un bálsamo.

Ella no se irá. No lo permitiré.

Savannah puede haber levantado sus murallas, puede haberme sentenciado al exilio de su corazón, pero no lo aceptaré. Sé que me equivoqué. Me equivoqué de una forma catastrófica, imperdonable. Pero quiero su perdón. Quiero ser su marido. Quiero ser el padre que se despierta por la mañana y ve el rostro de Hope. Quiero nuestra vida de vuelta. Y aunque me haya prometido a mí mismo y a su madre que respetaría su espacio, sé que no puedo. Voy a intentarlo. Voy a luchar. Voy a reconquistarla.

Los minutos pasan mientras la observo dormir. Cada pequeño movimiento, cada suspiro, es un milagro. Cuando Savannah regresa, me aparto de la cuna. No me mira. Toma un libro y se sienta en el sillón del rincón, creando su isla de aislamiento.

Salgo de la habitación, dándole el espacio que exige.

Paso el resto de la tarde en la planta baja, en mi despacho, fingiendo trabajar. La verdad es que no logro concentrarme. Mi celular vibra incesantemente con llamadas de mi madre y yo ignoro cada una de ellas. No tengo energía para lidiar con ella, con la cena en casa de los Preston, con el mundo que intenta imponerme. Mi mundo ahora se reduce a esta casa y a las dos mujeres en la planta de arriba.

El sol comienza a ponerse. Es hora de la cena. Hora de llamar a mi madre y cancelar. Pero primero, necesito verlas.

Subo las escaleras silenciosamente. Toco en la puerta de la habitación de Savannah. Ninguna respuesta. Toco de nuevo, un poco más fuerte. Nada. Entonces, lo oigo. Un refunfuño suave, un pequeño sonido de agitación viniendo de dentro. La preocupación, afilada e instantánea, me atraviesa. Sin pensarlo dos veces, giro la manilla y entro.

Hope está despierta en su cuna. Lleva un mameluco rosa y agita los bracitos y las piernitas en el aire, como si quisiera salir de allí. No está llorando, pero está inquieta.

De repente, la puerta del baño se abre.

Y aparece Savannah, envuelta en una toalla blanca que parece minúscula en su cuerpo. Se detiene abruptamente, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. El rubor de la vergüenza sube por su cuello y tiñe sus mejillas. Sus ojos castaños claros están fijos en los míos, y sus labios, entreabiertos por la sorpresa, me recuerdan exactamente lo deliciosos que son. La piel de sus hombros y piernas parece sedosa, y mi corazón comienza a latir fuerte, un tambor descontrolado en mi pecho que no logro disimular.

Se aclara la garganta, envolviendo la toalla con más fuerza alrededor de sí misma.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

— Yo... yo oí a Hope refunfuñar y me preocupé — tartamudeo, sintiéndome un completo idiota. Desvío la mirada, forzándome a enfocar en cualquier cosa que no sea su piel expuesta. — Vine a avisar que es hora de la cena.

— No tengo hambre — dice, con la voz tensa.

— Savannah — digo, encontrando su mirada nuevamente, la reprimenda en mi tono es suave, pero firme. — Para que esto funcione, para que tengas fuerzas para cuidar de ella, necesitas alimentarte bien. Por favor. Baja y come algo.

Me mira fijamente por un largo momento, una batalla silenciosa sucediendo en sus ojos. Por fin, cede con un suspiro.

— Está bien.

Mi corazón se alivia. Es una pequeña victoria.

— ¿Puedo... puedo tomarla? ¿Para llevarla abajo? — pregunto, mi deseo de sostenerla nuevamente es casi un dolor físico.

Savannah duda, pero asiente.

— Sí. Ya bajo.

Una gran sonrisa se extiende por mi rostro, y sé que no logro ocultarla. Me acerco a la cuna y tomo a Hope con todo el cuidado del mundo, acurrucándola en mi pecho. Su olorcito me inunda. La beso en la mejilla suave y bajo a la sala de estar.

Mary sonríe al vernos.

— ¡Ah, qué bendición! Es hermosa, señor. Y se parece mucho a usted — dice, con los ojos brillando. — Es su copia exacta de cuando era bebé.

Sé que no lo dice con maldad, pero las palabras me golpean. Una copia que yo negué. Siento el calor de la vergüenza subir por mi cuello.

— Gracias, Mary — logro decir. — Ya puedes retirarte por hoy. Yo me encargo de los platos sucios.

— Gracias, señor. Y su madre llamó de nuevo. Parecía muy... insistente.

— La llamaré más tarde — digo, descartando el tema. La cena de los Preston está oficialmente cancelada. Y no me importan las

consecuencias.

Cuando Savannah baja, unos minutos después, mi corazón se detiene de nuevo. Lleva un vestido sencillo de verano que le llega hasta los muslos, marcando su cintura. Lleva las mismas zapatillas de antes y una chaqueta fina. Su cabello está suelto, aún húmedo, y cuando se acerca, su perfume inconfundible me envuelve. Es hermosa. Tan hermosa que duele.

Se sirve en silencio y se sienta a la mesa.

— Dámela, para que puedas comer — dice, extendiendo los brazos.

— Por favor — pido, con la voz ronca. — ¿Puedo sostenerla solo un poco más?

Me mira fijamente, pero no discute. Comienza a comer en un silencio tenso. Sé que necesito romper el hielo.

— Es extraño — comienzo, y ella levanta la mirada. — Sostenerla. Soy médico, sostengo bebés todo el tiempo. Pero con ella... tengo miedo de apretar demasiado. Miedo de dejarla caer.

Veo una pequeña sonrisa fantasma tocar los labios de Savannah antes de que la sofoque y se ponga seria nuevamente.

Deja de comer, dejando el tenedor en el plato.

— Sé lo que se siente.

Hace una pausa, mirando a la hija en mis brazos.

— Esperé tanto por ella — dice, con la voz baja, casi para sí misma. — Contaba los días. El embarazo fue... muy duro. Muchas náuseas, un cansancio que nunca había sentido. Pero en el momento en que la sostuve por primera vez... todo valió la pena. El dolor, el miedo... todo desapareció. Era solo ella.

Habla de nuestra hija. Del embarazo que me perdí. Y en su voz, no hay rabia. Solo el recuerdo de una madre. Y al incluirme en ese momento, al compartir ese pequeño y precioso recuerdo, me da el primer destello de esperanza que he sentido en mucho, mucho tiempo.

Su confesión, tan quieta y sin pretensiones, flota en el aire entre nosotros. Es la primera grieta de luz en la oscuridad que nos separó.

Me está dando un vistazo de lo que perdí, y el dolor en mi pecho es tan agudo como el amor que siento por ellas.

— Siento mucho no haber estado allí — susurro, las palabras inadecuadas, pero desesperadamente sinceras. — Siento mucho cada náusea, cada noche de cansancio que pasaste sola.

Savannah levanta la mirada del plato, y sus ojos castaños me encaran, la guardia ligeramente más baja que antes.

— No estabas allí porque no quisiste estar — dice, no con la rabia de antes, sino con una tristeza factual. — Tomaste una decisión.

— Tomé la decisión equivocada — admito, con la voz ronca. — La peor decisión de mi vida. Y si pudiera volver el tiempo atrás...

— Pero no puedes — me corta, y la muralla comienza a levantarse nuevamente. Vuelve a comer, el silencio instalándose una vez más.

La observo, mi cerebro trabajando furiosamente. No puedo dejar escapar este momento. Necesito mantenerla hablando. Hope se mueve en mis brazos, soltando un pequeño suspiro de satisfacción. La acomodo, mi pulgar acariciando su mejilla.

— Tiene tu nariz — digo suavemente.

Savannah deja de comer de nuevo. Mira a Hope, una pequeña sonrisa genuina finalmente floreciendo en su rostro.

— No, no la tiene. Tiene la tuya. Testaruda y un poco torcida hacia la izquierda.

La broma, el pequeño trozo de nuestra antigua dinámica, me golpea con fuerza. Una risa baja y sorprendida escapa de mí.

— Mi nariz no está torcida.

— Sí lo está. Y también tiene tu ceja. Cuando está confundida, levanta solo la izquierda. Exactamente como tú.

Me ha estado observando. Me ha estado observando. Conoce los detalles de mi fisonomía, y los ve todos los días en el rostro de nuestra hija. La percepción me llena de una esperanza tan intensa que casi me asfixia.

— ¿Qué más tiene de mí? — pregunto, mi voz llena de una curiosidad genuina y hambrienta.

— Odia los guisantes. Y duerme con el brazo tirado sobre la cabeza. Y tiene el peor genio del mundo cuando la despiertan de repente — enumera, y con cada elemento, un poco más del hielo entre nosotros se derrite. Estamos hablando sobre nuestra hija. Como padres.

— Eso parece justo. El genio es definitivamente Montgomery — concuerdo, sonriendo. — Pero la belleza... la belleza es toda de su madre.

El rubor vuelve a las mejillas de Savannah. Desvía la mirada, enfocándose en su plato. He ganado un poco de terreno, pero sé que estoy en un campo minado. Un paso en falso y todo explota.

Termina de comer en silencio. Yo permanezco sosteniendo a Hope, que ahora está empezando a inquietarse, sus ojitos abriéndose y cerrándose.

— Creo que es hora de su baño y de ir a la cama — dice Savannah, levantándose.

— ¿Puedo... puedo ayudar? — pregunto, la petición sonando más vulnerable de lo que pretendía.

Me encara, la duda clara en su rostro. Es una prueba. Dejarme entrar en su rutina más íntima es un paso enorme.

— La bañera de bebé está en el baño de la habitación de invitados — dice finalmente, una concesión reacia. — Puedes llenarla con agua tibia. No muy llena.

Es un "sí".

Me siento como si me hubiera ganado la lotería.

Mientras ella sube las escaleras, la sigo con Hope en mis brazos. En la planta de arriba, entro al baño mientras ella prepara el pijama y el pañal de Hope en el cambiador. Lleno la pequeña bañera, probando la temperatura del agua con mi muñeca unas cinco veces, aterrorizado con la idea de que esté muy caliente o muy fría.

Cuando Savannah toma a Hope de mis brazos para desvestirla, nuestros dedos se rozan. Una pequeña chispa de electricidad

estática, un fantasma de nuestra antigua intimidad, pasa entre nosotros. Los dos retrocedemos como si nos hubiéramos quemado.

Observo, apoyado en la puerta, mientras ella baña a nuestra hija. Es tan natural, tan segura. Sus manos son delicadas y firmes. Canta una canción de cuna en voz baja, la misma que su madre solía cantarle a ella. Recuerdo que me contó eso una noche, hace mucho tiempo.

La escena es tan doméstica, tan perfectamente familiar, que duele. Este debería haber sido mi derecho. Esta debería haber sido nuestra vida.

Después del baño, le hace la cura a Hope y yo me quedo observando. Prestando atención a la delicadeza, pero al mismo tiempo firmeza con la que limpia la incisión de nuestra hija. Enseguida, la viste y la amamanta. Me siento en el sillón del rincón, simplemente allí, sintiéndome como un intruso y, al mismo tiempo, exactamente donde debería estar.

Cuando Hope finalmente se duerme, Savannah la coloca en la cuna. Se da la vuelta y me encuentra. La armadura está de vuelta en su rostro. El momento de tregua terminó.

— Ya puedes irte — dice, con voz baja. — Gracias por la ayuda.

La despedida es clara.

— Savannah — comienzo, pero ella niega con la cabeza.

— No, Travis. No arruines esto. Fue... fue una noche agradable. Por Hope. Dejémoslo así.

Tiene razón. Presioné demasiado, demasiado rápido. Asiento, derrotado.

— Está bien. Buenas noches, Savannah.

— Buenas noches.

Salgo de la habitación y cierro la puerta suavemente detrás de mí. Camino por el pasillo oscuro hasta mi propia habitación, en el otro extremo de la casa. El sabor de la noche es agridulce. Compartí un momento con ellas. Vi un vislumbre de la familia que podríamos ser.

Pero también vi la distancia que aún necesito recorrer. Es un maratón, no una carrera. Y esta noche, por primera vez, siento que tal vez, solo tal vez, tenga la resistencia necesaria para terminarla.

Capítulo 14



Savannah

El sol de la mañana entra por las ventanas de la cocina, mucho más fuerte y dorado que el sol tímido de Portland al que me acostumbré. El olor a café fresco y al tocino que Mary frió para mí llena el aire. Es una escena de domesticidad pacífica que está en total desacuerdo con la tormenta que ruge dentro de mí.

Estoy sentada en la gran mesa de madera de la cocina, Hope en mi regazo, balbuceando alegremente mientras intenta agarrar la cuchara con la que acabo de darle puré de manzana. Después de una noche de sueño intermitente, me desperté sintiéndome... confundida. La noche pasada fue extraña. La conversación con Travis, el baño de Hope, el momento de paz compartida... fue peligroso. Fue un vislumbre de una vida que me obligué a olvidar, y mi corazón tonto reaccionó a eso.

— Tiene buen apetito, la pequeña — dice Mary con una sonrisa, mientras coloca los platos dentro del lavavajillas.

— Sí que lo tiene. Salió a su padre — respondo, y la palabra sale de mi boca con más naturalidad de lo que me gustaría.

En ese exacto momento, como si fuera invocado, él aparece en la puerta de la cocina.

Travis. No lleva la bata blanca. Está vestido como el ranchero que conocí, el hombre del que me enamoré. Jeans oscuros que se

ajustan perfectamente a sus largas piernas, botas de cuero gastadas, un cinturón con una hebilla de plata y una camiseta azul oscuro que realza el color de sus ojos. Sostiene el maletín de médico en una mano, la imagen de la dualidad que él representa: mitad vaquero, mitad salvador de vidas.

— Buenos días — dice, la voz un trueno bajo que reverbera por la cocina.

— Buenos días, señor — responde Mary. Yo solo asiento con la cabeza, mi corazón comenzando a latir un poco más rápido.

Se acerca a nosotros. Sus ojos están en Hope. Se inclina, y el olor de su loción de afeitar me golpea, familiar y vertiginoso. Deposita un beso suave en la frente de Hope.

— Buenos días, princesa.

Hope suelta un gritito de alegría y extiende las manitas, sus dedos enredándose en su barba incipiente. Una sonrisa genuina y deslumbrante ilumina el rostro de Travis. Se ríe, un sonido rico y profundo que no oía desde hace una eternidad.

Entonces, su mirada sube y encuentra la mía. Por una fracción de segundo, hace ademán de inclinarse hacia mí, como si fuera a besarme por costumbre, un beso de despedida matutina. Se detiene en medio del movimiento, dándose cuenta de lo que iba a hacer. Se aclara la garganta, el rubor subiendo por su cuello.

— Yo... yo me voy al hospital. Tengo algunos pacientes que ver — dice, con la voz un poco ronca. — Pero tengo el día libre. Cualquier cosa que necesiten, cualquier emergencia, llámenme. Vuelvo al instante.

— Está bien — respondo, mi voz neutra, aunque mi interior esté revuelto.

Lo observo irse, su espalda ancha desapareciendo por el pasillo. Cuando oigo cerrarse la puerta principal, suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Mary se seca las manos y se sienta a la mesa conmigo.

— Estoy tan feliz de que haya vuelto, niña Savannah. Esta casa estaba triste sin usted.

— Es solo por poco tiempo, Mary — digo rápidamente, más para convencerme a mí que a ella. — Solo hasta que Hope esté más fuerte. Necesitará asistencia médica por un tiempo, y... lamentablemente, no puedo dársela en Portland.

— Lo entiendo — dice, con una mirada comprensiva. — ¿Y qué estaba haciendo por allá? ¿Estaba trabajando?

Dudo. No se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi madre todavía, por miedo a preocuparla. Pero con Mary es diferente. La verdad simplemente se escapa.

— Me despidieron — admito, la humillación aún quemándome. — Por culpa de las faltas para cuidar a Hope. Estoy pensando en buscar algo por aquí, tal vez en línea. No quiero... no quiero ser tan dependiente de él.

Mary suspira, sus ojos llenos de una sabiduría gentil.

— El señor Travis se dio cuenta de la estupidez que hizo, querida. Se puede ver en sus ojos. Sé que no debo meterme, pero rezo todas las noches para que ustedes se arreglen. Hacen una pareja tan linda, y la pequeña Hope merece tener a su padre cerca.

Me quedo en silencio y ella rápidamente añade:

— ¡Pero no quiero entrometerme! Solo lo comenté.

Fuerzo una sonrisa.

— Está bien, Mary.

— ¿Y su madre? — pregunta, cambiando de tema. — Pensé que vendría con ustedes.

— Está bien. Tenía que volver para organizar nuestras cosas. No podíamos simplemente abandonar el apartamento, es alquilado.

Mary asiente con la cabeza, y allí aprovecho que estamos solas, la curiosidad venciéndome.

— Mary... en estos últimos tiempos... Travis, él... ¿él siguió con su vida?

Me mira fijamente, sabiendo exactamente lo que estoy preguntando.

— Su madre lo intentó. ¡Oh, cómo lo intentó! — Mary pone los ojos en blanco. — Siempre que puede, intenta juntar a su hijo con

esa Tiffany. Cenas, eventos... Pero el señor Travis nunca le hizo mucho caso. Iba, por obligación, pero volvía siempre con la cara más larga que antes.

Se inclina hacia delante, bajando la voz. — Le voy a contar un secreto, niña. Hasta principios de esta semana, no veía a su Travis dar una sonrisa de verdad desde el día en que usted se fue. Vivía como un fantasma en esta casa. Pero entonces... ustedes volvieron.

Mi corazón traidor da un salto.

— El día que supo que ustedes venían para acá — continúa Mary, con los ojos brillando —, me llamó. Su voz estaba... diferente. Animada. Me pidió que arreglara las habitaciones, que dejara todo perfecto para usted, su madre y para la bebé. Y ese mismo día, llegó aquí con una cuna nueva, una silla de bebé, bolsas y más bolsas de tiendas de bebé. Pasó horas montando la cuna solo en la habitación de al lado de la suya. Estaba radiante, Savannah. Como un hombre que acababa de ganar el mundo.

La imagen de Travis montando la cuna, radiante, queda grabada en mi mente. Es una imagen peligrosa, que choca violentamente con la del hombre de rostro retorcido de asco que me expulsó de su vida. Me obligo a empujarla al fondo, encerrándola junto con el recuerdo de su sonrisa esta mañana. No puedo permitirme el lujo de ablandarme.

— Solo está intentando limpiar su conciencia — murmuro, más para mí misma que para Mary.

Mary me lanza una mirada que dice que no se cree eso ni por un segundo, pero sabiamente, no discute. En su lugar, me sonríe.

— Bueno, las dejaré a las dos en paz. Necesito revisar la despensa. Si necesita algo, cualquier cosita, solo llámeme.

— Gracias, Mary.

Sale, y la cocina vuelve a quedarse en silencio, llena solo por los balbuceos de Hope. Miro a mi hija. Ella es la única verdad simple en medio de toda esta confusión. Su amor es incondicional, sus necesidades son claras. Ella es mi norte.

Decido que quedarme encerrada en esta casa solo me va a volver loca. El día está bonito, y el aire fresco nos hará bien a las dos.

— ¿Qué te parece un paseo, mi amor? — le pregunto a Hope, que suelta un gritito animado en respuesta.

Subo a la habitación, visto a Hope con una chaquetita ligera, un sombrerito que la deja como una muñeca y cojo un pañal limpio. Dentro de la bolsa de Hope, tomo un vasito para el agua y voy a la cocina. Sus ojos azules siguen todo lo que estoy haciendo, sin contenerme la beso en la mejilla.

Salgo por el porche trasero y voy hacia los campos. El sol de Texas calienta mi piel. El olor a tierra, hierba y ganado es abrumadoramente familiar. Solía amar caminar por aquí, sintiendo la inmensidad del lugar, soñando con nuestro futuro. Ahora, cada roble, cada cerca, es un fantasma.

Sigo por un camino que lleva al establo. Recuerdo el caballo de Travis, un purasangre negro llamado Medianoche, un animal temperamental que solo se calmaba con él... y conmigo. La curiosidad me vence.

Al acercarme al establo, oigo voces. Uno de los empleados del rancho, un hombre mayor llamado Bob, está cepillando un caballo.

— Buenos días, Bob — digo, deteniéndome a una distancia segura.

Se gira, sorprendido. Una gran sonrisa arrugada se extiende por su rostro.

— ¡Niña Savannah! ¡Dios mío, qué bueno ver a la señora por aquí! Supe que había vuelto.

— Solo por un tiempo — corrijo gentilmente. — ¿Cómo está Medianoche?

La sonrisa de Bob vacila.

— Ah, Medianoche... lo perdimos el año pasado.

— ¡Oh, no! — digo, genuinamente triste. — ¿Qué pasó? ¿Se enfermó?

— No, señora. Fue justo después de que... bueno, después de que la señora se fue. Se puso arisco. Nadie lograba acercarse a él, ni siquiera el patrón. Un día, simplemente se asustó con una tormenta, corrió, rompió la cerca y se lastimó feo en la pata. No hubo nada que hacer. El patrón quedó... devastado. Fue un periodo malo.

La historia me golpea. El caballo, un reflejo del estado de ánimo de su dueño. Roto. Irreparable. La metáfora es tan dolorosa que siento un nudo formarse en mi garganta.

— Siento mucho oír eso — logro decir.

Me dirige una sonrisa triste, luego se acerca, pero manteniéndose respetuosamente fuera de mi espacio personal.

— ¿Y esa princesa? — sonríe y yo lo acompaño. — Ella es...

— La viva imagen de Travis — termino por él. Bob da una sonrisa incómoda. — Disculpe, es que oigo eso bastante.

— Me imagino, señora. ¿Puedo ayudar con algo?

— No, solo estoy caminando un poco. Ya me voy.

— Si necesita algo solo dígalo.

Sonrío levemente y continúo mi paseo, con el corazón pesado. Saber de Medianoche me ha afectado un poco.

Paso el resto del día evitando pensar. Juego con Hope en el césped, llamo a mi madre y miento, diciendo que todo va bien. No menciono el despido. No menciono a Travis. Hablo sobre el sol y sobre cómo Hope parece más fuerte.



Cuando la noche empieza a caer, la ansiedad regresa. La noche significa que él volverá a casa. Baño y acuesto a Hope más temprano de lo normal. Ceno una sopa que Mary me dejó, sola en la enorme mesa del comedor, sintiéndome pequeña y fuera de lugar.

Después de cenar, me refugio en la habitación, cerrando la puerta con llave, un gesto que sé que es infantil, pero que me da una falsa sensación de seguridad. Me siento en el sillón del rincón, leyendo un libro, pero las palabras no se fijan. Solo estoy esperando.

Oigo llegar su camioneta. Oigo cerrarse la puerta principal. Oigo sus pasos pesados en la planta baja. Espero que suba, que llame a mi puerta. Pero no lo hace.

Las horas pasan. El silencio de la casa es profundo. La curiosidad, una vez más, me vence. Abro la puerta de mi habitación silenciosamente y voy hasta lo alto de la escalera.

Lo veo. Está en la sala de estar, con las luces apagadas, excepto por una pequeña lámpara. La televisión está apagada. No está leyendo, ni trabajando. Solo está sentado en su sillón de cuero, con un vaso de whisky en la mano, mirando fijamente la chimenea apagada.

Parece increíblemente solitario.

Su imagen allí, un rey en su castillo vacío, me golpea de una forma inesperada. No siento rabia. No siento satisfacción. Siento una punzada de algo que se parece peligrosamente a la compasión. Es un hombre que lo tiene todo y, al mismo tiempo, no tiene nada. Y la culpa es enteramente suya.

Pero, al observarlo en la oscuridad, me doy cuenta de una verdad aterradora. A pesar de todo, a pesar del dolor, de la falta de confianza, de la humillación... a una parte de mí todavía le importa. Y esa es mi mayor debilidad.

Vuelvo a mi habitación y cierro la puerta con llave nuevamente. Pero esta vez, el cerrojo no es para mantenerlo afuera. Es para mantenerme adentro, para protegerme de mí misma.

Capítulo 15



Savannah

La noche es larga e inquieta. Me doy vueltas en la cama de invitados, con las sábanas de algodón egipcio pareciendo ásperas y extrañas. Cada crujido de la casa, cada sonido del viento afuera, me mantiene alerta. Estoy durmiendo bajo el techo del hombre que me rompió el corazón, y la sensación es de un equilibrio precario sobre el filo de una navaja.

Me despierto antes de que salga el sol con el refunfuño de Hope en la cuna de al lado. La rutina de madre asume el control, un bálsamo para mi mente ansiosa. Le cambio el pañal, la amamanto en el sillón del rincón, la habitación aún inmersa en la penumbra azulada de la madrugada. Mientras mama, con sus ojitos fijos en los míos, el resto del mundo desaparece.

Somos solo nosotras dos. Mi puerto seguro.

Cuando bajamos a la cocina, el sol ya está empezando a despuntar en el horizonte. Mary ya está de pie, el olor a café llenando el aire.

— Buenos días, mis niñas — dice con una sonrisa cálida.

— Buenos días, Mary.

La mañana se desarrolla en una normalidad casi dolorosa. Tomo café mientras Hope está en los brazos de Mary. Ella conversa con mi bebé, que parece entender todo lo que se le dice. Sonrío ante la

escena. Me llevo la taza a los labios, y al fondo oigo pasos bajando las escaleras. Miro hacia un lado, solo para ver a Travis ya vestido con vaqueros y una camisa de franela.

— Buenos días — dice a la sala en general.

Su mirada encuentra la mía por un instante antes de fijarse en Hope. Se acerca a ella y extiende los brazos para cogerla. Mary sonríe.

— Hola, princesa. ¿Dormiste bien?

Hope suelta un gritito y se estira hacia él, que la coge rápidamente. Travis se ríe, un sonido bajo y genuino. La escena es tan natural, tan paternal, que necesito desviar la mirada, enfocándome en mi taza de café como si fuera la cosa más interesante del mundo.

— Savannah, la primera consulta de seguimiento de Hope es hoy, a las diez de la mañana. Yo mismo la haré.

Me tenso.

— No hace falta. El Dr. Evans puede...

— Quiero hacerlo — me interrumpe, con la voz firme, pero sin la dureza de antes. — Soy su médico y su padre. Estaré allí. Podemos ir juntos en mi camioneta.

La idea de quedarme atrapada con él en un coche de nuevo me revuelve el estómago.

— Puedo pedir un Uber — digo, la respuesta automática de quien busca cualquier ruta de escape.

Travis me observa por unos segundos, sus ojos azules evaluando mi resistencia. Espero que insista, que use su lógica de "es más fácil", pero, para mi sorpresa, cede.

— Está bien — concuerda, y parpadeo, sorprendida. — Pero es un trayecto de cuarenta minutos. Y puedo llevarte, está el tema de su silla en mi camioneta y...

Me está dando a elegir, pero también me está mostrando gentilmente por qué su elección es la más sensata. Es una táctica diferente, más inteligente. Y más irritante.

— Está bien — lo interrumpo, me mira expectante. — ¿Vas a trabajar así?

Se ríe y se sienta en la silla.

— No, nos vamos a las nueve y cuarto. — avisa y yo asiento. — ¿Durmió bien? ¿No se quejó de dolor?

— Durmió como un angelito.

Travis sonríe y la besa nuevamente en la mejilla. Al fondo suena el teléfono de la casa, y observo a Mary ir hacia él y contestar. Desvío la mirada, pero sigo escuchando.

— Solo un momento, Sra. Montgomery — Mary mira a Travis. — Voy a verificar si todavía está en casa. — La observo tapar la salida del micrófono y soltar un suspiro. — Señor...

— No estoy, Mary. — responde Travis, y me sorprendo. Entonces me mira. — ¿Tu madre dio noticias? Si puedo ayudar en algo, solo dímelo.

— Hablé con ella ayer — murmuro recostándome en la silla. — ¿Y tú? ¿Evitando a la tuya?

La pregunta es más osada de lo que pretendía, una pequeña puya lanzada para ver su reacción.

Un suspiro pesado escapa de él. No desvía la mirada.

— Digamos que no estamos en los mejores términos en este momento. Necesita entender que las cosas han cambiado. Que mis prioridades han cambiado.

Su prioridad ahora está en su regazo, intentando meterse el dedo en la boca. La sinceridad en su voz es desarmante.

— Lleva tiempo que las personas cambien — digo, las palabras aplicándose a él tanto como a su madre.

— Lo sé — dice, y su mirada encuentra la mía por encima de la cabeza de Hope. — Y sé que no tengo derecho a pedir paciencia. Pero lo estoy intentando, Savannah.

Antes de que pueda decir algo, Mary se acerca a nosotros.

— Su madre pidió que le devuelva la llamada lo antes posible.

Travis asiente, pero su atención aún está en mí. Desvío la mirada, no quiero hablar de aquello delante de Mary.

A las nueve y cuarto, estoy lista. Vestí a Hope con un vestidito cómodo y la puse en la silla. Travis ya está esperando afuera, con la puerta de la camioneta abierta para mí.

El viaje al hospital es silencioso. Miro por la ventana, negándome a participar en cualquier intento de conversación. Enciende la radio, a un volumen bajo, sintonizando una estación de rock clásico. Una canción de Creedence Clearwater Revival comienza a sonar, una que solíamos escuchar juntos. Cierro los ojos, una punzada de dolor golpeándome. Él se da cuenta, e inmediatamente cambia de estación a una de noticias.

En la consulta, es el epítome del profesionalismo. Examina a Hope con una gentileza y pericia que son impresionantes. Escucha su corazón, verifica su cicatriz, mide su saturación de oxígeno. Me explica cada paso en términos claros y concisos, tratándome como a la madre preocupada de cualquier otro paciente.

— Su recuperación es excelente — dice al final del examen, mientras anota en el historial. — La cicatriz está sanando bien, sin signos de infección. El corazón suena fuerte y claro. Vamos a continuar con la medicación y la fisioterapia suave. Quiero verla de nuevo en una semana.

— De acuerdo — respondo, aliviada y ansiosa por salir de allí.

Cuando salimos de la consulta, en lugar de llevarnos a la salida, nos guía en otra dirección.

— ¿A dónde vamos? — pregunto, desconfiada.

— Hay una persona que me gustaría que conocieras.

Nos lleva a un ala diferente del hospital, una que nunca he visto. Es el ala de Fisioterapia Pediátrica. El lugar es claro y colorido, con pelotas de ejercicio, alfombras suaves y juguetes. Una mujer de mediana edad con una sonrisa cálida y cabello pelirrojo viene a nuestro encuentro.

— ¡Travis! ¡Qué bueno verte! ¡Y esta debe ser la pequeña Hope!

— Sarah, esta es Savannah, la madre de Hope. Savannah, esta es Sarah, nuestra mejor fisioterapeuta respiratoria.

Le estrecho la mano, confundida.

— La recuperación de los pulmones tras una cirugía como la de Hope es tan importante como la del corazón — explica Travis. — Sarah creará un plan de ejercicios suaves para fortalecerla. E irá al rancho tres veces por semana para las sesiones. Así, no tienen que estar viniendo al hospital.

Lo miro fijamente, en shock. Lo arregló todo. Fisioterapia en casa. Está haciendo imposible que tenga cualquier excusa para no quedarme.

— Es un placer conocerla, Savannah — dice Sarah, su mirada volviéndose hacia Hope en mis brazos. — Es una campeona. Vamos a cuidar muy bien de ella.

No sé qué decir. Estoy atrapada entre la gratitud por la conveniencia y la furia por la manipulación.

En el camino de vuelta al rancho, el silencio es aún más pesado. Ganó de nuevo. Me acorraló con su lógica y sus cuidados médicos impecables.

Cuando estaciona frente a la casa, salgo y saco a Hope de la silla sin esperarlo.

— Savannah, espera — me llama, su voz alcanzándome en el porche.

Me detengo, pero no me giro.

— ¿Qué estás haciendo, Travis? — pregunto, con la voz baja y tensa.

— Cuidando de mi hija — responde simplemente.

— No. Estás haciendo imposible que me vaya.

Se queda en silencio por un momento. Cuando habla, su voz es ronca.

— Tal vez.

Finalmente me giro para encararlo.

— No voy a volver contigo. No importa lo que hagas.

— No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo hoy — dice, sus ojos azules intensos y llenos de una determinación que me asusta. — Te estoy pidiendo que te quedes. Que me des una oportunidad de ser su padre.

Da un paso hacia mí, deteniéndose a una distancia segura.

— Déjame mostrártelo, Savannah. No con palabras, sino con acciones. Déjame mostrarte que soy el hombre que ella merece que su padre sea. Es todo lo que pido. Una oportunidad.

Una oportunidad. La palabra flota en el aire entre nosotros, cargada con el peso de un año y cinco meses de dolor. Una oportunidad es todo lo que le pedí aquel día en su habitación. Una oportunidad para explicar. Una oportunidad para que me creyera. Y me la negó. Ahora, se atreve a pedirme lo mismo.

La ironía es tan amarga que casi me río.

— ¿Una oportunidad? — repito, la voz goteando un sarcasmo que no puedo contener. — Eso es gracioso, viniendo de ti.

— Lo sé — dice, sin retroceder. No se defiende, no se justifica. Acepta el golpe. Y, de alguna forma, eso me desequilibra más que si hubiera discutido. — No me merezco una, Savannah. Pero ella sí. — Su mirada baja hacia la pequeña Hope, que duerme en mis brazos. — Ella merece un padre. Y quiero desesperadamente ser ese hombre.

Desvío la mirada, enfocándome en la puerta de entrada de la casa. La gran puerta de roble que un día soñé cruzar como su esposa.

— Estás haciendo esto muy difícil, ¿lo sabías? — susurro, más para mí misma que para él.

— No estoy intentando hacer las cosas difíciles. Estoy intentando hacerlas bien.

Sacudo la cabeza, un sentimiento de derrota instalándose en mis huesos. Me acorraló de todas las formas. Financieramente, con su "donación anónima". Lógicamente, con la fisioterapia en casa y el seguimiento médico constante. Y ahora, emocionalmente, usando el bienestar de Hope como su principal arma. Luchar contra él es luchar contra lo que es mejor para mi hija. Y esa es una batalla que nunca ganaré, porque siempre la pondré a ella en primer lugar.

— Me quedaré — digo finalmente, con voz resignada. — Hasta que esté completamente recuperada y con el alta para viajar. Pero

no te engañes, Travis. Esto no es una "oportunidad" para ti. Esto es una conveniencia médica para ella. Los términos no han cambiado. Tú te quedas en tu espacio, yo me quedo en el mío.

— Entendido — dice, y aunque su rostro permanece serio, veo un destello de victoria en sus ojos. Sabe que ha ganado terreno.

Entro en casa, sin esperar a ver si me sigue. Subo directo a mi habitación, necesitando un refugio. Coloco a Hope en su cuna y me quedo allí, observándola dormir.

Estoy en una jaula. Una jaula hermosa, cómoda y atenta, pero aun así una jaula. Cada gesto suyo, cada conveniencia que ofrece, es un barrote de oro más que se añade. Me está mostrando lo que la vida podría ser. Una vida sin preocupaciones financieras, con el mejor cuidado médico, en una casa hermosa. Una vida que me ofrece en bandeja de plata.

Y lo odio por eso. Porque una parte de mí, la parte débil y cansada, está tentada.



En los días que siguen, se instala una rutina extraña. Travis cumple su palabra. Sale hacia el hospital temprano por la mañana y vuelve al final de la tarde. Mantiene su distancia. Sus interacciones conmigo son breves, centradas en Hope. "¿Cómo pasó el día?", "¿Comió bien?", "¿Sarah ya llamó para programar la primera sesión?".

Pero su presencia es constante. Deja regalos silenciosos. Un nuevo móvil para la cuna de Hope. Un libro sobre desarrollo infantil en mi mesita de noche. Le pide a Mary que cocine mis comidas favoritas. Son pequeños gestos, pequeñas ofensivas en su campaña silenciosa para reconquistarme.

Sarah, la fisioterapeuta, comienza a venir. Es maravillosa, gentil con Hope y amigable conmigo. Durante las sesiones, me enseña

ejercicios de respiración para hacer con Hope, movimientos suaves para fortalecer su pequeño cuerpo. Y, sin querer, habla sobre Travis.

— Es un médico increíble, ¿verdad? — comenta un día, mientras observamos a Hope intentando rodar en una alfombra. — Todos en el hospital lo admiran mucho. Me llamó personalmente para hablar sobre el caso de Hope. Nunca lo vi tan... implicado. Parecía que movería cielo y tierra por esta niña.

Cada palabra es una pequeña gota de agua sobre una piedra. Y siento mi determinación, mi rabia, comenzando a erosionarse.

Una noche, una semana después de nuestra conversación en el porche, no logro dormir. Bajo las escaleras para buscar un vaso de agua. La casa está oscura y silenciosa. Al pasar por su despacho, veo una luz encendida bajo la puerta.

Me detengo. Sé que debería volver a mi habitación. Pero no puedo. La curiosidad, o tal vez algo más peligroso, me empuja hacia adelante.

Empujo la puerta suavemente. Él está sentado en su gran escritorio de cuero, de espaldas a mí, mirando la pantalla de su portátil. El brillo de la pantalla ilumina su rostro, y la tensión en sus hombros es visible incluso a distancia.

— ¿Travis? — llamo, la voz un susurro en el silencio.

Se sobresalta, girándose abruptamente en la silla. Cierra el portátil con un movimiento rápido, como si estuviera escondiendo algo. Sus ojos azules están abiertos de par en par por la sorpresa.

— Savannah. No te oí. ¿Está todo bien? ¿Hope...?

— Ella está bien. Está durmiendo — respondo, dando un paso hacia el interior del despacho. El olor a whisky y a su loción de afeitar flota en el aire. — Yo solo... no podía dormir. ¿Qué haces despierto?

Desvía la mirada, pasándose la mano por el cabello.

— Solo... poniéndome al día con el trabajo.

Es una mentira. Lo sé, y él sabe que lo sé. La atmósfera en la habitación cambia, volviéndose súbitamente densa, cargada. La formalidad que mantuvimos durante la semana, la distancia segura,

todo se evapora en la penumbra del despacho. Aquí, no somos el médico y la madre. Somos solo un hombre y una mujer con una historia devastadora entre nosotros.

— No necesitas mentirme, Travis — digo, acercándome más, parada al otro lado de su enorme escritorio.

Levanta la mirada, y el dolor en sus ojos es tan crudo que me golpea físicamente.

— Estaba viendo un video. De nosotros. En el festival de otoño.

Su confesión me deja sin aire. El recuerdo de aquel día —el olor a manzanas acarameladas, el sonido de nuestra risa, la forma en que me besó en lo alto de la rueda de la fortuna— vuelve con una fuerza avasalladora.

— ¿Por qué? — susurro, aunque temo la respuesta.

Se levanta, rodeando el escritorio y deteniéndose a pocos metros de mí. Está tan cerca. Demasiado cerca.

— Porque soy un idiota. Porque necesito recordarme todos los días lo que tiré a la basura. Porque mirarte ahora, tan fuerte y tan distante, y saber que la culpa es mía... me está matando, Savannah.

Cada palabra es un martillazo en el muro de hielo que construí alrededor de mi corazón. Las grietas se están extendiendo, y estoy aterrorizada.

— No digas eso...

— Es la verdad. Te amo. Sé que mis palabras no significan nada para ti ahora, pero es la única verdad que me queda. Te amé aquel día en el festival, y te amo esta noche, de pie en este despacho, aun sabiendo que me odias.

Trago saliva, su cercanía dejándome sin aire.

— No te odio — la confesión escapa de mis labios antes de que pueda detenerla. Y es la verdad. No lo odio. Desearía odiarlo. Sería mucho más fácil.

La esperanza que se enciende en sus ojos es tan brillante que es casi cegadora. Da el último paso que nos separa. Ahora, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Puedo ver cada línea en su rostro, cada emoción en sus ojos.

— Savannah... — susurra mi nombre como una oración.

Su mano se levanta, y duda, como si pidiera permiso. Cuando no retrocedo, sus dedos tocan mi mejilla. El toque es eléctrico. Una corriente de calor recorre mi cuerpo, despertando sentimientos que mantuve dormidos por tanto tiempo.

Mi cerebro está gritando. ¡Aléjate! ¡Corre! ¡Es una trampa! ¡Vas a salir lastimada de nuevo!

Pero mi cuerpo me traiciona. Me inclino ante su toque, mis ojos cerrándose por un instante.

Y eso es todo lo que él necesita.

Se inclina y me besa.

No es un beso hambriento o posesivo como los de antes. Es un beso de desesperación, de arrepentimiento, de una nostalgia tan profunda que parece haber sido guardada por una eternidad. Sus labios son suaves y vacilantes al principio, probando, preguntando. Y mi cuerpo, contra toda lógica, contra toda autopreservación, responde.

Mis labios se abren bajo los suyos, y el beso se profundiza. Mis manos, que colgaban a mis costados, suben y se aferran a su camisa, como si me estuviera ahogando y él fuera la única cosa sólida en el mundo. Gime contra mi boca, un sonido de pura agonía y alivio, y sus brazos me envuelven, atrayéndome con fuerza contra su cuerpo, eliminando cualquier espacio que quedaba entre nosotros.

El mundo desaparece. No hay hospital, no hay traición, no hay dolor. Solo existe él. Su olor, su sabor, la sensación de sus brazos a mi alrededor. Es como volver a casa después de una larga y terrible guerra.

Pero cuando profundiza el beso, su lengua buscando la mía, la realidad me golpea como un puñetazo.

¿Qué estoy haciendo?

Lo empujo hacia atrás, con fuerza. Nos separamos, jadeantes, los labios hinchados, los ojos abiertos de par en par. El shock de lo que acabamos de hacer flota en el aire.

Lo traicioné. Me traicioné a mí misma, a la mujer fuerte que juré ser. Cedí.

— No — susurro, sacudiendo la cabeza, dando un paso atrás. — No. No podemos.

Miro su rostro, la confusión y el dolor que volvieron a sus ojos. Y entonces, me giro y corro. Corro fuera del despacho, subo las escaleras, sin mirar atrás.

Entro en mi habitación y cierro la puerta con llave, apoyándome en ella, el corazón latiendo descontroladamente. Me toco los labios. Aún queman por su beso.

No estoy en una jaula dorada. Estoy en un campo minado. Y acabo de pisar la primera mina.

Capítulo 16



Savannah

La mañana siguiente al beso es un ejercicio de negación. Me muevo por la casa de forma automática, mi cuerpo realizando las tareas de cuidar a Hope mientras mi mente está en llamas. Cada vez que cierro los ojos, siento el fantasma de los labios de Travis en los míos. Su sabor, la sensación de sus brazos a mi alrededor... es una tortura. Cedí. Por un momento glorioso y aterrador, me permití olvidar, y el recuerdo de eso me llena de vergüenza y de un anhelo que me asusta.

Estoy en la sala de estar, jugando con Hope en la alfombra, cuando oigo un coche estacionar. Miro curiosa hacia la entrada; tras unos segundos el timbre suena y antes de que pueda levantarme e ir hasta allá, Mary aparece para abrir. La voz de Callie resuena por la casa.

— ¿Dónde está mi futura dama de honor y la niña de las flores más linda del mundo?

Callie entra en la sala, radiante como siempre, trayendo consigo una bocanada de aire fresco, algunas bolsas y normalidad. Se tira al suelo a nuestro lado, besando la mejilla de Hope.

— Tengo una propuesta irrechazable para ti — dice, con los ojos brillando. — Almuerzo. Hoy. Solo nosotras, y los chicos. Ronald tiene

muchas ganas de verte, y quiero presentarte oficialmente a tu compañero de altar.

— Ay, Callie — suspiro entregándole una pieza del juguete a Hope. — Creo que no es una buena idea.

— ¡Ah! ¡Vamos! — lloriquea, pero pronto sonríe. — Solo un almuerzo, nada del otro mundo. Será muy rápido.

La idea de salir, de socializar, parece imposible. Pero antes de que pueda rechazarla, Travis aparece en la entrada de la sala de estar. Él escuchó.

— Callie, ¿cómo estás?

— Bien — responde ella seria. Entonces, para mi desesperación, se cruza de brazos con una mirada altiva. — Vine a llevar a Savannah a almorzar. Quiero presentarle al padrino que va a entrar con ella en mi boda.

Lo miro fijamente, esperando la reacción. Esperando la mandíbula tensa, la mirada sombría, la posesividad burbujeando bajo la superficie. El antiguo Travis habría encontrado una excusa, habría creado un obstáculo para impedirme ir.
Pero este no es el antiguo Travis.

— Bien — dice, su voz tranquila, sorprendiéndonos a las dos. — Deberías ir, Savannah. Salir un poco, distraerte.

Lo miro fijamente, en shock. Callie también parece sorprendida.

— ¿Y Hope? — pregunto, poniéndolo a prueba.

— Hoy es mi día libre — responde, como si fuera la cosa más obvia del mundo. — Yo paso el día con ella. Estoy de guardia pasiva del hospital, claro, pero puedo cuidarla aquí.

Me está dando permiso. Más que eso, me está incentivando. Estoy tan sorprendida que no sé qué decir.

— Tú... — me aclaro la garganta un poco incómoda. — ¿Está bien de verdad? ¿Que yo vaya y tú te quedes con ella?

— Sí, Savannah. Está bien — dice, y sus ojos transmiten una sinceridad que me desequilibra.

Callie, dándose cuenta de que ganó, aplaude.

— ¡Genial! ¡Está decidido! Pero... — me mira de arriba abajo, a mis vaqueros y camiseta de siempre. — No tienes nada que ponerte, ¿verdad? No te preocupes, vine preparada.

Sonríe y de dentro de una de las bolsas, me muestra un vestido de seda verde esmeralda, elegante y sencillo, que sé que va a resaltar mis curvas. También hay un par de sandalias de tacón y una pequeña bolsa de maquillaje.

— Callie, no puedo...

— Puedes y vas a hacerlo. Ahora, ve a arreglarte. Te estaremos esperando.

Suelto un suspiro, pero finalmente acepto. Beso a mi bebé y pronto Callie la toma en brazos, enseguida me acompaña. Mientras subo las escaleras, siento la mirada de Travis en mí. Intento no darle importancia a eso y voy directo a la habitación.

— Es tan linda y tierna, Savannah — dice mi amiga. — No veo la hora de tener a mi bebé también. Ronald tiene muchas ganas de ser padre.

— Vas a ser una madre increíble — le digo y voy al baño.

Me quito la ropa y tomo un baño muy breve. Después de eso, me seco bien y vuelvo a la habitación. Tomo el vestido y me visto. Me quedo unos minutos mirándome en el espejo, estoy linda, pero ansiosa. Ansiosa por bajar y dejar que Travis me vea, saber su reacción y eso me consume por dentro. Porque no quiero que me importe, pero la antigua Savannah todavía está ahí, queriendo oír los elogios viniendo de él y esa mirada de "me perteneces".

Me estoy volviendo loca. Suelto un suspiro.

Me acerco al tocador y me recojo el cabello en un moño mal hecho.

— Toma — Callie extiende la otra bolsa. — Ponte muy linda. También traje cosas para que te arregles el cabello, sabía que no habías traído nada de eso.

— No me preocupé por traer esas cosas — aviso y analiso lo que trajo.

Bajo la atenta mirada de Callie me arreglo y cuando finalmente estoy lista, me giro hacia ella, que sonríe. Me acomodo el cabello hacia un lado y respiro hondo antes de salir de la habitación. En la planta baja, Travis está al teléfono con alguien, pero al verme, termina la llamada. Su mirada baja por mi cuerpo, veo que se demora un poco en el largo del vestido, pero finalmente va hasta Callie y toma a Hope.

Antes de salir, camino hasta la mesita cerca de la puerta y busco el bloc de notas.

— Cambié de número cuando me mudé — digo, con voz baja. Tomo un bolígrafo del cajón y anoto mi nuevo número. — Por si... por si pasa algo con Hope. Llámame.

Estiro el brazo hacia él, que toma el papel y asiente. Hope tiene la manita en la boca, su atención puesta en mí.

— Mamá no va a tardar, amor — le murmuro y deposito un beso en su mejilla. Se mancha un poco de lápiz labial, y enseguida la limpio. — Cualquier cosa relacionada con ella, avísame.

Travis asiente, pero no dice nada.

Le doy la espalda y voy con Callie hasta el coche. Me siento en el asiento del copiloto, coloco mi celular en el regazo y tiro del cinturón, mi mirada nunca abandonando la entrada de la casa. La barrera que mantuve levantada por días finalmente cede.

— Ahora en serio, Savannah. ¿Cómo está yendo, de verdad? — pregunta, con voz amable.

La barrera que mantuve levantada por días finalmente cede y me desahogo. Le cuento sobre la cuenta del hospital, sobre la fisioterapeuta, sobre cómo me está acorralando con gentileza. Y entonces, confieso la peor parte.

— Mi corazón es un traidor, Callie. — suspiro exhausta. — Aún late más fuerte cuando Travis está cerca. Cuando lo veo sosteniendo a Hope... me odio por eso. Me odio por seguir amándolo después de todo. Después de que me llamara mentirosa, de haber dicho que sentía asco de mí... Creía que mi rabia era mayor que mi amor, pero no lo es. Y no sé qué hacer.

Callie me escucha en silencio, entonces me sonríe con tristeza.

— Savannah, claro que todavía lo amas. Un amor como el de ustedes no desaparece. Pero eso no significa que tengas que perdonarlo de la noche a la mañana. O tal vez nunca. Déjalo sufrir. Déjalo luchar. Se merece cada segundo de agonía.

— Su madre... — comienzo.

— ¿Qué pasa con la bruja?

— La está ignorando. Ella llama, pero él no contesta.

Callie suelta una carcajada.

— ¡Por fin! ¡El hombre entró en razón! Apuesto a que fue ella. Apuesto a que fue ella quien armó todo para que ustedes terminaran. ¿Ya le preguntaste quién envió esas fotos?

— No — admito. — Y eso ya no importa, de todas formas. El daño está hecho.

Me acomodo mejor en el asiento, el paisaje del rancho desapareciendo y dando lugar a la ciudad.

— Tienes razón — concuerda. — No pienses más en eso. Hoy se trata de ti. Eres linda, eres una madre increíble, y mereces un hombre que te respete. ¿Y quién sabe? Edward es un partidazo. Abogado, uno de los mejores amigos de Ronald. Y muy, muy guapo.

Niego con la cabeza. De momento no quiero involucrarme con nadie, pero tal vez sea bueno conversar con gente nueva. Cuando finalmente llegamos, Callie estaciona y bajamos. El restaurante es bastante sofisticado, en el centro. Un lugar que solo frecuentaría con Travis. Pensar en él me hace recordar la mirada que me lanzó. Es difícil creer que no dejó que los celos hablaran más alto. Siento un toque en el brazo y le sonrío a Callie, que me jala hacia adentro.

En la entrada, el gerente sonríe educado y pregunta si tenemos reserva. Callie responde rápidamente y señala la mesa de la ventana. Reconozco a Ronald. Caminamos hacia él, y pronto veo a su amigo ponerse de pie.

— ¡Savannah! ¡Qué bueno verte! — me abraza y yo le correspondo. — Callie no para de hablar de ti. Qué bueno que todo salió bien con Hope.

— Bueno verte también. Sí, fue un susto tremendo, pero gracias a Dios todo salió bien.

Y entonces me presenta a Edward. Callie no estaba exagerando. Es alto, con cabello rubio oscuro, ojos verdes y una sonrisa encantadora. Me estrecha la mano.

— Edward. Es un placer finalmente conocerla. Callie tiene razón, su amiga hace honor a la propaganda. Eres muy linda.

Me sonrojo, sintiéndome extraña y halagada.

La conversación fluye fácilmente. Edward es inteligente, divertido y, sobre todo, gentil. Me hace preguntas sobre Portland, y qué hacía yo allá. Escucha con interés genuino. Por algunas horas, me permito olvidar. Soy solo Savannah, una mujer almorzando con amigos.

Cuando llega el final de la tarde, Ronald y Callie tienen un compromiso con la decoradora de la boda, y Edward se ofrece a llevarme a casa. Pienso en negarme, pues no quiero que Travis monte una escena, pero Edward insiste educadamente. Nos despedimos de Callie y Ronald, y vamos hacia el coche de Edward. En el asiento del copiloto, reviso el celular, no hay ningún mensaje o llamada de Travis.

— ¿Lista? — me pregunta y yo asiento.

— Sí, gracias por llevarme.

— No hay de qué — se encoge de hombros. Tras arrancar el coche me mira de reojo. — Entonces, ¿dónde te estás quedando? — Respondo y me mira sorprendido. — ¿Eres pariente de Nolan Montgomery? ¿Dueño del imperio Montgomery?

— No, solo estoy pasando unos días debido a mi bebé. ¿Preguntar si lo conoces sería una pregunta tonta?

Edward se ríe y niega con la cabeza.

— Yo era el abogado junior que trabajaba para el abogado del padre de Travis. Estuve allí en la lectura del testamento, cuando el Sr. Montgomery falleció.

Me quedo confundida. El padre de Travis murió hace más de quince años. Edward no parece tener edad para eso.

— Disculpa, ¿cuántos años tienes? — pregunto, sin rodeos.

Se ríe.

— Casi cuarenta. — responde dejándome sorprendida. — Lo sé, lo sé. No lo parezco. Son buenos genes y mucho protector solar. ¿Solo tienes una bebé?

— Sí, Hope. Ella es mi vida. — sonrío, él me mira, pero pronto vuelve su atención a la carretera. — ¿Y tú tienes hijos?

— Todavía no, pero tengo muchas ganas. Ya estoy realizado en mi profesión, así que solo falta una familia para dejarme completo.

Analizo lo que me dice y me quedo en silencio. Edward tiene casi la misma edad que Travis, y la conversación que tuve con Mary en la cocina me viene a la mente. Travis no rehizo su vida, y eso de una forma totalmente egoísta me hace feliz. No sé cómo me sentiría al volver y descubrir que se había casado con otra y tenido más hijos.

— ¿Savannah? — salgo de mi ensoñación y miro. — Llegamos.

Miro hacia afuera y noto la casa enorme, ninguna señal de Travis o de mi bebé. Sin embargo, su camioneta todavía está allí.

— Gracias, Edward.

— ¡Espera! — pide impidiéndome bajar. — Me encantó conocerte, Savannah. Y me gustaría saber si... tal vez pudiéramos salir de nuevo. Solo nosotros dos esta vez.

Sonrío, una sonrisa triste.

— Edward, eres increíble. Pero necesito ser honesta. Solo estoy en Texas porque mi hija pasó por una cirugía. Mi cabeza no está en su lugar para citas. Solo acepté hoy por Callie. Mi atención está 100% enfocada en mi hija ahora.

No parece ofendido. Solo comprensivo.

— Lo entiendo perfectamente. La familia es lo primero. Pero... la oferta sigue en pie. ¿Puedo llamarte cualquier día de estos, solo para conversar?

— Sí — digo, sorprendida con mi propia respuesta. — Me gustaría.

Sonríe y espera a que yo entre.

Cuando entro, encuentro a Travis bajando las escaleras. Sostiene un biberón vacío de Hope. Se detiene a mitad de camino, su mirada recorriendo mi vestido, mi cabello, mi maquillaje. Veo los celos ardiendo en sus ojos azules, una llama oscura y posesiva. Pero, para mi total asombro, no dice nada al respecto.

Sigue bajando y va a la cocina. Lo sigo.

— ¿Cómo estuvo ella? ¿Dio trabajo?

— No, fue perfecta — dice, colocando el biberón en el fregadero. — Durmió la mayor parte del tiempo. Despertó, tomó el biberón y se durmió de nuevo. Es un ángel.

Se gira hacia mí, apoyándose en la encimera. El silencio se estira entre nosotros. Sé que se muere de ganas de preguntar quién me trajo, cómo fue. Pero se contiene.

Decido lanzar el anzuelo.

— Edward me trajo a casa — digo casualmente.

No reacciona. Solo me mira fijamente, con la mandíbula tensa.

— La boda de Callie será en unos meses — continúo, probando los límites de su nuevo autocontrol. — Seré la dama de honor. Y Edward será mi padrino.

Su mandíbula se tensa con aún más fuerza. Puedo prácticamente oír sus dientes rechinando. La fiera de los celos está ahí, arañando la puerta de la jaula. Pero la mantiene encerrada.

Después de lo que parece una eternidad, solo dice, con la voz ronca y forzada:

— Qué bien.

Capítulo 17



Travis

"Qué bien."

Las palabras salen de mi boca, pero parecen pertenecer a otro hombre. Un hombre calmado, controlado, racional. Por dentro, la bestia está aullando, arañando las paredes de la jaula, enloquecida por la imagen que mi propia mente creó: Savannah, hermosa en ese vestido verde, sonriendo a otro hombre. Un abogado llamado Edward. El hombre que entrará con ella en la iglesia.

Cada palabra que dijo fue una puñalada deliberada, y lo sé. Ella me está poniendo a prueba. Y estoy fallando miserablemente, aunque mi cara de póker no lo demuestre. Sé que fueron mis celos los que nos destruyeron. Sé que necesito demostrar que soy un hombre nuevo. Pero, joder, está siendo difícil.

Ella me mira de arriba abajo, y veo una sonrisa contenida, casi imperceptible, en sus labios. Está haciendo esto a propósito. La percepción me golpea como un puñetazo. Ella quiere provocarme. Y, por más que eso me enfurezca, una parte de mí se excita salvajemente. El juego ha comenzado.

Su vestido. Es corto, llegando a la mitad de sus muslos, y abraza su cintura de una forma que me hace recordar exactamente cómo es sujetarla. La imagen de ella en mi despacho, hace algunas noches, vuelve con toda su fuerza. El recuerdo de su sabor, de la sensación

de su cuerpo contra el mío. Siento un deseo arrollador de tomarla, arrojarla sobre la encimera de la cocina, levantando su vestido, y hacerla gemir mi nombre hasta el amanecer.

Las imágenes explotan en mi mente, vívidas y crudas. Y mi cuerpo reacciona instantáneamente. Mi polla da una señal de vida dentro de mis vaqueros, comenzando a latir, a endurecerse. Es una traición de mi propio cuerpo, una prueba física de que no tengo control alguno cuando se trata de ella.

— Voy a ver a Hope y tomar una ducha — dice, su voz un terciopelo suave que me causa un escalofrío.

Me da la espalda, y su perfume llega hasta mí, torturándome. Permanezco parado en la cocina, inmóvil, hasta oír sus pasos en el piso de arriba. Miro hacia abajo y noto el bulto evidente en mis vaqueros. Mierda.

Queriendo acabar con aquello, voy a mi habitación al otro lado del pasillo, casi corriendo. Entro en la ducha, dejando que el agua fría caiga sobre mí, intentando apagar el fuego. Pero no funciona. La polla continúa dura, terca, pulsando con la necesidad de estar dentro de ella.

Sin poder contenerme, salgo de la ducha, todavía mojado. Agarro lo primero que veo, un pantalón de chándal gris, y me lo pongo sobre la piel húmeda, sin importarme la ropa interior. Necesito verla. Necesito resolver esto.

Salgo de mi habitación y, a mitad de camino por el pasillo mal iluminado, la encuentro. Ella viene en mi dirección. La sincronía es tan perfecta que solo puede ser el destino. Lleva un vestidito de mangas largas, probablemente de algodón, que parece suave y cómodo. La noche en Texas puede ser fría. Pero el aire entre nosotros está sobrecalentado.

Se detiene cuando me ve. Sus ojos se abren ligeramente. Yo no me detengo.

En tres pasos largos, cierro la distancia entre nosotros. La acorralo contra la pared, plantando mis manos a cada lado de su cabeza, atrapándola. Su olor a jabón y a Savannah me envuelve, y mi cordura se desvanece.

— ¿Estabas intentando darme celos? — pregunto, la voz un gruñido bajo, a pocos centímetros de su rostro.

— No — responde ella, pero sus ojos la traicionan. Bailan, evitando los míos. Está mintiendo.

— Mírame, Savannah — ordeno suavemente.

Ella levanta la barbilla, sus ojos castaños finalmente encontrando los míos. La electricidad entre nosotros es palpable.

— Estabas intentando provocarme, ¿verdad?

Ella suspira, una pequeña nube de rendición.

— Tal vez un poco. Me sorprendió que no tuvieras un ataque de celos como hombre de las cavernas.

— ¿Un ataque? — río, un sonido sin humor. — ¿Crees que no estoy celoso? Savannah, cada segundo que te imaginé en ese almuerzo con ese tal Edward, quise golpear una pared. La idea de otro hombre mirándote, halagándote... me vuelve loco.

Ella traga saliva, un brillo pasa por sus ojos y quiero saber tanto en qué está pensando.

— No era una cita. Eran amigos almorzando.

— ¡No importa! — digo, inclinándome más cerca. Nuestros labios están a un milímetro de distancia. Puedo sentir su respiración caliente en mi piel. — Está siendo difícil como la mierda, Savannah. Especialmente después de lo que pasó en mi despacho. Me besas de esa manera y luego huyes, dejándome duro y con ganas. ¿Tienes idea de lo que eso me hace?

— Travis...

Bajo mi voz a un susurro, rozando mis labios en su oreja.

— Solo con recordar tu beso, el toque de tu piel suave... de cómo mi polla se sentía dentro de tu calor, conectados como si perteneciéramos el uno al otro... Me vuelvo loco. Estoy muriéndome de ganas de ti, ángel. De sentir tu sabor con mi lengua...

Es la gota que colma el vaso. Ella suelta un sonido que es mitad gemido, mitad sollozo, y se entrega. Sus manos suben por mi pecho desnudo y se aferran a mis hombros, sus uñas clavándose en mi piel. Me arrastra hacia abajo y aplasta sus labios contra los míos.

La explosión es instantánea. Es un beso desesperado, hambriento, lleno de toda la rabia, dolor y deseo que guardamos durante tanto tiempo. No hay gentileza. Es pura necesidad.

La agarro, levantándola en mis brazos. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura por instinto. La presiono contra la pared, allí mismo en el pasillo. Cuando siente el bulto de mi polla dura presionando contra el centro de su calor a través de la tela fina de sus bragas y mi pantalón de chándal, un gemido alto escapa de ella. Comienza a restregarse contra mí, buscando más fricción, la fricción enloquecedora llevándonos al límite.

Mientras nuestros labios se devoran, separo nuestras bocas por un instante, jadeante. Miro sus ojos, oscuros de deseo. Lamo mis dedos, y luego vuelvo a besarla, un beso profundo y húmedo que la distrae.

Con mis dedos ahora húmedos, me deslizo por debajo del borde de su vestido. Encuentro sus bragas, ya empapadas. No pierdo tiempo. Con los dedos que acabo de humedecer, me deslizo por debajo del elástico de sus bragas. Está ardiendo. Lista.

La encuentro, su clítoris ya hinchado y sensible. Lo froto con una presión firme, sintiéndola temblar en mis brazos. Su humedad aumenta, empapando mis dedos. La beso con más fuerza, ahogando el gemido que vibra en su garganta.

Entonces, sin aviso, hundo dos dedos en su calor.

El cuerpo de Savannah se arquea contra el mío con un espasmo violento. Un gemido alto y agudo escapa de su boca, y aparta los labios de los míos, la cabeza echada hacia atrás contra la pared. Su respiración es jadeante, sus ojos están vidriosos de placer y shock.

— Travis... nosotros... no deberíamos... — jadea, las palabras entrecortadas.

Detengo mis movimientos, mis dedos todavía enterrados profundamente dentro de ella, sintiendo su pulsación alrededor de ellos. La miro fijamente, nuestros rostros a centímetros de distancia en el pasillo oscuro.

— ¿Quieres que pare, Savannah? — pregunto, la voz ronca, desafiante. — Di las palabras. Di "para", y te juro que pararé ahora mismo.

Ella me mira fijamente, el pecho subiendo y bajando rápidamente. Sus ojos están en guerra, la lógica luchando contra el deseo. Veo la hesitación, la lucha interna. Pero su cuerpo la traiciona. En lugar de empujarme, sus piernas se aprietan más fuerte alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca.

Niega con la cabeza, un movimiento casi imperceptible.

— No — susurra, la palabra una rendición completa.

Y entonces, para sellar su elección, sus uñas se clavan en mi cuello, arañando levemente la piel. Es una marca. Una reivindicación. Una invitación.

Es todo lo que necesito.

Una sonrisa salvaje y depredadora se extiende por mi rostro.

— Buena chica — gruño contra sus labios antes de tomarlos nuevamente.

Comienzo a moverlos dentro de ella, un ritmo rápido e implacable, mientras mi pulgar encuentra su clítoris y comienza a hacer círculos torturantes. Ella se deshace en mis brazos. Sus gemidos son música para mis oídos, la prueba de que, no importa cuánto me odie, su cuerpo todavía recuerda el mío. Ella todavía me pertenece.

La llevo hasta el límite, sintiendo los espasmos de su orgasmo comenzar a contraerse alrededor de mis dedos. Ella muerde mi hombro para ahogar un grito. Pero no la dejo ir tan fácil.

Retiro mis dedos y, sin darle tiempo para respirar, la llevo en brazos por el pasillo hacia mi habitación. La puerta todavía está abierta. La arrojo en la cama, el colchón hundiéndose bajo su peso.

Antes de que pueda recuperarse, estoy sobre ella, sujetando sus muñecas suavemente por encima de su cabeza con una mano. Ella me mira fijamente, los ojos oscuros y salvajes, el pecho subiendo y bajando. No hay miedo allí. Solo deseo puro y crudo.

— ¿Dónde estábamos? — susurro, mi boca suspendida sobre la suya. — Ah, sí. Tú me perteneces.

La beso con la furia de un hombre hambriento. Con mi mano libre, rasgo su vestidito de algodón, el sonido de la tela partiéndose resonando en la habitación silenciosa. Necesito que esté desnuda. Necesito sentir cada centímetro de su piel contra la mía.

Me alejo para arrancarme mi propio pantalón de chándal con una impaciencia desesperada. Mi polla, ya dura como piedra, salta libre, latiendo con una necesidad que roza el dolor. Sus ojos descienden, fijándose en ella, y un gemido bajo escapa de sus labios.

— ¿Todavía me quieres, Savannah? — provoco, mi voz un gruñido. — ¿Después de todo? Dilo. Necesito oírlo.

— Sí — jadea ella, la palabra un soplo de rendición. — Te quiero, Travis. Siempre te he querido.

Es la única confesión que necesito.

La palabra "sí" resuena en mi mente, borrando todo lo demás. Su orgullo, su rabia, sus murallas... todo se derrumbó ante la verdad primaria que nos une. Ella es mía.

Me posiciono entre sus piernas, abriéndolas con mis rodillas. Observo su rostro, el cabello oscuro esparcido por mi almohada, los labios hinchados de nuestros besos, los ojos vidriosos de deseo. Ella es la visión más hermosa y jodidamente perfecta que he visto jamás.

— Voy a marcarte, Savannah — susurro, mi voz ronca de una promesa sombría. — Voy a dejar mi marca tan profundamente dentro de ti que nunca más vas a siquiera pensar en el nombre de otro hombre. ¿Entendido?

Ella no responde con palabras. Solo arquea la espalda, empujando sus caderas hacia arriba en una invitación muda y desesperada. Ella quiere lo que yo quiero. Ella quiere ser reclamada.

Alineo la cabeza de mi polla en su entrada ya empapada. No hay gentileza. No hay preliminares. Solo está la necesidad de llenarla, de tomarla, de borrar el último año y medio de distancia.

Con una única y poderosa embestida, la invado.

Ella grita. Un grito agudo que es mitad dolor, mitad placer extasiado. Está apretada, su cuerpo no está acostumbrado a mí desde hace mucho tiempo, y la sensación de tomarla con fuerza es lo más embriagante que he sentido jamás. Me detengo por un momento, enterrado hasta el fondo dentro de ella, dejándola acostumbrarse a mi tamaño, a la sensación de estar completamente llena de mí.

— Cómo te he echado de menos, ángel.

Sus ojos, llenos de lágrimas de placer, se fijan en los míos. Abre la boca para decir algo, pero desiste, solo me atrae hacia ella.

Mis impulsos son salvajes, primitivos, desprovistos de cualquier técnica. Es la pura necesidad de reclamar mi territorio. Sujeto sus caderas con fuerza, levantándola para encontrarme en cada movimiento, el sonido de nuestras pieles chocando resonando por la habitación oscura.

Sus gemidos se vuelven más altos, más desesperados. Envuelve las piernas alrededor de mi cintura, intentando atraerme aún más profundo. La llevo hasta el límite, observando su rostro contorsionarse en un éxtasis agonizante.

— Ven para mí, Savannah — ordeno, acelerando el ritmo. — ¡Córrete para tu hombre!

Es todo lo que necesita. Su cuerpo se convulsiona a mi alrededor, sus paredes internas apretándose en mi polla en olas de puro placer. El grito que desgarra su garganta es mi nombre, y el sonido me empuja hacia mi propio abismo.

Exploto dentro de ella con una fuerza que me roba el aliento, un rugido gutural escapando de mis labios mientras derramo mi alivio, mi frustración y mi amor desesperado en su calor.

Me desplomo sobre ella, mi cuerpo pesado y sudoroso, mi rostro enterrado en la curva de su cuello. Nos quedamos así, enredados, nuestros corazones latiendo descontroladamente, el olor a sexo y sudor llenando el aire.

La he marcado. Es mía de nuevo. Y esta vez, no voy a dejarla escapar.

Capítulo 18



Travis

El éxtasis se disipa lentamente, sustituido por el peso aplastante de la realidad. Salgo de encima de ella, mi cuerpo pesado de agotamiento y de algo más... una emoción cruda que he mantenido reprimida durante mucho tiempo. Ruedo hacia el lado, todavía jadeante, el olor de nosotros dos flotando en el aire.

Espero que ella diga algo. Que grite conmigo, que me golpee, que me expulse. Pero en lugar de eso, oigo un sonido que es mil veces peor.

Un sollozo.

Me giro. En la penumbra, veo a Savannah encogida al otro lado de la cama, de espaldas a mí. Sus hombros tiemblan con sollozos silenciosos y agonizantes. Está llorando. No de placer, no de alivio. Sino de vergüenza.

— ¿Savannah? — susurro, extendiendo la mano para tocar su hombro.

— ¡No me toques! — dice, la voz ahogada y rota. — Soy tan débil...

Sus palabras son como un puñetazo en mi estómago. No está llorando por lo que hice. Está llorando por lo que ella hizo. Por haber cedido ante mí. Por todavía quererme. Y la comprensión de que le he causado tanto autodesprecio me destruye.

Se mueve, intentando salir de la cama, tirando de la sábana para cubrirse. El movimiento es rápido, un intento de huida. Reacciono por instinto, agarrando su brazo, no con fuerza, sino con una desesperación que me sorprende.

— No. Por favor, no te vayas — suplico, la voz ronca. — Quédate. Hablemos.

Se detiene, pero no se gira.

— ¿Hablar de qué, Travis? ¿De cómo no tengo amor propio? ¿De cómo mi cuerpo traiciona mi mente cada vez que estás cerca?

— No. Sobre nosotros — digo, sentándome en la cama. — Por favor, Savannah. Mírame.

Vacilante, se gira. Su rostro está manchado de lágrimas, sus ojos castaños nadando en dolor y confusión. La visión me parte en dos.

— Perdóname — susurro, y las palabras salen del fondo de mi alma. — Sé que no lo merezco. Sé que fui un monstruo, pero necesito que sepas... cometí el mayor error de mi vida. Nos amamos, Savannah. Sé que todavía sientes esto, lo sentí ahora mismo. Y sé que te amo más que a mi propia vida. Solo necesito una oportunidad. Una oportunidad de verdad para arreglar las cosas.

Ella se seca las lágrimas con el dorso de la mano, una furia triste endureciendo su expresión.

— ¿Una oportunidad? — repite, la voz temblorosa. — Todavía recuerdo aquel día, Travis. Cada palabra. Cada mirada. Recuerdo que me echaste de tu vida como si fuera basura. Recuerdo que dijiste... que decías que te daba asco de mí. — La palabra sale como un veneno. — Asco. Después de todo lo que teníamos. Nunca, jamás, te di un solo motivo para pensar que te traicionaría. Y aun así, no dudaste. Creíste en fotos, en mentiras, y no en la mujer que iba a casarse contigo.

No tengo defensa. Todo lo que dice es la más pura y terrible verdad.

— ¿Quieres saber cuál era mi gran plan? ¿El "golpe" que iba a darte? — continúa, la voz ganando fuerza con el dolor. — Aquella noche, después de la cena en casa de tu madre, iba a contarte. Iba

a darte los botines de bebé y decirte que ibas a ser padre. Era para ser el momento más feliz de nuestras vidas y tú lo transformaste en una pesadilla.

Mi corazón se contrae dolorosamente. La imagen de aquella noche perfecta que ella planeó, destruida por mi furia ciega, es una tortura.

— Savannah, yo...

— Y tu madre... — me corta, desahogando todo lo que guardó durante tanto tiempo. — No tienes idea de las cosas que me decía. Pequeñas púas, comentarios sobre mi familia, mi pasado. Cosas para hacerme sentir pequeña, indigna. Y nunca te dije nada. ¿Sabes por qué? Porque no quería crear un malestar entre tú y ella. Mi intención nunca fue ponerte contra tu propia madre.

Me mira fijamente, y sus ojos brillan con una claridad devastadora.

— Pero la verdad, Travis, es que nunca tuviste mano firme con ella. Nunca la pusiste en su lugar cuando se trataba de mí. Y nunca lo habrías hecho. Y es por eso que, en el fondo, nunca habríamos funcionado.

La acusación me golpea con más fuerza que cualquier otra. Porque es verdad. Permití que la influencia de mi madre envenenara nuestra relación. No la protegí.

— Te amo, Savannah — digo, mi voz llena de una nueva y desesperada convicción. Me acerco a ella en la cama, sujetando sus manos, y me siento aliviado cuando ella no las retira. — Por ti, Savannah, soy capaz de todo. Me enfrentaría a mi madre, al mundo entero. Porque te amo de verdad. Como nunca he amado y nunca amaré a otra mujer. Lo que siento por ti... trasciende todo. Fui débil. Debí haber creído en ti, ¡lo sé! Todo lo que dije, fue porque estaba dolido y quise hacerte daño. Me odio cada vez que lo recuerdo, nunca ha salido de mi cabeza. Pero cambié. Este último año, esta última semana, verte, ver a Hope... me cambió.

Aprieto sus manos con gentileza.

— No estoy pidiendo que olvides. Estoy pidiendo que me dejes probar. Déjame demostrarte que soy el hombre que siempre mereciste. El hombre que te protegerá, incluso de mi propia familia. Déjame ser tu marido y el padre de nuestra hija. Por favor.

La miro fijamente, mi alma expuesta. La decisión está en sus manos. La habitación queda en silencio, llenada solo por el sonido de nuestras respiraciones y de los corazones rotos intentando encontrar un camino de vuelta el uno al otro.

Abre la boca para responder. Su rostro es un lienzo de emociones conflictivas: dolor, rabia, y una chispa de algo que espero desesperadamente que sea consideración. ¿Qué va a decir? Su respuesta parece ser lo más importante del mundo.

Pero la palabra nunca llega.

De la habitación de al lado, un llanto bajo comienza. Un quejido que rápidamente se transforma en un llanto de hambre y necesidad. Hope.

Retira sus manos de las mías y se seca los ojos con un gesto rápido e irritado. Sin dirigirme una sola palabra, se desliza fuera de la cama, agarra la sábana del colchón y sale de mi habitación en silencio, cerrando la puerta suavemente detrás de sí.

Me quedo solo en la cama desordenada, su olor todavía en mí, el eco de su llanto en mi mente. Y la puerta cerrada es la respuesta más clara que podría darme.

Es demasiado. El peso de todo lo que hice, de todo lo que ella dijo, se desploma sobre mí. Y por primera vez desde que soy un hombre adulto, lloro. Sollozos silenciosos y violentos sacuden mi cuerpo, lágrimas de arrepentimiento y frustración corriendo por mi rostro. Soy el peor hombre del mundo. Destruí a la única mujer que he amado y abandoné a mi hija.

"Nunca tuviste mano firme con ella."

Las palabras de Savannah son cuchillos en mi corazón. Tiene razón. Siempre ha tenido razón.

Una furia fría comienza a burbujear bajo mi dolor. Una furia dirigida no a Savannah, sino a mí mismo, y a la mujer que me crió.

Basta. Se acabó esta noche.

Decidido, me levanto de la cama. Mi cabeza está hirviendo, pero mi objetivo es claro. Visto la primera ropa que encuentro: unos vaqueros y una camiseta. Bajo las escaleras rápidamente, agarro las llaves de la camioneta en la mesita de la entrada y salgo disparado hacia la noche.

El viaje de cuarenta minutos hasta la ciudad es un borrón de alta velocidad y pensamientos sombríos. La mansión de mis padres, donde mi madre vive sola desde la muerte de mi padre, surge, imponente e iluminada. Nunca le gustó la granja, siempre la consideró demasiado "rústica". Prefiere su palacio de mármol y seguridad.

Los portones se abren para mí, mi entrada es permitida sin cuestionamientos. Aparco la camioneta de cualquier manera y entro en casa sin llamar.

Me está esperando. Parada al pie de la gran escalera, con los brazos cruzados, vistiendo una bata de seda cara. Su rostro está tenso de rabia.

— ¿Dónde estabas? ¡He llamado todo el día! ¿Y la cena con los Preston? ¡Me hiciste pasar una vergüenza indescriptible! — empieza, la voz cortante.

— Basta — la interrumpo, mi voz tan fría que la sorprende. Me detengo a pocos metros de ella. — Antes de que digas algo más, quiero que seas sincera conmigo.

Parpadea, confundida.

— ¿Sincera? ¿De qué estás hablando?

— ¿Cuál era tu problema con ella, mamá? — pregunto, cada palabra cargada de una calma peligrosa.

— ¿Con ella? ¿Ella quién? — mi madre está confundida. — ¿Has estado bebiendo?

— Savannah. La mujer que amo y siempre amaré.

Delilah ríe, y respiro hondo.

— ¿Por qué hablas de ella? Hijo, necesitas superar a esa interesada. Nunca te amó.

— Nunca te gustó porque no era una de las tuyas. Porque tenía más carácter e integridad en el dedo meñique que Tiffany Preston jamás tendrá en todo su cuerpo.

— ¡Cómo te atreves...!

— ¡No! — la corto de nuevo, dando un paso adelante. — Debí haber hecho esto desde el primer día. Debí haber exigido que la trataras con respeto. Debí haberte puesto en tu lugar.

Sus ojos se estrechan.

— ¿Respeto? ¿Cómo puedes pedirme que respete a una mujer que te traicionó? ¿Que te apuñaló por la espalda? ¡Tú mismo viste las fotos! ¡La prueba de que era una adúltera!

La sala queda en silencio por un momento. Un silencio mortal. Mi mente repasa sus palabras, buscando el error. Y entonces, lo encuentro.

Me quedo helado. Mi sangre se congela en mis venas.

— ¿Cómo? — susurro, incrédulo.

— ¿Cómo qué? — pregunta, impaciente.

— ¿Cómo sabías de las fotos? — pregunto, mi voz ahora un hilo de acero. — Nunca te conté el motivo real de nuestra ruptura. Nunca mencioné fotos a nadie. Entonces, dime, mamá. ¿Cómo lo sabías?

Su rostro pierde todo el color. El pánico crudo e inconfundible brilla en sus ojos. Ha sido atrapada. La reina en su castillo de mentiras ha sido acorralada.

— Yo... debiste haberme contado. No me acuerdo...

— ¡No me mientas! — rujo, y el sonido resuena por la casa silenciosa, haciéndola estremecerse. — Fuiste tú. ¿Verdad? Tú orquestaste todo esto. — Sonrío sintiéndome idiota. ¡Por supuesto! Savannah me dijo que mi madre la había invitado, y no le creí. Me froto la mano en la barba, mis lágrimas caen y rápidamente las seco. — Aquel almuerzo al que la invitaste y nunca apareciste. El hombre que la abordó. Las fotos. Todo fuiste tú.

No responde. Su silencio es la confesión más alta que he oído jamás.

La verdad me golpea con la fuerza de un tren desbocado. No fue solo un malentendido. No fueron solo mis celos. Fue una conspiración. Una conspiración deliberada y cruel, diseñada por mi propia madre para destruir a la mujer que amaba.

Y caí.

Un dolor diferente a todo lo que he sentido me consume. No es el dolor del corazón roto. Es el dolor de la traición final, de la manipulación más profunda. La mujer que me dio la vida me quitó mi felicidad.

La miro fijamente, la mujer parada frente a mí, y ya no veo a mi madre. Veo a una extraña. Una enemiga.

— Travis...

— No solo destruiste mi vida — digo, la voz vacía, hueca de emoción. — Me quitaste la oportunidad de ver nacer a mi hija. Le robaste a su padre. Y eso... eso nunca, jamás, voy a perdonarlo.

— ¿Hija? — se burla, la sorpresa transformándose en desprecio. — No seas ridículo. ¿Cómo sabes si es realmente tuya? ¡Sí! — admite, la confesión ahora audible y desafiante. — Pagué a un hombre cualquiera para que la besara, para tomar aquellas fotos. Sabía que, tarde o temprano, aquella chica intentaría el golpe del embarazo para atarse a ti y a nuestra familia. Y mira, no estaba equivocada. ¿De la nada aparece con una hija? Hazle una prueba de ADN, Travis. Exígelo.

La miro fijamente, incrédulo. No por la admisión, sino por la crueldad continua, por la total falta de remordimiento. No ve lo que hizo. Todavía cree que me estaba protegiendo.

Una risa escapa de mí. Un sonido vacío, sin humor, nacido del dolor y del absurdo.

— Eres increíble. — Suelto un suspiro. — Acabaste con mi vida, mamá.

Aparta la mirada, pero no dura mucho. Su mirada felina encuentra la mía. Sin más nada que decir, me giro para irme. La conversación terminó. Mi relación con esta mujer terminó.

— ¿A dónde vas? ¡Deja de decir tonterías, Travis! ¡Vuelve aquí! — grita detrás de mí, la voz histérica.

No respondo. Solo continúo andando, paso por la puerta principal y entro en mi camioneta. Mientras me alejo, la veo parada en la puerta de su mansión, una figura pequeña y solitaria en su palacio de mentiras.

No voy a la granja. No puedo enfrentar a Savannah ahora. No con esta rabia y este dolor consumiéndome. Necesito un lugar para borrar mi mente. Conduzco sin rumbo por la ciudad hasta encontrar un bar que a veces frecuento.

Necesito beber.

Pido un whisky doble y lo bebo de un trago. El fuego que baja por mi garganta es un alivio bienvenido. Pido otro. Y otro más. Los tragos son profundos, pero sé que no puedo perderme. Necesito volver conduciendo. Necesito volver con Hope. Solo lo suficiente para quitar la punta del iceberg de dolor.

— Sabía que te encontraría aquí.

La voz sedosa a mi lado me hace estremecer. Tiffany. Se sienta en el taburete a mi lado como si hubiera sido invitada.

— Tu madre me llamó. Me contó lo que pasó — dice, con una falsa simpatía. — Te conozco, Travis. Sabía que buscarías un lugar como este.

Estoy sin fuerzas para echarla. La energía que usé para confrontar a mi madre me dejó vacío. Solo me encojo de hombros y continúo bebiendo, ahora más despacio. El alcohol comienza a hacer efecto, los bordes afilados de la realidad volviéndose un poco más suaves, un poco más distantes. Me siento un poco mareado.

— Vamos. Te llevaré a casa — dice después de un tiempo, poniendo la mano en mi brazo.

No protesto. La idea de conducir ahora parece peligrosa. Dejo que me guíe fuera del bar, hacia su coche. El mundo afuera gira un poco.

El trayecto hasta la granja es un borrón. Cuando llegamos, me ayuda a salir del coche. Estoy tambaleándome, apoyándome en ella

más de lo que me gustaría. Al entrar en la casa, tropiezo y derribo un jarrón de cerámica que está cerca de la escalera. El sonido del jarrón rompiéndose resuena por la casa silenciosa.

Me ayuda a subir las escaleras con dificultad. No estoy borracho, pero el alcohol y el agotamiento emocional me han dejado débil, descoordinado. Llegamos a mi habitación y Tiffany me arroja en la cama. Se inclina sobre mí, el olor de su perfume mareándome.

— Podemos tener nuestro propio heredero, Travis — susurra, sus labios cerca de mi oído. — Un hijo de verdad, de una familia de verdad.

La mención de un hijo me trae de vuelta a la realidad con un chasquido.

— No — niego, mi voz pastosa. — Solo voy a tener otro hijo... con Savannah.

Y entonces, en mi estado de confusión y dolor, la llamo.

— Savannah, mi ángel... it-te amo!

Tiffany retrocede, incrédula. Pero su determinación regresa rápidamente. No va a rendirse tan fácil. Comienza a quitarme la camiseta, a quitarme los zapatos.

— No... Tiffany, no quiero... — protesto, pero mis miembros parecen hechos de plomo.

Ignora mis protestas, aprovechándose de mi debilidad. Tira de mis vaqueros hacia abajo y, al ver que estoy sin ropa interior, una sonrisa triunfante se extiende por su rostro.

Comienza a quitarse su propio vestido, su silueta moviéndose en la habitación oscura.

— Ya verás, querido. Voy a hacerte olvidarla...

Siento su cuerpo subir encima del mío, intento apartarla, pero ella empuja mis manos.

— ¡Bájate de él!

Capítulo 19



Savannah

Después de la ducha, me tiro en la cama, el corazón todavía martilleando contra mis costillas por la confesión, y por haberme entregado a él de esa forma. Cambio la sábana con su olor por un pantalón de chándal gris y una sudadera holgada, mi armadura para la noche. Recojo mi cabello en un moño suelto. Estoy agotada, pero mi mente está en llamas.

Si cierro los ojos, puedo sentir nuevamente los besos, la forma en que me tomó con furia y posesión. Mi intimidad dolorida, late solo de recordar cómo él consigue mandar en las sensaciones de mi cuerpo.

Su entrega, la vulnerabilidad en sus ojos... fue real. Sé que lo fue. Pero el miedo, la memoria del dolor, es una muralla demasiado alta para escalar. Me acuesto, mirando el techo, pensativa. Salió hace unos minutos y no dijo a dónde iba. Quizás, vaya a salir con su madre y Tiffany. La idea me causa un sabor amargo en la boca.

Es cuando lo oigo. Un ruido de motor viniendo por el camino de tierra. No es el ronroneo profundo y familiar de su camioneta. Es un coche diferente. Mi cuerpo se tensa.

Salgo de la cama y voy hasta la puerta de mi habitación, que está cerrada. Escucho. Silencio. Entonces, oigo la puerta principal

abrirse y cerrarse, seguido de un golpe amortiguado y el sonido inconfundible de cerámica rompiéndose en el piso de abajo.

Mi corazón se dispara. ¿Un ladrón? Miro hacia la cuna donde Hope duerme tranquila, y el instinto protector de madre me inunda. Miedo. Necesito protegerla.

Cuando pienso en cerrar la puerta con llave y llamar a la policía, oigo murmullos y pasos pesados y torpes subiendo las escaleras. Pongo mi oído contra la madera fría de la puerta para oír mejor.

Es la voz de Travis, un poco pastosa. Borracho. Y hay otra voz, una voz de mujer, suave y melosa. Mi estómago se retuerce. Celos, amargos y feos, suben por mi garganta. Niego con la cabeza, incrédula. Después de todo lo que dijo, de su beso desesperado, volvió a casa con una mujer cualquiera. La hipocresía es tan espesa que casi me sofoca.

Estoy a punto de alejarme de la puerta, de acostarme y fingir que no oí nada, cuando escucho algo que me paraliza.

— Savannah... mi ángel... ¡t-te amo!

Es su voz, arrastrada por el alcohol, pero inconfundible. Está borracho, con otra mujer, y está llamándome.

Vencida por una curiosidad enfermiza, abro mi puerta silenciosamente. El pasillo está oscuro, pero la puerta de su habitación está entreabierta, derramando una franja de luz. Me acerco, como una ladrona andando sigilosamente. Me detengo en la puerta y miro dentro.

La escena me choca. Travis está tirado en la cama, con los brazos abiertos, los vaqueros parcialmente bajados, exponiendo sus piernas musculosas y su pene flácido. Totalmente vulnerable. Y sobre él, como un buitre, está Tiffany Preston. Está intentando aprovecharse de él.

La rabia me ciega. Una furia pura como nunca he sentido.

— ¡Bájate de él! — ordeno, y mi voz corta el aire como una cuchilla de hielo.

Tiffany se gira, sorprendida. Veo a Travis intentar levantarse de la cama, para alejarse de ella, pero cae de lado, sin fuerzas para

ponerse de pie.

Doy un paso dentro de la habitación.

— Te dije que salieras.

— ¡No! — sisea, intentando cubrirse. — ¿Qué haces aquí? ¿Desde cuándo estás aquí? ¡Travis me llamó, él me quería aquí! ¡Estamos juntos!

— Mentirosa — digo, mi voz calmada y mortal. — ¡Sal de aquí ahora!

— ¡¿Quién te crees que eres para llamarme mentirosa?! ¡Zorra interesada! Crees que...

No la dejo terminar. En un movimiento rápido, impulsado por la furia, agarro un puñado de su cabello caro y la arrastro fuera de la cama. Grita, intentando defenderse, arañando mi brazo, pero la adrenalina me hace más fuerte. La arrastro por la habitación, por el pasillo, y la empujo escaleras abajo.

— ¡Esto tendrá consecuencias, desgraciada! — grita desde el pie de la escalera, furiosa.

No me importa. Bajo las escaleras, abro la puerta principal y la empujo hacia la noche. Cierro con llave y el pestillo de seguridad, el sonido de los cierres resonando en la casa silenciosa.

Mi corazón está latiendo descontroladamente, pero no siento miedo. Siento poder.

Subo las escaleras de vuelta, mi respiración todavía jadeante. Entro en la habitación de Travis. Está en la misma posición de antes, acostado de lado, los ojos cerrados. Mi corazón se aprieta al verlo tan vulnerable. Si no hubiera llegado... Tiffany se habría aprovechado de él.

Me acerco a la cama. Abre los ojos lentamente, y se enfocan en mí.

— Savannah... — susurra. — Te amo tanto.

Lágrimas comienzan a correr de sus ojos, lágrimas de borracho, pero llenas de un dolor genuino.

— Fui a verla... a mi madre... — solloza. — Confesó, Savannah. Todo. Las fotos, el hombre... todo fue ella.

Comienza a llorar de verdad, pidiendo perdón, su cuerpo temblando. Percibo la sinceridad en sus ojos, veo lo destrozado que está. Fue manipulado por su propia madre, que se aprovechó de su único defecto, los celos, y lo forjó todo.

Me siento en el borde de la cama y toco su rostro.

— Shhh. Todo está bien, Travis.

— No está... nada está bien...

— Hablaremos de esto mañana — prometo, la voz suave. — Cuando estés sobrio.

— Estoy sobrio — protesta, intentando sentarse. Casi se cae de la cama, y lo sujeto. Una pequeña risa escapa de mí, a pesar de todo.

— Claro que lo estás. Ven, voy a ayudarte a tomar una ducha. Te hará dormir mejor.

Se apoya en mí mientras lo guío hacia el baño.

— Te amo, Savannah — murmura nuevamente, la cabeza en mi hombro.

Una sonrisa triste toca mis labios. Miro a este hombre roto y vulnerable, el hombre que amo y odio.

— Yo también te amo, idiota — susurro, tan bajo que no estoy segura de si me oyó. — Pero voy a hacerte sufrir mucho por esto.

— Dime... Dime mañana que me amas — pide, la voz casi inaudible. — No quiero olvidarlo.

— Ok, Travis — digo, ayudándolo a entrar en la ducha. — Te lo diré.

Lo ayudo a entrar en la ducha, el agua fría haciéndolo estremecer y refunfuñar. Se apoya en la pared de azulejos, la cabeza baja, mientras el agua corre por su cuerpo musculoso, lavando el olor a whisky y el perfume de Tiffany. Tomo el jabón líquido y, con una hesitación que dura solo un segundo, comienzo a enjabonar su espalda, sus hombros.

Mis dedos trazan los músculos tensos, sintiendo los nudos de estrés y dolor. No es el monstruo que pinté en mi mente durante

tanto tiempo. Es solo un hombre. Un hombre imperfecto, roto, que cometió un error terrible.

— El día que te eché... — murmura, la voz ahogada, las palabras casi perdidas en el sonido del agua. — Pensé que iba a morir, Savannah. El dolor que sentí... fue el peor de mi vida. Volví a esta casa vacía y sentí como si mi propio corazón hubiera sido arrancado de mi pecho.

No digo nada. Solo continúo lavándolo, mis manos moviéndose hacia su pecho, mis dedos rozando el vello oscuro. Se estremece bajo mi toque.

— Me convencí de que la rabia era mejor que el dolor. Me aferré a ella. Pero la verdad es que nunca dejó de doler. Y entonces... vi a Hope. La miré a los ojos y supe. Supe que me había equivocado gravemente. Que había tirado la única cosa que jamás importó.

Se gira para mirarme, el agua cayendo en cascada por su rostro, mezclándose con las lágrimas que volvieron a correr. Sus ojos azules están llenos de unaagonía tan profunda que mi propio corazón se contrae en simpatía.

— No importa cuántas veces tenga que decirlo. No importa si va a llevar el resto de mi vida. Seguiré pidiendo disculpas. Y seguiré pidiendo una oportunidad para que seamos felices de nuevo.

Sujeta mis muñecas, sus manos mojadas y calientes sobre mi piel.

— Porque nunca dejé de pensar en ti, Savannah. Ni por un día. Todavía te amo con todo mi corazón. Siempre te he amado.

Su "te amo", dicho ahora, en su forma más cruda y vulnerable, sin la barrera del alcohol, me golpea con una fuerza diferente. Es una verdad desnuda y dolorosa.

Cierro el agua. El silencio repentino es denso. Tomo una toalla grande y suave y comienzo a secarlo, mis movimientos prácticos y eficientes, un intento de mantener una distancia emocional que sé que ya perdí. Lo seco como si estuviera cuidando a Hope, con una ternura que me sorprende.

Lo llevo fuera del baño, tropezando un poco, y lo ayudo a acostarse en la cama. Tiro del edredón sobre su cuerpo desnudo. Sujeta mi mano, impidiéndome irme.

— Quédate — susurra, los ojos ya pesados de sueño y alcohol.

— Me quedaré en la habitación de al lado. Con Hope — respondo suavemente.

— Es hermosa — murmura, los ojos cerrándose. — Igual que tú...

Se duerme a mitad de la frase, su mano todavía sujetando la mía flojamente. Me siento en el borde de la cama durante mucho tiempo, solo observándolo.

La rabia, el odio, el rencor que me alimentaron durante tanto tiempo... no han desaparecido. Pero esta noche, fueron eclipsados por algo más. Compasión. Comprensión. Y el amor terco y resiliente que, aparentemente, se niega a morir.

Estaba equivocado. Tan terriblemente equivocado. Pero también fue una víctima, un peón en un juego cruel orquestado por su propia madre.

Gentilmente libero mi mano de la suya. Antes de salir, me inclino y beso su frente, un gesto que no hago desde hace una eternidad.

— Duerme bien, Travis — susurro al hombre dormido.

Vuelvo a mi habitación, con mi bebé, sintiéndome completamente agotada y extrañamente en paz. La guerra dentro de mí no ha terminado. Pero esta noche, por primera vez, parece que se ha declarado una tregua. Y mañana... mañana hablaríamos. De verdad. Y le haría recordar cada palabra que me dijo esta noche.



Aquí tienes la traducción del capítulo narrado por Savannah, manteniendo la atmósfera reflexiva, la tensión emocional y la

estructura original:

Me despierto con los primeros rayos de sol y el sonido familiar de Hope balbuceando en su cuna. Por un momento, olvido dónde estoy. La luz dorada, el olor sutil a cedro... por una fracción de segundo, mi cerebro piensa que estoy en Portland, en la seguridad de mi pequeña vida.

Entonces, los recuerdos de la noche anterior me inundan. Tiffany. El enfrentamiento. La ducha. La confesión de Travis.

Mi corazón se encoge.

Tomo a Hope y la llevo a mi cama, acurrucándola en mis brazos. La normalidad de nuestra rutina matutina es un ancla en un mar de incertidumbre. Mientras la amamanto, mi mente trabaja. ¿Qué hago ahora? La verdad está sobre la mesa, fea y complicada.

Él fue manipulado. Su mayor debilidad, los celos que siempre fueron su demonio, fue usada contra él por su propia madre. Eso no lo absuelve completamente —él aún tomó la decisión de creer en la mentira en vez de en mí— pero... cambia las cosas. Complica mi odio, suaviza las aristas de mi rabia.

Después de cambiar y vestir a Hope, bajo con ella a la cocina. Mary ya está allí, el olor a café recién hecho llenando el aire. Ella me lanza una mirada curiosa, probablemente habiendo escuchado el alboroto de la noche anterior, pero no dice nada. Solo sonríe a Hope.

—¿Y Travis? —pregunto casualmente.

—Aún no ha bajado —responde, mientras me ofrece una taza de café.

Entonces nos quedamos allí. Hope balbuceando su charla de bebé, y yo sonriendo por encontrarla tan linda. Estoy terminando de darle su desayuno cuando él aparece en la puerta de la cocina.

Él no parece un hombre que bebió hasta caerse la noche anterior. Está duchado, afeitado, vistiendo unos vaqueros limpios y una camisa de botones gris. Pero sus ojos... sus ojos lo delatan. Están rojos e hinchados, y cargan el peso del mundo.

Él se detiene, observándonos. La atmósfera se pone tensa. Mary, sintiendo el clima, rápidamente se seca las manos y murmura algo

sobre necesitar ordenar el piso de arriba, dejándonos solos.

—Buenos días —dice, con la voz ronca.

—Buenos días —respondo, sin mirarlo.

Él se sirve una taza de café negro y se sienta a la mesa, del otro lado, manteniendo una distancia respetuosa.

—Yo... —comienza él, y se detiene. Se frota la cara con las manos—. Mi cabeza me está matando. No recuerdo gran cosa después de haber salido del bar. ¿Llegué a casa con la... con ella?

La forma en que se niega a decir el nombre de Tiffany es reveladora.

—Llegaste —confirmo, mirándolo finalmente—. Y ella vino contigo.

Él cierra los ojos, una expresión de puro autodesprecio en su rostro.

—¿Hice algo? Savannah, juro por Dios, si yo...

—No hiciste nada —lo interrumpo—. Estabas borracho y llamando por mí. Ella intentó aprovecharse de eso. Yo la eché fuera.

El alivio en su rostro es tan profundo que es casi palpable. Él me mira fijamente, sus ojos azules llenos de una gratitud silenciosa.

—Gracias.

Nos quedamos en silencio por un momento. Hope golpea la bandeja de su silla alta con una cuchara de plástico, el sonido alegre rompiendo la tensión.

—Saliste ayer sin decir nada —empiezo, decidiendo que no hay por qué posponer lo inevitable—. Hablaste con tu madre.

No es una pregunta, es una confirmación. Él endereza la postura, colocando la taza de café en la mesa. Me mira fijamente.

—Recuerdo ir a confrontar a mi madre —dice, en voz baja—. Y recuerdo... descubrirlo.

—Me contaste sobre eso. Y lloraste. Y me pediste perdón.

Él traga saliva, la nuez de Adán subiendo y bajando.

—¿Qué más dije?

—Dijiste que, el día en que me echaste, creíste que ibas a morir. Que el dolor fue el peor de tu vida.

El dolor en sus ojos confirma el recuerdo.

—Dijiste que no importa cuántas veces necesites, vas a continuar pidiendo disculpas. Y una oportunidad para que seamos felices de nuevo.

Hago una pausa, las siguientes palabras las más difíciles de decir.

—Dijiste que aún me amas. Con todo tu corazón.

Él no desvía la mirada. No lo niega. Solo asiente lentamente, la verdad desnuda y cruda entre nosotros.

—Y es verdad —afirma, la voz firme, sobria—. Cada palabra.

Respiro hondo. Es mi turno.

—Yo también dije algunas cosas —admito, mi corazón latiendo fuerte—. Dije que también te amo.

La esperanza que explota en su rostro es tan brillante que casi me ciega. Se inclina hacia adelante en la silla, como si fuera a levantarse, como si fuera a correr hacia mí.

—Pero... —continúo, y la palabra lo congela en su lugar—. También dije que voy a hacerte sufrir mucho por esto.

La esperanza en su rostro no muere, pero es atemperada por una comprensión sombría.

—Lo merezco —dice simplemente—. Lo que sea que decidas, Savannah. Lo merezco. Si quieres que sufra por el resto de mi vida, sufriré. Siempre y cuando pueda hacerlo cerca de ti y de nuestra hija.

Su entrega total, la ausencia de cualquier argumento, me desequilibra. Esperaba una lucha, una negociación. No esta aceptación completa.

—No sé qué hacer, Travis —confieso, la voz finalmente rompiéndose—. Mi cerebro sabe que fuiste engañado, que también eres una víctima de tu madre. Pero mi corazón... mi corazón aún recuerda el asco en tus ojos. Recuerda lo fácil que fue para ti creer en lo peor de mí.

—Lo sé. Y voy a pasar cada día que me queda intentando curar ese recuerdo. Intentando probar que soy el hombre que pensabas que era, no el monstruo en que me transformé.

Él se levanta, pero no se acerca. Solo se queda allí, del otro lado de la cocina.

—La elección es tuya, Savannah. Siempre lo será. Puedes irte cuando Hope esté bien. No te lo impediré. O... puedes quedarte. Y puedes darnos una oportunidad. No de volver a lo que éramos, sino de construir algo nuevo. Algo más fuerte. En tus términos. Sea cual sea tu decisión, la aceptaré.

Él se gira y sale de la cocina, dejándome sola con mi hija y con la decisión más difícil de mi vida. La puerta hacia el perdón, que pensé que estaba cerrada con llave y oxidada para siempre, ahora está entreabierta. Y la pregunta que me aterroriza es: ¿soy lo suficientemente valiente para cruzarla?

Capítulo 20



Savannah

La mañana se transforma en tarde. Travis se mantiene fiel a su palabra. Me da espacio. Se queda en su despacho con la puerta cerrada, en su reunión online, imagino. La casa es lo suficientemente grande como para que casi pueda fingir que él no está aquí. Casi.

Pero su presencia es intensa en mis pensamientos. Sus palabras, la confesión, la petición de una oportunidad... giran en mi mente. Juego con Hope en la alfombra de la sala, construyendo torres de bloques que ella derriba con carcajadas deliciosas, pero una parte de mí está lejos.

Estoy pensando en su bienestar. Mi madre tenía razón. Travis tenía razón. La recuperación de Hope aquí, con acceso inmediato a su padre médico y a una fisioterapeuta particular, es infinitamente mejor que cualquier cosa que yo pudiera ofrecerle en Portland. Especialmente ahora, sin empleo.

La verdad es una píldora amarga de tragar. Quedarse aquí es la mejor opción para mi hija.

¿Pero y para mí? Quedarse aquí significa navegar por este campo minado emocional todos los días. Significa mirar al hombre que rompió mi corazón y ver al padre maravilloso que se está

esforzando por ser. Significa luchar contra mi propio corazón traidor a cada momento.

Al final de la tarde, el sol comienza a bajar, pintando el cielo con tonos de melocotón y lavanda. Llevo a Hope al porche delantero. Me siento en el columpio de madera, ese que solía ser nuestro lugar, y la acuno en mi regazo. El movimiento suave y el aire cálido la calman, y ella apoya su cabecita en mi pecho, con los ojitos empezando a pesarle.

Es un momento de paz casi perfecta, roto solo por el sonido de un motor acercándose. Miro hacia el largo camino de tierra y veo la camioneta de Travis. Me confundo. ¿No dijo que estaba en una reunión?

Observo cómo se estaciona cerca del granero. Bob, el capataz de la granja, un hombre robusto de mediana edad que siempre fue amable conmigo, baja. Me ve en el porche y asiente con la cabeza, un gesto educado. Yo se lo devuelvo.

Con un suspiro, desvío la mirada. Necesito consejos. Necesito desahogarme con alguien que me entienda, y la única persona que viene a mi mente es mi madre. Miro hacia abajo y veo que Hope se ha dormido, la respiración suave y regular contra mi pecho. Aprovechando la quietud, la llevo arriba con cuidado y la coloco en su cuna. Ella ni se mueve.

Tras cubrirla con una manta ligera, me siento en el borde de mi cama y tomo el móvil. Marco el número de mi madre. Da tono, da tono, da tono y salta el buzón de voz. Extraño. Ella siempre contesta. Intento de nuevo. El mismo resultado. Debe de estar ocupada, quizás haya salido a resolver algo.

Guardo el móvil en el bolsillo del pantalón de chándal y bajo a la cocina, necesitando algo para ocupar mis manos, mi mente.
Encuentro a Mary sentada a la mesa de la cocina, un libro de recetas antiguo abierto frente a ella, un dedo trazando las líneas de una receta.

—¿Planeando la cena? —pregunto, intentando sonar casual.

Ella levanta la mirada, una sonrisa iluminando su rostro.

—Ah, no solo la cena. Estaba pensando... —vacila, como si tuviera miedo de cruzar un límite—. La pequeña Hope está mejorando cada día. Es un milagro. Y pensé que quizás, este fin de semana, podríamos hacer una pequeña celebración. Nada grande. Solo un pastelito y una barbacoa aquí en la granja, tal vez. Solo para nosotros. Para celebrar su salud, vuestro regreso...

La idea me toma por sorpresa. Una celebración. La palabra suena extraña. No tenemos mucho que celebrar, no como una familia. Pero la salud de Hope... eso sí es un milagro que merece ser celebrado.

Y la imagen surge en mi mente: un día soleado, el olor a barbacoa en el aire, Hope riendo en el césped, y Travis... allí. No como un extraño, sino como parte de la escena. Sería un paso. Un pequeño y aterrador paso hacia algo que se parece a la normalidad.

—No hace falta que sea nada grandioso —continúa Mary, viendo la vacilación en mi rostro—. Solo un pastel, unas carnes a la parrilla... Un momento feliz. Creo que todos nosotros necesitamos uno.

Ella tiene razón. Lo necesitamos. Necesito dejar de vivir en el pasado, en el dolor. Necesito empezar a pensar en el presente, en el futuro. Por Hope.

—Es una buena idea, Mary —digo, y la decisión me sorprende—. Yo... yo voy a hablar con Travis y ver qué le parece.

Mary da palmas suavemente, radiante.

—¡Ah, qué maravilla! ¡A él le va a encantar la idea!

La puerta del despacho se abre al final del pasillo, y el propio Travis aparece. Parece cansado de la reunión. Nos ve en la cocina y se detiene, con una expresión de curiosidad en el rostro.

—¿Qué estáis tramando? —pregunta.

Mary me mira, con los ojos brillando de expectativa. El escenario es mío. Puedo retroceder, puedo inventar una excusa. O puedo dar el primer paso en aquel campo minado.

Respiro hondo.

—Mary estaba sugiriendo —comienzo, mi voz firme—. Que hiciéramos una pequeña barbacoa el fin de semana. Para celebrar la recuperación de Hope.

Lo miro fijamente, esperando su reacción. Sus ojos azules se abren ligeramente, y luego una emoción que no consigo descifrar pasa por ellos.

—¿Una barbacoa? —repite, la voz ronca—. ¿Nosotros tres?

—¡Y yo, si me permiten! —añade Mary alegremente.

Él mira de Mary a mí, y entonces una sonrisa lenta y genuina se extiende por su rostro. El tipo de sonrisa que solía derretir mi corazón.

La forma en que dice "nosotros tres" envía un escalofrío por mi espalda. La palabra suena tan natural, tan correcta, viniendo de sus labios. Su sonrisa es contagiosa, y me descubro sonriendo de vuelta antes de que pueda impedírmelo.

—¿Y por qué no invitamos a tus amigos? —continúa Travis, sorprendiéndome nuevamente—. Callie, Ronald... Tu madre, por supuesto. Podemos hacer algo un poco más grande. Celebrar de verdad.

La oferta es tan generosa, tan... normal. Miro a Mary, que está radiante, y asiento con la cabeza.

—Sí. Yo... yo voy a llamarlos —digo.

—Genial. Está decidido, entonces —dice Travis, y la sonrisa no abandona su rostro.

Mientras él habla con Mary sobre lo que necesitarán comprar, mi mirada se prende en él. La forma en que la camiseta se ajusta en sus hombros anchos, la manera en que gesticula con las manos. Y, sin permiso, mi mente me traiciona.

Recuerdo la noche anterior. El beso en el pasillo, la sensación de sus labios en los míos. Recuerdo sus manos enormes agarrándome por la cintura en el pasillo, presionándome contra la pared. De la forma en que me invadió con fuerza, una posesividad que siempre amé secretamente, la manera en que me llenaba completamente.

Siento el calor subir por mi cuello, mis mejillas poniéndose rosadas. Es una reacción física e involuntaria al recuerdo, al deseo. Cuando levanto la mirada hacia su rostro, me doy cuenta de que ha dejado de hablar con Mary. Sus ojos azules están fijos en mí, oscuros e intensos. Él me está devorando con la mirada, y sé, con una certeza absoluta, que él está pensando en la misma cosa que yo.

Avergonzada, desvío la mirada rápidamente, rompiendo el contacto.

—Mary, ¿tú... tú necesitas ayuda con algo? —tartamudeo, necesitando una distracción.

—No, querida, está todo...

Antes de que ella pueda terminar, el sonido de un coche llegando por la entrada y aparcando cerca de la casa nos interrumpe. Seguido por el golpe de una puerta de coche.

Travis frunce el ceño.

—¿Estás esperando a alguien?

—No —respondo, igualmente confundida.

Él va hasta la entrada para ver quién es, y yo lo sigo, la curiosidad venciéndome. Cuando llegamos a la puerta principal, se me cae la mandíbula.

Es mi madre. Está parada al lado de un taxi, sacando algunas maletas del maletero.

—¡Mamá! —grito, corriendo hacia el porche.

Ella se gira, y una sonrisa enorme ilumina su rostro.

—¡Sorpresa!

Bajo las escaleras corriendo y la abrazo con fuerza.

—No avisaste que venías —murmuro aún abrazada a ella—. Hubiera ido a buscarte.

—¡Quería dar una sorpresa! Terminé todo en Portland más rápido de lo que pensé. No aguantaba más las ganas de veros a las dos —dice ella, abrazándome de vuelta.

Travis se acerca, paga al taxista y, sin decir una palabra, toma las maletas de mi madre y las lleva adentro. El gesto es silencioso,

pero significativo.

—Te llamé más temprano, pero no contestaste —digo, mientras la guío hacia el interior.

—Ah, mi móvil se debió quedar sin batería en el vuelo. Ni lo oí. —Su mirada barre la casa—. Entonces, ¿cómo están las cosas? ¿De verdad?

La llevo al piso de arriba, a la habitación de invitados al lado de la mía. Travis ya ha dejado sus maletas allí. En cuanto él nos deja solas, cerrando la puerta suavemente para darnos privacidad, me abro.

Le cuento todo. El beso. La noche en que apareció Tiffany. El enfrentamiento de Travis con su madre. Su confesión. Mi confusión.

—No sé qué hacer, mamá —concluyo, sentándome en el borde de la cama—. Una parte de mí quiere creer que él ha cambiado, quiere darle la oportunidad que está pidiendo. Pero la otra parte está aterrorizada. Tengo tanto miedo de hacerme daño de nuevo.

Mi madre se sienta a mi lado y sujeta mi mano. Su mirada es sabia y llena de amor.

—Querida, no hay una respuesta correcta o incorrecta aquí. El Travis que te hizo daño era un hombre ciego por los celos y manipulado por su propia madre. El hombre que está ahí abajo ahora parece estar intentando desesperadamente convertirse en alguien mejor. —Ella aprieta mi mano—. La única cosa que puedo decirte es: sigue a tu corazón, pero lleva a tu cerebro contigo. No tengas prisa. Observa sus acciones, no solo las palabras. Y sea cual sea tu decisión, yo estaré aquí para apoyarte. Siempre.

Sus palabras son el puerto seguro que yo necesitaba.

En ese momento, desde la habitación de al lado, oímos un llanto suave. Hope se ha despertado.

El rostro de mi madre se ilumina. La preocupación desaparece, sustituida por la pura alegría de una abuela.

—¿Puedo ir a cogerla?

—Claro, mamá.

Ella se levanta y va a la habitación de al lado. Yo la sigo. Desde la puerta, la observo inclinarse sobre la cuna y tomar a mi hija en brazos, cubriendo su carita de besos.

—¡Oh, mi nietecita hermosa! ¡La abuela te echó tanto de menos! ¡Estás tan grande y fuerte!

Observando a las dos juntas, una sensación de paz se instala sobre mí. Mi familia. Puede no ser la familia que yo planeé, y nuestro futuro puede ser incierto, pero, en este momento, estamos todas juntas, bajo el mismo techo. Y por primera vez desde que volví a Texas, la granja comienza a parecerse un poco menos a una jaula y un poco más a un hogar.



El olor a carne ahumada llena el aire, mezclado con el aroma a pan de maíz recién salido del horno que inunda el comedor. Mary se ha superado. Estamos todos sentados a la gran mesa de madera: yo, mi madre con Hope en su regazo, y Travis en la cabecera, en el lugar que siempre fue suyo. La conversación fluye, sorprendentemente. Mi madre, aliviada por estar aquí, cuenta sobre su viaje y sobre cómo consiguió resolver todo en Portland.

—David fue hasta casa —comenta ella, mientras corta un pequeño trozo de pan de maíz para Hope—. Me sorprendió su visita.

Me congelo, el tenedor a medio camino de mi boca.

—¿Quién es David? —pregunta Travis, el tono casual, pero sus ojos azules se fijan en mí.

Arqueo una ceja hacia él, una advertencia silenciosa. No te atrevas.

Él parece entender. Una pequeña sonrisa juega en sus labios, y se recuesta en la silla, relajado.

—Solo tengo curiosidad, pero no hace falta que digas quién es.

Su actitud, esa nueva y controlada versión de sí mismo, me desequilibra.

—Es mi exjefe de la librería —admito, a regañadientes.

Él me mira sorprendido.

—¿Por qué no me dijiste que perdiste el empleo, querida? —pregunta mi madre, con la preocupación en su voz.

Antes de que pueda responder, Travis interviene.

—Ustedes no tienen que preocuparse por eso. Mientras estén aquí, yo me encargaré de todo lo que necesiten.

Me siento incómoda bajo el peso de su mirada protectora y de la verdad en sus palabras.

—Ya me las arreglaré —murmuro, más por terquedad que por convicción.

—¡Ah! También hablé con el casero —continúa mi madre, ajena a la tensión entre nosotros—. Fue muy comprensivo. Preguntó si vamos a mantener el apartamento, si necesitamos más tiempo.

Siento la mirada de Travis en mí, intensa, esperando mi respuesta. La decisión sobre Portland es, en realidad, una decisión sobre él. Sobre nosotros.

—Mamá, luego hablamos de eso —digo, posponiendo lo inevitable.

Ella acepta, cambiando de tema con una habilidad que admiro.

—Callie me contó sobre el almuerzo. Y sobre tu padrino de boda, ese tal Edward. Parece que le caíste muy bien.

Me sorprendo, y lanzo una mirada cautelosa a Travis. Él sigue comiendo, pareciendo despreocupado, e incluso toma un trozo de brócoli cocido y se lo ofrece a Hope, que lo mastica con sus encías. La escena es tan paternal y normal que es difícil creer que por dentro él se esté carcomiendo de celos.

—¿Ella te lo contó?

—¡Claro! Me llamó para saber cómo estaba. Comentó que os divertisteis. —Mi madre sonríe—. ¿Y entonces? ¿Cómo fue? —insiste mi madre, curiosa.

Me siento incómoda. Hablar sobre otro hombre delante de Travis parece incorrecto, pero evitar el tema sería aún más extraño.

—Fue... agradable —digo, eligiendo las palabras con cuidado—. Él es abogado. Y, por coincidencia, conocía a tu familia, Travis.

Eso llama su atención. Deja de jugar con Hope y me mira fijamente.

—Fue el abogado de tu padre. Estaba en la lectura del testamento.

Travis frunce el ceño.

—El abogado de mi padre era el Sr. Henderson, él ya se jubiló.

—Edward dijo que era el abogado junior en esa época. Edward... —Intento recordar el apellido—. Colton. Edward Colton.

En el instante en que digo el nombre, el ambiente cambia. La calma de Travis se evapora. Deja el tenedor en el plato con un golpe sordo.

—¿Edward Colton? —repite, la voz dura como el acero—. ¿Saliste con él?

—Nosotros no "salimos". Fue un almuerzo con amigos. ¿Y qué pasa con él?

—Él no es buena persona, Savannah.

—Ah, claro que no —digo, poniendo los ojos en blanco—. Nadie que se acerca a mí es buena persona, ¿verdad? Eso son tus celos hablando.

—¡No, no son celos! —insiste, elevando la voz. Respira hondo, claramente luchando para mantener el control que juró tener—. Conozco su reputación. Ya se metió en todo tipo de problemas. Fraude, agresión... Solo no fue a la cárcel porque su padre es un juez poderoso que siempre encontró la forma de sacarlo de los líos. Aléjate de él.

Suspiro y niego con la cabeza. El antiguo Travis está de vuelta, el hombre que ve amenazas en cada esquina. No sé si lo que dice es verdad o solo una invención enfermiza de su posesividad.

—Apenas conozco al hombre, Travis. Fue solo un almuerzo. No hace falta que te preocupes.

Pero él sigue mirándome, y en sus ojos, no veo solo celos. Veo una preocupación genuina y sombría. Y eso, de alguna forma, es aún más perturbador.

El resto de la cena es consumido por un silencio pesado. La ligereza, la tregua que habíamos encontrado, se ha ido. Travis apenas toca la comida, su mirada distante y preocupada. Me concentro en Hope, alimentándola con pequeños trozos de verduras e intentando ignorar la tensión que emana de la cabecera de la mesa. Mi madre, dándose cuenta de que tocó un nervio expuesto, sabiamente permanece en silencio, manteniendo la conversación centrada en trivialidades.

En cuanto termino, me levanto de la mesa.

—Voy a acostar a Hope —anuncio, sin mirar a Travis.

—Yo ayudo a limpiar la cocina —dice mi madre rápidamente, levantándose también.

En la habitación de Hope, la rutina familiar me calma. El baño, el nuevo vendaje de Hope, el pijama, la canción de cuna. Mientras la mezo en mis brazos, con su olor llenando mis sentidos, intento alejar las palabras de Travis. Él no es buena persona. Eran celos, me digo a mí misma. Solo el viejo Travis posesivo resurgiendo. Edward fue un caballero. Inteligente, encantador. Travis solo estaba intentando encontrar un defecto, cualquier defecto, para alejar a un rival potencial.

Algo que Edward no es. Pues se lo dejé bien claro.

Después de que Hope se duerme, voy a mi cama. Mi madre aparece en la puerta algunos minutos después.

—¿Se ha dormido?

—Como un tronco —respondo, sentándome en la cama.

Mi madre entra y cierra la puerta, sentándose en el sillón del rincón.

—¿Qué fue aquello ahí abajo? La temperatura cayó unos veinte grados cuando dijiste el nombre de aquel abogado.

Suspiro.

—Travis siendo Travis. Probablemente sean solo sus celos hablando más alto.

—¿Tú crees? —pregunta ella, sus ojos analizando mi rostro—. Su expresión no parecía solo de celos, Savannah. Parecía... preocupación de verdad.

—Él se preocupa por todo y por todos los que se acercan a mí —replico, un poco más áspera de lo que pretendía—. Creía que confiaba en mí, pero creo que me equivoqué de nuevo.

—Quizás no sea en ti en quien no confía. Quizás él simplemente no confíe en los otros hombres a tu alrededor. Y, honestamente, después de lo que su propia madre hizo, ¿puedes culparlo por ser desconfiado?

Sus palabras me golpean. No lo había pensado desde ese ángulo. La mayor traición que Travis sufrió no vino de un extraño, sino de su propia madre. Quizás su visión del mundo esté permanentemente distorsionada ahora.

—No lo sé, mamá. Es todo tan complicado. Una parte de mí se alegró de que no hubiera explotado, de que hubiera intentado controlarse. Pero la otra parte se irrita porque él aún crea que tiene el derecho de opinar sobre con quién almuerzo.

—Él es el padre de tu hija, querida. Y te ama, ¿no? Eso siempre va a ser complicado. —Ella hace una pausa—. ¿Qué vamos a hacer sobre el apartamento en Portland?

La pregunta que he estado evitando.

—No lo sé —admito, sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros—. Mi cabeza es un lío.

Mi madre se queda unos segundos callada, y luego me sonríe.

—La decisión ya está tomada, ¿no?

La miro fijamente.

—¿Crees que debería quedarme? ¿Aquí?

—Creo que deberías hacer lo que es mejor para Hope. Y, de momento, lo mejor para ella es estar aquí, cerca de su padre, con el mejor cuidado médico posible. —Ella sonríe, una sonrisa triste—. Y quizás... quizás no sea tan malo para ti también.

—¡Mamá!

—¡Solo estoy diciendo! —levanta las manos en rendición—. El hombre está claramente intentando redimirse. Te mira como si fueras la única gota de agua en el desierto. Quizás valga la pena ver hasta dónde está dispuesto a llegar para probar que ha cambiado.

La idea me asusta y me intriga en la misma medida.

Nuestra conversación es interrumpida por un golpe suave en la puerta.

—¿Savannah?

Es la voz de Travis. Miro a mi madre, que me da un gesto de cabeza alentador.

—Entra.

Él abre la puerta, pero permanece en el umbral, como si tuviera miedo de entrar sin ser invitado. Ya no lleva la ropa del trabajo. Usa un pantalón de chándal y una camiseta simple, pareciendo más joven y vulnerable.

—Me voy a acostar, hija —dice mi madre enseguida—. Tenga una buena noche, Travis.

—Para usted también —sonríe él, dándole espacio para pasar. En cuanto nos quedamos solos, me mira—. Perdón por la cena —dice, en voz baja—. No debería haber reaccionado de aquella forma.

—No, no deberías —coincido, sin darle tregua.

—Pero no estaba mintiendo —continúa, sus ojos azules serios y fijos en los míos—. Colton no es una buena persona. Yo solo... yo me preocupo por ti. No puedo evitarlo.

—Travis, fue solo un almuerzo.

—Lo sé. Y lo estoy intentando. Estoy intentando mucho controlar esto. Es solo que la idea de ti con él... —Niega con la cabeza, como para alejar la imagen—. Solo... promete que tendrás cuidado.

La sinceridad en su voz es palpable. No es el gruñido posesivo de antes. Es una súplica genuina, nacida del miedo.

Suspiro, el cansancio venciéndome.

—Siempre tengo cuidado, Travis. Tengo una hija que proteger.

—Lo sé —dice, y sus ojos se llenan de una gratitud que me avergüenza—. Buenas noches, Savannah.

Se da la vuelta y se va, dejando un silencio pensativo a su paso. No respondo. Solo me quedo allí, sintiendo la confusión girar dentro de mí.

Capítulo 21



Travis

Son las tres de la mañana y el sueño se me escapa. La casa está sumergida en un silencio profundo, pero mi mente es un caos ruidoso. Desisto de intentar dormir y me siento en la cama, la luz de la luna filtrándose por la ventana, bañando la habitación en tonos de plata y gris. Mi pensamiento está a un pasillo de distancia. En él, está Savannah.

Repaso los eventos del día. Mi reacción al nombre de Edward Colton. La forma en que los celos, esa bestia fea y familiar, casi escaparon de la jaula. Pero lo contuve. Por un hilo, pero lo contuve. Y después, la conversación con ella. La forma en que me miró, la sinceridad en su hablar. Cada pequeño paso que doy hacia ser un hombre mejor parece ser notado por ella, y eso me da una esperanza peligrosa.

Mañana es domingo. Lo primero que haré cuando despierte será llamar al hospital. Encontraré la manera de cambiar mis turnos, mover mis responsabilidades. Quiero el día completo. Quiero pasarlo aquí, con ellas. Quiero sentir lo que es ser una familia, aunque sea por unas horas.

Recuerdo su confesión de anoche. "Yo también te amo, pero voy a hacerte sufrir mucho por esto." Una sonrisa toca mis labios en la oscuridad. Todavía me ama. Debajo de todo el dolor, de toda la rabia

justificada, el amor todavía está ahí. Y el hecho de que me haya dicho que me haría sufrir... es la mayor apertura que podría haberme dado. Significa que está dispuesta a comprometerse, a luchar. Y lucharé por ella, el tiempo que sea necesario.

Pero entonces viene el otro recuerdo, la parte que me hace querer golpear la pared. Sus palabras sobre cómo mi asco la quebró. Asco. ¿Cómo pude decir eso? ¿Cómo pude mirar a la mujer que era mi mundo entero y sentir algo tan vil? El arrepentimiento me golpea de lleno, un puñetazo físico en el estómago. Me froto el rostro, la aspereza de mi barba arañando mi piel. No será fácil obtener su perdón, pero no voy a rendirme. Nunca más.

Si me acepta de vuelta... haré cualquier cosa. Vender esta granja, dejar este hospital, mudarme al otro lado del mundo si fuera necesario. Si me lo pide, lo dejo todo para vivir con ella y Hope donde sea que se sienta segura. Lejos de mi madre manipuladora, lejos de Tiffany, lejos de todos los fantasmas de Texas.

Con otro suspiro, cierro los ojos, intentando forzar el sueño.

Pero los abro rápidamente cuando oigo el sonido más suave. El clic del pomo de mi habitación siendo girado. Todo mi cuerpo se tensa. En la penumbra de la madrugada, su silueta aparece en la puerta. Savannah.

Entra en la habitación de manera tímida, vacilante, y cierra la puerta suavemente detrás de sí. Lleva el mismo pantalón de chándal y sudadera holgada de anoche. Sus pies están descalzos. Se acerca a mi cama, deteniéndose a pocos metros de distancia.

— ¿Savannah? — susurro, mi corazón latiendo descontroladamente. — ¿Pasó algo? ¿Hope está bien?

— Está bien — responde, la voz baja, casi inaudible. — Yo...

Se abraza a sí misma, pareciendo increíblemente vulnerable.

— Tengo nostalgia — admite, y la confesión me golpea con la fuerza de una ola. — Es tan estúpido. Y es tan difícil para mí. Estar aquí, verte con ella... Duele. Pero estar lejos de ti... también duele.

Me siento completamente, el corazón en la garganta.

— Estaba pensando en lo que dijiste — continúa, sus ojos encontrando los míos en la oscuridad. — Sobre darnos una oportunidad. No de volver a lo que éramos, sino de construir algo nuevo. Algo más fuerte.

Da un paso hacia la cama.

— Tengo tanto miedo, Travis. Miedo de entregar mi corazón de nuevo, solo para que lo rompas en más pedazos.

— No lo haré — digo, mi voz ronca de emoción. — Lo juro por la vida de nuestra hija, Savannah. Ya no soy ese hombre. Nunca más seré ese hombre.

Parece ponderar mis palabras. Entonces, camina hasta el borde de la cama y, con una gracia vacilante, sube, gateando por el edredón hasta sentarse frente a mí.

— Si me quedo... — comienza, la voz un susurro. — Si te doy esta oportunidad... no sé si puedo quedarme aquí. No en esta casa, no en esta ciudad, tan cerca de tu madre... Hay muchos fantasmas.

— Lo sé — respondo inmediatamente. — Si me aceptas, Savannah, nos iremos. A donde quieras. Portland, California, una cabaña en medio de la nada. No me importa. Lo dejo todo.

Me mira fijamente, sorprendida.

— ¿Tu trabajo? ¿Tu granja? Es tu vida.

Niego con la cabeza, extendiendo la mano para tocar su rostro. Su piel es tan suave.

— No. Eso es solo lo que hago. Mi vida... — mi pulgar traza la línea de su mandíbula. — Mi vida eres tú. Tú y Hope. Siempre lo han sido. Solo fui demasiado estúpido para darme cuenta.

Una lágrima solitaria corre por su rostro. La seco con mi pulgar.

— Quiero creerte — susurra.

— Entonces créeme — digo, mi voz una súplica. — Déjame demostrártelo.

Me inclino hacia adelante, despacio, dándole todo el tiempo del mundo para retroceder. Pero no lo hace. Ella también se inclina, cerrando la distancia entre nosotros.

Nuestros labios se encuentran. Y esta vez, no hay furia, ni desesperación. Solo hay una ternura temblorosa, una promesa silenciosa de un nuevo comienzo. Es un beso de perdón. Un beso de esperanza. El beso es suave, una pregunta silenciosa que respondo con todo mi ser. No la jalo más cerca, no la domino. Solo la encuentro ahí, a mitad de camino, mis manos sosteniendo su rostro como si fuera lo más precioso del mundo. Y lo es.

Suspira contra mi boca, un sonido de rendición que hace doler mi corazón de felicidad. Sus manos suben y se apoyan en mis hombros, no para jalarme, sino para afirmarse. Es un gesto de confianza. La primera verdadera semilla de confianza que me ofrece.

Cuando nos separamos, nuestras frentes permanecen pegadas. Respiramos el mismo aire, nuestros ojos cerrados.

— No quiero que sea como antes — susurra en la oscuridad.

— No lo será — prometo, mi voz ronca. — Antes, te amaba con posesividad. Con miedo. Ahora... ahora sé que amarte significa darte seguridad, no una jaula. Significa confiar en ti, incluso cuando mis propios demonios están gritando.

Abro mis ojos y la miro fijamente. La luz de la luna ilumina los rastros de lágrimas en su rostro.

— Lo arruiné todo, Savannah. Lo sé. Y sé que no puedo borrar el dolor. Pero puedo pasar el resto de mi vida intentando construir algo nuevo contigo. Algo mejor. Algo que Hope pueda admirar.

Se aleja un poco, sus ojos castaños analizando los míos, buscando la verdad. Entonces sonríe y me besa una vez más. Luego, se sienta más cómodamente encima de mí y se quita la sudadera. Los pechos con pezones erectos apuntan en mi dirección y sin poder contenerme, tomo uno en mi boca. Siento sus uñas arañar mi cuello, instándome a continuar y continúo.

Intento acostarla, pero me detiene, todavía sonriendo. Sensualmente la observo salir de mi regazo y quedarse entre mis piernas. Espero ansioso por su próximo paso, y casi olvido respirar cuando sus dedos jalan el elástico de mi pantalón.

Savannah está enfocada, decidida. Sus ojos encuentran los míos por un instante, y hay algo salvaje ahí — un hambre cruda que me enciende por completo.

Desciende lentamente, y el calor de su respiración roza mi piel, haciéndome cerrar los ojos por un segundo. Cuando su boca se acerca, un gemido ronco escapa de mi garganta. El toque de la lengua en mi polla es suave al principio, casi reverente. Pero pronto se vuelve más audaz, más intenso. Y cuando me mete más profundo en su boca, suelto un gemido ronco.

Mi mano va hasta los mechones suaves de su cabello, los dedos se enroscan en ellos con fuerza contenida. El control amenaza con escaparse entre mis dedos, y todo lo que puedo hacer es mirar, estremecerme y perderme en la forma en que me devora con tanta entrega.

Savannah sabe exactamente lo que está haciendo — y me está llevando con ella.

Mi control se rompe en el momento en que profundiza el movimiento. Gime contra mí y casi pierdo la cabeza. La visión de Savannah entre mis piernas, con los labios envolviendo mi placer como si fuera suyo — porque lo es — me vuelve loco.

— Joder... Savannah — gruño, sujetando su cabello con más firmeza, guiando el ritmo como un hombre hambriento, tomado por el deseo.

Gime de nuevo, mirándome fijamente con esos ojos provocadores, y la vibración del sonido contra mí me hace gruñir como un animal a punto de perder el juicio. Cada parte de mi cuerpo reacciona a ella, como si solo existiera su boca caliente y ese placer enloquecedor que me da sin piedad.

— Eso... — murmuro, los dientes apretados, el pecho subiendo y bajando con dificultad. — Me provocas de esa manera y voy a follarte como te encanta.

Sonríe de lado, con la boca ocupada y los ojos brillando de desafío. Me provoca a propósito. Sabe exactamente lo que me está haciendo. Y cuando jalo su cabello con fuerza, alejándola de mí para

recuperar el control, veo sus labios rojos y mojados, y esa mirada atrevida y sumisa al mismo tiempo.

Peligro puro. Mi peligro.

— Ahora es mi turno — gruño, arrastrándola de vuelta a mi regazo, pegando nuestros cuerpos. — Voy a mostrarte quién manda aquí, Savannah.

Y, en ese instante, ella sonríe. Porque sabe que ya me tiene. Por completo.

Arrojo a Savannah de espaldas en la cama. Cada parte de ese cuerpo delicioso, caliente y atrevido clamando por mi toque. De rodillas en el colchón, jalo su pantalón de chándal y lo arrojo por encima del hombro. Luego, hago lo mismo con sus bragas empapadas. Abro sus piernas y acerco mis labios a su intimidad. Mi lengua recorre su sabor dulce, y cuando escucho su gemido, froto más intensamente mi lengua en su abertura.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Travis!

Saboreo un poco más y subo hasta encontrar su clítoris duro. Chupo como si mi vida dependiera de ello, y sonrío en medio de lo que estoy haciendo, cuando siento sus dedos cerrarse en mi cabello. Savannah gime contenida, pero no puede disimular el orgasmo que acaba de tener. Mi dedo toca su estrecha abertura, es tan apretada que me hace gruñir de placer. Rápidamente me quito el pantalón y de pie al lado de la cama, jalo el cuerpo febril hacia el mío. Dejándola en el borde del colchón.

Mis manos se deslízan por sus muslos, jalándolas para encajarme mejor y cuando rozo mi miembro ya duro y pulsando entre sus piernas. Gemimos al unísono.

Está mojada. Caliente. Preparada.

Con un movimiento firme y profundo, la penetro, arrancando un gemido mimoso. Arquea el cuerpo, y antes de comenzar a penetrarla... me inclino para besarla.

Muevo las caderas con fuerza y ritmo, cada embestida haciendo que la cama cruja y su respiración falle. Me llama por mi nombre

entre gemidos, suplica por más incluso sin decir una palabra. Las uñas se clavan en mi espalda, los ojos llorosos de placer.

Me hundo en ella como si estuviera intentando marcarla, llenarla de forma tan intensa que nunca más pueda pensar en otro hombre sin recordar lo que soy capaz de hacer con ella.

Apoyo los brazos alrededor de su cabeza y muerdo su mandíbula, bajando hacia su cuello.

— Te amo... Sé mi mujer...

Se aleja y me mira confundida.

— ¿Qué?

— ¡Cásate conmigo, Savannah! — pido y me hundo completamente en ella, haciéndola jadear. — Sé mi esposa, no quiero esperar nunca más para tenerte como mi mujer.

Sus ojos brillan y lágrimas escapan, dejándola hermosa incluso llorando. Entonces para mi sorpresa, llenando mi pecho de amor, confirma y me besa.

— ¡Me caso contigo!

Responde mimosa, las caderas levantándose para recibirme más profundo. Mi nombre escapa de sus labios como una oración desesperada. Y entonces acelero, el sonido de nuestros cuerpos chocando llenando la habitación. Salvaje. Caliente. Irresistible. Savannah se deshace bajo mí, gritando mi nombre, temblando por completo — y es la visión más hermosa que he visto.

La jalo para un beso sucio, posesivo, y entonces dejo que el placer me tome, explotando dentro de ella como un hombre que encontró su perdición... y no quiere ser salvado.

— Nos casaremos la próxima semana — aviso y ella ríe pensando que estoy bromeando, pero entonces frunce el ceño. — Hablo en serio.

— Calma — pide, su rostro rojo por lo que acabamos de hacer. — Me caso contigo, pero no ahora. Vamos a conocernos primero.

Frunzo el ceño y la observo sentarse. Algunos mechones del cabello castaño están en su cuello sudado y frente.

— ¿Conocernos primero? Ya tenemos una hija, Savannah.

Sonríe y me toca la mejilla.

— Esta será tu oportunidad de conquistarme de nuevo — dice y entiendo. — De demostrarme que realmente quieres que esto funcione. Son mis términos.

Toco su barbilla y sonrío derretido. Por fin, acepto.

— Todo por ti — afirmo y recibo una sonrisa mayor. — Si esos son los términos, entonces está bien para mí. Voy a hacerte tan feliz que querrás casarte conmigo la próxima semana de todas formas.

Ríe de una manera que hace latir mi corazón más fuerte. La beso una vez más y me acuesto más cómodamente en el colchón. Con cariño la jalo más cerca, mi cuerpo necesitando desesperadamente sentir el calor del suyo.

— Quédate esta noche — digo, la voz una súplica. — En mis brazos. No quiero estar solo y no quiero que estés sola.

Una lágrima escapa de sus ojos, y la beso suavemente.

No dice nada. En cambio, se mueve. Se desliza hacia abajo en la cama, acomodándose bajo el edredón. Es un acto de aceptación tan profundo, tan significativo, que siento un nudo formarse en mi garganta.

La envuelvo en mis brazos, jalándola de espaldas contra mi pecho. Se acurruca en mí como si siempre hubiera pertenecido a este lugar. Y pertenece. Su cuerpo encaja perfectamente en el mío, el rompecabezas finalmente completo.

Entierro mi rostro en su cabello, inhalando su olor, el olor a hogar. Una de mis manos reposa posesivamente, pero con gentileza, sobre su cintura. Siento su respiración, suave y regular, contra mi brazo.

— Es tan bueno tenerte en mis brazos — susurro contra su cabello. — Y pensar que perdí tu embarazo... fui muy tonto. Debí haber sospechado, yo...

— Está bien, Travis — Savannah me interrumpe, y siento el cuerpo suave tensarse por un momento. — No pensemos más en eso.

— Lamento haber perdido eso — continúo, mi voz ahogada. — Lamento todo.

Apoya la barbilla en mi pecho. Incluso en la habitación mal iluminada, los hermosos ojos castaños brillan para mí.

— Si vamos a empezar de nuevo, entonces el pasado queda en el pasado.

— Cuéntame sobre ella — pido, desesperado por llenar el vacío de un año y cinco meses. — Cuéntame todo. ¿Cómo fue la primera patada? ¿Te dio mucho trabajo?

Y, en el silencio de la madrugada, comienza a hablar. Su voz es baja, a veces temblorosa, pero me cuenta. Me cuenta sobre los antojos extraños de pepinillos con helado. Sobre cómo Hope pateaba cada vez que oía una canción específica en la radio. Me cuenta sobre el parto, el dolor y el miedo de estar sola, y la alegría indescriptible de sostenerla por primera vez.

Escucho cada palabra, absorbiendo cada detalle como un hombre muriendo de sed. Y lloro. Lloro silenciosamente en la oscuridad, lágrimas de arrepentimiento por lo que perdí y de gratitud porque me está dando este regalo ahora.

Habla por horas, hasta que su voz se vuelve somnolienta y sus palabras comienzan a arrastrarse. Finalmente se duerme en mis brazos, el cuerpo completamente relajado contra el mío por primera vez.

No duermo.

Paso el resto de la noche solo sosteniéndola, observando la luz de la luna moverse por la habitación. Miro a la mujer en mis brazos, la madre de mi hija, la dueña de mi corazón. El camino para reconquistar su confianza será largo y arduo. Me pondrá a prueba, me hará sufrir, y mereceré cada segundo.

Pero, por primera vez desde que volvió a mi vida, siento esperanza. Una esperanza real y palpable. Porque esta noche, no solo me dio una oportunidad. Me dio el mapa para el camino de vuelta a casa. Y juro, por todo lo sagrado, que no me desviaré de él nunca más.

Capítulo 22



Savannah

Me despierto lentamente, sintiéndome envuelta en un calor que no sentía hace mucho tiempo. El olor es lo primero que registro. Una mezcla de jabón masculino, café y algo que es únicamente Travis. Mi cuerpo está acurrucado contra el suyo, uno de sus brazos pesados y seguros alrededor de mi cintura, mi cabeza en su pecho, subiendo y bajando con su respiración profunda.

Por un momento, el pánico me asalta. ¿Qué hice?

Entonces, los recuerdos de la madrugada vuelven.

Un sexo de reconciliación, no la colisión furiosa de antes, sino un acto de redescubrimiento, de dos cuerpos que se recordaban el uno al otro, perdonándose con cada toque. Y después, tumbados en la oscuridad, jadeantes y enmarañados, las palabras que pensé que nunca más oiría.

«Te amo... Sé mi mujer... ¡Cásate conmigo, Savannah! Sé mi esposa, no quiero esperar nunca más para tenerte como mi mujer».

Recuerdo mi respuesta, mi condición.

«Esta será tu oportunidad de conquistarme de nuevo. De probarme que realmente quieres hacer que esto funcione. Son mis términos».

Y su respuesta, inmediata y sin vacilación.

Una sonrisa toca mis labios. Que él acepte todos mis términos, sin discutir, sin intentar imponer su voluntad... eso significa más que cualquier disculpa. Significa que está realmente dispuesto a hacer que funcione. Me está dando el control, para hacerlo a mi manera.

Y la otra promesa. La mayor de todas.

«Si me aceptas, Savannah, nos vamos. A cualquier lugar que quieras. Lo dejo todo».

La generosidad de aquella oferta aún me deja sin aliento. ¿Tendría el valor de pedirle eso realmente? ¿De hacer que deje el hospital donde es tan solicitado, el hospital que es el legado de su familia? ¿De hacer que abandone la granja que lleva en la sangre?

Eran tantas preguntas. Tantas incertidumbres. Pero mientras estoy aquí, segura en sus brazos, una certeza se eleva por encima de todas las demás, clara e innegable.

Quiero a Travis.

Lo amo. Y él me ama. A pesar de todo el dolor, de todo el equipaje, esa verdad fundamental permanece.

Él se mueve, su mano en mi espalda atrayéndome más cerca. Deposita un beso soñoliento en la coronilla de mi cabeza.

—Buenos días, ángel —susurra, la voz ronca de sueño.

—Buenos días —respondo, mi propia voz un poco tímida.

Se aparta un poco para poder mirarme. Sus ojos azules están claros, sin las sombras de la noche anterior. Hay una paz en ellos que no veía hace años.

—Todavía estás aquí —dice, como si se estuviera asegurando de que no fue un sueño.

—Todavía estoy aquí.

—¿Sin arrepentimientos? —pregunta, una punzada de inseguridad en su voz.

—Sin arrepentimientos —confirmo—. Solo... muchas preguntas.

—Tengo el resto de mi vida para responderlas —promete y me besa—. Voy al hospital ahora por la mañana, pero vuelvo lo antes posible. Ya que mañana vamos a hacer nuestra celebración, ¿quieres

ir con Mary y tu madre a hacer la compra? Puedo dejarles la camioneta y ya veré cómo ir a trabajar.

Sorprendida, lo miro fijamente.

—¿De verdad?

—Sí, sabes conducir y tienes la sillita de Hope.

Travis parece dibujarme con los ojos y eso me deja con mariposas en el estómago. Él tan cerca, tan cariñoso y diferente.

—O puedo llamar a Callie y vamos en su coche.

—Está bien —sonríe y me besa. Lo observo alejarse un poco y estirarse hasta el cajón de la cómoda. De dentro, saca la cartera—. Toma, usa la tarjeta para comprar lo que quieras. Ya sea para ti, o para Hope, tu madre, para mañana. Lo que quieras. —siento sus labios tocar los míos una vez más—. Solo diviértete hoy y no te preocupes por nada más.

Miro la tarjeta negra con las letras doradas.

—Travis...

—Mary te ayuda a elegir las provisiones de mañana —dice rápido y sonríe—. Todavía tengo algunas horas antes de salir —avisa con una sonrisa pícara—. ¿Sabes qué he pensado?

—¿Qué?

—Tú y yo —Travis sonríe, poniéndose encima de mí, apoyando el peso en los antebrazos—. ¿Baño juntos?

Mi risa se escapa antes de que pueda impedirlo, y él se inclina para besar mi mejilla, luego la punta de mi nariz, hasta finalmente juntar sus labios con los míos de nuevo, en un beso tranquilo, pero lleno de intención.

—Estás imposible —murmuro contra su boca.

—Solo quiero aprovechar cada segundo antes de salir —responde con esa voz ronca que me hace estremecer entera—. Además, vas a salir con Callie. Quiero que vayas ligera... sin tensión acumulada. —Me guiña un ojo y muerde levemente mi barbilla—. ¿Qué me dices?

—¿Dará tiempo? Hope se despertará pronto.

Travis me agarra por la cintura con un solo brazo, atrayéndome hacia él con una sonrisa maliciosa en los labios.

Con una sonrisa juguetona, abrazo su cuello, riendo por lo bajo cuando me levanta con facilidad. Estamos desnudos, piel contra piel, pero no hay vergüenza, no hay prisa. Solo nosotros dos, rodeados de vapor, deseo y cariño.

Me lleva hasta el baño y, con cuidado, entra en la ducha conmigo. El agua caliente comienza a caer sobre nuestros cuerpos, escurriendo por nuestra piel como una sábana invisible que nos une aún más. Sus labios tocan mi cuello, calientes y decididos, y yo suspiro, entregándome sin dudar.

Con un movimiento firme y seguro, me gira de espaldas, pegando su cuerpo al mío. Una de sus manos sube para sujetar mi cadera, mientras la otra baja despacio, explorando mi cuerpo con familiaridad y hambre.

Sus dedos se deslizan entre mis piernas y tocan mi centro, ya sensible. Gime por lo bajo al sentir lo lista que estoy para él, y yo suelto un gemido lastimero, jadeando cuando comienza a provocarme con movimientos lentos y circulares.

—¿Te gusta esto, no? —murmura contra mi oído, mientras su mano me vuelve loca—. Tan sensible... tan mía.

—Siempre lo fui —confieso, con la voz entrecortada, el cuerpo ya temblando de expectativa—. Incluso cuando intenté olvidar... nunca dejé de ser tuya.

Él crece aún más detrás de mí, presionándose contra mi cuerpo de una forma que me hace gemir de nuevo, mordiéndome el labio para contener el sonido.

—Entonces déjame recordártelo —dice, ronco, hambriento—. Déjame hacértelo sentir de nuevo.

Y cuando me tira levemente de la cintura, guiándome para que me incline contra el azulejo caliente, sé que estoy a punto de ser reclamada. No con brutalidad, sino con posesión. Con amor. Con todo lo que él es.

¿Y yo? Yo me entrego. En cuerpo y alma.



Después, exhaustos y satisfechos, salgo de la habitación de Travis, vistiendo la misma ropa cómoda de chándal de la madrugada. Una sonrisa tonta está fija en mi rostro, y me siento más ligera de lo que me he sentido en años. El mundo parece lleno de colores nuevamente.

En cuanto entro en mi habitación, mi primer instinto es ir hasta la cuna para ver a Hope. Pero está vacía.

La sonrisa en mi rostro desaparece. Mi corazón da un vuelco de pánico. ¿Dónde está? Con el ceño fruncido, salgo de mi cuarto y voy hasta la habitación de invitados donde durmió mi madre. La cama está hecha, y no hay señal de ella.

Sintiendo mi corazón latir más fuerte, bajo las escaleras corriendo, el miedo irracional dominándome. Al llegar a la cocina, la escena que encuentro me hace parar abruptamente.

Mi madre está sentada a la mesa, sosteniendo a una Hope risueña en su regazo, mientras Mary está al lado de ellas. Las dos parecen estar cuchicheando algo, pero se callan en el instante en que me ven, intercambiando una mirada rápida y cómplice.

—Buenos días —digo, intentando mantener mi voz calmada, aunque mi corazón aún esté acelerado—. Me asusté. Entré en la habitación y no encontré a Hope.

Mi madre me lanza una mirada que es una mezcla de curiosidad y diversión.

—Buenos días, querida. Me desperté y fui a ver cómo estabais. Hope estaba despierta y refunfuñando en la cuna, pero no había ni rastro de ti. Así que la cogí, le di un baño y bajamos a desayunar. Esperaba encontrarte aquí.

Siento mis mejillas calentarse violentamente. Ella lo sabe. Claro que sabe que yo no estaba en mi habitación. Me quedo sin saber

qué decir.

En ese exacto momento, Travis baja las escaleras, silbando una melodía alegre. Entra en la cocina pareciendo un hombre que ha ganado la lotería, una sonrisa estampada en su rostro.

—¡Buenos días a todos! —dice, la felicidad irradiando de él. Pasa por la mesa y toma una manzana del frutero—. Llego tarde al hospital.

Antes de salir, se inclina sobre mí. Espero un beso en la frente, un gesto seguro. Pero me sorprende. Me sujeta la barbilla gentilmente y me da un beso en los labios —un beso rápido, pero inconfundiblemente posesivo y lleno de promesas.

—Te veo más tarde —susurra, solo para que yo lo oiga, y se va.

Me quedo allí, paralizada, sintiendo el hormigueo en mis labios. Cuando me giro, encuentro las miradas asombradas y sorprendidas de mi madre y de Mary.

Mi madre es la primera en romper el silencio. Una pequeña sonrisa confusa juega en sus labios.

—Savannah... ¿qué está pasando?

Suspiro, sabiendo que no hay forma de esconderlo.

—Yo... decidí darle una oportunidad. Para que me reconquiste. Vamos despacio.

Mi madre arquea una ceja. Su mirada recorre mi ropa de chándal arrugada, mi cabello aún húmedo de la ducha, el rubor en mis mejillas. Su mirada lo dice todo. Eso no parece "despacio".

Siento mis mejillas arder aún más.

—Yo... me voy a cambiar de ropa —tartamudeo, necesitando una fuga—. Mamá, ¿puedes llamar a Callie? Mira a ver si está libre para ir a pasear con nosotras.

—Claro, querida —dice mi madre, su sonrisa ensanchándose. Ella entiende que necesito un tiempo con mis aliadas.

Mientras subo las escaleras, oigo a mi madre hablando animadamente por teléfono. Me siento expuesta, vulnerable, pero también extrañamente esperanzada. Subo las escaleras, el fantasma del beso de Travis aún en mis labios. En la habitación, abro la maleta

y me doy cuenta de que mis opciones de ropa se limitan a vaqueros, camisetas y sudaderas.

Tomo la tarjeta que él me entregó y la guardo dentro de mi bolso. Me pongo unos vaqueros cómodos y una blusa de punto. Sonrío a mi reflejo en el espejo, el recuerdo de lo que ocurrió en su habitación calentándome por dentro. Me calzo las zapatillas y enseguida me maquillo brevemente, nada muy llamativo. Termino poniéndome perfume y me arreglo el cabello ondulado.

En cuanto bajo y vuelvo a la cocina, como rápidamente un bol de frutas bajo la mirada desconfiada y risueña de mi madre. Ella sabe que algo ha cambiado, pero me está dando espacio. Tarda apenas unos minutos y Callie llega, llena de energía como siempre.

—¿Listas para un día de chicas? —anuncia.

—¡Casi! —digo. Miro a Mary, que está terminando de limpiar la encimera—. Mary, ven con nosotras. Te mereces un descanso. Y tu ayuda con las compras para la barbacoa sería increíble.

El rostro de Mary se ilumina.

—Oh, niña Savannah, no sé...

—¡Por favor! —insisto—. Va a ser divertido.

Ella finalmente acepta, y nosotras cuatro, con Hope segura en mi regazo, salimos en el coche de Callie. Todo el camino está lleno de la conversación animada de mi madre y Callie sobre los preparativos de la boda. Flores, colores, lista de invitados. Es una distracción bienvenida, un pedazo de normalidad en medio de mi caos personal.

Llegamos a un gran supermercado gourmet, un lugar con todo lo que podríamos necesitar. El plan es comprar todo para la barbacoa de mañana: las mejores carnes, verduras frescas, ingredientes para ensaladas y todo para el pastel que Mary insiste en hacer desde cero.

Sostengo a Hope con cuidado contra mi pecho, y a mi lado mi madre empuja el carrito con nuestras compras. Estoy distraída, mirando una estantería de quesos importados, cuando me giro y, sin querer, choco con otra persona.

—¡Oh, perdón! No...

Me detengo. Es Edward.

—¡Savannah! Qué mundo pequeño —dice, con una sonrisa encantadora. Mira a mi bebé—. Y esta debe ser la pequeña Hope. Es aún más linda en persona.

—Gracias —respondo, sonriendo educadamente, pero sintiendo una leve incomodidad—. ¿Qué haces aquí?

—Comprando vino para una cena. —Nota mi carrito lleno—. ¿Y vosotras? Parece que va a haber una fiesta. —Entonces se fija en mi madre y le sonríe—. Señora.

—Ah, esta es mi madre, Elizabeth Harper —presento, mi madre sonríe educada—. Mamá, este es Edward Colton, va a ser el padrino conmigo en la boda de Callie.

—¿Qué tal, querido?

Edward sonríe y vuelve a mirarme.

—Estoy viendo de quién sacaste tanta belleza —elogia, sonrío mirando a mi madre. Ella parece evaluar a Edward—. ¿Entonces? ¿Vas a hacer una fiesta?

—Solo una pequeña barbacoa en familia mañana —explico.

—¡Maravilla! Me encantaría ir. ¿Dónde va a ser? Puedo llevar el vino —se autoinvita, con una naturalidad que me deja descolocada.

—Ah, es... es algo más reservado, Edward. Solo familia cercana. Espero que lo entiendas —digo, intentando ser lo más amable posible.

Su sonrisa vacila por una fracción de segundo. Veo un destello de algo en sus ojos —¿molestia? ¿decepción?— antes de que lo enmascare con su encanto habitual.

—Claro, claro. Sin problemas. Bueno, os dejo hacer vuestras compras. Fue genial verte de nuevo, Savannah.

Se aleja, y me quedo con una sensación extraña. Su reacción fue desproporcionada.

—¿Es amigo de Callie? —pregunta mi madre cuando volvemos a andar por el pasillo.

—Mejor amigo de Ronald.

Acomodo a Hope en mis brazos y sutilmente miro el camino que él tomó. Las palabras de Travis sobre Edward martillean en mi mente, pero yo solo niego con la cabeza. Al final, no pasó nada grave, puede que se haya sentido incómodo con el rechazo o por haberse autoinvitado.

Antes del almuerzo, ya tenemos todo lo que necesitamos. Mi madre con Hope, Callie y Mary deciden volver a la granja para empezar a guardar las cosas.

—¿Tú no vienes? —pregunta Callie.

—Voy luego —digo, con una idea formándose en mi mente—. Necesito comprar una cosita, pero podéis ir, yo voy en Uber.

Tras despedirme y besar a mi bebé en la mejilla, se van, y me quedo en el centro comercial. La tarjeta de Travis quema en mi bolso. Con una determinación recién descubierta, entro en una tienda de lencería sofisticada y, después, en una boutique. No estoy comprando por necesidad. Estoy comprando por intención.

Una hora después, salgo con dos bolsas. Una contiene un conjunto de lencería de seda negra y encaje, algo que mi antiguo yo nunca hubiera tenido la osadía de comprar. La otra, un vestido nuevo, simple pero elegante, que sé que va a dejar a Travis sin palabras.

Con las compras hechas, tomo un Uber de vuelta a la granja, sintiendo una mezcla de nerviosismo y excitación. Es un paso osado, una declaración silenciosa de que estoy dispuesta a intentarlo.

En cuanto llego, subo directo a mi habitación para guardar mis nuevas adquisiciones. Cuando entro, mi corazón se calma con la escena. Hope está en la cuna, pero no durmiendo. Está recién bañada, vistiendo un pijama limpio, y Travis está sentado en el sillón a su lado, leyendo un libro de cuentos infantiles en voz baja y suave.

Levanta la mirada cuando entro, y una sonrisa cálida ilumina su rostro. No pregunta dónde estaba, ni qué compré. Solo me mira como si yo fuera la única persona en el mundo.

—Bienvenida de vuelta —dice.

Y, por primera vez, al oír esas palabras en esta casa, siento que realmente lo soy.

Capítulo 23



Travis

El sonido suave de sus pasos en el pasillo me alerta de su llegada. Levanto la mirada del libro de dibujos sobre un oso perdido, mi corazón dando un pequeño salto. Ella ha vuelto.

Entra en la habitación, y verla me roba el aliento por un instante. Parece relajada, el cabello un poco desordenado por el viento, las mejillas sonrojadas. Carga dos bolsas de compras de tiendas que sé que son caras. Una sonrisa se extiende por mi rostro. Usó la tarjeta. Es un pequeño paso, pero parece un salto gigantesco. Significa que ella está, aunque sea a regañadientes, permitiéndome cuidar de ella.

—Bienvenida de vuelta —digo, mi voz más suave de lo normal.

Ella me sonríe, una sonrisa genuina que llega a sus ojos.

—¿Interrumpí la hora del cuento?

—Solo estábamos esperando a que llegara el personaje principal —respondo, acomodándome en el sillón—. A propósito, tengo buenas noticias.

—¿En serio?

—Sí. Llamé al hospital. Conseguí cambiar mis turnos. Mañana es todo nuestro. El día entero. A no ser que ocurra un desastre de proporciones épicas, soy todo de ustedes.

La alegría en su rostro es mi recompensa.

—¿De verdad? Eso es... genial, Travis.

Le tiendo mi mano. Una invitación silenciosa. Tras una fracción de segundo de vacilación, ella acepta. Sus dedos se entrelazan con los míos, y la sensación familiar de su mano en la mía envía una corriente eléctrica a través de mí.

La atraigo gentilmente hacia mí. Ella viene, dejando las bolsas encima de la cama antes de sentarse en mi regazo en el sillón, acurrucándose como si fuera el lugar más natural del mundo para ella. La envuelvo con mis brazos, enterrando mi rostro en su cabello, inhalando su perfume. Es el cielo.

Luego bajo los labios a su rostro, entonces capturo su beso.

—¿Cómo fue el paseo? ¿Te divertiste? —pregunto, con la voz ronca.

La siento ponerse un poco tensa en mis brazos.

—Estuvo bien —dice, y luego suspira—. En realidad, pasó una cosa extraña.

Me alejo un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Qué?

—Me encontré con Edward. En el supermercado.

La bestia de los celos, que estaba dormida, levanta la cabeza. La empujo hacia abajo con fuerza. Calma. Confía en ella. Escucha.

—¿Y? —pregunto, manteniendo mi voz neutra.

—Y él fue... extraño. Vio nuestro carrito de la compra y se autoinvitó a la barbacoa de mañana.

La imagen de él intentando infiltrarse en nuestro primer evento de "familia" me llena de una rabia fría. Pero miro el rostro de Savannah, la forma en que me está contando esto abiertamente, confiándome la información, y sé que mi reacción es crucial.

—¿Y qué le dijiste? —pregunto, mi voz tranquila, aunque mis dedos aprietan su cintura un poco más fuerte.

—Le dije que era algo reservado, solo para la familia. Y a él... pareció no gustarle el rechazo. De verdad. Fue solo por un segundo, pero lo vi.

Asiento, procesando la información.

—Bien. Hiciste lo correcto.

Ella me mira, sorprendida.

—¿No estás enfadado?

—Estoy enfadado con él por haberte puesto en una situación incómoda. Pero no estoy enfadado contigo. Confío en ti, Savannah. —Decir las palabras en voz alta suena como un voto sagrado—. Confío en tu juicio.

Me inclino y la beso en los labios. Es un beso lento y profundo, lleno de seguridad y de la promesa silenciosa de que las cosas son diferentes ahora. Me aparto un poco, sosteniendo su mirada. Necesito que ella entienda.

—Pero lo que dije sobre él... no era mentira, Savannah. No eran mis celos hablando. Ese tipo no es buena persona. Solo dije aquello para que te protegieras, para que estuvieras alerta. Es solo eso.

—Lo sé —susurra, y el hecho de que me crea, de que no discuta, es como un bálsamo en mi alma herida—. Gracias.

Se acurruca en mi pecho, y nos quedamos allí, en silencio, por un largo tiempo, solo observando a Hope dormir en su cuna. La paz en la habitación es algo que no siento hace casi dos años. Es frágil, lo sé. Pero es real.

—¿Compraste regalos? —pregunto de repente, recordándome de las bolsas en la cama.

Ella se sonroja, un rubor delicioso que se extiende por sus mejillas.

—No son regalos.

—¿No? ¿Qué son, entonces?

Se mueve en mi regazo, girándose para tomar una de las bolsas. Saca de dentro un trozo de seda negra y encaje. Mi verga da un salto de reconocimiento. Lencería.

—Esto —dice ella, con la voz un poco temblorosa, pero los ojos desafiantes—. Es para la cita de mañana por la noche.

La respiración se me atora en la garganta. Ella no solo está aceptando mi intento de reconquista. Está participando activamente. Está invirtiendo. La ola de deseo que me golpea es tan fuerte que me deja mareado.

—Me vas a matar, mujer —gruño, mi voz ronca.

Ella ríe, un sonido bajo y sexy que vibra a través de mí.

—Ese es el plan, Doctor Montgomery.

La beso de nuevo, esta vez con más hambre, con una urgencia que refleja la promesa en sus manos. Un refunfuño proveniente de la cuna nos hace separarnos, entonces miro a Hope y sonrío. Se lleva la manita cerrada a la boca. Nos miramos, aún jadeantes, aún con el sabor del uno en los labios del otro. La tensión aún pulsa entre nosotros, densa y eléctrica, pero ahora hay una sonrisa en su rostro —dulce, real, llena de algo que no veíamos hace mucho tiempo: esperanza.

—¿Bajamos?

—Vamos.

Salimos de la habitación cogidos de la mano, un gesto que parece al mismo tiempo extraño y perfectamente natural. En la cocina, encontramos un pequeño comité de bienvenida. La madre de Savannah, Callie y Mary están sentadas a la mesa, riendo y conversando mientras pelan verduras para la barbacoa de mañana.

—¡Mira quién apareció! —dice Callie con una sonrisa maliciosa, sus ojos pasando de nuestros rostros a nuestras manos entrelazadas.

Savannah se sonroja, pero no suelta mi mano. Es una pequeña declaración, pero para mí, es monumental.

—Estábamos empezando a planear el menú —dice la Sra. Harper, sus ojos evaluándome con una cautela que entiendo perfectamente.

Ella como madre debe estar preocupada por el bienestar de su hija, y voy a garantizar que eso suceda. Mi meta de vida es esa: hacer feliz a Savannah, y ser un excelente padre para Hope. Savannah se sienta en la encimera, y yo me quedo a su lado. El lugar del que nunca debería haber salido. Me acerco para besar sus labios, cuando la puerta principal se abre con un golpe, sin aviso.

Sin entender, me giro hacia el pasillo que lleva a la entrada. Entonces respiro hondo.

Mi madre, Delilah Montgomery, está parada en la entrada, el rostro una máscara de furia contenida. Y, como su sombra venenosa, Tiffany Preston está justo detrás de ella.

El silencio en la cocina es instantáneo y total. Las risas mueren. Las sonrisas desaparecen.

—Travis. Exijo una conversación contigo. Ahora —dice mi madre viniendo hacia mí, la voz cortante como vidrio roto.

Siento la mano de Savannah apretar la mía. Aprieto de vuelta, una promesa silenciosa. Yo me encargo de esto.

—No hay nada de qué hablar, madre. Creo que ya dejé eso claro —respondo, mi voz tranquila y fría.

—¡No seas ridículo! ¡Hice lo que hice para protegerte! ¡Para proteger el nombre de esta familia, nuestra fortuna!

Los ojos de Delilah finalmente se posan en Savannah, que está parada a mi lado. Su expresión de rabia se transforma en puro choque y desprecio.

—Entonces es verdad —sisea, mirando de Savannah a Tiffany—. Tiffany me dijo que la estafadora había vuelto, y no pude creerlo. ¿Cómo te atreves a pisar esta casa de nuevo después de lo que hiciste?

—La única persona que hizo algo malo aquí fuiste tú, Delilah —la voz de la Sra. Harper suena, sorprendiendo a todos. Se levanta de la mesa, con los hombros hacia atrás, no ya la mujer frágil que conocí, sino una leona protegiendo a su cría—. Has herido a mi hija de una forma que nunca entenderás.

—¡Quédate fuera de esto! —gruñe mi madre—. ¡Esto es un asunto de familia!

—¡Savannah es mi familia! —gruño con los ojos fijos en mi madre.

Ella ríe, un sonido feo.

—¡Sí, yo falsifiqué las pruebas! ¡Y lo haría todo de nuevo! ¡Era solo cuestión de tiempo hasta que ella te traicionara de verdad e intentara llevarse todo lo que es tuyo!

Los gritos aumentan, las voces superponiéndose en una cacofonía de acusaciones y resentimiento. Y entonces, desde el piso de arriba, un sonido corta a través del caos.

El llanto de un bebé.

Un llanto asustado, agudo, que me golpea como un puñetazo en el pecho. Hope. La hemos despertado. Todos se callan. La mirada de mi madre se llena de una confusión incrédula.

—¿Qué ruido es ese?

Antes de que pueda responder, antes de que pueda detenerla, se da la vuelta y corre hacia las escaleras, la curiosidad mórbida superando su rabia.

—¡Madre, no! —grito.

Savannah suelta mi mano y corre tras ella. Yo, Callie, la Sra. Harper, todos nosotros la seguimos, subiendo las escaleras en un tropel caótico.

Mi madre llega al pasillo y va directa a la puerta de la habitación de Savannah, de donde viene el llanto. Su mano está en el pomo, a punto de abrirla.

—¡No!

Savannah se lanza hacia adelante, colocándose entre mi madre y la puerta, bloqueando el paso con su propio cuerpo. Su rostro, que momentos antes estaba sonrosado de felicidad, ahora está pálido y feroz.

—No vas a entrar ahí —dice Savannah, la voz baja y temblando de una furia protectora—. No tienes derecho.

Mi madre la mira fijamente, chocada por la audacia.

—Quítate de mi vista, niña. ¿Qué estás escondiendo ahí?

—Estoy protegiendo a mi hija —responde Savannah, cada palabra un golpe—. La nieta que nunca vas a conocer. Ahora, quítate de mi vista antes de que me olvide de que eres una mujer mayor y te tire escaleras abajo.

La amenaza de Savannah flota en el aire, cruda y real. Mi madre la mira, chocada y ofendida, sin palabras por primera vez en su vida.

Nunca vi a Savannah así. Ya no es la chica dulce que yo conocía. Es una madre. Y no hay nada más peligroso en el mundo.

Me coloco entre las dos, encarando a mi madre.

—¡Travis! ¿Vas a dejar que me amenace así?

—Por favor, madre —digo, mi voz no dejando espacio para la discusión—. Se acabó, madre. Por favor, vete.

Una sonrisa burlona se extiende en el pasillo, entonces miro a Tiffany.

—Así que finalmente lo conseguiste, ¿no? El golpe del embarazo. Funcionó a la perfección. —Se gira hacia mi madre—. ¿No lo ves, Delilah? Es por eso que ella no te deja ver a la niña. Porque la niña que está llorando en ese cuarto no es hija de Travis. Es de cualquier otro. Ella sabe que, si miras al bebé, verás la verdad.

Las palabras venenosas de Tiffany son como gasolina echada al fuego de la duda de mi madre. Veo la mirada de Delilah endurecerse, la sospecha volviendo con fuerza total.

El llanto de Hope se intensifica, un sonido de puro desespero que me corta el alma.

—Voy a calmarla —dice la Sra. Harper, pasando por Savannah y entrando en la habitación. Cierra la puerta tras de sí, ahogando el sonido del llanto, pero no la tensión en el pasillo.

—Esto aún no ha terminado —dice mi madre, apuntando un dedo tembloroso hacia Savannah—. Voy a probar que eres un fraude. Voy a exigir una prueba. Y cuando todos sepan la verdad, Travis verá quién eres realmente.

—¡Ya basta! —digo, mi voz un trueno. Me coloco directamente frente a ella, bloqueando su visión de Savannah—. Dije que salieran. Las dos. Ahora.

Tiffany me lanza una última mirada de desprecio y tira del brazo de mi madre.

—Vámonos, Delilah. Él no vale la pena. Déjalo con su estafadora.

Las dos se giran y bajan las escaleras, sus palabras odiosas resonando en el pasillo. Oigo la puerta principal cerrarse con fuerza.

Y entonces, el silencio.

Un silencio pesado, llenado apenas por el sonido ahogado del llanto de Hope.

Me giro hacia Savannah. Está apoyada en la pared, el cuerpo entero temblando. La adrenalina de la furia la ha abandonado, dejando atrás solo la vulnerabilidad. Sus ojos están abiertos de par en par, llenos de dolor y miedo.

Sin pensar, la envuelvo en mis brazos. La atraigo contra mi pecho, sujetándola con fuerza. Al principio, se pone rígida, pero entonces, cede. Entierra el rostro en mi pecho y su cuerpo es sacudido por un sollozo silencioso.

—Shhh. Ya pasó —susurro en su cabello—. Se han ido. Está todo bien. Estoy aquí.

La sostengo por un largo tiempo, solo dejándola sentir mi apoyo, mi presencia. Dejo que sepa que, esta vez, no está sola.

El llanto de Hope en la habitación de al lado continúa, un recordatorio de nuestra prioridad.

Savannah se aparta de mí, limpiándose el rostro. —Hope...

—Lo sé.

Respira hondo, la madre asumiendo el control nuevamente. Entra en la habitación, y yo la sigo. La Sra. Harper está meciendo a Hope, pero la niña aún está agitada, la carita roja y mojada de lágrimas.

—No se calma —dice la Sra. Harper, pareciendo exhausta.

Savannah toma a la hija en brazos, meciéndola con cuidado.

—Shhh, mi amor. Mamá está aquí. Está todo bien ahora. —Mira el pecho de Hope, una nueva ola de pánico en sus ojos—. La cirugía... los gritos... ¿será que se ha esforzado demasiado?

El médico en mí asume el control.

—Déjame verla —digo, la voz tranquila y profesional.

Savannah vacila por un segundo, pero entonces me entrega a nuestra hija. La tomo, mi toque experto y suave. Coloco dos dedos en su muñeca minúscula, sintiendo la frecuencia cardíaca. Le pido a Mary que vaya a buscar mi maletín a la habitación, mientras acuesto a Hope en la cama. Tras unos segundos ella vuelve y me lo entrega,

tomo mi estetoscopio y lo coloco en su pecho, escuchando atentamente.

El ritmo es rápido, sí, pero fuerte y regular. No hay soplos nuevos, ningún sonido de dificultad.

—Está bien, Savannah —digo, mirándola para tranquilizarla—. Su corazón está fuerte. Solo se asustó con el ruido. —Miro a Hope, que comienza a calmarse en mis brazos, sus grandes ojos azules fijos en los míos—. Nos asustaste a todos, ¿no, princesa?

La acurruco contra mi pecho, y sus sollozos disminuyen, transformándose en pequeños suspiros.

Savannah observa la escena, la mano en el corazón, el alivio inundando su rostro. Callie y la Sra. Harper observan desde la puerta, dos guardianas silenciosas.

En aquel momento, en medio de los escombros del enfrentamiento, algo nuevo se solidifica. Ya no somos solo Travis y Savannah. Somos un equipo. Los padres de Hope. Y me doy cuenta de que mi madre, en su intento final de separarnos, en realidad consiguió lo opuesto. Nos unió de una forma que ninguna conversación o beso jamás podría. Nos forzó a elegir un bando.

Y nosotros elegimos el nuestro.

Capítulo 24



Savannah

El domingo amanece soleado y caluroso, el cielo de Texas de un azul vasto y sin nubes. El olor a carne a la brasa y a césped recién cortado flota en el aire. Es el día de la barbacoa. El día de nuestra celebración.

Estoy sentada en una silla de jardín bajo la sombra de un gran roble, con Hope en mi regazo, a una distancia segura del humo de la parrilla. Ella lleva un vestidito de algodón con estampado de fresas que cubre completamente la cirugía en su pecho. Llevo un vestido de verano suelto, amarillo claro, sintiéndome más ligera y libre de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Mi mirada se vuelve hacia la zona de la barbacoa. Travis está allí, riéndose de algo que Ronald, el prometido de Callie, acaba de decir. Lleva unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra sencilla que se ajusta a sus hombros anchos. Parece relajado, feliz. Nunca tuvieron la oportunidad de conversar de verdad antes, y mi corazón se calienta al verlos llevarse bien.

El enfrentamiento de ayer parece un sueño febril. Delilah y Tiffany fueron como un huracán que pasó, dejando un rastro de destrucción, pero también un cielo extrañamente despejado en su lugar. Las cosas fueron dichas. Las líneas fueron trazadas. Y Travis... él se quedó de mi lado.

—Un centavo por tus pensamientos.

La voz de Callie me saca de mi ensoñación. Se sienta en la hierba a mi lado, pareciendo una auténtica chica de Texas con sus pantalones cortos vaqueros, botas de cowboy y una camisa a cuadros atada a la cintura.

—¿Estás bien? ¿De verdad? —pregunta, con los ojos llenos de una preocupación genuina.

—Sí —respondo, y la palabra suena verdadera—. Estoy pensando en ayer. Y en ahora. Travis dijo que podemos ir a cualquier lugar que yo quiera. Empezar de nuevo. Estoy pensando en volver a Portland, tal vez. O empezar en una ciudad completamente nueva.

—Te apoyo en cualquier cosa que decidas —dice Callie, tomando la manita de Hope—. Pero tengo que admitirlo, estoy sorprendida con él. Realmente parece... diferente.

Una sonrisa se me escapa.

—Lo está. Nunca se enfrentó a su madre de esa manera, delante de mí. Nunca. Y por más que una parte de mí se ponga triste por que haya peleado con su propia madre, la otra parte... se alegra. Feliz de que finalmente me haya elegido a mí.

Callie ríe.

—¡Ya era hora! Ese hombre te ama. —De repente, Callie arruga la nariz—. Ugh. Creo que nuestra pequeña florista tiene un regalito para ti.

Me río, sintiendo el olor familiar.

—Sí, creo que sí.

—Voy contigo. Necesito consejos sobre bebés. Ronald y yo estábamos hablando... tengo muchas ganas, pero no sé si espero un poco o si vamos con todo después de la boda.

Subimos a mi habitación, la conversación ligera y fácil. Mientras cambio el pañal de Hope, le doy a Callie mis consejos de madre primeriza. Es un momento de normalidad tan bienvenido que casi me olvido de todos los problemas.

Cuando estamos bajando las escaleras, Hope ahora limpia y perfumada en mis brazos, oigo el sonido de alguien en la puerta

principal. Cuando llegamos al vestíbulo, vemos a Edward parado afuera, con la mano levantada, listo para tocar el timbre.

Intercambio una mirada rápida con Callie. ¿Qué está haciendo él aquí?

Callie, sintiendo mi vacilación, se queda a mi lado mientras abro la puerta.

—¿Edward?

—¡Savannah! —dice con una sonrisa amplia, pero sus ojos pasan por mí y miran hacia el interior de la casa, como si estuviera evaluando la situación. Entra sin ser invitado—. Perdona por aparecer así, sin avisar. Es que estaba ordenando mi coche y encontré esto. Creo que es tuyo.

Me tiende un pequeño pasador de pelo plateado.

Lo tomo, confundida, y frunzo el ceño. Yo no uso pasadores de pelo. Mucho menos uno como este.

—Gracias, pero...

—Sé que debes estar ocupada —me interrumpe—. Pero, ¿podemos hablar rapidito? Prometo que me voy enseguida.

Miro a Callie, que tiene una expresión tan confundida como la mía.

—Callie, puedes...

—Claro. —confirma y toma a Hope con cuidado—. Voy a volver a la zona de atrás. Grita si me necesitas —dice, con un tono de broma que no esconde su preocupación.

Cuando estamos solos en el vestíbulo, le entrego el pasador de vuelta.

—Yo no estaba usando esto cuando me trajiste en coche, Edward.

Él se ríe, un sonido que ahora me parece un poco forzado.

—Lo sé. Mentí. Necesitaba una excusa para venir hasta aquí.

—¿Por qué?

—Me quedé pensando en nuestro almuerzo. ¿Dije algo que no te gustó? Porque la conversación estaba genial, en el coche también y de repente... pareció que te cerraste.

Frunzo el ceño y cruzo los brazos.

—No, no dijiste nada. —Niego con la cabeza y sonrío educada—. Ya te expliqué, mi cabeza está en otro lugar ahora.

—Simplemente no lo entiendo. Juraría que al final de ese almuerzo, nos daríamos un beso. Contaba con eso.

Su presunción me irrita.

—Edward, nos hemos visto dos veces. Dejé muy claro que no estaba buscando nada.

Él niega con la cabeza, la sonrisa desapareciendo.

—Vamos, Savannah. Sal conmigo ahora. Solo un paseo en coche.

—No. —niego no gustándome su actitud—. Necesito que te vayas, por favor.

Lo que sucede a continuación es tan rápido que mi cerebro apenas logra procesarlo.

Él avanza, me agarra el brazo con una fuerza sorprendente y, con la otra mano, me tapa la boca, ahogando mi grito de sorpresa. El olor de su colonia es sofocante.

—Shhh. Solo vamos a hablar. Dentro del coche —susurra en mi oído, su voz ahora desprovista de cualquier encanto. Es fría. Amenazadora.

Comienza a arrastrarme hacia la puerta abierta. El pánico me inunda. Me debato, intentando soltarme. En un acto de pura desesperación, le muerdo la mano. Con fuerza.

Él grita de dolor y me suelta por un segundo. Intento correr y pierdo el equilibrio cayendo.

—¡Travis! —grito, su nombre rasgando mi garganta, un grito de puro terror.

Segundos después, que parecen una vida entera, la puerta trasera se abre con un estruendo. Travis aparece, el rostro confundido. Ve la escena de Edward agarrándome una vez más.

La confusión en el rostro de Travis se transforma en una furia primordial, la furia de un animal protegiendo a su hembra.

No grita. No duda. Corre.

Edward me suelta en el instante en que ve a Travis acercándose como un tren de carga. Corro hacia un lado, lejos de la línea de fuego.

Travis no se detiene. Se lanza sobre Edward. El sonido de su puño golpeando la mandíbula de Edward es un golpe sordo y enfermizo. Edward se tambalea hacia atrás, pero Travis avanza nuevamente, agarrándolo por el cuello y golpeándolo de nuevo.

—¡Travis, para! —grito, pero él no me oye. Está ciego de rabia.

El ruido de la pelea y mis gritos traen a Ronald corriendo desde la zona trasera.

—¡Eh! ¡¿Qué está pasando?!

Ve la escena y actúa rápidamente. Ronald es un hombre grande, y con mucho esfuerzo, consigue agarrar a Travis por detrás, alejándolo de un Edward ensangrentado y caído en el suelo.

—¡Calma, tío! ¡Calma! —grita Ronald, luchando para contener a un Travis que gruñe y se debate, intentando soltarse para terminar lo que empezó.

Me quedo allí, temblando, mirando el caos. Travis tenía razón. Tenía razón todo el tiempo. Y casi pagué el precio por no haberle creído. Ronald lucha para sujetar a Travis, que es pura fuerza bruta y furia en este momento. Sus ojos azules están fijos en Edward, que está en el suelo, tosiendo y escupiendo sangre.

—¡Voy a matarte! —gruñe Travis, la voz gutural, casi irreconocible.

—¡Travis, para! —grito, mi voz finalmente alcanzándolo. Se gira hacia mí, el pecho subiendo y bajando, la furia aún ardiendo en sus ojos. Pero al ver el terror en mi rostro, algo dentro de él se rompe. La bestia retrocede, sustituida por el hombre.

Callie con Hope en brazos y mi madre corren hacia adentro, los rostros pálidos de conmoción al ver la escena.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Callie, quedándose a una distancia segura.

—Él... él me agarró —tartamudeo, aún temblando—. Intentó llevarme fuera.

Los ojos de Callie se abren de par en par y se llenan de una rabia fría dirigida a Edward. Mi madre me envuelve con un brazo, intentando reconfortarme.

Edward se levanta con dificultad, limpiándose la sangre del labio. Mira a Ronald, su amigo.

—¿Vas a dejar que me haga esto? ¡Yo no hice nada! ¡Ella es una zorra mentirosa!

La respuesta de Ronald es inmediata y final.

—Oí su grito, Ed. Y entendí perfectamente lo que pasó aquí. Considérate desinvitado a ser mi padrino, no te quiero cerca de mi prometida ni de nuestra amiga. Y si te acercas de nuevo, lo que Travis te hizo parecerá una fiesta de cumpleaños.

La traición en el rostro de Edward es evidente. Mira de Ronald a Callie, a mí, y finalmente a Travis, que ahora está parado, recuperando el aliento, pero con los puños aún cerrados. Derrotado, Edward escupe en el suelo, lanza una última mirada de puro odio en mi dirección y sale cojeando por la puerta principal.

En cuanto se va, el silencio cae sobre nosotros, pesado e incómodo.

Travis se gira hacia mí, la furia en su rostro sustituida por una preocupación abrumadora. Da un paso en mi dirección.

—¿Te hizo daño? ¿Sientes algo?

—No —susurro, negando con la cabeza—. Estoy bien.

Ronald se acerca, colocando la mano en el hombro de Travis.

—Tío, tienes que calmarte. Tu mano está sangrando.

Miro la mano de Travis. Los nudillos de sus dedos están despellejados y empezando a hincharse. Él ni parece notarlo. Sus ojos están fijos en mí, llenos de una mezcla de alivio, culpa y una furia protectora que me deja sin aliento.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta, con la voz ronca.

—Sí, un poco asustada —respondo, mi voz temblorosa—. Tenías razón. Siento mucho no haberte creído.

—No. No te disculpes. La culpa no es tuya. La culpa es solo de él.

Aún temblando, tomo sus manos.

—¿Tienes un botiquín de primeros auxilios? —le pregunto a él, que tiene una mirada cuidadosa hacia mí—. Necesito curar esas heridas tuyas.

—Voy a buscarlo, Savannah —Mary me toca el hombro y pasa por nuestro lado, hacia las escaleras.

—Ronald, querido —lo llama mi madre—. ¿Puedes ir a la barbacoa? Se quedó encendida y sola.

Él asiente y nos mira con un resquicio de culpa.

—Perdón, chicos. Por todo esto, si hubiera sabido que haría algo así...

—No hace falta que te disculpes —digo negando con la cabeza. Travis pasa el brazo por mi cintura—. No teníais forma de saberlo.

Callie, que aún sostiene a Hope, abraza a su prometido y va con él hacia el patio trasero. Mary vuelve y me entrega el botiquín. Voy con Travis a la cocina y hago que se siente frente a mí, me quedo entre sus piernas abiertas.

Mientras curo las heridas de su mano, mi mente procesa lo que acaba de suceder. El terror de ser agarrada, la fuerza sorprendente de Travis, la lealtad de Ronald. Todo gira en mi cabeza. Travis no estaba siendo celoso.

Estaba siendo protector.

Vio una amenaza que yo, en mi terquedad y desconfianza, me negué a ver. Me protegió. Luchó por mí. No como un hombre posesivo luchando por su propiedad, sino como un hombre luchando por la seguridad de la mujer que ama y de la madre de su hija.

La muralla final que mantenía alrededor de mi corazón, la última barrera de resentimiento y orgullo, se desmorona. Se transforma en polvo.

No hay más lucha. No hay más guerra interna. Lo amo. Y confío en él, y él confía en mí. La percepción es tan simple y tan abrumadora que me deja sin aliento.

—Acepto —murmuro, haciéndolo mirarme confundido—. Casarme contigo.

Travis sonríe, pero luego frunce el ceño.

—¿Estás segura? —indaga y yo asiento—. ¿Ya la semana que viene?

—Hasta mañana, si quieres.

Él suelta una risa, ronca, emocionada, y me atrae a su regazo con el brazo bueno. Me envuelve con el cuerpo entero, como si quisiera guardarme allí para siempre.

Capítulo 25



Travis

La noche cae sobre la granja, trayendo consigo una paz que no sentía desde hace mucho tiempo. El caos de la tarde se ha disipado, dejando atrás una claridad bienvenida. Edward se ha ido. Y Savannah está a salvo. Es todo lo que importa.

Después del incidente, un nuevo entendimiento se instaló entre nosotros. No necesitamos palabras. La veo observándome, sus ojos castaños ya no llenos de desconfianza, sino de una nueva y vacilante suavidad. Su muralla ha caído. Y es mi trabajo asegurar que nunca más necesite levantarla.

Es hora de cumplir mi promesa. Es hora de nuestra primera cita, y al final de ella pretendo hacer una petición formal. Al fin y al cabo, ella ya aceptó ser mía de nuevo.

Me doy una ducha, me afeito con cuidado. Elijo mi ropa con la misma atención que dedicaría a una presentación importante. Pantalones vaqueros oscuros, los mejores que tengo. Botas de cuero nuevas, pulidas hasta brillar. Y una camisa social negra, de lino, que sé que siempre le gustó. Me pongo mi sombrero de cowboy, sintiéndome más yo mismo, más completo.

El último toque. De dentro de mi cajón de calcetines, saco dos pequeñas cajas de terciopelo. Una rectangular negra y otra

cuadrada. La segunda la guardo dentro del bolsillo y la más grande me quedo sosteniéndola. Respiro hondo y salgo de la habitación.

La puerta de la habitación que ella comparte con nuestra hija está entreabierta. Ella está de espaldas a mí, frente al espejo, usando el vestido verde esmeralda que compró hoy. Verla me roba el aliento. El vestido abraza sus curvas perfectamente, dejando sus hombros desnudos. Se está poniendo perfume en el cuello, y la escena es tan increíblemente íntima y sexy que necesito afirmarme en el marco de la puerta.

Ella me ve por el espejo y sonríe. Una sonrisa genuina, abierta, que ilumina toda la habitación.

—Guau —es todo lo que consigo decir al acercarme.

—Guau, tú también —responde ella, girándose para mirarme.

Me acerco a ella, parándome justo enfrente. Me inclino y beso la piel suave de su cuello, exactamente donde se puso el perfume. Su olor me inunda, dulce y adictivo. La siento temblar en mis brazos.

—Tengo una cosa para ti —susurro contra su piel.

Me alejo y muestro la caja de terciopelo. Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa.

—Travis...

—Solo ábrela.

Con los dedos ligeramente temblorosos, abre la caja. Dentro, anidado en el terciopelo, hay un collar de oro blanco delicado, con un único diamante solitario, brillando bajo la luz de la habitación.

—Oh, Dios mío. Es hermoso. Pero no tenías que gastar en algo así...

—Shhh —la interrumpo, poniendo un dedo en sus labios—. Te mereces esto. Te mereces todo lo que yo pueda ofrecer. Y mucho más.

Tomo el collar de la caja y le pido que se dé la vuelta. Con cuidado, aparto su cabello y abrocho el collar en su cuello. La piedra de diamante reposa perfectamente en la cavidad de su clavícula. Cuando se gira de vuelta hacia mí, intento besarla en los labios, pero ella pone la mano en mi pecho, deteniéndome.

—Mi pintalabios —dice, con una sonrisa juguetona—. Me lo acabo de poner.

Me río.

—Solo un besito. Por favor.

Ella cede, y el besito rápido que intercambiamos está lleno de promesas y de una ligereza que no sabía que aún podíamos tener. Bajamos las escaleras cogidos de la mano. La Sra. Harper está en la sala con Hope en su regazo, que bebe su biberón, con los ojitos azules soñolientos.

—¡Oh, cielo santo! —dice la Sra. Harper al vernos—. Vosotros dos estáis deslumbrantes. Divertíos, chicos. Y no os preocupéis. La abuela se encarga de todo aquí.

Beso la frente de Hope, y Savannah hace lo mismo. Salir de casa, aunque sea por unas horas, y saber que nuestra hija está segura y amada, es una sensación nueva y maravillosa.

La llevo a "La Stella", un restaurante italiano elegante en el centro de la ciudad. Es el lugar de nuestra primera cita oficial. El lugar donde, meses después, le pedí matrimonio. Volver aquí es una declaración.

El maître nos saluda por nuestro nombre y nos lleva a "nuestra" mesa, la misma de siempre, en un rincón aislado cerca de la ventana.

—Te acordaste —dice ella, con voz suave, mientras se sienta.

—Me acuerdo de todo, Savannah —respondo, y es la más pura verdad.

Pedimos la cena, y una botella del mismo vino que bebimos la noche en que le pedí matrimonio. La conversación fluye fácilmente, como si el tiempo no hubiera pasado. Pero pasó, y hay cosas que necesitan ser dichas.

—Sabes —comienza, girando el vino en su copa—. Lo que pasó hoy... con Edward. Tu reacción. La confianza que depositaste en mí... fue importante para mi decisión de estar aquí esta noche.

La miro fijamente, escuchando atentamente.

—El antiguo Travis —continúa, una pequeña sonrisa triste en sus labios—. Me habría culpado. Habría dicho que yo lo provoqué de alguna forma, que no debería haber ido al almuerzo. Habría encontrado una manera de transformar su agresión en un fallo mío.

La verdad en sus palabras me golpea. Yo era ese hombre.

—Soy un hombre nuevo, Savannah. Porque estar sin ti me forzó a mirar al espejo y no gustarme lo que vi. Era arrogante, posesivo, inseguro. Perderte me hizo madurar de una forma que necesitaba desesperadamente.

Extiendo la mano sobre la mesa y tomo la suya.

—No quiero ser aquel hombre nunca más. Solo quiero ser el hombre que te hace feliz. El hombre que te hace sentir segura.

Ella aprieta mi mano.

—Estás en el camino correcto.

El resto de la cena es ligero. Hablamos sobre Hope, sobre su trabajo en la librería. Evitamos los temas pesados. Esta noche no es sobre el pasado. Es sobre el presente. Es sobre recordarnos lo bueno que es simplemente estar en compañía el uno del otro. Ella termina de comer y me sonríe. Suelto un suspiro totalmente enamorado, la pregunta sigue rondando mi mente. Savannah es una mujer increíble, una madre ejemplar y saber que me dio una nueva oportunidad, me hace tener la certeza de que soy el hombre más afortunado del mundo.

El camarero se acerca para retirar nuestros platos.

—¿Les gustaría ver la carta de postres? —pregunta.

—Sí, por favor —responde Savannah, sonriendo.

Pero antes de que el camarero pueda darse la vuelta, lo interrumpo.

—Un momento, por favor.

Él asiente y se aleja discretamente. Savannah me mira, confundida.

Mi corazón está latiendo en mi garganta, mis manos están sudando y me siento un adolescente. Pero estar aquí, en este lugar, con ella sonriéndome, con la luz de las velas bailando en sus ojos...

no puedo esperar. No quiero esperar ni un segundo más para empezar el resto de nuestra vida.

Me aclaro la garganta, y me froto las manos en el pantalón.

—Savannah...

—¿Travis? ¿Estás bien? Te has puesto pálido.

Ignoro su pregunta y meto la mano en el bolsillo de mi pantalón. Saco de allí la pequeña caja de terciopelo. Los ojos de Savannah se abren de par en par cuando ve la caja. Su mano vuela hacia su boca.

—Travis, ¿qué...?

No digo nada. Solo me levanto de mi silla. Rodeo la mesa y, allí mismo, en el suelo del restaurante elegante, me arrodillo frente a ella.

La sala a nuestro alrededor parece desaparecer. El murmullo de las otras mesas, la música suave... todo se desvanece. Solo existe ella.

Abro la caja. El anillo de compromiso, el mismo que ella dejó atrás en mi mesilla de noche, brilla bajo las luces del restaurante.

—Savannah Harper —comienzo, mi voz ronca por una emoción tan abrumadora que apenas consigo hablar—. Hace un año, cinco meses y algunos días, rompí tu confianza, tu corazón y el mío propio. Fui un tonto, ciego y orgulloso. Y no hay un día que pase que no me arrepienta de aquel momento. —Lágrimas se forman en mis ojos, pero no me importa—. Te dije que te iba a reconquistar. Pero la verdad es que nunca dejé de ser tuyo. Mi corazón siempre fue tuyo, incluso cuando estaba demasiado roto para admitirlo.

Respiro hondo, mi mirada fija en la suya.

—Me diste a la hija más hermosa del mundo. Me mostraste lo que es la fuerza de verdad. Y ahora... te estoy pidiendo que me des el mayor honor de mi vida, de nuevo. Juro, por mi vida y por la de nuestra hija, que pasaré cada segundo que me queda haciéndote feliz, protegiéndote y probando que soy digno de tu amor. Savannah... ¿te casas conmigo? Por favor, sé mi esposa.

Las lágrimas que ella estaba conteniendo ahora corren libremente por su rostro. No son lágrimas de dolor. Son de alegría. Ella asiente con la cabeza, incapaz de hablar, un sollozo feliz escapando de sus labios.

—Sí —susurra, la palabra que yo más ansiaba oír—. Sí, Travis. ¡Sí!

Con las manos temblando, saco el anillo de la caja y lo deslizo en su dedo. Pertenece a este lugar. Siempre perteneció.

Me levanto, y ella se lanza a mis brazos. La beso. Un beso profundo, desesperado, lleno de alivio, alegría y la promesa de un millón de mañanas.

Es solo entonces cuando notamos el sonido.

Aplausos.

El restaurante entero está de pie, aplaudiendo. El maître, los camareros, los otros clientes. Todos ellos presenciaron nuestro momento, y están celebrando con nosotros. Savannah entierra el rostro sonrojado en mi pecho, riendo en medio de las lágrimas.

La sostengo con fuerza. Lo logramos. Pasamos por la tormenta. Y ahora, del otro lado, no hay nada más que un cielo azul y la promesa de un futuro. Juntos. Para siempre.

La ola de aplausos eventualmente disminuye, y nos sentamos nuevamente, riendo, las manos entrelazadas sobre la mesa, incapaces de dejar de mirarnos. El camarero nos trae dos copas de champán por cuenta de la casa, y brindamos. No por el pasado, sino por nuestro nuevo comienzo.

Decidimos saltarnos el postre.

—Tengo un lugar al que llevarte —digo, una sonrisa misteriosa en los labios.

Pago la cuenta y la guío fuera del restaurante, de vuelta a la camioneta. No conduzco de vuelta a la granja. En vez de eso, tomo una carretera secundaria que sube hacia las colinas que rodean la ciudad.

—¿A dónde vamos? —pregunta ella, con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Ya verás.

Conduzco hasta un mirador que descubrí hace algunos años. Es un lugar aislado, una pequeña meseta con vistas a todo el valle. Las luces de Dallas y de las ciudades vecinas brillan bajo nosotros como una alfombra de diamantes caídos. Arriba, el cielo está increíblemente claro, la Vía Láctea una pincelada de tiza contra el terciopelo negro.

Apago el motor y la camioneta queda en silencio, excepto por el sonido suave de los grillos.

—Travis, es hermoso —susurra, maravillada.

Salimos de la camioneta y la llevo hasta el borde del mirador. El aire de la noche es fresco y limpio. La envuelvo por detrás, mis brazos alrededor de su cintura, la barbilla apoyada en su hombro. Ella se inclina contra mí, su cuerpo relajado y confiado en el mío.

—Solía venir aquí —admito, en voz baja—. En las noches malas. Cuando la casa se quedaba demasiado silenciosa. Miraba todas aquellas luces y me preguntaba en cuál de ellas estarías tú.

Siento un sollozo silencioso sacudir su cuerpo. Gira el rostro y me besa suavemente.

—Ya no estoy allá. Estoy aquí —dice.

Nos quedamos allí por un largo tiempo, solo mirando las estrellas, sintiendo la presencia el uno del otro. La paz entre nosotros es algo que pensé que nunca más sentiría.

—Entonces... —comienza ella, la voz un poco vacilante—. ¿Qué pasa ahora? ¿Con tu plan de reconquistarme?
Me río.

—Creo que me salté algunas etapas.

—Solo algunas —bromea ella—. Pero todavía necesitamos hablar sobre el futuro. De verdad.

La giro en mis brazos para que quede frente a mí, mis manos en su cintura.

—Podemos hacer lo que tú quieras, Savannah. Hablé en serio sobre eso. Si quieres volver a Portland, voy contigo. Puedo conseguir

un empleo en cualquier gran hospital de allí. La OHSU tiene un programa cardíaco excelente.

—Pero... ¿y tu posición aquí? Eres el jefe del departamento. ¿Y la granja?

—El cargo es solo un título. Y la granja es solo tierra. No significan nada sin ti y sin Hope. Puedo venderlo todo. Podemos usar el dinero para empezar de nuevo, donde te sientas segura y feliz. Puedo incluso abrir mi propia consulta, o un pequeño hospital pediátrico. Podemos construir algo nuestro, juntos. La única cosa que importa es que estemos juntos.

Ella me mira fijamente, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. La enormidad de lo que estoy ofreciendo, de lo que estoy dispuesto a sacrificar, está clara en su rostro.

—Yo... yo no sé si puedo pedirte que hagas eso, Travis.

—No lo estás pidiendo —digo, acariciando su mejilla—. Yo lo estoy ofreciendo. Yo lo estoy suplicando. Déjame darte el mundo, Savannah. Porque tú y Hope sois el mío.

Se acurruca en mi pecho, y la sostengo con fuerza.

—Todo esto parece un sueño —murmura.

Beso su cuello, mientras mis manos bajan por su cuerpo.

—Tenerte en mis brazos es un sueño —murmuro contra la piel de su cuello, sintiendo el escalofrío que recorre su cuerpo.

Savannah levanta el rostro y nuestros ojos se encuentran en medio de aquella inmensidad oscura, con las luces de Dallas parpadeando a lo lejos como testigos silenciosos. Sus ojos están húmedos, pero firmes. Llenos de todo lo que ella es: fuerza, coraje, y ahora... amor.

No necesita decir nada. La conozco. Conozco cada silencio suyo.

Pero cuando lleva las manos a mi camisa y comienza a abrirla con lentitud, como si me estuviera desnudando capa por capa —no solo de la ropa, sino de todo lo que nos hirió—, casi olvido cómo se respira.

—¿Quieres hacerlo aquí y ahora?

Savannah asiente y comienza a empujarme, hasta que mi espalda choca contra el lateral de la camioneta y me río por lo bajo, el sonido escapando entre los dientes.

La beso con más hambre ahora, sin gentileza, sin control. Mis dedos se pierden en sus cabellos mientras su mano baja entre nosotros, osada, confiada. Cuando siento su toque sobre mi verga cubierta, aprieto los ojos, intentando mantener el control que, francamente, ya se fue al infierno.

—Travis... —mi nombre susurrado por ella me desarma—. Te necesito tanto.

Mis manos se deslizan por debajo de la falda del vestido, encontrando piel caliente y deseo. Ella gime bajito cuando mi boca encuentra su cuello nuevamente, marcando, reverenciando, reclamando.

Sutilmente, me empuja, un gesto firme, pero lleno de dulzura. Sus ojos están brillando con algo que va más allá de la lujuria —es entrega, es confianza, es amor descarado. Y entonces, sin decir una palabra, Savannah se agacha delante de mí.

El aire parece escaparse de mis pulmones.

La visión de ella allí, agachada, completamente mía, me golpea como un impacto en el pecho. Mis dedos se cierran en puños a los lados del cuerpo, luchando contra el impulso de tirar de ella con fuerza y tomarla allí mismo. Pero no me muevo. Porque todo en ella exige reverencia.

Ella no se está sometiendo.

Ella está al mando.

Y la dejo. Porque sé el poder que tiene sobre mí —y porque no existe nada en lo que confíe más que en ella.

—Savannah... —su nombre sale en un susurro ronco, casi un lamento—. Me vas a destruir.

Ella sonríe, lenta, maliciosa, los ojos presos en los míos como si supiera exactamente lo que está haciendo conmigo. Y lo sabe. Siempre lo supo.

Sus manos tocan mi cintura, bajando despacio hasta el borde de mi

pantalón. Deshace el cinturón y lo baja con cuidado, como quien desenvuelve algo precioso. Cuando mi verga salta a la libertad, ella se muerde el labio inferior y suelta un suspiro bajo, hambriento.

—Amo verte así —dice, y su voz carga una mezcla de deseo y admiración que me hace estremecer.

—¿Así cómo? —pregunto, con dificultad, mi voz más grave que nunca.

—A mi merced.

Y entonces se inclina, lenta, sus labios rozando la piel sensible. El primer toque es suave, casi un beso de cariño. Pero cuando abre la boca y me recibe... pierdo completamente el suelo.

Mi cabeza cae hacia atrás, los ojos se cierran, y un gemido bajo escapa de mi garganta. Me agarro al borde de la camioneta con fuerza, sintiendo cada movimiento de su boca como un rayo corriendo por mi espalda.

—Mierda, Savannah... —gruño, las caderas moviéndose instintivamente, pero sin prisa—. Eres perfecta...

Ella gime en respuesta, vibrando contra mí, y es el sonido más indecente y bello que he oído jamás.

La noche es fría, pero mi piel quema.

Ella me engulle al límite con la boca, con la lengua, con los ojos. Y lo más enloquecedor es saber que no es solo placer. Es amor. Es entrega. Es ella mostrándome, de la forma más intensa posible, que está de vuelta.

Y que nunca más se irá.

Me apoyo con fuerza en la camioneta, el metal frío contra mi espalda contrastando con el calor ardiente que ella provoca en mí. Cada movimiento de la boca de Savannah es una tortura deliciosa, lenta y precisa, como si conociera cada milímetro de mi cuerpo, como si estuviera decidida a romperme de la mejor forma posible.

—Joder, Savannah... —mi voz falla, gutural, arrastrada—. No tienes idea de lo que esto me hace.

Pero lo hace. Ella lo sabe. Me mira desde abajo, con los ojos clavados en los míos, y esa mirada llena de posesión, ternura y

lujuria me destruye.

Mi mano va hasta su cabello, acariciando, sujetando con cuidado, pero no imponiendo —no quiero interrumpir, no puedo. Ella dicta el ritmo, y yo la dejo. Lo entrego todo.

La presión crece en el fondo de mi vientre, caliente, insoportable, un nudo de placer y reverencia formándose con cada estocada de su boca, con cada gemido ahogado que ella suelta, como si estuviera tan entregada como yo.

—Carajo... eres perfecta —gruño, el control escurriéndose por los dedos—. Eso... así... no pares...

Mi cadera se mueve involuntariamente, y ella me recibe con aún más hambre, más profundo. El sonido húmedo, la lengua jugando en la medida justa, el cariño con el que me consume... es demasiado. Es todo.

Y entonces, cuando succiona con más fuerza y gime de nuevo, como si me estuviera sintiendo con el alma, mi cuerpo entero tiembla.

—Savannah, yo... —aviso entre dientes, la respiración rasgando el pecho—. Me voy a...

Pero ella no para.

Me sujeta con más firmeza, los ojos aún presos en los míos, decidida a llevarme hasta el final. Y voy.

Con un gemido ronco, posesivo, que resuena en la noche vacía, me corro. Me corro en sus labios y gimo cuando veo que ella traga sin resquicios de asco. Sino de placer.

Me quedo allí, sin aire, con la cabeza colgando hacia adelante, el corazón disparado, el cuerpo temblando. Las manos van hasta su rostro, sujetándola con adoración.

—Tú eres todo —susurro, la voz trémula de verdad—. Mi mundo entero. Mi hogar.

Ella sonríe, los labios manchados, los ojos brillando como si supiera que acaba de destruirme —y reconstruirme al mismo tiempo.

La levanto con delicadeza, sin prisa, y la beso como si mi vida dependiera de ello. Porque depende.

Mis brazos la envuelven por la cintura, y con ella pegada a mí, voy tanteando a ciegas el lateral de la camioneta hasta encontrar la parte de atrás. No suelto sus labios ni por un segundo. Mi cuerpo aún está en combustión. Pero lo que me consume ahora no es solo el hambre física —es la urgencia de tenerla entera, allí, bajo las estrellas, donde nadie más existe aparte de nosotros.

Subo con cuidado a la parte trasera, el metal cruje bajo mis pies, y Savannah ríe bajito, esa risa que solo ella tiene —dulce, íntima, provocadora. Entonces, sin ceremonia, se tumba. El vestido se extiende alrededor de sus piernas como un marco vivo, y ella no parece importarle ni un poco si se está ensuciando o no.

Porque está entregada.

—Eres demasiado hermosa, mujer —murmuro, arrodillándome entre sus piernas—. Esto debería ser ilegal.

—Entonces detenme —provoca, mordiendo el labio inferior, los ojos encendidos.

—Con placer —respondo, y mi boca baja a su cuello, dejando besos que se vuelven demasiado lentos, demasiado profundos. Porque ahora no tengo prisa. Quiero memorizar cada parte de ella, como si pudiera tatuarla bajo mi piel.

Mis manos pasean por sus muslos expuestos, subiendo despacio, sintiendo cada escalofrío que intenta esconder. Ella gime mi nombre bajito, y yo sonrío contra su piel.

—¿Tienes idea de lo que me haces, Savannah?

Ella pasa los dedos por mi cabello, tirando levemente, como respuesta. Entonces me mira con aquella intensidad que siempre me desarma.

—Quiero ser tuya, Travis. Aquí. Ahora. De verdad.

No necesito nada más.

Me inclino sobre ella, y guío mi erección hasta su apertura, no es solo el cuerpo el que siente. Es todo. Es alma. Es cicatriz encontrando cura. Es deseo y amor latiendo al mismo compás.

Me muevo dentro de ella despacio al principio, casi en reverencia. Pero ella me atrae con más fuerza, las caderas

arqueándose, pidiendo más, pidiendo todo. Y yo se lo doy. Con cada embestida, con cada susurro en el oído, con cada toque que la hace perderse, lo doy todo.

El cielo está sobre nosotros, silencioso, como si estuviera guardando aquel momento.

Y cuando ella llega al clímax en mis brazos, diciendo mi nombre como si fuera sagrado, yo voy con ella. De nuevo. Pero esta vez, con el corazón entero.

Capítulo 26



Savannah

La luz de la mañana entra por la ventana de nuestra habitación, pintando rayas doradas sobre las sábanas blancas. Me despierto con una sensación de calor y peso reconfortante en mi espalda. Un brazo fuerte está echado sobre mi cintura, y el sonido de la respiración profunda y regular de Travis está cerca de mi oído.

Abro los ojos y sonrío. Esta se ha convertido en mi nueva normalidad. Despertar en sus brazos.

Siento un beso en mi hombro.

—Buenos días, mi ángel —susurra, la voz ronca de sueño.

—Buenos días —respondo, girando la cabeza para mirarlo.

Sus ojos azules, ahora desprovistos de las sombras que los asediaron durante tanto tiempo, me miran con una adoración que aún me deja sin aliento. Nuestros días han sido así desde la petición de matrimonio en el restaurante. Un redescubrimiento constante. Nuestras noches... nuestras noches son una mezcla de pasión y curación. Él me ama con una ternura que yo no sabía que poseía, como si estuviera intentando arreglar cada pedazo roto de mí con sus besos, con su tacto.

Intento salir de la cama, pero él me lo impide.

—No te vayas —murmura, besando mi cuello mientras sus manos comienzan a explorar mi cuerpo bajo el edredón.

Me río, girándome boca abajo. Abrazo la almohada solitaria a mi lado, mis pechos en contacto con lo suave.

—Travis, tenemos que levantarnos. Hope ya debe estar despertándose.

—Va a ser rapidito —gruñe, subiéndose encima de mí, su peso caliente y familiar atrapándome en el colchón. Se apoya en sus codos, su pecho desnudo rozando mi espalda—. Te necesito.

Y yo lo quiero. Siempre lo quiero. La vida en la granja en los últimos días ha sido casi perfecta. Un sueño del cual tengo miedo de despertar. Travis es el padre que muy en el fondo, siempre supe que sería —atento, presente, enamorado de Hope. Y es el prometido de los sueños, tratándome como una pieza de porcelana preciosa. Me estoy permitiendo ser feliz. Me estoy permitiendo confiar.

La única nube en el horizonte es la partida inminente de mi madre. Tuvo que volver a Portland para entregar las llaves de nuestro antiguo apartamento y finalizar nuestra mudanza. Decidimos que por ahora, nos quedaríamos allí, hasta que decidamos cuál es nuestro destino. No voy a negar que eso me trae mucha ansiedad, pero felicidad también.

Al sentir el brazo pasar por debajo de mí, e inclinarme sobre la cama, me saca una sonrisa. Sin que él necesite pedirlo, abro más mis piernas y siento los dedos acariciar mi intimidad. Suelto un gemido bajo, y sonrío en medio de él, cuando Travis me penetra lentamente por completo.

La sensación de conseguir mantenerlo así... es indescriptible.

Es poder.

Es pertenencia.

Es amor vestido de deseo.

Travis encaja en mí como si nuestros cuerpos hubieran sido hechos el uno para el otro. Y quizás lo hayan sido. Porque cuando me penetra por completo, con lentitud, con reverencia, siento que todo dentro de mí se aquieta.

Mis brazos se estiran en el colchón, mientras él comienza a moverse con firmeza, pero sin prisa. Su cuerpo sobre el mío es

refugio y huracán. Su respiración golpea contra mi cuello, caliente e irregular, y yo me arqueo para recibirlo aún más profundo, queriendo todo —la piel, el alma, el hombre entero.

—Savannah... —susurra contra mi oído, como una plegaria o una advertencia.

Sonrío, aunque esté gimiendo, aunque sienta mis piernas ya temblorosas alrededor de su cintura. Porque en ese momento, soy solo suya. Y él es mío.

—No pares —pido, mi voz entrecortada—. Quédate así... conmigo...

Él gime bajo y obedece, acelerando los movimientos. Cada embestida me lleva más alto, más profundo, y cuando sujeta mi rostro con las dos manos, forzándome a mirarlo mientras me posee, sé que este hombre no vino solo para amarme.

Vino para reconstruirme.

—Te amo —dice, con los ojos ardiendo, y siento cada palabra entrar en mí como algo caliente, cierto, eterno—. Nunca más voy a dejar que dudes de eso.

Mis manos suben hasta su rostro, y lo beso como quien sella un pacto.

—Entonces ámame —susurro contra sus labios—. Hasta que olvide cómo era vivir sin esto.

Él me obedece.

Sujetando mi cintura con firmeza, los dedos presionando mi piel como si quisiera marcarme de nuevo, acelera los movimientos, las estocadas volviéndose más intensas, más profundas. Mis gemidos se mezclan con el sonido ahogado de la almohada que muerdo para contener el grito —porque cada vez que él me alcanza allá en el fondo, mi cuerpo entero vibra.

Es avasallador.

Siento todo. Cada centímetro de él. Cada estocada cargada de urgencia, de amor, de promesa.

Mi piel quema, mi cuerpo se arquea, y no quiero que pare.

Él se curva sobre mí, su boca pegada a mi nuca, y su voz llega baja, ronca, cargada de deseo:

—Voy a correrme bien profundo en ti... ¿está bien?

La pregunta susurrada quema en mi piel como una promesa — no solo de placer, sino de pertenencia. E incluso con el cuerpo tembloroso, ya al borde del colapso, consigo responder con un gemido ahogado y un movimiento de mi cadera, ofreciendo todo lo que él pide. Todo lo que siempre tuvo.

—Sí... —susurro, sin pensar, sin dudar—. Quiero eso. Te quiero a ti.

Él gime mi nombre como si le hubiera acabado de dar el mundo. Y quizás lo haya hecho.

Las estocadas se vuelven más urgentes, más profundas. El calor entre nosotros se intensifica, el sonido de nuestros cuerpos encontrándose llenando la habitación. Mi cuerpo aún pulsa después de mi propio clímax, y cada movimiento suyo me hace estremecer otra vez.

Y entonces él se entrega.

Siento cuando su cuerpo se tensa sobre el mío, el sonido ronco que escapa de su garganta mientras se deshace, de la forma más íntima posible, dentro de mí. Entierra el rostro en mi cuello, jadeando contra mi piel, sus dedos apretando mi cintura como si me anclasen a la realidad.

Nos quedamos así. Unidos. Silenciosos.

Hasta que el mundo parezca volver a girar.

Él se mueve despacio, sin apartarse de mí de inmediato, y besa mis hombros con cariño. Siento el peso de su cuerpo relajarse poco a poco, y una sonrisa involuntaria surge en mis labios.

Porque allí, en aquel instante, no hay dudas.

Soy suya.

Y él es mío.

Por completo.

Siento un beso caliente y demorado ser depositado en mi cuello, arrancándome un escalofrío delicioso. Justo después, Travis se tira

hacia un lado de la cama, como si hubiera sido golpeado por una fuerza mayor que él —y, honestamente, quizás lo haya sido. Nosotros.

Giro perezosamente el rostro hacia él, apoyando la mejilla en la almohada, y sonrío al verlo allí, completamente entregado, respirando como si hubiera corrido una maratón.

Su pecho sube y baja, los ojos cerrados, el cabello desordenado y húmedo en la frente. Hay algo tan íntimo, tan vulnerable en aquella imagen que mi corazón se encoge en el pecho.

Él siente mi mirada y sonríe de lado, aún con los ojos cerrados.

—Muy bueno despertar así todos los días —avisa presuntuoso—. ¿Baño juntos?

Sonrío, y cuando voy a responder, el llanto de Hope nos llama la atención y casi al mismo tiempo, su móvil suena. Me levanto, y tomo una camiseta suya tirada en el suelo. Me la pongo mientras lo observo ponerse de pie rápidamente, el semblante serio.

—Llego allí en cinco minutos.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

—Evans necesita mi ayuda con un paciente —avisa y corre hacia el baño—. Nuestro rapidito va a tener que esperar.

Asiento con una pequeña sonrisa y voy hacia la habitación de Hope. En cuanto entro, camino rápidamente hacia ella. La cojo y deposito un beso en su mejilla.

—¿Qué pasa, mi amor? Mamá está aquí.

La mezo en los brazos por algunos minutos hasta que se calma.

—Me voy, pero vuelvo enseguida —dice él, viniendo hacia nosotras—. Cerrad todo. Mary fue a la ciudad para un examen, así que os quedaréis solas por unas horas.

—Estaremos bien.

Me besa los labios y la cabeza de Hope.

Después de que se va, le doy el pecho a Hope y luego espero unos minutos para darle un baño. Con ella limpita, es mi turno de darme una ducha y despertar del todo. Me pongo unos pantalones cortos, una camiseta lisa y me quedo descalza. En la cocina, pongo a

Hope en su sillita y me hago el desayuno. Después de comer y poner la cocina mínimamente en orden, me quedo parada por un momento, analizando qué puedo hacer para pasar el tiempo. La mañana aún está empezando, y Hope está de buen humor, sentada en su sillita, mientras mordisquea el juguete de silicona.

Es ahí cuando me viene a la mente una idea simple, pero llena de intención: tarta de chocolate.

—A tu papá le encanta la tarta de chocolate —digo en voz alta, mientras abro la nevera y compruebo los ingredientes. Me giro hacia Hope, que me observa con atención y una sonrisa babeada—. Sí, mi amor. Tu papá.

—Pa-pá —balbucea ella con entusiasmo.

Me congelo por un segundo, sorprendida.

—¿Qué? —pregunto, riendo, y me acerco a ella. Me arrodillo a su lado y beso su mejilla rosada—. Tu primera palabra no puede ser "pa-pá". Tiene que ser "mamá". Mama, mi amor.

Ella me mira con esos ojos absurdamente azules —los mismos con los que me despierto y en los que me pierdo todos los días— y abre una sonrisa desdentada.

—¡Pa-pá!

Suelto una risa indignada, medio en broma, medio genuinamente afectada por el golpe.

—¿Estás sacando el lado de tu padre, es eso? ¿Vas a traicionar a mamá justo con la primera palabra?

Ella da palmaditas, riendo también, como si se estuviera divirtiendo con su propia osadía.

—Está bien, pequeña traidora —murmuro, levantándome y volviendo a la encimera—. Pero él va a oír esto y va a andar creyéndose mucho el resto del día.

Abro los ingredientes y empiezo a separar las cosas para la tarta, mientras Hope balbucea algunas sílabas más, juega con el juguete babeado y me lanza sonrisas de vez en cuando, como si supiera que ya se ha ganado mi corazón —de nuevo.

Y se lo ganó de verdad.

Allí, entre una receta sencilla y la voz inocente de mi hija, siento ese tipo raro de felicidad silenciosa. Aquel tipo que no grita, que no necesita probar nada a nadie. Solo existe.



A la hora del almuerzo, Travis me llama y me avisa que tardará un poco más en llegar a casa. Y lo entiendo. Recuerdo cómo fue estar en el hospital con Hope y solo de imaginar a otra persona pasando por eso siento una opresión en el pecho. Termino la papilla de Hope y me siento en la silla para darle de comer. Mi mirada se dirige al mono que lleva puesto, más específicamente donde está la cirugía. Cada vez que le hago la cura, tengo miedo de lastimarla, pero todo marcha bien.

Después de unas horas, llevo a Hope al jardín trasero. El sol está cálido, y extiendo una manta grande en el césped, bajo la sombra del roble. Esparzo sus juguetes y jugamos, sus risas resonando por el aire tranquilo. Es idílico. Perfecto.

Es por eso que, cuando oigo el ruido, suena tan fuera de lugar.

Es el sonido de una rama rompiéndose en el bosque que rodea la propiedad, un poco más allá de la cerca de madera donde hay algunos bueyes.

Me detengo, con el cuerpo entero tenso. Probablemente sea solo un ciervo, u otro animal salvaje. Pero me mantengo alerta, con mis sentidos agudizados. Finjo seguir jugando con Hope, pero mis ojos barren la línea de los árboles.

Y entonces lo veo.

Mi corazón se detiene.

Es Edward. Está parado allí, parcialmente escondido por un árbol, a unos cincuenta metros de distancia. Simplemente parado. Observándonos.

La sangre se me hiela en las venas. Los recuerdos del día de la barbacoa me inundan. Él agarrándome. El terror. Travis golpeándolo. La furia en sus ojos. La furia en los ojos de Edward cuando Ronald lo echó.

No debería estar aquí. No tiene derecho a estar aquí. ¿Quiere asustarme?

Mi primera reacción es gritar. Pero lo sofoco. No quiero que sepa que lo he visto. No quiero provocarlo. Mi único pensamiento es Hope. Necesito ponerla a salvo.

Con movimientos que intento mantener tranquilos y deliberados, comienzo a recoger los juguetes.

—Vamos a entrar, mi amor. Está haciendo un poco de calor aquí fuera —le digo a Hope, mi voz sorprendentemente estable.

La tomo en brazos, agarro la manta y camino, sin correr, de vuelta a la casa. Cada paso es una agonía. Siento sus ojos en mi espalda. Siento la amenaza.

En cuanto entro en casa, cierro la puerta trasera con llave. Corro por la casa, verificando cada ventana, cada puerta, cerrando todo. Mi corazón está martilleando contra mis costillas con tanta fuerza que duele.

Con Hope segura en mis brazos, subo las escaleras corriendo y nos encierro en mi habitación. Voy hasta la ventana que da a la parte trasera. Espío por la cortina. Ya no está allí. Ha desaparecido. Pero eso no me calma. Al contrario, me aterroriza. ¿Dónde está?

Mis manos tiemblan tanto que apenas consigo sostener el móvil. Encuentro el nombre de Travis en mis contactos y llamo.

Contesta al segundo tono.

—¿Savannah? ¿Ha pasado algo?

—Él está aquí —susurro, la voz rota por el pánico.

—¿Quién está ahí? Savannah, háblame.

—Edward. Estaba en el bosque, observándonos. Travis, tengo tanto miedo.

Oigo un ruido al otro lado de la línea, el sonido de cosas siendo arrojadas, seguido por una maldición ahogada.

—*Savannah, escúchame* —la voz de Travis vuelve, ahora afilada, enfocada, la voz del médico en una crisis—. *¿Cerraste las puertas con llave?*

—Sí, todas.

— *Bien. Quédate en la habitación. Cierra la puerta de la habitación con llave. No salgas por nada. Estoy en camino. Voy a llamar a la policía y llego ahí en diez minutos. ¿De acuerdo?*

— Sí —digo, deslizándome hasta el suelo, con la espalda contra la puerta cerrada, Hope acurrucada en mi pecho.

— *Ya llego, mi ángel.*

Capítulo 27



Savannah

—...Ya llego, mi ángel.

La promesa de Travis resuena en mi oído, pero diez minutos parecen una eternidad. Estoy encogida en el suelo, con la espalda presionada contra la puerta de la habitación, Hope temblando en mis brazos. Cada crujido de la casa, cada hoja que el viento arrastra por el tejado, me hace dar un salto.

Entonces, lo oigo.

Un sonido fuerte y violento viniendo del piso de abajo. El sonido de madera astillándose.

Ha roto la puerta.

Mi sangre se hiela. El teléfono aún está en mi oído.

—¡Travis, ha entrado! ¡Está dentro de la casa! —susurro, la voz ahogada por el pánico.

—Savannah...

Cuelgo. No puedo arriesgarme a que oiga la voz de Travis. Necesito silencio. Necesito esconderme.

Agarrando a Hope, corro al baño. Es grande, y es lo más seguro en este momento. Me encojo en el suelo, intentando sofocar la respiración de Hope y la mía propia contra mi pecho.

—¡Savannah! —la voz de Edward suena desde el piso de abajo. Es una voz cantarina, falsamente calmada, que me provoca

escalofríos—. ¿Dónde estás, querida? No hace falta que te escondas. Solo quiero hablar.

Oigo sus pasos en el suelo de madera. Lentos. Deliberados. Me está cazando.

—Te avisé que quería una cita, Savannah. No debiste haber sido tan grosera. —Sus pasos comienzan a subir las escaleras. Uno por uno. Cada escalón es un golpe de tambor en mi corazón aterrorizado —. Solo necesitamos hablar, dejar todo claro. Entonces me iré. Lo prometo.

Está en el pasillo ahora. Lo oigo abrir la puerta de la habitación de mi madre. Después, la de la habitación de Travis.

—Savannah... ¿te estás escondiendo? Eso no está bien.

Su mano gira el pomo de mi habitación. Está cerrada con llave. Intenta de nuevo.

—Ah, vamos. No dificultes las cosas. No hace falta tener miedo.

Entonces, un estruendo. Patea la puerta. Mi cuerpo entero salta. Hope, que estaba quieta hasta ahora, se asusta con el ruido repentino y comienza a llorar. Un llanto fuerte y asustado que revela nuestra ubicación exacta.

—No, no, no... shhh, mi amor, shhh —susurro, intentando desesperadamente calmarla, pero es demasiado tarde.

—Ah... ahí estás —la voz de Edward suena desde el otro lado de la puerta del baño.

Me encojo aún más, sujetando a Hope con tanta fuerza que ella refunfuña. El pomo del baño gira, pero lo cerré por dentro.

No le importa. Patea la puerta. Una vez. La madera se estremece. Dos veces. Una grieta aparece. A la tercera vez, la cerradura cede y la puerta se abre con un estruendo, revelándolo allí parado, la silueta recortada contra la luz de la habitación.

Su rostro ya no tiene nada de encantador. Sus ojos están abiertos de par en par, la expresión inestable, obsesionada.

—Ahí estás —repite, con una sonrisa que no llega a sus ojos.

No mira a Hope. Sus ojos están fijos en mí. No está aquí para hacerle daño a mi hija. Está aquí por mí.

—Sal de ahí, Savannah. Vamos a hablar.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

Su paciencia se agota. Con una ignorancia brutal, avanza, me agarra por el brazo y me arranca del suelo del baño, arrastrándome hacia el medio de la habitación. Tropiezo, casi cayendo, pero consigo proteger a Hope.

—¡Suéltame! —grito.

Me tira a la cama. Aterrizo de espaldas, acomodándome rápidamente para asegurar que Hope no se haga daño. Se inclina sobre mí, el rostro cerca del mío, el aliento oliendo a algo agrio.

Apunta un dedo a mi cara.

—¡Todo esto es culpa tuya! —sisea, la rabia distorsionando sus facciones—. ¿Sabes lo que pasó después de aquel día? ¡Ronald, mi mejor amigo, ya no me habla! Les contó a todo el mundo alguna historia mentirosa, ¡y ahora nuestros amigos en común, gente que conozco desde hace años, me están tratando como a una basura! ¡Mi reputación está arruinada!

—¡Tú me agarraste! ¡Intentaste forzarme a...!

—¡Yo solo quería hablar! —grita, el rostro rojo de rabia, y la saliva vuela de su boca como veneno—. ¡Y tú y tu novio troglodita me humillaron! Humillar a los demás es típico de los Montgomery, ¿pero tú? —resopla—. Pero vamos a arreglar esto. Tú vas a venir conmigo. Vas a llamar a Ronald y decirle que mentiste. ¡Que todo fue un malentendido!

—¡Estás loco! —replico, pero la voz falla. No de miedo, sino de pánico. Me agarra por el brazo, con fuerza, intentando sacarme de la cama.

—¡Cállate la boca y ven aquí!

—¡No! ¡Déjame en paz!

Sujeto a Hope con más fuerza, protegiendo su cuerpecito junto al mío, y lucho. Con todo lo que tengo. Grito, empujo, golpeo con el hombro, muerdo, intento patearlo... pero Edward está trastornado. Fuera de sí. Un hombre grande y descontrolado.

En un movimiento bruto, me arranca a Hope de los brazos. Ella grita fuerte, en pavor, y yo avanzo hacia él instintivamente, las uñas listas para rasgar lo que consiga alcanzar. Pero antes de que pueda tocarlo, siento un golpe seco impactar mi rostro. El dolor me explota en el lateral de la cabeza y me desequilibra. Me tambaleo, cayendo al suelo. Todo da vueltas.

—¡Hope! —grito, con la boca ardiendo y el sabor metálico de la sangre surgiendo en la lengua.

Mis ojos lagrimean, pero consigo verlo inclinarse sobre la cuna y colocar a mi hija allí dentro como si fuera una muñeca cualquiera. Ella llora con fuerza, los bracitos extendidos hacia mí, la carita roja de desesperación.

—Edward, por favor... ¡no hagas esto! —suplico, intentando levantarme aun mareada.

Me mira con un brillo enfermizo en los ojos, como si realmente creyera que todo esto tenía sentido.

—Tú solo tienes que escucharme —dice, yendo hacia la puerta cerrándola de un empujón—. Después de esto, todo se arreglará. Solo quiero que entiendas cuánto es importante esto.

La adrenalina se apodera de mí. Mis oídos zumban. Mi rostro late, pero mi mente está clara: necesito proteger a mi hija.

El llanto de Hope se intensifica, agudo, desesperado, como si ella sintiera toda la tensión en el aire —y tal vez la sienta. El sonido resuena por la habitación como una sirena de alarma.

Edward aprieta los ojos con fuerza y gira el cuello como si estuviera intentando mantener el control.

Pero no lo consigue.

—¡CÁLLATE LA BOCA! —berrea, volviéndose hacia la cuna con el rostro retorcido de odio.

El grito corta el aire, desgarrando mis nervios. Un miedo sofocante se apodera de mí, más feroz que cualquier dolor o mareo. Está gritando a mi hija. Está yendo en su dirección.

—¡NO! —grito, levantándome de súbito, incluso con las piernas temblorosas. Corro hacia él y tiro de su brazo con toda la fuerza que

consigo reunir—. ¡Aléjate de ella!

Él se gira.

Y antes de que pueda reaccionar, su mano cruza el aire en un movimiento brutal.

El dolor me explota en el rostro. Un destello. Un zumbido ensordecedor. Mis pies pierden el suelo.

Caigo al suelo con fuerza, la mejilla ardiendo, el sabor a sangre en la boca. Mi visión oscila. Veo todo borroso —el techo, la cuna, Hope llorando como si el mundo se estuviera acabando, y la silueta de Edward alejándose.

Pero el sonido de mi hija gritando aún me alcanza. Aún me tira. Aún me levanta.

Edward se agacha hasta quedar a mi altura, su rostro demasiado cerca, sus ojos agitados como los de un animal acorralado.

—Savannah... —comienza, la voz más baja, casi dulce, como si el bofetón de hace segundos nunca hubiera ocurrido—. Mira lo que me has obligado a hacer...

—Aléjate... —susurro, intentando apartarme aun con los brazos débiles, el cuerpo doliendo—. No te acerques a mi hija...

Pero él lo ignora. Estira la mano, y el mundo parece detenerse por un segundo.

Entonces, todo explota.

—¡SUÉLTALA, DESGRACIADO!

La voz de Travis corta el aire como un trueno. La puerta de la habitación se abre de par en par con fuerza, y él entra como una tormenta viva. En dos pasos, está sobre Edward, empujándolo con violencia lejos de mí.

Edward se tambalea, conmocionado, pero antes de que pueda reaccionar, Travis lo arroja contra la pared con tanta furia que apenas consigo respirar.

—¿La tocaste? —gruñe, el rostro retorcido, los puños cerrados—. ¡¿Tocaste a mi mujer?!

—¡Fue un malentendido! Yo solo...

Travis lo golpea antes de que termine la frase. Edward cae al suelo, gimiendo, y permanece allí, acorralado. De fondo, oigo el sonido inconfundible de las sirenas. Coches de policía. Pasos apresurados en la escalera. Alguien grita "¡Policía! ¡Manos a la cabeza!", pero ya no consigo seguir nada más.

El llanto de Hope invade mi mente como una súplica desesperada. El sonido más puro, más cortante, más doloroso del mundo.

—Hope... —murmuro, extendiendo la mano en dirección a la cuna, sin fuerza alguna.

La visión comienza a oscurecerse en los bordes. Mi cuerpo falla.

La última cosa que veo es a Travis viniendo hacia mí.

Y el sonido del llanto de mi hija tirando de mí lejos de la conciencia.



Me despierto con una extraña ligereza en la cabeza, como si estuviera flotando. La luz es suave. El olor es inconfundible: hospital. Mis ojos se abren despacio, pesados, y a mi lado veo una figura que reconozco en el mismo segundo.

Travis.

Está sentado en una silla al lado de la camilla, con el rostro abatido, la mano entrelazada con sus propios dedos como si estuviera rezando.

—¿T-Travis…? —murmuro, con la voz débil.

Se levanta al instante, los ojos abiertos de par en par llenándose de alivio.

—Savannah. Gracias a Dios. —Sujeta mi mano con delicadeza, como si yo estuviera hecha de cristal—. Estás bien, amor. Estás a salvo ahora. Está todo bien.

Mis ojos se llenan de lágrimas antes incluso de que me dé cuenta. Aprieto su mano de vuelta con la poca fuerza que tengo.

—¿Hope…? ¿Ella…?

—Mira hacia un lado —dice, con una sonrisa suave en los labios agrietados por la tensión.

Giro el rostro, despacio, y veo la cuna portátil al lado de la camilla.

Mi hija.

Mi bebé.

Durmiendo tranquila, acostada de lado, con el chupete en la boca y una manita cerrada sobre la manta.

—Ella está bien… —susurro, como si necesitara convencerme de nuevo—. Ella está aquí…

—Ella está perfecta. Asustada, pero sin ningún rasguño. Pasó por un chequeo completo... es una guerrera, ¿sabías? El corazón es fuerte.

Las lágrimas escurren por las comisuras de mis ojos. Él se inclina y besa mi frente con ternura, su mano aún firme en la mía.

—Estoy aquí ahora. Y no me voy a mover de tu lado. Nunca más.

—No quiero volver allí —digo temblorosa—. N-No quiero...

—Está bien, no vamos a ir —responde, para enseguida besar mi mano—. Vamos a quedarnos en el apartamento en la ciudad. Aún no le he dicho a tu madre lo que pasó.

—¡No! —niego observando sus ojos azules—. Cuando ella esté aquí se lo cuento.

Aún con los ojos fijos en Hope durmiendo, murmuro con la voz débil, pero firme:

—¿Y Edward...? ¿Qué pasó con él?

Travis suelta un suspiro pesado, con la mandíbula contraída por algunos segundos antes de responder.

—La policía llegó poco después de mí. Aún intentó resistirse, pero... fue esposado en el acto. Está detenido. Y no solo por agresión. —Me mira, con los ojos intensos, protectores—.

Descubrieron que ya estaba siendo investigado por delitos fiscales. Fraude. Lavado de dinero. Su historial viene de lejos, Savannah.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda, incluso con la manta caliente sobre mi cuerpo.

—Entonces... todo esto fue solo una parte más de lo que él realmente es.

—Exactamente. Lo que intentó hacer contigo y con Hope fue solo la punta del iceberg. No va a salir tan pronto. E incluso si saliera... nunca más se acercaría a vosotras. —La mano de Travis aprieta la mía con firmeza—. Lo prometo.

Cierro los ojos por un segundo, dejando que el alivio me envuelva despacio. Aún siento dolor, pero ahora sé que pasará. Estamos a salvo. Y él… lejos.

—Voy a pedirle a Mary que vaya al apartamento a organizar todo —continúa Travis—. En cuanto te den el alta, iremos para allá. Solo nosotros tres. Tú, yo y nuestra bebé.

Antes de que responda, la puerta de la habitación se abre despacio y una mujer con bata blanca entra con una carpeta en las manos. Sonríe al ver a Travis y se acerca con naturalidad.

—Doctora Emma —dice él, levantándose un poco—. Savannah, esta es una colega mía. Trabajamos juntos en el hospital. Ella cuidó de ti desde que llegaste.

—Y cuidé con el doble de cariño —completa la doctora con una sonrisa cálida, mirándome con gentileza—. Nos diste un susto, Savannah.

Intento sonreír, pero el rostro aún duele un poco.

—¿Cómo estoy? —pregunto, ansiosa por la respuesta.

Ella consulta rápidamente la carpeta y responde con calma:

—Tus pruebas de imagen no mostraron nada grave. Algunas contusiones leves, hematomas en el rostro y en la espalda. Dos golpes en la cabeza, pero sin fracturas ni trauma interno. Sentirás dolor en los próximos días, pero con medicación y reposo, te recuperarás bien.

Asiento despacio, aliviada. Travis suelta un suspiro silencioso a mi lado.

Pero entonces, Emma sonríe de forma diferente. Un brillo leve en sus ojos.

—Y el análisis de sangre... —ojea algunas páginas y luego me mira directamente—. Tuvo un resultado inesperado, pero muy especial.

Arqueo las cejas, confundida.

—¿Especial?

—Felicidades, Savannah —dice, y su sonrisa se amplía—. Estás embarazada.

Mi corazón se detiene por un segundo.

—¿Qué?

—Embarazada. De muy poquito, cerca de cuatro o cinco semanas, pero... está todo bien. A pesar del susto, el embarazo no fue perjudicado. Tu cuerpo es fuerte. Y el bebé... también.

Me llevo la mano al vientre, aún sin saber cómo reaccionar. Mis ojos se llenan de lágrimas en el mismo instante.

Travis me mira fijamente, atónito, como si estuviera intentando absorber la información.

—¿Nosotros... nosotros vamos a tener otro bebé? —murmura, con la voz embargada.

Asiento, con la garganta demasiado apretada para hablar.

Travis ríe, una risa baja, trémula, y se lleva la mano a la boca. Después se inclina y besa mi frente, demoradamente, con su frente apoyada en la mía.

—Dios, Savannah… ni siquiera sabía que podía amarlas más. Pero las amo. Las amo tanto.

Y, allí, incluso entre sábanas blancas de hospital y un cuerpo lastimado, siento una fuerza crecer dentro de mí.

Una nueva vida.

Una nueva oportunidad.

Y el comienzo de algo aún más bonito de lo que imaginaba.

La doctora Emma se despide con una última sonrisa y sale de la habitación, dejando la puerta entreabierta. Travis aún sujeta mi mano, como si no quisiera soltarme jamás, pero sus ojos están fijos en Hope, que continúa durmiendo en la cunita al lado.

—¿Quieres que te la traiga? —pregunta en voz baja.

Asiento, con los ojos llorosos.

Travis se levanta con cuidado, toma a nuestra niña en brazos con la delicadeza de quien carga el mundo y la coloca suavemente en mis brazos. Hope refunfuña bajito, el chupete casi escapándose de su boquita, pero pronto se acurruca en mi regazo como si supiera exactamente a dónde pertenece.

Paso los dedos despacio por sus cabellos finos y rubios, ahora un poco desordenados por el sueño. Toco su carita delicada, las mejillas sonrosadas por el llanto de más temprano. Pero ahora, ella está en paz. Y yo también.

—Mi bebé… —susurro, apoyando mi frente en la suya—. Mamá está aquí, y papá también. Todo está bien ahora.

Ella respira hondo y, con su manita pequeña, sujeta mi dedo con fuerza, como si respondiera. Las lágrimas escurren silenciosas de mis ojos. No de dolor —esta vez, no. Sino de alivio. De amor. De gratitud.

—Fuiste tan valiente hoy, ¿lo sabías? Tan fuerte… Y te prometo, Hope, nunca más voy a dejar que nadie te haga daño. Nunca.

Ella mueve los labios como si fuera a responder y, al segundo siguiente, abre los ojos. Aquellos mismos ojos absurdamente azules. Travis se sienta en el borde de la cama, pasándose la mano por el cabello, aún emocionado. Observa la escena en silencio, los ojos llorosos, el pecho inflándose con todo lo que no consigue decir.

—Gracias, Savannah —murmura—. Gracias por dejarme formar parte de esto.

Le sonrío.

A pesar del miedo, a pesar de los traumas, y de todo lo que pasamos... somos una familia. Imperfecta, pero real. Y ahora... más grande.

Hope bosteza, apoya la cabeza en mi hombro, y vuelve a dormir.

—Dijo pa-pá hoy —comento para Travis que frunce el ceño sin comprender—. Es papá en el lenguaje de los bebés.

El silencio que sigue está cargado de emoción. Travis parpadea algunas veces, intentando procesar aquello. Después se pasa la mano por los ojos, disimulando, pero yo lo veo. Lo veo todo.

—Ella me llamó... —traga saliva, la voz embargada—. Papá.

—Ella sabe quién eres. Incluso tan pequeña, ella lo siente. Ella te ama.

Él se inclina, apoya los codos en las rodillas y baja la cabeza, sonriendo contra las manos. Después se acerca y deposita un beso demorado en la frente de Hope, con tanta devoción que mi corazón casi explota.

—Voy a ser el mejor padre que ella podría tener, Savannah. Lo juro. Para ella... y para el bebé.

—Sé que lo serás —respondo, con lágrimas en los ojos—. Porque ya lo eres.

Nos quedamos así por un tiempo. Silenciosos, pero repletos de todo lo que realmente importa.

Juntos.

Y cuando miro el pequeño cuerpo dormido en mi regazo, y al hombre que está a nuestro lado, comprendo —con más certeza que nunca— que lo peor ya pasó. Y lo mejor… Lo mejor aún está por venir.

Capítulo 28



Savannah

Cinco meses después...

La luz del sol de la tarde entra por la ventana de la gran habitación, bañándolo todo en un brillo dorado y suave. Miro mi reflejo en el espejo antiguo y ornamentado, y la mujer que me devuelve la mirada es alguien a quien apenas reconozco. No la chica asustada que huyó a Portland, ni la madre feroz y exhausta que luchó por la vida de su hija. Esta mujer... esta mujer está en paz.

El vestido de novia es sencillo y elegante, hecho de un crepé de seda que cae suavemente sobre mis curvas. No fue diseñado para esconder, sino para celebrar. Mis dedos trazan la forma redondeada bajo la tela, una pequeña y perfecta protuberancia de cinco meses. Nuestro pequeño milagro, un símbolo de nuestro nuevo comienzo.

Una sonrisa se extiende por mi rostro.

—Estás deslumbrante, querida. Absolutamente deslumbrante.

Me giro y veo a mi madre parada en la puerta, con los ojos llorosos de lágrimas felices. Está hermosa con un vestido azul claro, el color de la esperanza.

—Gracias, mamá.

—Siempre supe que eras fuerte. Pero nunca imaginé cuán fuerte —dice ella, acercándose y acomodando un mechón de mi cabello,

que está suelto en ondas suaves—. Mírate. Mira todo lo que has construido.

—Nosotras construimos —corrijo, tomando su mano—. No lo habría conseguido sin ti.

Callie entra en la habitación, pareciendo una diosa con su vestido de dama de honor color champán. Su boda fue hace un mes, y como Edward ya no sería el padrino, Ronald invitó a Travis. Los dos desarrollaron una buena amistad. Hope está en sus brazos, linda, pareciendo una princesa con su vestidito blanco y zapatos del mismo color. La tiara está un poco torcida, lo que significa que ya intentó quitársela.

—¿Es la hora? —pregunto, con mi corazón empezando a latir un poco más rápido.

Me acerco a ella y beso a Hope.

—Casi —dice Callie, con una sonrisa cómplice—. El novio es un manojo de nervios allá abajo. Ronald dijo que ya comprobó el anillo unas veinte veces.

Nos reímos. La idea de Travis, el hombre confiado y en control, estando nervioso, me llena de un cariño tierno.

La decisión de casarnos aquí, en esta nueva propiedad, fue suya. Después del incidente con Edward, la antigua granja quedó manchada. Era un lugar de buenos recuerdos, pero también de traumas profundos. Travis, sin dudar, la puso en venta. "Necesitamos un lugar que sea solo nuestro, sin fantasmas", dijo él.

Encontró este lugar a una hora de Dallas. Una casa de campo moderna, con ventanales enormes que dan a un lago brillante y acres de colinas verdes. Es un lugar de paz. Nuestro santuario.

—¿Lista? —pregunta mi madre, ofreciéndome el brazo.

Respiro hondo.

—Lista.

Bajamos las escaleras y vamos al jardín trasero, donde se celebrará la ceremonia. No es un evento grandioso. Solo cincuenta de nuestros amigos y familiares más cercanos. Mary está allí, llorando en un pañuelo. El Dr. Evans y algunas de las enfermeras de

la UCI pediátrica que cuidaron de Hope están sentados en la primera fila.

La música comienza a sonar, un violín suave y una melodía de piano. Es nuestra señal.

Callie va primero, del brazo de Ronald. Y entonces, es mi turno.

Mientras mi madre me conduce por el camino de césped hacia el arco de flores blancas, mis ojos se encuentran con los suyos.
Y el mundo se detiene.

Travis

Ella aparece en lo alto del pasillo de hierba, y el aire se escapa de mis pulmones. El sol de la tarde la envuelve en un halo dorado, y parece un ángel. Mi ángel. La forma en que el vestido abraza la pequeña barriga donde nuestro segundo hijo está creciendo me golpea con una ola de amor tan poderosa que mis piernas casi ceden.

Ronald me da un codazo.

—Respira, tío.

Pero no puedo. ¿Cómo puedo respirar cuando la visión frente a mí es todo lo que siempre quise y casi perdí para siempre?

Entonces, una pequeña figura en un vestido blanco y vaporoso comienza a caminar torpemente en nuestra dirección, lanzando pétalos de rosa desde una pequeña cesta. Hope. Nuestra hija. Ahora tiene poco más de un año, camina con una confianza vacilante y tiene una sonrisa que podría derretir glaciares. Sus ojos azules, mis ojos, brillan de emoción.

Cuando me ve, su rostro se ilumina.

—¡Papá!

Abandona la cesta y corre, lo más rápido que sus piernitas pueden, en mi dirección. Me agacho y la tomo en mis brazos,

abrazándola con fuerza, enterrando mi rostro en sus rizos perfumados. Ella es real. Ella está sana. Ella es mía.

Me levanto con ella en brazos y espero a Savannah.

Cuando finalmente se detiene frente a mí, entrego a Hope al cuidado de Callie. Tomo las manos de Savannah entre las mías. Están cálidas y firmes.

—Hola —susurro.

—Hola —responde ella, con los ojos brillantes.

La ceremonia comienza. El oficiante habla sobre el amor, el perdón y las segundas oportunidades. Pero apenas escucho sus palabras. Estoy perdido en los ojos de Savannah, en la promesa de nuestro futuro.

Entonces, llega el momento de nuestros votos. Yo voy primero.

—Savannah —comienzo, mi voz ronca de emoción—. No preparé nada. Porque ninguna palabra escrita podría capturar la enormidad de lo que siento. Te rompí. Te perdí. Y en la oscuridad de mi propia estupidez, descubrí que vivir sin ti no es vivir. Es solo... existir. Volviste a mi vida no como una tormenta, sino como un amanecer, trayendo la luz y a nuestra hija, nuestra Hope. Me enseñaste lo que es la verdadera fuerza. Me enseñaste lo que es el perdón. Y me enseñaste que el amor no trata sobre la posesión, sino sobre la protección. No puedo prometer que nunca cometeré errores, pero juro, ante todos los que amamos, que pasaré cada segundo del resto de mi vida honrándote, protegiéndote y siendo el hombre que tú y nuestros hijos merecen. Te amo. Más que a la propia vida.

Las lágrimas corren por su rostro mientras me sonríe. Ahora es su turno.

—Travis —dice ella, con la voz temblorosa, pero fuerte—. Solía pensar que nuestra historia era una tragedia. Una historia de amor perdida por el orgullo y el miedo. Pero estaba equivocada. Nuestra historia no trata sobre cómo nos rompimos. Trata sobre cómo nos reconstruimos. Volviste a mí no como el hombre que me rompió, sino como el médico que salvó a nuestra hija y el padre que luchó para sanar a nuestra familia. Me mostraste que la verdadera fuerza

no es nunca caer, sino siempre levantarse. Me diste esperanza cuando no tenía ninguna. Me diste un hogar cuando estaba perdida. Y ahora, me estás dando un futuro. Y yo acepto. Te amo, Travis Montgomery. Y te elijo a ti. Hoy, mañana y para siempre.

Intercambiamos los anillos. Y cuando el oficiante finalmente dice las palabras, "Puede besar a la novia", no dudo.

La beso con todo el amor, toda la gratitud y toda la promesa de mi corazón. El beso no es sobre pasión, sino sobre pertenencia. Es la sensación de finalmente, después de un largo y terrible viaje, llegar a casa.



La música de la fiesta flota hasta nosotros en el porche, sentados en un columpio. Una melodía suave que se mezcla con el sonido de los grillos comenzando su canción nocturna. La luna llena se alza sobre el lago, su reflejo plateado bailando en el agua mansa.

—Sabes, nunca pensé que volvería a tener esto —dice Savannah, la voz un susurro contra mi pecho—. Cuando supe que necesitaba volver a Texas, principalmente para que cuidaras de Hope... tuve miedo. No quería tener que venir, ni verte.

—Lo entiendo —murmuro, mi mirada se dirige a Hope sentada con Mary y la Sra. Harper. Ellas comen trozos de la tarta de bodas—. No puedo crucificarte por eso. Fui un idiota ciego, nunca me perdonaré por lo que te hice pasar.

Savannah se remueve en mi regazo, hasta conseguir girarse hacia mí. Sonríe, la sonrisa más linda del mundo. Toco su mejilla, y enseguida bajo la caricia a su vientre.

—Quedó en el pasado —dice ella, y en sus ojos ya no hay la sombra del dolor.

Hay solo un amor profundo y una confianza que trabajaré todos los días para merecer.

—¿Crees que él también se parecerá a mí? —pregunto, Savannah pone los ojos en blanco.

—Presumido —la abrazo más fuerte—. ¿Ya has pensado en un nombre para él?

—¿Tal vez Bryan o Logan? O Ethan, Miles.

Savannah ríe y me besa los labios.

—¡Papá! ¡Mamá!

La vocecita de Hope nos llama. Veo a mi princesa bajar de donde está y correr en nuestra dirección, sus piernitas moviéndose lo más rápido que pueden, una sonrisa desdentada iluminando su rostro. Sube los tres escalones con mucho esfuerzo, pero en cuanto está en el porche, se lanza contra mis piernas.

La tomo y la acurruco en mis brazos.

—¿Y tú, princesa? ¿Quieres ayudar a papá a elegir el nombre de tu hermanito?

Hope se estira, intentando quitarse los zapatitos sola con esa manera impaciente que sacó de su madre. Río por lo bajo y la ayudo, quitándoselos con cuidado. En cuanto se queda descalza, señala con la manita el vientre de Savannah, los ojos azules curiosos y brillantes.

—La abuela dijo que era bebé —declara con convicción, como si estuviera revelando un gran secreto.

Savannah sonríe, acariciando su propio vientre con ternura.

—Eso es, mi amor. Hay un bebé aquí dentro.

Hope se inclina en mi regazo y toca levemente el vientre de su madre con las puntas de los dedos. Su rostro se ilumina con fascinación.

—¿Es mío?

Mi corazón se encoge.

—Es tu hermanito —explico con voz suave—. Él va a ser tu mejor amigo.

Hope piensa por un segundo, el ceño fruncido como si estuviera concentrada de verdad. Entonces, muy seria, dice:

—¡Nombre de... pajarito!

Savannah y yo nos reímos al instante, mientras Hope da saltitos en mi regazo, animada con su propia idea.

—Creo que ella quiere algo ligero y bonito —dice Savannah, con un brillo en los ojos—. Como Noah. O Levi.

—O Robin, que también es un pajarito —bromeo, y Hope grita animada:

—¡Robin!

Da palmaditas y nos mira con orgullo, como si hubiera resuelto el mayor dilema del mundo.

Savannah me mira, divertida.

—¿Robin Montgomery…?

—Sonó un poco extraño —murmuro, sonriendo—. Pero quieres saber... no está nada mal.

—Noah Montgomery —Savannah sonríe con la ceja arqueada—. Me gusta más ese.

—Lo decidiremos para cuando nazca.

Miro a Hope, que ahora apoya la carita en el vientre de su madre y susurra algo que no conseguimos entender. Y en ese instante, como tantas veces antes, siento que ella sabe más de lo que imaginamos.

Nos quedamos allí, los tres, bajo el cielo estrellado de Texas. Mi esposa. Mi hija. Y nuestro hijo en camino. Mi familia.

Todo el éxito profesional, toda la riqueza, toda la herencia Montgomery... todo eso es polvo en comparación con la riqueza que tengo en mis brazos en este preciso momento. Yo era un hombre que lo tenía todo, pero no tenía nada. Ahora, finalmente entiendo la diferencia.

—Te amo —le digo a Savannah, por encima de la cabeza de Hope.

—Yo también te amo —responde ella, sus ojos brillando.

No hay nada más que decir. Miramos hacia la fiesta, hacia la vida que estamos construyendo. La casa está llena de luz, de risas, de amor. Los fantasmas han sido exorcizados. Las heridas, aunque

todavía existan como cicatrices, ya no duelen. Son solo recordatorios de cuán lejos hemos llegado.

Y mientras mantengo a mi familia cerca, bajo el vasto y prometedor cielo nocturno, sé, con una certeza que se instala en el fondo de mi alma, que finalmente estoy en casa.

El camino hasta aquí fue un infierno. Pero valió la pena. Cada segundo de dolor valió la pena para llegar a este momento de paz perfecta. Fuimos puestos a prueba. Caímos. Pero nos levantamos. Juntos. Y ahora, tenemos el resto de nuestras vidas para simplemente ser felices.

Capítulo 29



Travis

Cinco años después...

La hoguera crepita, lanzando chispas anaranjadas hacia el cielo nocturno de Texas, que está tan claro que parece que se pueden tocar las estrellas. El aire es fresco, con olor a humo de roble y tierra húmeda. El sonido que domina la noche, sin embargo, es el de las risas.

Al otro lado de la hoguera, Savannah está sentada en una silla de camping, intentando, sin éxito, impedir que Noah, nuestro hijo de cuatro años y medio, use su pincho de malvavisco como una espada de pirata.

—¡Noah, amor, cuidado con el ojo de tu hermana! —dice ella, riendo.

Noah, que es una miniatura mía, pero con los ojos castaños de Savannah, ignora la advertencia y ataca un tronco imaginario con un grito de guerra.

A su lado, Hope, ahora con seis años, pone los ojos en blanco con la sabiduría de una hermana mayor. Asa su malvavisco con una concentración metódica y seria. Ella es mi paz, mi calma, mientras que Noah es nuestro huracán.

Observo la escena, y un sentimiento de gratitud tan abrumador me llena que casi me deja sin aire. Cinco años. Cinco años de caos

bendito, de paredes garabateadas, de rodillas raspadas, de cuentos para dormir y de noches tranquilas en los brazos el uno del otro.

Nunca dejamos Texas. Savannah decidió que su hogar era donde estuviéramos nosotros, y esta granja se convirtió en el corazón ruidoso y vibrante de nuestro mundo. Mi madre es una abuela presente, pero que aprendió sus límites y se disculpó con Savannah. El resto... son solo notas al pie olvidadas en nuestra historia.

Savannah finalmente consigue confiscar la "espada" de Noah y lo atrae a su regazo, entregándole un malvavisco ya tostado. Levanta la mirada y me encuentra observándola. Su sonrisa ilumina la oscuridad.

—¿Cansado? —pregunta, su voz elevándose por encima del crepitar del fuego.

—Nunca —respondo, y es la más pura verdad—. Podría quedarme aquí para siempre.

—¿Mamá? —llama Hope, los dos la miramos—. ¿Echas de menos a la abuela?

Rápidamente miro a Savannah. Veo sus ojos brillar, entonces una pequeña sonrisa triste aparece en sus labios. Elizabeth Harper nos dejó el verano pasado. El corazón. Fue un golpe para Savannah y para todos a nuestro alrededor. La Sra. Harper era muy querida. Se quedó con nosotros después de que me casé con Savannah, y nos ayudó con el segundo bebé. Le encantaba estar con los nietos. Hope estaba muy apegada a ella, Noah tal vez no entienda lo que pasó, pero a veces pregunta por la abuela.

— Sí, cariño — responde Savannah con voz suave, acariciando el cabello de Hope. — La extraño mucho, todos los días. Pero sé que ahora está en paz.

Observo la escena, sintiendo una mezcla de calor y nostalgia en el aire. El fuego baila entre nosotros, iluminando rostros marcados por recuerdos que se niegan a desaparecer.

— Ella siempre estará con nosotros — digo bajo, casi para mí mismo.

Hope sonríe, todavía sosteniendo la mano de Savannah, y vuelvo a mirar la llama, pensando que, a pesar del dolor, momentos como ese son pequeños milagros de paz.

Mary después de dos años de mi matrimonio, habló con nosotros y decidió ir a visitar a su hijo. ¿Resultado? Le terminó gustando Arizona y se mudó para siempre. Siempre hablamos y siempre estoy listo para ayudarte si lo necesitas.

— Mamá... — Noah murmura mientras abraza a Savannah.

— Creo que alguien tiene sueño — ella sonríe y le besa la mejilla. — Creo que ya es hora de que los dos duerman.

Hope abre mucho los ojos y se vuelve hacia su madre.

— Pero ya ni siquiera soy un bebé y ni siquiera tengo sueño.

Savannah me mira pidiendo ayuda, así que sonrío y me pongo de pie.

— Está bien, puedes quedarte despierta si quieres — murmuro y me acerco para coger a Noah en mis brazos. — Llevaré a tu hermano y contaré una historia.

— ¿Qué historia? — pregunta interesada. — ¿Puedo elegir?

— Sólo si te vas a dormir ahora.

La veo reflexionar, pero no dura mucho. Ella se pone de pie y está de acuerdo. Espero que abrace a su madre y susurre un "te amo, mamá". Le guiño un ojo a Savannah que me sonríe. Entro con ellos y me dirijo a la habitación que comparten. Espero a que Hope se cepille los dientes y se cambie de pijama. Ayudo a Noah a hacer lo mismo, pero es un poco perezoso cuando tiene sueño. Mientras voy al armario de libros, escucho el susplido de la sábana detrás de mí.

— Papá — Hope me llama en voz baja. Está acostada en la cama con Noah. — Quiero la historia de Jackalope.

Sonrío para esa elección, es su favorita. Cojo el libro y me siento en el borde de la cama. Sonrío a Hope, que corresponde y se queda esperando. Empiezo a leer la historia, los párrafos tan conocidos por mí, que incluso puedo leer con los ojos cerrados.

"En una noche estrellada en el corazón del Salvaje Oeste, donde las praderas se extienden hasta donde alcanza la vista, vivía una criatura muy especial: el Jackalope, mitad liebre, mitad antílope, con cuernos dorados que brillaban bajo la luz de la luna..."

La voz tranquila y pausada hace que los ojos de Noah se cierren lentamente, mientras Hope sigue cada palabra, fascinada por la magia de la historia.

— Y dicen que Jackalope es tan rápido que puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, dejando solo un rastro de brillo — continúo, sintiendo el calor del momento.

Cuando termino la historia, ambos ya están casi dormidos, sacudidos por el sonido de mi voz y por la comodidad del hogar. Con cuidado, tomo a Hope en mis brazos y la llevo a su propia cama. La cubro con la sábana gruesa y hago lo mismo con Noah.

Antes de salir, confirmo que están durmiendo. Así que finalmente apago las luces y cierro la puerta.

Sigo el camino que conduce a la parte de atrás, y mi mirada busca a mi esposa. La encuentro sentada en el enorme puff del balcón. Ella me ve allí a su lado y estira su brazo hacia mí.

— ¿Jackalope otra vez? — frente y yo sonrío para confirmar. Me siento a su lado y ella rápidamente se acurruca encima de mí. — Le encanta esta historia.

La hoguera ahora son solo brasas brillantes a la distancia.

— La vida pasa rápido, ¿verdad? — comenta, apoyando su cabeza en mi hombro. — La extraño mucho.

Tan pronto como termina de hablar, su cuerpo tiembla. La abrazo más fuerte, mi mano bajando por su espalda en una caricia tierna.

— Yo también lo siento — murmuro sintiendo que mi corazón se aprieta. Como quería quitarle el dolor en ese momento, me siento impotente. — Vivió con todo el amor y la disposición que tenía. Fue una gran mujer, y creó una gran mujer. En cada uno de nosotros, hay un poco de ella y nunca será olvidada.

Savannah me mira y me besa.

— Gracias, amor. Eres el mejor marido que alguien puede tener.

— Y soy todo tuyo. — Digo para aligerar el ambiente, y funciona.

Ella se ríe y se abraza más a mí. Nos quedamos en silencio, solo observando el paisaje, cuando ella vuelve a mirarme.

— ¿Te arrepientes? ¿De haberse quedado?

Aprieto su hombro.

— No, aquí contigo y los niños, es exactamente donde quiero estar. Te amo, Sra. Montgomery.

Ella se inclina y me besa, un beso suave y lleno de una historia compartida. Un beso que ya no necesita curar heridas, sino que simplemente celebra el amor que ha sobrevivido a todo.

Miramos el cielo estrellado, una manta infinita de posibilidades. Las cicatrices del pasado siguen ahí, en su corazón y, literalmente, en el pecho de nuestra hija. Pero ya no son símbolos de dolor. Son mapas. Mapas que nos recuerdan el viaje que hicimos, las batallas que ganamos y el camino que nos trajo de vuelta el uno al otro, para este preciso momento de paz perfecta.

Y eso es más que felices para siempre. Es real.



AVISO FINAL

Gracias por llegar hasta aquí 💛

Escribirlo fue un viaje lleno de amor, inseguridades, descubrimientos y cariño, y saber que llegaste hasta la última página ya hace que todo valga la pena.

Si te gustó la historia, me haría inmensamente feliz leer tu reseña. Cada comentario, estrella y palabra tuya hace toda la diferencia para mí como autora principiante.

Con todo mi cariño,
Jasmine Morazzo.